

GUILLERMO BARBA

LA INSURRECTA

La novela de Manuela Taboada, la mujer que en el corazón de la insurgencia fraguó una conspiración para asesinar a Hidalgo

mr

GUILLERMO BARBA

LA INSURRECTA

mr

ÍNDICE

TERCERA PARTE

A Mónica, Demián, Aura,
Ana, Bernardo, Emilia y Sebastián,
porque familia es la palabra
más bella del vocabulario.

Nerviosa e ilusionada, mucho antes de que cantara el gallo ya estaba aseándose; luego recogió sus pocas ropas y las ató con un cordón. Doña María del Carmen, la rubicunda dueña del mesón donde se hospedó las últimas semanas, le había preparado tortilla de patatas y oloroso pan recién horneado para despedirla. Ella, agradecida, saboreó los alimentos como si fuesen los últimos, y los acompañó con un chato de clarete.

Salió a la callejuela y emprendió camino. Intentó caminar con el rostro en alto, optimista y decidida, deambulando dignamente entre los pocos gaditanos que laboraban por las calles, desatendiendo sus rostros y sus acciones: lo único que importaba era llegar a tiempo, según lo establecido, y encontrarse con Mariano. Pronto alcanzó los linderos de la ciudad y desde la pequeña colina descubrió sobre el inmenso océano, a lejanía, unos grises nubarrones; y frente a ella, a unas doscientas varas, las olas rompían con estrépito sobre las murallas del Castillo de Santa Catalina. La fortaleza parecía adentrase en las frías aguas del océano, conformando una colosal estrella de cinco picos, y sus ariscas almenas, robustos muros y esbeltos torreones se asemejaban a los del fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz, donde su marido había permanecido por largos meses.

Mientras descendía por el empedrado para alcanzar el puente que comunicaba el castillo con tierra firme, abrazó decidida el atado de ropas con una mano y la medalla con el retrato de su amado con la otra, mientras oía el libre graznido de las gaviotas que sobrevolaban libremente en busca de alimento. Sus pulmones se saturaban con aquel olor a mar que la acompañaría en adelante. Los golpes de las olas sobre las piedras comenzaban a tornarse ensordecedores. Entonces, una gran tranquilidad invadió su alma y pensó por un instante estar en la gloria.

La brisa se tornó en suave borrasca y sus ojos se llenaron de partículas de arena. Como si despertase de un sueño, aceleró la marcha con la promesa de no mirar lo que dejaba a sus espaldas. La mujer de Lot se había transformado en estatua de sal por desobedecer y mirar hacia atrás; ella no caería en la tentación, jamás claudicaría.

Además, ¿no fue ella quien lo conminó, en un principio, a enredar su vida en aquel torbellino de sangre, confusión y pólvora?

Tomó un puente que atravesaba por un seco foso, tan profundo que producía vértigo, pero a ella no le importó: dio gracias a la Virgen de los Dolores por haberla acompañado en todo su camino, por brindarle el temple necesario, por no desampararla, y, sobre todo, por bendecir su corazón con la virtud del amor, y otorgarle la energía necesaria para vivirlo con abnegación.

Cuando estaba a punto de llegar al acceso del castillo, dos guardias le hicieron alto y le exigieron el salvoconducto. Vio unos rifles recargados sobre el sólido muro y sintió un escalofrío en la espalda: las armas reavivaban el fuego de todos sus amargos recuerdos.

Los hombres comenzaron a reír, socarrones, y le flanquearon el paso. Miraban descaradamente las carnosas caderas y los voluptuosos pechos de la mujer. Acostumbrada a tales majaderías, ella les arrebató el papel, cruzó la puerta y se dirigió por un amplio pasillo que desembocaba en el patio de armas.

A su izquierda se encontraba la capilla de Santa Elena, y alrededor del patio se levantaban los edificios de dos plantas, rectangulares, desprovistos de cualquier artificio, monótonos, insulsos. Observó aquel escenario y pensó que nadie, nadie, jamás podría señalarla por incumplir los mandatos del destino: se había sobrepuesto a todas las pruebas y se sobrepondría a las futuras…

PRIMERA PARTE

1

SOMBRAS ACIAGAS

Septiembre de 1810

La sobresaltó el ruido de un par de caballos a pleno galope, perseguidos por los nerviosos ladridos de perros callejeros. Aguzó el oído y le pareció que los sonidos se habían detenido a escasa distancia. «Quizá una cuadra o dos; no más», calculó. Se alarmó: en el pueblo de Dolores la vida transcurría con perezosa tranquilidad y las noches resultaban profundamente sosegadas, apenas interrumpidas por la voz del sereno que pocos minutos antes había pregonado: «¡Las doce y todo sereno!».

Miró a un lado de su cama: Mariano dormía plácidamente cubierto con la cobija hasta el mentón y recostado de perfil con los pies encogidos cual infante. Desde semanas atrás Manuela no podía conciliar el sueño; el levantamiento debería suceder a finales de mes, según le había comentado su esposo, y su corazón se debatía entre la zozobra y la gloria.

Escuchó un correteo; abandonó con sigilo la cama para asomarse a la ventana y espiar por un resquicio de la cortina: don Vicente Lobo, el sereno, corría con linterna en mano, al parecer rumbo a donde se habían dirigido los caballos. Salió de la alcoba y fue de puntillas al corredor que rodeaba el rectangular patio de la casona, bajó por la escalinata y se dirigió al segundo patio, donde se encontraban las habitaciones de los criados; tocó levemente la puerta de Remigio para no despertar a los demás, sobre todo a Rafaelito y a su suegra, quien acostumbraba espantarse incluso de su sombra. Tras repetir la operación varias veces, por fin apareció el moreno y fornido hombre, fajándose la camisa y con rostro de cordero adormilado.

—¡Señorita! —Remigio se sorprendió de ver a su ama en la puerta —. ¿Qué sucede?

—Baja la voz, no alborotemos a nadie.

—¿En qué puedo servirle?

—Perdona que te despierte a estas horas, pero algo extraño sucede; escuché caballos a galope rumbo a la casa del cura Hidalgo. Por favor, sal y averigua de qué se trata; tengo una mala corazonada.

El hombre obedeció y, embozándose con un gastado sarape, salió a la calle. Manuela permaneció sentada en las escaleras, con la ansiedad

mordiéndole el estómago. En un impulso irrefrenable subió hasta la habitación de Rafaelito, entreabrió la puerta y lo vio dormir plácidamente. «Ay, mi nene», dijo para sí, «¿qué será de nosotros en esta aventura?».

Remigio avanzaba refunfuñando; una pertinaz llovizna había dejado charcos y lodazales en las mal empedradas calles y la gélida humedad del ambiente se le colaba en los huesos. No acostumbraba rezongar frente a su ama, pero, eso sí, nomás le daba la espalda ya estaba protestando en voz baja; parecía el loco del pueblo hablando consigo mismo.

Al pasar por la parroquia se santiguó tres veces; dejó atrás la casa de gobierno, cruzó los portales de la plaza y desembocó en una calle con casas de blancas fachadas de cal. A una cuadra de distancia distinguió a dos personas que entraban a la construcción ubicada en la esquina. «Debe de ser una más de las fiestas del cura Miguel», pensó, fastidiado. «Dios me perdone, pero este santo señor nomás escucha música y se le mueven los pies, tanto argüende del ama Manuela para nada».

Decidió regresar, pero, a punto de dar el primer paso, entendió que algo no concordaba con sus reflexiones: no se escuchaba música alguna, barullo de gente ni señales de fiesta. «¡Ah, carajo! ¿Se habrá enfermado el padre Miguel? Dios no lo quiera». Aligeró el paso y al llegar a la casa del curato descubrió luces encendidas en las ventanas, aunque, cosa extraña, el interior se hallaba envuelto en un inusual silencio.

En el portón se encontraba Mateo, el mozo y cochero del cura, recargado en el resquicio, con gesto de preocupación. Nomás de verlo le picó la curiosidad, así que se acercó saludando cordialmente.

—Hola, primo, ¿otra vez de fiesta?

—Ya me iba a dormir —contestó el otro, receloso y con ánimos de terminar la conversación que ni siquiera había comenzado—. Y tú, ¿qué andas haciendo a estas horas de la noche, no deberías estar en tu cama?

—No, pues me despertó una escandalera de cascos y pensé que habría fiesta, así que vine a echarme un *taco de ojo.* «Seguro habrá señoritas de buen ver», me dije.

—Pues ya te diste cuenta: no hay tertulia, ni fiesta, ni nada —le dijo tajante—. Buenas noches.

Iba a cerrar el portón cuando se escuchó una voz airada proveniente del interior.

—Como lo oyes, Ignacio, nos han delatado, pero eso no debe significar el final de nuestros planes; todo lo contrario: ¡deberá ser el

comienzo!

Mateo intentó cerrar de inmediato el portón, pero Remigio se lo impidió, colocando un pie debajo del tablón.

—Don Miguel —se escuchó ahora otra voz, queriendo apaciguar los enardecidos ánimos—, ya habíamos acordado que de ser descubiertos huiríamos a los Estados Unidos.

—¡Compréndalo! —habló un tercero, casi gritando—. No podemos levantarnos sin tropas bien entrenadas y disciplinadas. Si Querétaro ha caído en desgracia, ahora tan solo contamos con el regimiento de San Miguel.

—¡Caballeros, el momento exige serenidad! El pueblo nos respaldará y la Virgen de Guadalupe habrá de protegernos, no tengo duda alguna.

Las voces continuaban, cada vez más airadas y malsonantes. Remigio escuchaba con expresión de espanto en los ojos, aunque no alcanzaba a entender el asunto. Su primo se había quedado petrificado; le había atrapado en la mentira y ahora un fisgón indiscreto lo ponía en peligro. Salió del sopor y empujó a Remigio con el brazo, haciendo que trastrabillara y cayera a tierra. Fue hasta él y lo amenazó con el puño en alto:

—Ni se te ocurra comentar lo que escuchaste porque te muelo a golpes, te lo juro. Si sueltas la lengua el señor cura me mandará al infierno, ¿entendido? ¡Lárgate ya!

Aterrado y a trompicones, Remigio puso pies en fuga sin importarle pisar charcos ni fango. No entendía de qué se trataba aquel embrollo, pero algo le decía que era asunto importante y malicioso.

Manuela retorcía nerviosamente las puntas de su rebozo cuando Remigio entró a las carreras y jadeando. De inmediato se puso de pie, con urgencia, y como si algún asaltante pudiese entrar a la casa ayudó al mozo a atrancar la puerta con un grueso madero.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó en medio de la maniobra.

—Ay, señorita, no sé bien qué escuché, pero de seguro algo raro acontece. Mi primo Mateo no me quiso informar nada… pero oí al cura Hidalgo decir que los habían delatado y que no debían amilanarse, que habrían de seguir adelante con sus planes, así mismo lo dijo…

Manuela sintió que el pecho se le estrechaba y le impedía respirar. Tambaleándose, logró tomar asiento en un tosco banquillo y se llevó las manos al rostro; un mareo le obnubilaba la vista y su frente comenzaba a perlarse con fríos sudores: la conspiración había sido descubierta y ahora su marido corría peligro. Comenzó a respirar con bocanadas profundas para intentar apaciguar el malestar del cuerpo.

—¿Se siente mal, señorita?… ¿Le traigo algún remedio de botica?

—Nada, Remigio, no me dejes, es un mareo pasajero… Continúa, ¿qué más escuchaste?

—El capitán Aldama, ya sabe, el amigo de don Ignacio, dijo que debían tomar camino para el norte, a los Estados Unidos. Y luego el capitán Allende, creo que era él si no me engaño, dijo muy enojado que, sin contar con un ejército bien ordenado y armado, no podrían levantarse… Ah, y que los de Querétaro habían caído en desgracia…

Manuela se santiguó mirando al cielo y tomó en la mano el crucifijo que colgaba de su pecho. Quisiera que el Todopoderoso los protegiera, que aquello fuese mentira. Temió por Mariano, por su hijo, por su suegra, por ella misma. Pero en ese instante supo que debía ser fuerte, los tiempos no permitían debilidades ni indecisiones.

Remigio, al mirar a su patrona, la imitó postrándose de rodillas, haciendo rápidamente la señal de la cruz sobre cara y pecho, como si deseara alejar una terrible maldición.

—Ay, señorita, no entiendo de qué conversaban, pero no me da buena espina; siento que alguna maleficencia va a acontecer. Dígame usted, ¿debo rezar a la Virgencita para que nos proteja?

Manuela lo miró, conmovida, y se puso de pie apoyándose en su hombro, que al mismo tiempo acarició con sincero afecto.

—Sí, Remigio, por favor reza a la Virgen de Guadalupe y a la de Dolores para que nos protejan. Acuéstate, intenta dormir… y por favor no comentes a nadie lo que escuchaste.

Subió la escalinata, sumergida en las marañas de sus pensamientos y musitando plegarias incompletas: «Por favor, Dios mío… por favor». Se detuvo ante la puerta y se recargó en la pared, mareada, aturdida, intentando recuperar la calma, alejar los malos presentimientos y predisponerse con pensamientos positivos. Si el cura convencía a los capitanes de proseguir con la insurrección, el triunfo sería rápido y pacífico, de no levantarse huirían a Estados Unidos. No había forma de saber qué sucedería; lo único que les quedaba era esperar.

Entró a la habitación; descubrió a Mariano soñoliento y con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede…? —masculló bostezando, sin apartar la cabeza de la almohada.

—Nada, hijito —contestó con dulzura, escondiendo las manos para que no observase el temblor que la sacudía—; escuché ladrar a los perros y bajé a ver si algo se ofrecía.

—¿Por qué ladraban?

—Vaya a saber Dios, a veces ladran nada más porque sí…

—O por las ánimas que vagan quejumbrosas en las noches de malos augurios —bromeó Mariano.

Manuela fingió sonreír.

—Qué patrañas se te ocurren… ya duerme. —Lo besó cariñosamente en la mejilla y cuando su amado hijo cerró los ojos, lo cubrió con la cobija.

Se recostó y tiritó, mas no de frío: la angustia la invadía consumiéndole cada palmo del cuerpo. Su cabeza era un remolino de pensamientos y su alma un aquelarre de emociones. ¿No sería más sensato despertar a Mariano y huir en ese mismo instante? Si la conspiración había sido descubierta, ¿su esposo estaría incluido entre los delatados o solamente fueron denunciados los cabecillas? En caso de escapar a causa de la denuncia quedarían desprotegidos y las autoridades virreinales podrían aprehender a Mariano, Dios no lo quisiera, y hasta fusilarlo. Si, por el contrario, su nombre no era mencionado y por lo tanto la justicia no andaba tras sus pasos, fugarse sería tanto como declararse culpables. ¿Resultaría más inteligente tomar rumbo a Estados Unidos tan pronto despuntara el alba, tal como los conspiradores habían planeado en sus reuniones? ¿Sería prudente esperar? ¿Vendrían ya los militares del gobierno a aprehenderlos? ¿Cómo actuaría el cura Hidalgo?

Con la mente revuelta como enjambre de avispas, sus pensamientos vagaban sin descansar en solución alguna. «¡Dios mío, ilumíname…! ¡Virgen santa, protege a Mariano…! ¡Castígame, pero salvaguarda al padre de mi hijo!».

Decidió no informar a Mariano; era preferible mantenerlo al margen y ya en la mañana, una vez que conocieran a cabalidad los acontecimientos, tomar una decisión prudente.

2

NOCHE ARREMOLINADA

El cura Miguel Hidalgo ya estaba al tanto de algunos rumores que mencionaban una conspiración, en la cual se hallaban implicados varios militares. No quiso darlos por válidos ya que día a día corría ese tipo de chismes; los tiempos eran convulsos y la gente creía descubrir insurrecciones hasta por debajo de las piedras. No obstante, dos días antes había enviado un mensaje a Ignacio Allende para que acudiera a Dolores, con la intención de repasar entre ellos los planes preestablecidos, discutir sobre la posibilidad de adelantar el levantamiento y consensuar un plan alternativo.

Allende había arribado al pueblo la tarde del viernes 14 de septiembre y, como era costumbre, se alojó en la casa del cura. Tras cenar unas enchiladas potosinas, la especialidad de las hermanas del cura, ambos se recluyeron en el gabinete, donde el sacerdote realizaba sus labores administrativas, para charlar mientras tomaban chocolate con leche y bizcochos.

—Deben de ser habladurías sin sustento —dijo Hidalgo mientras endulzaba su chocolate con terrones de piloncillo—; ya son tres rumores que escucho en tan solo dos semanas, y de seguro este será tan falso como los anteriores. Es más, las personas que lo propagan no mencionan con certeza nombre alguno.

—Es posible, don Miguel, pero es de sabios entender que «cuando el río suena, es que agua lleva» —opinó Ignacio, alisándose las pobladas patillas—; el día menos pensado será una delación real, por lo cual debemos precaver cualquier eventualidad, quiera Dios que no suceda.

—Por eso mismo he solicitado que vinieras —explicó, clavando sus verdes y penetrantes ojos en Ignacio—. Necesitamos repasar el plan y adelantar la fecha. En Querétaro es donde puede haber mayores peligros; son muchos los apalabrados y, si uno solo se arrepiente, estaremos perdidos…

—Estoy de acuerdo: es imprescindible organizarnos sin contar con ellos. Si nada perturba nuestros planes, el día del levantamiento será durante las fiestas parroquiales de San Miguel, de otra forma… solo Dios sabe.

Tras una larga conversación acordaron reunirse con Juan Aldama y, en conjunto, crear un plan alternativo. Mientras tanto, Hidalgo lo conminó a permanecer alerta e intentar averiguar el alcance de los rumores.

El sábado por la mañana lo dedicaron a revisar las armas que Hidalgo tenía almacenadas en sus talleres de alfarería, lanzas en su

mayoría, y fueron a la hacienda de Santa Bárbara a constatar el avance de los machetes que allá elaboraban. Por su parte, Ignacio inspeccionó las armas que se guardaban en el pequeño cuartel del pueblo: apenas dos docenas de fusiles, cinco pistolas, pólvora y municiones. «Si de verdad nos delatan», pensó preocupado, «nos tomarán absolutamente desarmados».

Utilizando la astucia que le había merecido el apodo de el Zorro, Hidalgo fue a jugar cartas la noche del sábado, como siempre, a casa de don Nicolás Fernández del Rincón, subdelegado de Dolores, quien no merecía sus afectos: si bien había nacido en América, profesaba ideas contrarias a la independencia. No pretendía pasar un rato de diversión; deseaba averiguar si los rumores habían alcanzado a otras personas del pueblo.

En una mesa ubicada en el sencillo comedor, decorado con policromados platos de cerámica elaborados en los talleres del cura, jugaban tresillo, juego de naipes que tanto gustaba a los europeos. La partida no le favorecía porque, más preocupado en obtener información, desatendía el juego. En la mesa se hallaban también doña Teresa, la rubicunda esposa de don Nicolás, muy dada a la espontánea carcajada; don Ignacio Díez Cortina, gachupín recolector del diezmo, y doña Encarnación, su silenciosa, enjuta y abnegada mujer.

—Las noticias llegadas de España no son halagüeñas —dijo don Miguel, marcando un estudiado gesto de aflicción.

—Ni me lo recuerde, padre, los sucesos son alarmantes —agregó al instante don Ignacio con perfecta pronunciación de eses y ces, a la usanza de los nacidos en España—. Hoy hemos de olvidar pesares y preocupaciones; jugad sin temores, os lo suplico.

—Don Ignacio —comentó Hidalgo con una sonrisa maliciosa—, ¿cómo no preocuparnos?; el pueblo considera a las autoridades de Nueva España capaces de entregar el reino a los franceses, enemigos de nuestra santa religión, como ya sucedió en España.

—¡Eso jamás sucederá en estas tierras! —protestó don Nicolás levantando el dedo índice para acentuar su pronunciamiento—. Los nacidos en América somos fieles a Fernando VII… ¡Las tropas de Napoleón jamás pisarán Nueva España!

—Podría meter la mano al fuego por ustedes, hijos míos —dijo el cura sacando su cajilla de rapé y llevando un poco del polvo de tabaco a su nariz—, pero no ciertamente por las autoridades de la Ciudad de México. En Madrid los principales colaboradores de su majestad se han rendido ante Pepe Botella. ¿Quién asegura que acá no harán lo mismo? Por ello a diario se escuchan rumores de levantamientos.

—¡Paparruchas; que lo digo yo! —Manoteó el gachupín don Ignacio —. En lo personal no he oído rumor alguno; esas son comidillas de gente vulgar, chusma sin oficio ni beneficio.

Doña Encarnación colocó sobre la mesa el rey de bastos, carta que le daba el triunfo en la partida, y sin ocultar un tremendo placer agregó entre resoplidos y carcajadas:

—Mientras vosotros os perdéis en política, yo gano una y otra vez. Poned atención, el triunfo sencillo no causa placer.

La criada de la casa, una mestiza de cuerpo rechoncho y baja estatura, peinada con dos largas trenzas, apareció tras la puerta.

—Perdonen, sus mercedes, un mozo busca al cura Hidalgo.

Un mal presentimiento invadió al cura. Mantuvo la calma y, disculpándose con los anfitriones, se puso de pie para dirigirse al zaguán donde le esperaba Mateo, embozado en un sarape, ya que una persistente llovizna caía sobre el pueblo y sus cercanías.

—Padre, el capitán Allende pregunta que si debe esperarlo despierto.

—Regresa y dile que cene y me espere —ordenó, aliviado al constatar que no había malas noticias.

Retornó a la mesa sonriente y tranquilo.

—Un recado de mi hermana Vicenta —aclaró al sentarse campechanamente en la mesa—. Preguntaba que si debía prepararme algo para cenar cuando regrese.

—¡Santo cielo! —exclamó doña Teresa—. Como si en esta casa no atendiésemos a nuestros invitados. Ande, don Miguel, coma otro bizcocho; yo misma los he horneado.

Hidalgo ganó dos partidas y perdió las demás. Finalmente decidió retirarse, pero antes solicitó al colector de diezmos doscientos pesos prestados, para sufragar obras urgentes de la parroquia —mintió; deseaba saber dónde guardaba el dinero recaudado, por si fuera necesario—. El otro no tuvo empacho en dárselos, así que ambos pasaron un instante a su habitación, donde ocultaba las monedas en un cofre con candado de por medio.

Al recibir las monedas, don Miguel las abrazó sobre su pecho; sabía que necesitarían de todo el dinero disponible para encaminar sus planes. De solo pensarlo, un eléctrico escalofrío recorrió su nuca.

En su casa lo esperaba Allende, sentado en un equipal y fumando un cigarrillo.

—¿Te han dado de cenar mis niñas? —preguntó Hidalgo mientras tomaba asiento sobre el equipal ubicado frente a Ignacio.

—Sí, gracias —contestó amable, pero de inmediato soltó la pregunta que le aguijoneaba el alma—. ¿Pudo averiguar algo?

—Nada. Te lo dije, son meros rumores.

—Bendito sea Dios.

—Vamos a descansar. —Don Miguel bostezó mientras comenzaba a desabrocharse la sotana—. Mañana es la fiesta de la Virgen de los Dolores y hemos de levantarnos antes del alba a los oficios y festejos.

No habían pasado dos horas cuando, a eso de la una de la madrugada, el resonar de caballos y un nervioso repiqueteo en el cristal despertaron a don Miguel, quien de inmediato abrió la ventana y descubrió a Juan Aldama e Ignacio Pérez afuera de su casa, con sus caballos visiblemente agotados; seguro habían acudido a galope continuo.

—Juan, ¿qué sucede? —profirió el cura en voz baja, intentando no despertar a los vecinos.

—Abra la puerta —susurró Aldama—. Soy portador de malas noticias.

No fue necesario agregar más: don Miguel encendió una lámpara, fue hasta el portón y dio paso a los caballeros, quienes ingresaron con todo y monturas para no despertar sospechas en la calle. El rostro de Juan Aldama se veía demacrado y en extremo nervioso, al igual que el de Ignacio Pérez, a quien bien conocía por ser alcaide de la prisión de Querétaro, ubicada debajo de los apartamentos del corregidor Miguel Domínguez y su esposa Josefa.

—¡Don Miguel, hemos sido delatados en Querétaro! ¡Estamos perdidos! —exclamó Aldama, vestido de levita y frac, como si viniera de una fiesta—. ¿Dónde está Ignacio?

—Duerme en la habitación de siempre, al fondo de la huerta.

—¡Voy por él! —se ofreció el alcaide Pérez y salió corriendo.

—Padre, estamos perdidos, debemos continuar con el plan y huir a Estados Unidos.

—Tranquilo, Juan, nada ganaremos con precipitaciones. Pensemos cabalmente antes de actuar.

—¿No ha escuchado? ¡No hay tiempo para nada; estamos perdidos!

Apareció Allende, desgreñado, vestido de prisa, con los pies descalzos y la blanca camisa desfajada.

—¡Juan tiene razón: debemos huir a Estados Unidos en este mismo instante! —exclamó Allende visiblemente espantado, todavía aturdido por el abrupto despertar.

Hidalgo tomó asiento en uno de los equipales del corredor que circundaba la pequeña huerta. Al observar que sus hermanas estaban despiertas y espiaban tras la ventana de su habitación, decidió llamarlas:

—Vicenta, Lupita —gritó—, háganme el favor de preparar chocolate; como se habrán percatado, tenemos invitados.

—¡Pero ¿qué hace, padre?, no hay tiempo que perder! —protestó de

nuevo Aldama—. ¡Ya debe estar en camino alguna cuadrilla para arrestarnos!

—Usted mismo decidió que, de ser descubiertos, marcharíamos a Estados Unidos para continuar los planes allá —agregó Allende de inmediato.

—Sí, Ignacio, pero este momento exige serenidad. Huir ante el primer riesgo no es digno de personas honorables como ustedes, mucho menos de quienes pretenden libertar a la patria.

Los dos militares y el alcaide guardaron silencio, desconcertados.

—Señor Pérez, por favor explíqueme lo sucedido.

El alcaide procedió a narrar que en Querétaro habían sido delatados por un gachupín, Francisco Buera, quien había descubierto que en casa de Epigmenio González se guardaban armas de manera sospechosa. El corregidor Miguel Domínguez, intentando salvar la situación, había acudido a la casa de Epigmenio quizá para confundir a los inspectores, pero en el cateo encontraron las armas almacenadas y papeles que comprometían a varias personas más de la junta secreta.

—Válgame Dios, pobre Epigmenio —se lamentó el cura con auténtico pesar—. Hemos perdido a un hombre valeroso y progresista como pocos. ¿Y cómo te enteraste?

—Doña Josefa —continuó el alcaide—, a la que su esposo había dejado bajo llave para impedirle alguna imprudencia, pudo avisarme. Al referirme lo sucedido, aguardé el amanecer y fui a caballo a San Miguel; llegué comenzada la noche y encontré al capitán Aldama en un baile. De ahí vinimos a Dolores tan prestos como pudimos.

—¿Hoy por la mañana, cuando partiste, se encontraban libres don Miguel y su esposa?

—Sí, padre. Creo que las autoridades catearon a otros inculpados por la noche, pero los corregidores seguían en su casa. Quizá no encontraron nada que los incrimine o Epigmenio no ha delatado a nadie.

—¿De acuerdo, señores? —dijo Hidalgo, recargando tranquilamente la espalda en el respaldo del asiento—. Tenemos tiempo para meditar y tomar decisiones correctas.

Llegaron Lupita y Vicenta sin ocultar su temor; habían escuchado la discusión desde la cocina y a Lupita, la menor, le temblaba la mano al servir el chocolate en tarros de barro.

—¿Ya ven? Han conseguido asustar a mis niñas. Estense tranquilas —les habló cariñoso—. Vayan a descansar; nosotros nos atendemos solos, pero antes díganle a Mateo que venga.

La discusión comenzó de inmediato. Allende sabía que, valiéndose solo del regimiento de dragones de la reina, cuyo cuartel central se ubicaba en San Miguel el Grande, no podrían enfrentarse a las fuerzas realistas. Al ser descubierta la conspiración en Querétaro, deberían

olvidarse del apoyo de los regimientos de Querétaro y muy posiblemente de Guanajuato y Celaya, con los que contaban en un principio.

Mientras los otros discutían la mejor ruta para escapar al norte, don Miguel reflexionó sobre la situación: ciertamente el regimiento de Querétaro estaba perdido, pero, si actuaban con rapidez, contarían con los dragones de la reina de San Miguel el Grande. También pensó que al amanecer la plaza de Dolores estaría atiborrada de indios, mulatos y rancheros por ser domingo, día de mercado. Su mente era un torbellino de pensamientos cuando, llevado por un impulso irresistible, sin decir una sola palabra fue a su habitación y comenzó a vestirse ante la mirada curiosa de los otros, que le siguieron. Cuando apareció Mateo, sin dudarlo un instante le ordenó que fuese en busca de los dos serenos del pueblo, José, el Ralleño, y Vicente Lobo, además de los artesanos alfareros, los peleteros y los carpinteros; que fuesen todos a su casa en ese mismo momento.

Se calzó las botas de montar y se puso de pie, con una seguridad que dejó pasmados a Allende y Aldama.

—¡Caballeros, estamos perdidos! —los arengó Allende con energía—. ¡Aquí no hay otro recurso que ir a coger gachupines!

Aldama, el más nervioso, protestó alarmado:

—¡Señor, qué va a hacer, por favor vea lo que hace!

Don Miguel tomó del hombro a Allende, quien se había tranquilizado al observar la entereza del sacerdote, vestido ahora como si fuese a cabalgar y no a oficiar misa, y le dijo con una sonrisa:

—Ignacio, ahora mismo damos la voz de libertad.

La noche acumuló un torbellino de acontecimientos; el cura, preso de una energía que a él mismo sorprendía, no cesaba de girar órdenes ante los ojos expectantes de Allende, que sin darse cuenta reaccionaba como un subalterno y no como un jefe del mismo nivel que Hidalgo, según habían acordado en las juntas conspirativas.

Hidalgo, acostumbrado a mandar y administrar, tanto por sus labores en la parroquia como en sus industrias, dispuso lo necesario para accionar ante los embates del destino. Primero mandó reunir a unos quince hombres, sus más cercanos y fieles, entre ellos su hermano Mariano, al que llamaba Marianillo porque era diecisiete años menor y que por ser en extremo metódico le ayudaba con la contabilidad del curato y las haciendas. Hizo traer hondas y otras armas que tenían ocultas, tomó una imagen de la Virgen de Guadalupe y la colocó sobre un lienzo blanco; con ella en las manos habló a los reunidos en su casa:

—¿Recuerdan lo que juramos cuando decidimos liberar nuestra

patria del mal gobierno? Pues ha llegado el momento de actuar… ¡Viva nuestra Señora de Guadalupe!

—¡Viva! —contestaron los hombres a coro, algunos temerosos pero la mayoría con verdadera pasión.

A continuación Hidalgo se dirigió al cuartel, seguido del contingente, donde se les unieron los pocos soldados del destacamento de plaza. Luego fueron a la cárcel para liberar a los cincuenta reos ahí ubicados y, finalmente, distribuyó a los hombres en diferentes grupos con la tarea de apresar a los gachupines del pueblo, sin importar que fuesen amigos o hubiese jugado cartas con ellos unas pocas horas antes.

Después fue a la casa de gobierno a tomar el cofre con monedas, y a los domicilios de los gachupines apresados para incautarles el dinero que tuviesen. «Una revolución no prospera solo con palabras y promesas», dijo a sus seguidores.

Serían las cuatro de la madrugada cuando sonaron golpes en el portón. Manuela había logrado dormitar a breves intervalos, despertaba sobresaltada con el mínimo ruido, y aquellos aldabazos le hicieron erguirse de golpe con un estremecimiento en el abdomen. Mariano, dormido relajadamente, permanecía de costado, con las piernas un poco encogidas. «Mi hijito», pensó Manuela, «Dios nos proteja».

Salió de la cama, colocándose el rebozo verde sobre los hombros, y caminó sigilosamente hasta la baranda del patio central. Observó cómo Remigio abría la puerta y daba paso al sargento Antonio Martínez, que venía a todas luces agitado.

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosa mientras bajaba la escalinata tan rápido como podía.

—Necesito hablar con mi capitán Abasolo, es urgente.

Manuela regresó a la habitación y despertó dulcemente a su amado con besos cariñosos y palmaditas maternales. Cuando este se espabiló, Manuela le comentó que el sargento Martínez traía un recado; no se atrevió a ponerlo al tanto de lo acontecido en las horas anteriores para evitar que se enojara por no haberle informado. Mariano bostezó despreocupado; se ciñó los pantalones de un salto, como acostumbraba, y cubriendo los pies con unas chancletas, fue al zaguán.

—¿Qué sucede, sargento, por qué tanta alharaca?

—¡Mi capitán! —Se cuadró al verlo llegar—. Disculpe usted, pero son órdenes del cura Hidalgo.

—Válgame Dios, ¿y desde cuándo los curas dan órdenes a los militares? —preguntó Mariano en son de broma, pensando que el militar se había confundido.

—Desde hace unas tres o cuatro horas, mi capitán —contestó marcialmente, sin rasgo alguno de chanza.

Manuela palideció; de un chispazo entendió lo que había sucedido: el levantamiento había comenzado y seguro estaban organizando a la gente.

—Me solicitan que encarcele al señor Gatica, que vive aquí en su casa, y ordenan que me dé la llave de la tienda del mismo señor.

—¿Pero qué crimen ha cometido el señor Gatica, de qué se le acusa?

—No sé, mi capitán —mintió, pero después agregó titubeando—: Bueno, crimen como tal, ninguno.

—¿Entonces?

—El señor Gatica es gachupín, mi capitán; el padre Hidalgo nos ha ordenado encarcelar a todos los nacidos en España, sin excepción alguna, y apoderarnos de sus posesiones para bien de la causa.

Manuela se acercó a su amado y lo abrazó. Quería apoyarlo para que cumpliera cabalmente con su deber; lo que ordenaban a su marido era parte del plan: tomar a los gachupines como rehenes.

—¿Qué opina el capitán Allende al respecto? —inquirió Mariano.

—Él mismo ha encarcelado a varios, mi capitán.

Mariano agachó el rostro, fue por la llave y la entregó con la creciente sensación de estar cometiendo pecado; luego señaló que el señor Gatica vivía en la parte posterior de la casa, donde le tenían rentados unos cuartos. En ese momento comenzaron a repicar las campanas de la parroquia llamando a misa de cinco, la primera del día. Manuela abrazó a su marido y le dijo convencida:

—Debemos ser fuertes y obedecer al cura. Si él encabeza el levantamiento, seguro venceremos pronto.

Manuela se vistió de colores oscuros y una falda con amplios vuelos para asistir a la misa; le urgía enterarse de todo lo ocurrido y por ocurrir, ya que su tranquila y halagüeña vida ahora parecía pender de un hilo. Antes de salir, fue a despertar a Rafaelito y lo dejó al cuidado de Pilar, su crida de mayor confianza, para que le sirviese el desayuno. Doña Micaela, su suegra, se había levantado con las campanadas de la iglesia y, al referirle lo sucedido, se tumbó de nuevo en cama, lamentándose por un repentino mareo acompañado de sofocos. Era común que las noticias alarmantes le produjeran trastornos; Manuela los consideraba quejumbres propias de la anciana, pero en esta ocasión sus achaques le parecieron justificados.

Salieron de la casa, cruzaron el callejón e ingresaron al atrio, ya en ese momento atestado de familias de indios, vestidos pulcramente para la ocasión: los varones con pantalones, camisas de manta blanca anudadas con cintos coloridos a la cintura y grandes sombreros de paja; las mujeres con faldas de manta oscura y túnicas bordadas. Era día de fiesta y acudían luciendo trajes ceremoniales.

Cerca de la puerta del templo se encontraba Ignacio Allende, vestido de civil, con botas, pantalón y casaca, escudriñando a diestra y siniestra como si buscase algún enemigo entre los asistentes.

—¡Ignacio! —le gritó Mariano, agitando la mano para llamar su atención, mientras se le acercaba con su esposa.

—Buenos días, Manuela —Ignacio saludó primero y después se dirigió a su amigo—: ¿Dónde has estado? ¿No sabes lo que ocurre? —lo increpó molesto.

—En mi casa, dónde más podría estar.

—Prepárate a partir en unas horas, el levantamiento ha comenzado.

—Pero… ¿por qué?

—Fuimos denunciados en Querétaro y no hubo más remedio que echar a andar los planes. En unos minutos don Miguel convocará al pueblo entero a unirse a la causa.

Sin decir una palabra más, Allende dio media vuelta y fue con Aldama, quien desentonaba entre la muchedumbre: vestido elegantemente de frac, pantalón y camisa de holanes. Manuela sentía que una espina se le clavaba en el vientre; había escuchado que su marido la abandonaría en unas horas y aquello le producía infinitos temores.

Entraron al templo y rezaron con mayor devoción que nunca. Hidalgo no ofició la misa, pero, sentado en la primera banca y más encorvado que de costumbre, se le notaba un fervor inusual. Durante el oficio Manuela notó que los presentes no dejaban de murmurar: referían aprehensiones de gachupines y saqueos de los bienes de la gente, ya fuesen adinerados o humildes labradores, con gestos turbados y escandalizados, pues también habían aprisionado al mismo padre Bustamante, sacerdote nacido en España.

Terminado el oficio salieron al atrio, y desde los escalones superiores de la iglesia el cura se dirigió a la multitud con una pequeña imagen de la Virgen de Guadalupe entre sus manos. Manuela puso atención a cada palabra expresada; escuchó lo que ya había sido repetido varias veces por su marido y el mismo Allende: que el reino y la religión corrían peligro porque los franceses habían tomado España y ahora deseaban hacer lo mismo con nuestra patria. Que allá en ultramar las principales autoridades se habían entregado a Napoleón, y el gobierno espurio de Nueva España actuaría de igual manera: entregaría nuestra patria y nuestra religión a manos de los infieles. La plebe, enardecida al escuchar las amenazas a la santa religión, vociferaba cada vez con mayor brío. Entendía aquello no como una revolución, sino como una guerra santa.

—¡Hijos míos, únanse conmigo! ¡Ayúdenme a defender la patria! Los gachupines quieren entregarla a los impíos franceses. ¡Se acabó la opresión! ¡Se acabaron los tributos! ¡Al que me siga a caballo le daré un peso, y a los de a pie cuatro reales! ¡Viva nuestra Señora de Guadalupe!

—¡Viva! —prorrumpieron en un solo grito los reunidos.

Los indios no dejaban de gritar enfebrecidos, los criollos del pueblo se miraban espantados. Aquello era apoteósico y a la vez temible. Jamás se había visto al pueblo tan unido. Manuela creía estar alucinando, engullida por un torbellino de gran nervio que la apresaba dentro de una fuerza desconocida: la energía popular. No salió de su turbación hasta que el padre Balleza se les acercó tranquilamente.

—Manuela, perdón que la distraiga de tan memorable suceso. Don Miguel me ha solicitado que les comunique su primera obligación.

—Dirá usted, padre, estoy para servirle —contestó con humildad, sin lograr salir completamente del aturdimiento que la agobiaba.

—Usted y su marido deberán alimentar a los presos. Espero que no sea un inconveniente mayor; todos debemos servir a la causa.

—Por supuesto, cuente con nosotros. —Se comprometió de inmediato.

Partieron rumbo a su casa para ver a Rafaelito, que por sus escasos cuatro años requería muchas atenciones, y a realizar los preparativos de la encomienda. Iban cruzando la callejuela cuando divisaron entre la multitud a Juan Lecanda, montado a caballo, desconcertado por lo revuelto de la muchedumbre y mirando distraído a diestra y siniestra para entender qué diantres sucedía. Juan era el administrador de su hacienda El Rincón, nacido en las islas Canarias y por lo tanto gachupín. Manuela, en un acto impulsivo, corrió hacia el hombre levantando los brazos para llamar su atención; Mariano, sorprendido por la acción, fue tras ella.

—¡Don Juan, don Juan! —gritó, pero su voz era disminuida por el escándalo de indios y campesinos—. ¡Don Juan…!

Por último, para hacerse notar debió interponerse al avance del caballo, lo que hizo que el animal se levantase en dos patas. El administrador salió de su ensimismamiento y descubrió a su patrona frente a él, visiblemente alarmada. De un solo movimiento se apeó y, tomando las riendas del corcel para tranquilizarlo, se acercó a Manuela mientras Mariano se les unía.

—¡Señora!, ¿qué sucede? ¿Les puedo auxiliar en algo?

—¡Huya… váyase ahora mismo; están encarcelando a todos los europeos y usted corre peligro!

—¿Pero por qué? —preguntó consternado mientras dirigía la mirada a Mariano, intentando que alguien le explicase.

—¡No importa, huya… Sálvese, por amor de Dios! —le ordenó.

El hombre montó de nuevo y espoleó a la bestia para salir a todo galope rumbo al campo.

—No comentes a nadie lo que has hecho —susurró Mariano con temor—; esto ya es un movimiento militar y el desacato es castigado con severidad.

Manuela se persignó y echó a caminar rápidamente; le urgía abrazar a su hijo, protegerlo.

Entre los prisioneros se encontraban conocidos de toda la vida, algunos de ellos amigos de su difunto padre, Bernardo Abasolo. A Mariano se le hacía un nudo en la garganta tan solo de pensar en

visitarlos. Manuela intentó convencerlo de enviar a varios mozos y criadas con los alimentos para evitarse la vergüenza y mortificación, pero su marido, fiel a sus creencias religiosas, estaba convencido de que nada sustituiría a la piedad cristiana.

Para el almuerzo realizaron un menú sencillo, considerando satisfacer al común de los reos, los cuales, les habían dicho, sumaban dieciocho. Manuela, para darse ánimos y justificar los arrestos, reflexionó sobre la reducida proporción de gachupines en comparación con los norteamericanos: se calculaba que en toda la jurisdicción de Dolores habría unas cuarenta mil almas, y entre ellas, a lo sumo, quinientos eran los nacidos en España, pero a pesar de su reducido número acaparaban los cargos de gobierno más importantes y las riquezas más prominentes.

Les habían informado que uno de los prisioneros estaba herido: Antonio Larrinúa, amigo cercano del cura Hidalgo, quien al oponerse a la aprehensión fue herido con la empuñadura de un machete y sufrió una profunda rajada en el rostro. Decían que Martín, un mestizo dedicado al comercio, le propinó el golpe con el furor de quien clama venganza, debido a un agravio cometido tiempo atrás. Cuando supo que Larrinúa estaba herido, Manuela llevó a la cárcel vendas y ungüentos para curarlo.

La cárcel de Dolores era una sólida construcción que albergaba distintas mazmorras, en las cuales se distribuían los reos según los delitos cometidos. La inmundicia en los claustros era tal que los fétidos olores traspasaban sus muros. Cuando Manuela entró, debió llevarse un pañuelo perfumado con agua de azahar a la nariz para confundir los hedores y contener las ansias de vómito. Al observar la entereza de su marido alejó el pañuelo y procuró ignorar las inconveniencias. Los prisioneros habían sido divididos en cuatro celdas: en las dos primeras se hallaban doce hombres, todos ellos de buena salud, en su mayoría comerciantes o burócratas del virreinato, como don Ignacio Díez Cortina o don Antonio Gatica. El único criollo apresado era Nicolás Fernández del Rincón. Ni a Mariano ni a Manuela les sorprendió aquello: el hombre era un furibundo enemigo de cualquier asunto que oliese a independencia.

Al pasar por las primeras celdas, los reos les gritaban, unos pidiendo su protección, otros insultando y amenazándolos por haberlos encarcelado. Manuela agachó la cabeza y continuó hacia la celda de Antonio Larrinúa, quien se hallaba tirado sobre un catre, con la frente hecha una costra marrón de sangre y lodo. El coraje dibujado en los ojos delataba que su ira no había sido contenida, incluso con el golpazo recibido.

—¡Volved a casa, no he de permitir que una hereje me ponga la mano encima! —dijo alterado—. ¿No os da vergüenza? ¡Os apellidáis

Taboada, por ser hija de un gentilhombre nacido en España!

—Don Antonio, por favor permítame curarlo. —Manuela habló con humildad, desestimando los insultos—. Si no limpio la herida, puede empeorar.

Había aprendido los primeros auxilios en sus visitas de caridad al pequeño hospital de San Miguel; tuvo como maestras a monjas hábiles y cuidadosas. Sin hacer caso de los reniegos del hombre tomó una palangana, humedeció un paño y comenzó a limpiar la herida. El otro permanecía impávido y soportaba el dolor estoicamente, aunque miraba a Manuela con infinito odio.

—¡Vuestra villanía no os salvará de la deshonra y el averno! —masculló entre dientes—. ¡Vosotros, los nacidos en esta América, que pertenece a Fernando VII, sois ruines, cobardes y traicioneros!

Don Antonio era conocido por su recalcitrante odio a los criollos, mestizos e indios, y ofendía continuamente a unos y otros con groseros alaridos. Manuela, sin embargo, se mantuvo sumisa y silente.

—Estese tranquilo, pronto pasará este trance —solicitó con amabilidad, aunque el otro se desviviera en improperios—; es por una causa justa.

—¡Justicia es la que Dios Todopoderoso desencadenará contra vosotros… Sois ruines y herejes!

En ese momento llegó Mariano con los ojos anegados en lágrimas: había conversado con don Luis Marín, íntimo amigo de su difunto padre, y las reprimendas del anciano invocando la amistad con don Bernardo le consternaron de manera inevitable.

—Vámonos, Manuela, no soporto permanecer aquí un momento más. Ojalá Dios nos perdone; no sé qué hemos hecho.

—No te aflijas, mi hijito, recuerda que esto no durará mucho. Piensa que el levantamiento ha comenzado sin baños de sangre; tan solo un descalabrado… y bien que se lo merecía.

IMPOSIBLE RECULAR

Con las manos afianzadas a la baranda del balcón, elaborado en fina herrería, Manuela observaba consternada la partida del naciente ejército libertador. Más parecía una turba o una peregrinación que una marcha militar: al frente iba el padre Hidalgo sobre un hermoso corcel negro. Vestía pantalones, botas, larga casaca gris y un amplio sombrero de palma; a sus costados avanzaban Ignacio Allende y Juan Aldama, también vestidos de civiles. Les seguían dos filas de los dragones de la reina, perfectamente uniformados y alineados; después iban varios rancheros de a caballo en total desorden, y por último un montón de indios a pie. Allende había ordenado a Mariano permanecer en Dolores y alcanzarlos con los gachupines prisioneros.

—En San Miguel se ha orquestado la conspiración —había explicado —, allá hay tantos patriotas que no será necesario utilizar a los presos como rehenes para que se rinda la plaza.

«Serán seiscientos u ochocientos hombres en perfecto desorden», pensó Manuela, mortificada. «Dios los proteja y no se enfrenten a ningún ejército enemigo en su camino a San Miguel, donde podrán reforzarse con el grueso del regimiento de dragones de la reina».

Doña Micaela, a quien la revuelta solo producía jaquecas y continuas exclamaciones de pesar, no cesaba de reprender a su hijo: era imperdonable que fuese cómplice de la barbarie, como nombraba a la insurrección, a pesar de que Mariano intentase explicarle sus motivos.

—Los gachupines pueden entregar el reino a los franceses, enemigos de nuestra santa religión…

—¡Será lo que tú quieras… pero no puedo condescender con semejante atropello! —le interrumpió entre sofocos de angustia—. ¡Tu padre, que en la gloria esté, era nacido en España… y fue un buen hombre, grande y valeroso! ¡Te juro que, si resucitara, volvería a morir! Escúchame bien: Manuela, Rafaelito y yo te acompañaremos a San Miguel; allá hablaré con el padre Miguel y le haré entender que tú no debes seguir en este entuerto. Debes avocarte a tu madre, a tu esposa y a tu hijo.

Mariano no soportaba las críticas maternas y las llamaradas de su propia conciencia. ¿Acaso abandonar su vocación religiosa significaba desechar sus principios más preclaros? ¿No estaba enseñado que Dios aborrecía la injusticia y el pecado? Pensaba que de los diez mandamientos la insurrección cometía falta en dos de los preceptos: «No robarás» y «No codiciarás los bienes ajenos». Las propiedades de

los gachupines habían sido indebidamente hurtadas, en parte por la turba y en parte por el mismo cura para financiar su ejército. Pero él, además, faltaba al cuarto mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre». Estaba mancillando la memoria de su ancestro de manera tal que, no cabía duda, era indigno de su gran herencia y honesta educación.

Manuela, por su parte, lo había reconvenido a comportarse justamente.

—Quien no actúa para impedir la injusticia es cómplice del mal, tan culpable como quien lo ejerce —comentó mientras daba de comer a Rafaelito.

—¿A qué te refieres, Gatita? —preguntó Mariano.

—Me niego a creer que el cura Hidalgo haya ordenado aprehensiones injustificadas y saqueos; deben ser desórdenes de su gente. Nosotros podemos corregir los desmanes y salvar a los inocentes.

Clavó los negros ojos en su esposo, percibiendo claramente que entendía a la perfección su idea, pero él se mantenía en silencio, agazapado.

—De los dieciocho encerrados —continuó tomándole la mano—, tú y yo conocemos quiénes son ruines y quiénes son buenos cristianos. Mañana deberás comandar el traslado de los prisioneros a San Miguel y podrán permanecer en Dolores aquellos que tú decidas. Dios ha puesto en tus manos el bienestar de unos cuantos.

—¿Mañana se va de viaje, papito? —preguntó consternado Rafaelito, sentándose en las piernas de Mariano—. ¿Me voy a quedar solo?

—No, hijo, mañana vienes conmigo de viaje —respondió afligido; las palabras de su esposa le pesaban tanto como una losa sobre la espalda.

Desde su primera visita a la cárcel, Manuela había comenzado a urdir un plan para ayudar a los gachupines prisioneros. No a todos, era imposible, solamente a aquellos que en numerosas ocasiones se habían comportado misericordiosos con los desfavorecidos, sin importar el color de la piel o la clase social. Haber nacido en España, se decía una y otra vez, no marca como pecador a nadie. Y entonces recordaba a su difunto padre, hombre de luces, ejemplar con sus hijos y cariñoso con su esposa. Por su memoria y por la justicia divina, debía actuar a favor de los desposeídos.

Muy temprano, antes del amanecer, ya estaba Mariano vestido con el uniforme de capitán, impartiendo instrucciones a los cuatro militares y diez rancheros que habían permanecido a su mando para el traslado

de los reos. Al ingresar a la cárcel con Manuela entregó una lista al cabo Blancarte para que notificara quiénes deberían viajar. Cinco de ellos permanecerían en el lugar por considerarlos enfermos o ancianos.

Al abandonar la cárcel, don Luis Marín agradeció con los ojos a Manuela, al igual que Antonio Gatica, su inquilino, y otros dos más. El corazón de la mujer se enterneció ante el agradecimiento ofrecido; no les habían notificado de nada, pero por lo visto comprendían a la perfección.

Los presos viajaron montados en burros pareados; Mariano y dos soldados, a caballo; los demás, a pie. Atrás iba el carruaje donde viajaban Manuela con doña Micaela y Rafaelito; llevaba por cochero a Remigio. La travesía fue lenta, y llamó la atención a Manuela que de tramo en tramo se encontraban con pequeños grupos de plebe, ya fueran indios o mestizos, que caminaban rumbo a San Miguel con machetes, hondas, garrotes y rostros entusiasmados. Pareciera que fueran a una fiesta, pero los machetes que blandían eran muestra irrefutable de que el movimiento no sería pacífico como se había pretendido; el desorden se había infiltrado en los seguidores del cura, rebasándolo, y sin duda la sangre correría por el virreinato de la Nueva España.

Arribaron en la tarde; Manuela iba rezando en absoluto silencio para no contagiar la inquietud a su suegra, y mucho menos al pequeñín, a quien el viaje le parecía una aventura y gritaba emocionado al observar a la distancia una hacienda o algunos animales.

Entrando a San Miguel, el espectáculo los conmocionó: la tienda del comerciante gachupín Francisco Landeta, donde Manuela compraba enseres para su casa, había sido saqueada: las puertas arrumbadas en el suelo, los vidrios rotos y algunos cajones yacían tirados por aquí y por allá, atestiguando el desorden sucedido. Lo mismo acontecía con otras tiendas: la plebe había robado sus mercancías y destruido sus puertas y ventanas. La escena era caótica. Doña Micaela se santiguó de inmediato e impidió que su nieto observara los estropicios, mientras avanzaban hasta llegar a la plaza, donde una masa informe de rancheros e indios descansaba a la sombra de los amates de frondoso ramaje.

El sargento se encargó de llevar a los prisioneros hasta el colegio de San Francisco de Sales, donde habían confinado a los apresados en San Miguel. Por su parte, Mariano se hallaba indeciso y temeroso: su madre le había insistido en que ella misma deseaba hablar con el cura, a quien, lo daba por sentado, convencería de marcharse y dejar a su hijo en Dolores. Caminaba de regreso a la plaza por una callejuela cuando se encontró con el coronel Narciso de la Canal, comandante

del regimiento de dragones de la reina, y por lo tanto su jefe. Al verlo se cuadró de inmediato.

—¡Mi coronel!

—Capitán Abasolo, ¿usted también? —fue lo único que atinó a decir el comandante.

—No estoy seguro, don Narciso —dijo ya en posición relajada—. Vengo llegando a San Miguel y las dudas atestan mi mente.

—A mal árbol se arrima, capitán. ¿No conoce los acontecimientos más recientes?

Ante la mirada confundida de Mariano, el coronel le narró que el pequeño ejército que había salido de Dolores creció considerablemente en su paso por rancherías y haciendas. El cura Hidalgo tuvo la brillante ocurrencia de tomar un gran estandarte de la Virgen de Guadalupe en su paso por Atotonilco, y al enarbolarlo cual bandera se le unían numerosos grupos de jornaleros e indios, creyendo que marchaban a defender a la Virgen. Esto hizo crecer el grupo en número con tal denuedo que en pocos días alcanzarían una masa de ocho o diez mil alzados.

—Yo mismo convencí a los gachupines de la villa de que se entregaran pacíficamente —continuó—. Era lo único razonable, y por fortuna me congracié con el capitán Allende para impedir que el mayor Gelati le disparase con su pistola. Ahora estoy tan involucrado en el movimiento que no hay manera de recular.

—¿Qué me aconseja, coronel? No puedo dejar desvalidos a mi madre, esposa e hijo. Sin mi presencia pasarían penurias.

—Hable con el cura, capitán, y expóngale su caso; yo en nada puedo servirle —concluyó tajante.

Caminaron a la plaza central donde el coronel tenía encargos que realizar, en especial conformar pelotones con la gente del pueblo y entrenarlos.

Hidalgo sentía que su cuerpo y su mente obraban con un brío desconocido; sabía que sin duda esta era la empresa de mayor trascendencia en que hubiese participado, y su resolución no admitía medias tintas, o triunfaba o moría en el intento. Sentía un creciente optimismo: a la luz de los últimos acontecimientos todo resultaba como lo había prefigurado, incluso más allá de su imaginación. Por donde pasaba le aclamaban y la gente, enfebrecida de fabuloso entusiasmo, se le unía al grito de «¡Viva Hidalgo! ¡Viva nuestra Señora de Guadalupe!». Esa era la verdad: lo vitoreaban a él, no a Allende. Lo había pensado a cabalidad, y él debería ejercer el mando único; sus planes para la independencia lo requerían. Si bien Ignacio Allende había sido el cerebro orquestador de la conspiración, su visión

resultaba corta y errada; pretendía constituir un gobierno en el que ejerciesen el poder los criollos, pero manteniendo a Fernando VII como rey. Él deseaba lo contrario: la independencia absoluta, cortando todo lazo con España para constituirse como una nación libre y soberana, a semejanza de los Estados Unidos, y, sobre todo, una nueva nación más justa y próspera, donde los desvalidos, esos millones de indios, negros, mulatos y otros mestizos, tuviesen una vida digna y próspera, con reparto de tierras, oportunidades de trabajo y acceso a la educación. La mayoría de la población, lo había constatado en cada curato donde había servido, vivía en un estado lamentable y la independencia de la patria debería significar la libertad económica e intelectual de todos, no solamente de los ricos y poderosos.

En el breve lapso de un par de días ya había discutido en cinco ocasiones con Allende, quien veía con malos ojos a los indios y labriegos que se les unían. Consideraba que la indisciplina de las masas podría causar trastornos en el momento de la batalla, además de provocar saqueos y desmanes que en nada beneficiaban al movimiento. Pero Hidalgo consideró exactamente lo contrario; el pueblo les daría el triunfo porque un ejército de cincuenta mil hombres, por muy indisciplinado que fuera, abatiría con facilidad a un regimiento de siete u ocho mil soldados bien entrenados. Todo se reducía a un cálculo matemático: siete u ocho hombres contra uno aseguraban el triunfo. Además, lo había entendido desde un inicio, las masas lo mantendrían a la cabeza del movimiento.

El cura se hallaba en aquellas conjeturas, tras una ventana de la Casa Real, mirando los movimientos de las tropas que cubrían la plaza con sus sombreros, cuando observó que Mariano Abasolo se acercaba por el jardincillo central de la plaza junto a doña Micaela, Manuela y su hijo Rafaelito. De inmediato imaginó las intenciones del joven.

—Ve a la puerta —ordenó a un jovencillo que le servía de asistente— y diles que solo permitan el paso al capitán Abasolo; prohíbo la entrada a mujeres y niños, ¿entendido?

El chico salió corriendo escaleras abajo y logró interceptar a Mariano y su familia. Doña Micaela hizo muecas de disgusto, pero debió tragarse sus maldiciones; dos soldados del regimiento de San Miguel le cortaban el paso. Mariano, dubitativo y amilanado, avanzó por la escalinata hasta llegar al segundo piso y luego al salón donde el cura lo esperaba. Iba a saludarlo con un beso en la mano, como siempre, cuando don Miguel lo corrigió:

—Desde ahora me saludarás como exige la disciplina militar —dijo con severidad, irguiéndose y llevando una mano hacia la frente.

Mariano se cuadró de inmediato, confundido y extrañado. ¿Desde cuándo el cura era militar y con mayor rango que el suyo? Tan pronto realizó el saludo, comenzó a hablar.

—Don Miguel, me atrevo a distraerlo por la amistad que nos une y en nombre de mi familia.

El cura lo miró impasible mientras de reojo observaba a Manuela y a doña Micaela sentarse en una banca del jardincillo central.

—Mire usted a mi familia —continuó quejumbroso—; dos mujeres desamparadas y una criatura que en mi ausencia sufrirán penurias. Mi madre le ruega que acceda a mi petición y me permita permanecer en Dolores, donde podré realizar los encargos que usted me dicte; es más, le ofrezco cuidar a sus hermanas y protegerlas.

Don Miguel lo pensó rápidamente; en caso de condescender estaría dando un mal ejemplo a los demás oficiales. Nadie debería abandonar el movimiento, nadie.

—Capitán Abasolo —dijo con tono marcial y autoritario para que dos guardias presentes escucharan—, su vida está en riesgo en Dolores y en cualquier rincón del reino; su nombre ha sido denunciado a las autoridades y existe orden de arresto contra usted. —El cura se acercó tomándolo fraternalmente del hombro y le susurró—: Como comprenderás, no te queda otra alternativa que acompañarnos; la única seguridad para tu familia estriba en triunfar con las armas. Vaya con el capitán Allende y póngase a sus órdenes. Mañana marchamos rumbo a México.

Mariano, decaído y cabizbajo, obedeció con resignación. El cura tenía razón, pensó, no había más remedio que sumarse a las tropas.

EL ZORRO Y SUS ARDIDES

Doña Micaela se desmejoró al escuchar la noticia de los mismos labios de su hijo; un repentino sofoco la invadió y hubo de tumbarse en cama profiriendo quejumbres; por fortuna doña Francisca Garcilaso, comadre suya, le facilitó una habitación en su casa para reposar. Manuela parecía alma en pena: su amado partiría a una aventura a todas luces riesgosa; se arrepintió de haberlo alentado a unirse a la conspiración y de haber confiado en que el plan funcionaría. Un profundo temor se arraigaba en lo más profundo de su alma: su amado podía morir, pero también estaba convencida de que no debía renunciar a la insurrección; el futuro de su familia dependía de ello. Al conocer que don Ignacio Aldama permanecería en San Miguel el Grande al frente del gobierno provisional, pensó que podría convencer al cura de que su marido permaneciese en Dolores de manera similar, ajeno a los peligros de la guerra.

Como el ejército pasaría por Chamacuero, decidió acompañar a su marido so pretexto de organizar un almuerzo para las tropas. «Debo jugar una carta definitiva», había pensado; «el cura requiere dinero para la revolución y quizá con monedas pueda mantener a Mariano a salvo».

Dejó al hijo a cargo de la suegra, indicándole que volvería en la tarde por ellos y solicitándole que rezara a la Virgen de los Dolores. «Si la Virgencita nos concede el favor», explicó guiñando un ojo en complicidad, «hoy mismo regresaré acompañada de su hijo».

Muy temprano se encaminó junto con Mariano y un piquete de soldados de avanzada. El camino estaba lodoso por las lluvias; no obstante, llegaron en un par de horas, ya que se encontraba a unas cuantas leguas de San Miguel. Al recorrer sus calles, fueron recibidos con algarabía por algunos indios y jornaleros que, conociendo el advenimiento de Hidalgo y su ejército, se habían congregado para enrolarse en el movimiento. A Manuela le llamó la atención que ahora acudían familias enteras, cargando niños a cuestas. ¿Por qué los seguirían las esposas y los hijos? ¿Acaso para ayudar en el saqueo y el transporte de lo hurtado?

Fueron directo a la casa del difunto padre de Manuela, habitada ahora por la tía Concepción y su hermano Pedrillo. La amplia casona se ubicaba en la plaza central, donde se levantaba la hermosa parroquia de una sola torre, a un costado de los sólidos muros del convento de San Francisco. Poseía al frente un enorme atrio que funcionaba de explanada para los oficios religiosos de los indios.

Lo primero que hizo fue saludar a su tía y encargarle que, junto a otras mujeres principales, preparasen los alimentos para el ejército, algo sencillo: huevos, chilaquiles y de ser posible guajolote o pollo. Luego, sin notificar a Mariano, fue a prevenir a los gachupines que no habían salido del pueblo para que huyeran. Desgraciadamente, ni el párroco José María Téllez, ni don Blas de la Cuesta, quien consideraba que con algo de dinero libraría la prisión, quisieron escuchar sus advertencias. No obstante, su corazón se inflamó de dicha al ver huir a galope a un tío suyo y a dos amigos de su difunto padre rumbo a Querétaro o Celaya.

A mediodía llegó al improvisado ejército el cura Hidalgo. Vestido con largo abrigo, pantalones, botas negras y sombrero de ala ancha, iba a la cabeza portando la imagen de la Guadalupana; a sus costados iban Allende y Aldama, ahora perfectamente uniformados con sombreros bicornios a la usanza de los ejércitos napoleónicos, seguidos de unos cien soldados del regimiento de dragones de la reina que custodiaban a los prisioneros, y tras ellos una multicolor muchedumbre de más de dos mil hombres, tanto a pie como a caballo. Aquella masa humana estaba conformada por criollos pueblerinos, rancheros, mulatos, negros y sobre todo una gran cantidad de indios, de los cuales muy pocos contaban con armas de fuego. Algunos portaban lanzas y la inmensa mayoría cargaba machetes, cuchillos, hondas, o muy especialmente garrotes, su arma más usada.

El desfile concluyó con las familias de la plebe, un sinnúmero de perros callejeros, carros cargados de legumbres, cerdos y guajolotes, así como gente arriando becerros y chivos para alimentar a la tropa.

Manuela y Mariano recibieron a Hidalgo en la puerta; él lo saludó con gallardía y ella con la más cándida de sus sonrisas. Tan pronto se apeó el cura, ordenó al padre Balleza liberar a quienes estuviesen en la cárcel, apresar a los gachupines y confiscar sus bienes; le recalcó que detuviera especialmente al cura José María Téllez, quien no se había presentado a recibirlo, acción que demostraba su oposición al movimiento. Manuela se enteró con gran pesar de que para ese día ya contaban con más de setenta prisioneros, algunos atrapados en plena fuga, otros en San Miguel y unos cuantos en los pueblos o haciendas colindantes.

La soldadesca se distribuyó en la explanada y los oficiales pasaron a casa de Manuela, donde les tenía preparada una suculenta comida a la sombra de la huerta. La hora de comer transcurrió en un ambiente cordial y festivo, ya que el ánimo de Hidalgo era confiado y alegre, lo cual aseveraba que el éxito de la empresa era a todas luces inminente. Entre plato y plato alababa los guisos sin dejar de bromear sobre los

asuntos más insignificantes o alardear de la rapidez con la que aumentaban las tropas libertarias.

—Disfruten esta comida —rio Hidalgo—; no sabemos cuándo habremos de alimentarnos como Dios manda.

—Sería bueno descansar un par de horas antes de proseguir —propuso Allende mientras sorbía un poco de vino que Manuela les había servido.

—¡Nada! No hay tiempo para siestas, que los holgazanes no verán el paraíso —bromeó don Miguel y agregó en latín—: *Vitanda est improba siren desidia*; bien lo dijo Horacio: «Permanece atento ante la malvada tentación de la desidia». ¡Haremos la digestión camino a Celaya…!

—¿Celaya? —Ignacio se contrarió; le molestaba que el cura comenzara a tomar decisiones sin consultarlo, adueñándose del poder total de la insurrección y relegándolo deliberadamente. Molesto arengó—: Habíamos acordado dirigirnos a México.

—Cierto, pero hace unos minutos me informaron que ayer estuvo por aquí un piquete de soldados para trasladar cofres con dinero a Celaya —explicó el cura con una sonrisilla en los labios—. Debemos engrosar las arcas.

En eso llegó Nacho Camargo, primo de Manuela, y pidió ser recibido. Manuela misma fue a la puerta a darle la bienvenida, y descubrió que venía acompañado de un grupo nutrido de jinetes.

—¡Prima, benditos los ojos que te miran! —saludó, caballeroso y guasón, cual era su costumbre—. Vengo a unirme al señor cura para liberar a la patria.

En camino hacia el patio Nacho comentó orgulloso:

—La familia no puede permanecer de brazos cruzados; Mariano, yo y Pedrillo honraremos nuestros apellidos.

—¡Pedrillo quiere unirse al cura! —exclamó sorprendida y aterrada; desde la muerte de su padre su hermano menor estaba bajo su protección y, si bien el muchacho ya había cumplido los diecinueve años, ella aún lo miraba como un niño indefenso—. ¡No me ha dicho nada de eso!

—Ah, pues de seguro no quiere contrariarte. Además, las cosas han sucedido tan precipitadamente que no hay tiempo para consultas, «a río revuelto ganancia de pescadores».

Llegaron a la huerta donde se encontraban Hidalgo y los oficiales.

—Padre Miguel, vengo a poner a sus órdenes mi vida y la de treinta y cinco valientes, todos de a caballo.

—¡Bienvenidos sean! —dijo abrazando al joven; luego se dirigió a Allende—: ¿Ya ves, Ignacio?, te juro que en unos días tendremos un ejército que cuando menos triplicará a todas las fuerzas virreinales.

Todos los presentes levantaron los vasos para brindar y una gran algarabía se apoderó de los presentes. Manuela, aprovechando la

ocasión, se acercó al cura con resolución.

—¿Puedo hablar con usted en privado…? Es un asunto de la mayor importancia.

El cura, picado por la curiosidad, condescendió. Ya apartados de los demás, a la mitad del frondoso huerto, ella comenzó a hablar con la más cándida de sus sonrisas.

—Padre, usted bien sabe…

—Manuela —don Miguel la interrumpió—, de ahora en adelante deberás referirte a mi persona como general; lo dictan las circunstancias.

—General —dijo turbada ante el pronunciamiento, pero dispuesta a no apartarse del plan—, usted bien sabe que Mariano no sirve para las armas; Dios lo ha creado con predisposición a la misericordia cristiana y no a los embates de la guerra. Para nada le servirá en los ejércitos y, por el contrario, le puede ser de gran ayuda si se ocupa de la administración de Dolores en su ausencia.

Hidalgo se mantuvo expectante; como buen jugador de naipes sabía esperar a que el contrincante delatase sus intenciones y medir las fuerzas según la cantidad apostada.

—Mi padre, que mucho me amaba —continuó Manuela—, me dejó por herencia el fruto de sus ahorros para cualquier infortunio. Permítame dos favores: que mi marido permanezca conmigo, al igual que mi hermano, Pedrillo, de tan solo diecinueve años… —Tragó saliva y continuó—: Acepte mi herencia como donativo para fortalecer sus tropas.

—¿A cuánto ascienden los ahorros? —preguntó el general, inexpresivo.

—Son cincuenta y seis mil pesos, que serán suyos si nombra a Mariano como jefe del gobierno de Dolores.

Hidalgo hizo cuentas de inmediato: hasta el momento habían incautado ochenta mil pesos, ya fuesen de los gachupines, las oficinas virreinales o los conventos e iglesias. Lo que ofrecía Manuela significaba aumentar los caudales de manera portentosa, pero, al mismo tiempo, lo que proponía era a todas luces un soborno. Si la gente se enteraba de un acto de tal calaña, seguramente perdería respeto. No obstante, pronto tomó una decisión:

—Con mucho gusto acepto tu oferta, pero no como donativo, que el movimiento que encabezo debe regirse por la justicia y la honestidad. Será en calidad de préstamo y el dinero te será devuelto tan pronto triunfemos.

Don Miguel mandó llamar a Mariano Hidalgo, su hermano, quien se había convertido en el tesorero de los ejércitos, y le ordenó que formalizara el asunto, a lo cual procedió con rapidez. Manuela se tornó dichosa y dio gracias a la Virgen en sus pensamientos; cualquier

sacrificio era poco con tal de procurar la seguridad de su amado.

Terminó de almorzar, y aún con el regusto a salsa de tomate y chorizo, Hidalgo ordenó que la tropa se alistase para proseguir y él mismo fue en busca de su caballo. Pero tan pronto se acercó su asistente le ordenó: «El capitán Abasolo deberá marchar a mi lado, sin disculpa ni demora alguna».

Mariano, que no sabía de los planes de su amada por haberse ausentado para cumplir un encargo de Allende, recibió la noticia con agrado. Pensaba que marchar a la vera del general significaba una deferencia a su persona. Sin embargo, cuando fue con Manuela, ubicada afuera de la casa, y le notificó con alegría la noticia, ella sintió que le abandonaba el aire y la desolación invadía su pecho. Ella abrazó con todas sus fuerzas a su esposo y prorrumpió en tal llanto que las palabras no se le entendían.

—Todo saldrá bien —susurró Mariano para tranquilizarla, pues él mismo, al constatar la rapidez con la que crecían las tropas, confiaba en un triunfo rápido y pacífico—. No existe un virrey o general, sin importar las medallas que cuelguen de su pecho, que pueda oponerse a un ejército seis o siete veces superior al suyo.

A su lado pasó Hidalgo, ya montado en la bestia.

—Señora —dijo clavando una amable mirada en Manuela—, recordaré siempre sus sacrificios por la libertad de nuestra patria; usted es mujer inteligente y sabrá exonerarme, se lo puedo asegurar. —Giró los ojos verdes hacia Mariano, imprimiendo un gesto adusto y autoritario—. ¡Capitán Abasolo, incorpórese de inmediato a mi contingente!

—¿Qué has hecho? —Mariano preguntó desconcertado tan pronto se alejó el general—. ¿A qué se refiere?

—Le ofrecí la herencia de mi padre para… —soltó entre afligidos sollozos—, pero todo en vano… todo en vano, mi hijito…

—¿Diste tu herencia a Hidalgo? —exclamó aterrado.

Los sollozos le impedían hablar, explicar lo sucedido, decir que lo había hecho por él, para salvarlo de la guerra, para protegerlo, para mantenerlo junto a ella, con su hijo y su madre, donde debía estar, y que el cura la había timado descaradamente…

—¡Capitán, obedezca! —gritó Hidalgo a lo lejos.

—Perdón, Gatita, debo irme. —Mariano enjugó con los labios las lágrimas de su esposa—. Te amo… y juro por lo que más adoro que muy pronto nos veremos de nuevo.

Manuela lo estrechó con mayor fuerza, tanta que a Mariano le costó trabajo soltarse de sus brazos.

—¡Dale un beso a nuestro hijo! —gritó cuando echaba a correr

rumbo a su asistente, que ya le tenía preparada la montura.

—¡Cuídate, hijito… cuídate por amor de Dios! —alcanzó a gemir Manuela y se derrumbó en el suelo sintiendo que el cielo asfixiaba su existencia.

La tía Conchita se acercó a reconfortarla. Se hincó a su costado y la abrazó. Cuando el ejército se perdió por la calle que desembocaba a la carretera, se acordó de su hermano.

—¡Pedrillo, Pedrillo! —Manuela comenzó a gritar ansiosa.

—No malgastes tus energías —le dijo su tía, cariñosamente—. Pedrillo se escapó sin hacer caso a nadie; quería sumarse a las tropas de Nacho y no atendió ni a mis regaños ni a mis súplicas.

Manuela se sintió totalmente abatida; había fracasado y su marido y su hermano se alejaban a la guerra. En medio de la desesperanza comenzó a nacer un profundo odio hacia Hidalgo. Había confiado en él como en un padre y a cambio recibió engaño y traición; el cura actuaba como un astuto y cruel zorro; no podía confiar en nadie, en nadie… y mucho menos en él.

6

AMORES DIVINOS Y PROFANOS
1803-1805

Mariano Abasolo acudió al pueblo de Chamacuero a participar en las fiestas de la Virgen de los Remedios, festividad que significaba una gran celebración, e incluía diferentes procesiones religiosas, danzas, teatro sacro, verbena y hasta baile. Tal era la cantidad de asistentes que por varios días el pueblo se convertía en una magnífica feria, en la cual confluían campesinos, comerciantes y pobladores de ciudades y villas cercanas.

El joven, entonces de veinte años, asistió junto con otros seminaristas para dar esplendor y lustre a las ceremonias religiosas y, muy en especial, a la solemne procesión que recorrería no solo el barrio de los Remedios, sino todas las calles del pueblo. Aquel era su tercer año de estudios en el seminario, y por su dedicación y disciplina le habían nombrado prefecto. Tenía a su cargo a siete de sus compañeros, quienes se hospedarían en el convento de San Francisco, ubicado en la plaza central, y sus alimentos serían proveídos por los principales del pueblo, según era la acostumbre.

Mariano, vestido con largos y pardos hábitos de seminarista, llegó el día anterior al inicio de las celebraciones. Tras acomodar su cobija y escasas pertenencias en un claustro del convento, donde dormiría en el suelo junto a otros tres jóvenes, pidió permiso al prior para visitar en la casa del curato al padre don Joaquín Camargo, un querido maestro del que guardaba dulces recuerdos. El encuentro fue deleitoso; conversaron entre la humareda que producían los continuos cigarritos que fumaba el sacerdote.

Estaban en franca y amena conversación cuando apareció una jovencilla con medio rostro cubierto por una mantilla, que a simple vista se confundía con cualquier beata salida de una misa. En un principio Mariano no prestó atención a la chica hasta que ella, con un suave ademán, se descubrió el torneado y suave rostro, y dejó relucir sus chispeantes ojos negros y un par de flequillos que caían graciosos sobre la frente. La joven se dirigió al sacerdote.

—Perdón que lo interrumpa, tío —dijo y miró de reojo al desconocido que se hallaba con el sacerdote—, solo vengo a informarle que ya concluí de asear la sacristía y me retiro, a no ser que usted disponga otra cosa.

—Gracias, Manuela, puedes marchar en paz, pero deja presentarte a Mariano Abasolo, quien será un sacerdote ejemplar en pocos años.

Mariano se puso de pie para besar la mano de la joven en el preciso

instante en que ella intentó besar la suya. Sus rostros se acercaron a escasos centímetros, a punto de golpearse con las frentes.

—¡Perdone usted, padre —rio Manuela divertida—; no sé qué torpeza he hecho!

—No… no te preocupes, la culpa ha sido mía… y no… no soy sacerdote… todavía —atinó a decir entre balbuceos.

Mariano se había ruborizado al grado que las mejillas semejaban maduros jitomates y los ojos no dejaban de danzar de un lado al otro. Por alguna razón desconocida evitaba mirar a esa mujer que, inesperadamente, lo había turbado. Aquel sonrojo le causó la mayor de las ternuras a Manuela, quien sonriendo amablemente se inclinó con respeto.

—Mucho gusto, padre Mariano, ojalá sea grata su estancia en Chamacuero —se despidió desplegando una candorosa sonrisa y se marchó.

Don Joaquín no dejaba de reír ante la azorada expresión de Mariano.

Al día siguiente, Mariano ofició como auxiliar de misa. Mientras balanceaba el turífero de plata con incienso, que pendía de su brazo y expedía el humo y los olores santos de la ceremonia, lanzaba discretas e insistentes miradas hacia los feligreses con la intención de encontrar el rostro de Manuela. Esa noche había soñado con la joven y por la mañana se santiguó innumerables veces para alejar los malos pensamientos. Pero tras un rato de meditación recapacitó: sus fantasías no eran carnales; todo lo contrario: eran imágenes de inmensa dulzura y tranquilidad, algo similar a la contemplación de una santa o una venerada Virgen. ¿Acaso aquello sería una herejía? ¿Qué cosa sucedía en su corazón que palpitaba con un denuedo inusual y estrepitoso?

Concluida la misa sin descubrir a la joven entre los feligreses, experimentó otra novedosa emoción: una agazapada melancolía comenzó a afectarle con persistencia. Así transcurrió el día, entre las ansias y la desilusión, mas, al llegar la noche y recluirse en el convento para dormir, aquellas extrañas sensaciones comenzaron a esfumarse tal como habían surgido. Durmió en paz, reconciliado con sus piadosos sentimientos.

Al día siguiente, Mariano asistió al sacerdote de nuevo. Mientras le llevaba los recipientes de vino y agua al sacerdote, a medio camino, subiendo los escalones que conducían al altar, descubrió a Manuela en las primeras bancas. Su turbación fue tal que tropezó y por poco cae al suelo. El padre Camargo lo miró con gesto de reprimenda y Mariano, aturdido y sonrojado, procuró no mirar más a la concurrencia. Aquel

tropezón fue suficiente para despertar la curiosidad de Manuela. ¿Acaso ella perturbaba al joven seminarista? ¿Sería una señal inequívoca de que le atraía? Fuese como fuese, una ilusión anidó en su pecho: quizá Mariano estaba enamorado y, de tan solo considerarlo, sintió mariposas en el estómago, así que decidió averiguar si sus sospechas eran ciertas.

Al tercer día se realizaba la primera procesión, en la cual se transportaría la imagen de la Virgen de los Remedios por las calles. Manuela y Pedrillo, quien la acompañó a regañadientes, se apostaron en primera fila con la firme intención de sobresalir entre la muchedumbre. Al comenzar la procesión, pudo ver que Mariano iba por delante de los sacerdotes portando una gran cruz, y tras ellos la Virgen fue colocada sobre una tarima que cargaban varios de los seminaristas.

Mariano atisbó entre los concurrentes a Manuela, vestida en colores oscuros que acentuaban la delicadeza de su rostro y la hacían brillar. Sus miradas se cruzaron un instante: ella le sonrió de manera sutil en señal de saludo. Inclinó con gracia y coquetería la cabeza, mientras él sintió explotar de nuevo el rubor en su rostro y a duras penas entrecerró los ojos e inclinó levemente la cabeza en respuesta. En ese momento percibió que la cruz le pesaba en demasía, quizá lo había abandonado la fuerza, o aquello era una señal divina, o no alcanzaba a discernir los sentimientos de su alma. Oscilaba cual péndulo de la alegría al desamparo, de la ilusión al remordimiento. El desfile le pareció un verdadero viacrucis, y el peso de la cruz, un tormento, tanto así que al retornar al templo fue presuroso a la sacristía, y tras deshacerse de la cruz y la sotana, quedó en pantalones y camisa, empapado de sudor.

Manuela, que había permanecido en la iglesia, con la premeditada intención de conversar con el joven, apareció de improviso.

—Padre, permítame ofrecerle un poco de agua fresca de limón con chía —dijo con toda amabilidad.

Mariano volteó precipitadamente para descubrir a Manuela con una jarra de barro en la mano derecha, un vaso ya servido en la izquierda y una candorosa sonrisa.

—No soy sacerdote —fue lo único que alcanzó a musitar—. Falta mucho tiempo para que me ordene.

—Pues ya sea padre o seminarista debe tener sed; el calor es infernal y cargar por horas la cruz debe ser un tormento. —Manuela sonrió y sin esperar más respuesta le extendió el vaso.

—Gracias, es usted muy amable.

Tomaron asiento en una de las bancas, mientras seminaristas y sacerdotes entraban y salían sin prestarles atención. Pronto, entre ellos fue surgiendo una amena charla, y sus almas fueron conectándose con

naturalidad.

—Sí, yo nací aquí en Chamacuero —dijo Manuela con orgullo—, pero mi padre nació en Castilla, aunque él se ufana de ser más americano que los criollos. Dice que ama estas tierras no por haber nacido aquí, sino por haberlas elegido libremente.

—El mío es oriundo de Ávala, pero también americano de corazón. Las haciendas que posee han afincado sus sentimientos en Nueva España.

—¿Y cuándo recibe usted los hábitos sacerdotales? —preguntó curiosa, esperando alguna respuesta que aclarara sus pretensiones.

—Aún falta un buen trecho.

—¿Y nunca ha dudado en dejar los hábitos para dedicarse a sus haciendas? —insistió Manuela, intentando no dar importancia a la pregunta.

Mariano se turbó. Recordó los sentimientos que la joven le había despertado unos días antes y por primera vez no supo qué contestar. No obstante, decidió mentir.

—Mi vocación resistirá cualquier prueba —dijo intentando proferir la frase con seguridad, pero él mismo notó que había trastrabillado e intentó enmendarse—. Mi vocación ha resistido la enemistad con mi padre; él desearía que me dedicara a administrar nuestras haciendas.

Con vergüenza esquivó la mirada de Manuela y fingió concentrase en una costura suelta de la sotana.

—Hoy en la noche habrá verbena, ¿vendrá usted? —preguntó ella.

—No creo que me lo permita el padre Joaquín…

—No se preocupe por mi tío; yo lo convenzo —interrumpió de inmediato, con gesto cargado de confianza—. Debo confesar que me consiente demasiado y jamás me niega una dádiva, sobre todo si la solicito con fingida aflicción.

A Mariano se le escapó una risa nerviosa.

En la enorme explanada ubicada frente a la parroquia comenzaba la fiesta. A los extremos se encontraban tenderetes con bebidas y alimentos típicos: enchiladas, tamales, barbacoa de chivo, tepache, pulque, aguas frescas, chocolate con agua o leche, bizcochos de nata, dulcecillos y caramelos. Al costado poniente se ubicaba la orquesta del regimiento de dragones de la reina, perfectamente uniformados con casacas y pantalones amarillos, pechera roja y botas negras; al oriente se había levantado un castillo de fuegos artificiales que se encendería a las diez de la noche, y al centro se arremolinaba el gentío en multicolor algarabía. Indios, negros, mulatos, mestizos y blancos se confundían, sin distinción de castas ni color de piel.

Manuela conversaba con Pedrillo y su primo Ignacio Camargo, al

que llamaba Nacho, cuando Mariano apareció al filo del atardecer. Tan solo de observarlo con botas, pantalón de montar, camisa blanca y chaleco negro, un travieso cosquilleo recorrió su vientre: nunca lo había visto despojado de la sombría sotana de seminarista, vestimenta que le confería un carácter parco, lejano y respetable. Ahora le pareció más encantador que antes, sobre todo porque mostraba una desconcertante candidez; se veía más inseguro que de costumbre y pensó que hasta sonreía con un desconocido dejo de vanidad.

—Mariano, qué gusto que haya venido —exclamó sin ocultar su alegría—. Le presento a mi primo Nacho Camargo y a mi hermano Pedrillo.

Nacho tenía la misma edad de Mariano, veinte años, era de complexión robusta, cabello ondulado y carácter extremadamente franco, al grado de pasar por impertinente.

—¡Conque tú eres el mentado Mariano Abasolo! —dijo.

Manuela le dio un codazo y se ruborizó por la indiscreción de su primo.

—Lo que quiere decir Nacho es que mucho se ha comentado sobre su presencia en Chamacuero. —Manuela intentó salvar el trance—. Como ya se habrá dado cuenta, aparte de parlanchín es un boquiflojo.

—¡Ay, prima, si lo sabe Dios que lo sepa el mundo! —exclamó Nacho comenzando a lanzar risotadas, pero se contuvo ante la fiera mirada de la otra—. ¿No quieren un tepache o algo de beber? Yo pago.

—Para mí una horchata, por favor —dijo al instante Manuela—. Y usted, Mariano, aproveche, que mi primo es más tacaño que un prestamista.

—Un chocolate, por favor, pero yo lo pago.

—¡Nada, nada; ahora vuelvo…! Acompáñame, Pedrillo, que aquí los tercios apestan. —Soltó una risotada mientras ambos se alejaban.

Manuela y Mariano quedaron a media plaza, confundidos entre una muchedumbre que se acrecentaba al paso de los minutos. Ambos permanecían mudos, abochornados, envueltos en un nerviosismo creciente.

—¿Es la primera vez que viene a Chamacuero? —preguntó ella, con tal de romper el silencio.

—Ya había tenido el placer de conocerlo, hace unos cuatro años, cuando formaba parte de la milicia.

—¿Usted fue militar…? —exclamó con sonrisa ilusionada—. ¡Claro, lo imagino perfectamente de capitán, coronel o incluso de general! ¿Y le gustaba la milicia?

—La verdad, creo que la carrera de las armas no es para mí; soy hombre de paz y oración.

—Bueno, como en Nueva España vivimos en perpetua paz, los

militares solamente deben desfilar luciendo sus uniformes que, por cierto, les brindan un aire de gallardía que encanta a las damas —concluyó con afán de adularlo.

—Cierto, la vanidad sopla como ciclón entre los regimientos; conozco algunos que ingresaron a la milicia solo para lucir las casacas y conquistar jovencillas —comentó en son de crítica.

—Los donjuanes abundan en cualquier parte, incluso en el seno de la Iglesia —intervino ella intentando conocer las ideas de Mariano.

—La falta de vocación es la causa: muchos se ordenan sacerdotes con la intención de hacer dinero en la carrera eclesiástica… y aunque logran amasar fortuna su fe siempre será miserable.

Manuela, desconcertada, fingió centrar su atención en un grupo de damas que se acercaban a los tenderetes, y como si fuera cualquier cosa preguntó de nuevo:

—¿Nunca ha dudado de su vocación?

Mariano se aturdió; aquella pregunta le ocasionó un inesperado espoleo en la boca del estómago, sin saber qué contestar porque no deseaba mentir. Por suerte en ese momento regresaron Nacho y Pedrillo con las bebidas.

—Por favor, cuiden sus tarros; debimos dejar un real como depósito —dijo Nacho, quien no dejaba de observar a la banda musical—. Miren, ya va a principiar el baile; vayan ustedes a mover los pies, aquí les guardamos sus bebidas.

—Perdón, no puedo; lo tengo prohibido —respondió al instante Mariano.

—Uf, pues «entre menos burros más olotes» —bromeó Nacho, al tiempo que se dirigía a Manuela—. Prima, vamos a bailar.

—No, Nacho, hoy no me apetece…

—Nada, no vas a dejar que tu primo consentido se entuma. Anda, así fisgoneo para descubrir qué mujeres están libres y luego lanzarme a la conquista —concluyó soltando una guasona carcajada.

Mariano permaneció con Pedrillo, que, cohibido en extremo, no profería una sola palabra. Mejor así. No deseaba distracciones. Quería observar atentamente a Manuela, quien bailaba la bamba poblana con una grácil pericia y un delicado contoneo de caderas que causó rubores en su rostro.

La noche se les fue en agradables conversaciones que provocaban alegría en Mariano. Manuela, por su parte, se fue convenciendo de que el joven no resultaba un factible pretendiente, ya que no cesaba de hablar de asuntos religiosos, así que intentó tratarlo con cierta distancia, con el deseo de no involucrarse emocionalmente. Su corazón le advertía el peligro: enamorarse de un hombre con firme vocación sacerdotal no tenía sentido. Sin embargo, su corazón no escuchaba razones; el joven le atraía como las flores a las abejas.

Había algo en él de desamparo y soledad que le despertaba sentimientos de protección y ternura como nunca antes había experimentado.

7

COMPLICIDAD PROVECHOSA

Mariano miraba a través de la ventana del dormitorio la luna, que lucía esplendorosa. Desde su retorno a Valladolid había intentado en vano reintegrarse a los estudios y a la vida del seminario; sin embargo, el recuerdo de Manuela lo perseguía a cada instante. Le robaba el sueño por la noche y la atención en los estudios de teología y literatura durante el día. En soledad, una melancólica añoranza lo invadía por largo tiempo. Lo hacía suspirar y meditar a cada instante. Por más que le daba vuelta a su mente buscando las causas de sus desvaríos, e intentaba calificarlos de pasajeros o irreales, no podía negar que en realidad estaba enamorado; Manuela le había robado el corazón.

¿Qué debería hacer? ¿Negar sus sentimientos, seguir adelante como si nada hubiese sucedido y rogar al cielo que el tiempo le retornase la tranquilidad? ¿Escuchar a su corazón y decirle a Manuela que la amaba? ¿Reencontrar su vocación con ayuda de la oración y la penitencia? Pasadas dos semanas de dudas y soliloquios buscó consejo con el padre Álvarez, su confesor, hombre tan grande en años como en sabiduría.

Mariano se tropezaba con las palabras, avergonzado de tan solo mencionar a la chica; sin embargo, el sacerdote lo escuchó con serenidad, sin emitir juicio ni opinión. Cuando concluyó su inconexa perorata, le preguntó brevemente sobre la firmeza de su vocación. Mariano respondió con seguridad, aseverando que el llamado al servicio de Dios era su único afán. Acto seguido, le preguntó sobre sus sentimientos por la dama, los cuales también confesó ser ciertos y profundos. Así pues, el padre le recomendó meditar tres días en el silencio de su habitación y, si pasado aquel tiempo no encontraba respuesta a sus inquietudes, debería viajar a su casa durante las fiestas de Navidad y poner en orden su mente, pues no era de varones cuerdos poseer concepciones igualmente certeras y contradictorias.

Manuela tomaba un sorbo de tisana de yerbabuena, debido a un cólico menstrual que la aquejaba con recurrentes espasmos, mientras releía la carta, cada vez más sorprendida. Había pensado que jamás volvería a ver a Mariano, a no ser que fuera vestido con los hábitos sacerdotales, pero ahora todo daba un vuelco y su corazón latía alborozado; el joven la saludaba atentamente, anunciaba que acudiría a Dolores durante la Navidad y, puesto que en su camino pasaría por

Chamacuero, pedía permiso para visitarla el sábado 17 de diciembre. «Espero no alterar sus actividades», había escrito. «Mi más caro anhelo es procurar su bien; quizá su alma, tan diáfana y pura, pueda perdonar mi abrupta visita y recibirme con la luz de una sonrisa. Dios le guarde con salud. Siempre suyo, Mariano».

Tras releer por enésima vez las escuetas pero emotivas palabras, se tumbó en la cama con los ojos clavados en el techo. La puerta de su habitación daba al huerto central y le pareció que las lavandas jamás habían expelido aromas tan deliciosos ni lucido tan rozagantes sus flores. Caviló con claridad que el camino más corto de Valladolid a Dolores era por Irapuato; sin embargo, Mariano había decidido realizar el trayecto por Celaya con la obvia intención de cruzar por Chamacuero. No era una ilusión, el joven estaba interesado en ella. ¿Acaso estaría dispuesto a abandonar la carrera eclesiástica por ella? El solo hecho de cuestionarlo le infundió un orgulloso placer, como si aquella fuese la mayor prueba de amor que una mujer pudiese recibir.

Releyó nuevamente: «Pasaré por su hermoso poblado el martes 14 de diciembre; llegaré, si Dios lo permite, a mediodía». Faltaban diez días para ello, así que Manuela pensó acudir a Dolores con el cura Miguel Hidalgo para que la apoyara en sus planes. Aunque tuviese entonces solo dieciséis años, su intuición femenina le dictaba que no debía desaprovechar una sola oportunidad, por nimia que pareciera. Mariano le había comentado la admiración que profesaba por el sacerdote, al que, aunque fuera famoso por sus escandalosas costumbres, lo consideraba un connotado sabio en teología, además de extremadamente caritativo con los humildes.

Para ejecutar el plan hubo de engatusar a su padre, mintiéndole acerca de que debía viajar al pueblo de Dolores y visitar a la Virgen para suplicarle diversos favores. Don Antonio Taboada, que quería mucho a su hija y desde la muerte de su esposa no hacía otra cosa que consentirla, por absurdas que fueran sus peticiones, se preparó refunfuñando para el viaje; en nada le atraía la idea de pasar diez horas en el carruaje, dormir en alguna posada con muebles desvencijados y retornar al día siguiente.

Salieron de Chamacuero antes de que despuntara el sol; transitaron por largos caminos de terracería, con hoyancos que de vez en cuando los obligaban a apearse para que el coche pudiese avanzar sin estropear las ruedas, pues era un viejo modelo de berlina y el muelleo ya no funcionaba correctamente. Se detuvieron a comer en San Miguel el Grande, en la posada de don Luis, que proporcionaba alimentos más o menos decentes, y pronto continuaron ante la insistencia de Manuela. Llegaron a Dolores poco antes del crepúsculo. A don Antonio

le punzaba la espalda por los brincos del carruaje y a Pedrillo, entonces un espigado muchacho de trece años, le emocionaba la travesía por ser una aventura que rompía su monótona existencia en el pueblo.

Al aproximarse al río de Dolores, de escaso afluente pero agradable chisporroteo, pudieron observar más de cerca el pequeño poblado: se ubicaba en una amplia planicie, bañada a esa hora por los rayos del ocaso que producía dorados destellos en el caserío de humildes construcciones. Al centro sobresalía la iglesia con sus dos esbeltas torres de cantera labrada, sobre las que algunas golondrinas revoloteaban vivaces en un cielo despejado. Cruzaron el puente de mampostería e ingresaron al pueblo dirigiéndose hacia la plaza central, transitada por unos pocos otomíes con sus ropas de manta y grandes sombreros de paja, algunas mujeres cubiertas con rebozo que marchaban rumbo a la iglesia y, de vez en cuando, un ranchero a caballo. En la plaza se alzaban las dos únicas construcciones de dos niveles del pueblo: la que colindaba con el atrio de la iglesia, habitada por el capitán don Bernardo de Abasolo, el hombre más adinerado e influyente de Dolores; y otra más, de bella hechura en cantera rosa, que se alzaba al centro de la plaza y era habitada por las autoridades virreinales.

Sin importar lo avanzado de la tarde, y avecinándose la hora del ángelus, Manuela fue rápidamente al templo, seguida de Pedrillo, mientras su padre realizaba los preparativos en el hostal de doña Gertrudis, una rústica casa de una planta que al menos contaba con habitaciones limpias.

Tan pronto llegó al templo, ordenó a su hermano que la esperase afuera y se dirigió al altar mayor para postrarse ante la Dolorosa y encenderle tres veladoras. La imagen, de tan solo tres palmos de altura, pero de belleza cautivadora, estaba cubierta con una túnica púrpura y un amplio manto azul celeste. Desde que tenía uso de razón aquella advocación le había llamado la atención con especial interés; el sufrimiento plasmado en el diminuto rostro y la abnegación para aceptar el sufrimiento le producían una especie de ilusión; ella desearía soportar las calamidades por venir con la misma fortaleza y dignidad que la Virgen.

Imploró su iluminación para alcanzar su cometido, y le suplicó que en caso de estar obrando incorrectamente le enviase una señal; de ser así renunciaría a sus anhelos. Un sacerdote salió de la sacristía; era un varón de escasos cabellos canos y vientre abultado, vestido con una raída y oscura sotana. Decidió abordarlo de inmediato.

—¿Padre Hidalgo? —preguntó con timidez.

—¿Yo, Hidalgo? —rio el anciano—. Ni Dios lo mande; soy el padre José María González. ¿En qué puedo ayudarte, hija mía? Don Miguel

nunca está en la parroquia a estas horas.

—Busco al cura para un consejo; es urgente —exclamó con angustia, sabiendo que pronto caería la noche—. He venido desde Chamacuero para verlo y regreso mañana muy temprano.

El padre la miró tan decidida que le enterneció el alma.

—Podrás encontrarlo en su casa, pero ni se te ocurra mencionar que yo te he enviado; don Miguel es muy celoso de sus horas de reposo y nos tiene prohibido interrumpirle —rezongó el sacerdote—. Pasando la plaza, a una cuadra encontrarás la casa; pregunta a cualquier parroquiano, te darán señas exactas.

Besó la mano del sacerdote con auténtico agradecimiento y salió presurosa, tanto así que Pedrillo debió correr para alcanzarla.

Hidalgo estaba recostado en una hamaca del espacioso huerto central de su casa, donde los olores de las guayabas confluían con los de limas y naranjas. Había concluido su lectura, como todas las tardes, y tan pronto comenzó a menguar la luz diurna se quitó los espejuelos que usaba para la lectura, tomó el violín, decidido a practicar un rato, y se sentó en uno de los equipales que tenía dispuestos a la sombra de un espigado pero frondoso guayabo. La sonata número dieciocho de Mozart, que recientemente le habían presentado, le causaba ciertas dificultades en el décimo compás y estaba dispuesto a dominarlo. Iba a la mitad de la pieza, que pudo interpretar sin tropiezos, cuando la aldaba del portón sonó con insistencia. Desconcentrado interrumpió la música: «Joder, les he dicho mil veces que no me molesten a estas horas; son una sarta de idiotas», masculló malhumorado.

Pronto llegó Mateo, su cochero, con rostro destemplado por el miedo, sabiendo que su patrón iba a despotricar en mil carajos. Moviendo el amplio sombrero de palma entre sus morenas manos se acercó tímidamente.

—Perdonará usted, padrecito, pero la señorita ha insistido con furia, diciendo que viajó desde Chamacuero y no se irá hasta que se le permita platicar con usted. Es más terca que una burra, le juro que…

—¡Mateo! —lo interrumpió el padre, y el mozo agachó la cabeza—. Y dime, ¿cómo es la señorita?

—Pues creo que tendrá como dieciséis o diecisiete años, y a mi humilde parecer es de buena familia, guapa la chiquilla, delgada como varita de nardo, ojos de pizpireta y rostro angelical.

Hidalgo no tuvo que pensarlo más; una mujer hermosa bien valía interrumpir a Mozart mismo; pocas ocasiones había para deleitarse la vista.

—Hazla pasar y dile a Vicenta que prepare un poco de chocolate.

Manuela traspasó el zaguán con los nervios hechos nudos; le

amedrentaba la fama de sabio que cobijaba al padre Miguel, pero al llegar a la huerta y descubrir que le sonreía un hombre de unos cincuenta años, delgado, un poco encorvado de hombros, cutis ligeramente moreno, profundos ojos verdes, calvo de la coronilla y con larga y canosa cabellera a los lados, le pareció amable y hasta apuesto.

—Pasa, hija mía. —Se levantó para recibirla, acomodándose la melena—. Por favor, siéntate aquí, a mi lado. Ya mi hermana Vicenta nos traerá un poco de chocolate.

—Padre Miguel, permítame presentarme, soy Manuela Taboada, para servir a usted y a Dios… Mariano Abasolo no deja de hablar maravillas de usted.

Hidalgo sonrió con el placer que proporcionan las alabanzas y se acomodó en el equipal, próximo al de Manuela, quien le pareció bella, mas no en demasía. Sus ojos marrón oscuro eran inquisitivos y una sonrisilla traviesa le confería un aire juguetón, aunque para su gusto el cuerpo era demasiado esbelto; las prefería con senos y caderas abundantes.

—Marianito, sí, creo que será un excelente sacerdote. Pero me sobreestima, no soy más que un sencillo cura…

—Famoso por sus conocimientos teológicos y su afición a las bellas artes —continuó ella halagándolo—. De verdad me siento muy honrada en conocerlo.

—Gracias… Manuela Taboada es tu nombre, ¿verdad? —La observó atentamente, mientras ella, con gran recato, asentía con una tierna sonrisa—. Pero dime, ¿qué te trae por estos lares?

—Vine a implorar a la Dolorosa… para suplicarle que usted me ilumine…

Hidalgo soltó una reverenda carcajada que desconcertó a la chica.

—La Virgen es buena para hacer milagros, yo no soy bueno ni para hacer cazuelas de barro. Pero a ver, cuéntame qué te aflige; ya has despertado mi curiosidad.

—¿Es pecado enamorarse de un hombre que ha ofrendado su vida a Dios Nuestro Señor?

—Válgame, no me digas que esa es tu aflicción… Ay, hija mía, sí que serás inocente; amar no es pecado, ¿acaso no nos enseñó Jesús: «Amaos los unos a los otros»?

—Lo sé, padre, pero es que estoy segura de que él también me ama y… —Manuela no encontraba la manera de externar su preocupación.

—¿Acaso es sacerdote? —preguntó por curiosidad; muchos eran los clérigos cuyos corazones habían sucumbido a la dulzura femenina, incluido él mismo.

—No ha tomado los hábitos todavía; es seminarista.

—¿Y cómo se llama el muchacho, si se puede saber?

—Usted lo conoce. —Manuela bajó la voz, como quien se atreve a relatar un importante secreto—. Es Mariano Abasolo.

—¿Mariano, enamorado? —exclamó sorprendido e interesado—. No lo puedo creer… ¿Y cómo sabes que te ama? ¿Te lo ha confesado?

—No con palabras, padre, sino por medio de algo más veraz y sincero: el brillo de sus ojos.

Hidalgo volvió a reír, pero, al notar que Manuela hacía un gesto que denotaba real sufrimiento, se contuvo.

—Explícate, por favor, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Cuando nos conocimos se sonrojaba tan solo de verme y sus labios titubeaban al hablarme —dijo Manuela como quien pronuncia un parlamento aprendido de memoria y declamado mil veces—. Luego, su mirada me buscaba entre la gente y al verme se le iluminaba el rostro con una sonrisa esperanzada. Cuando regresó al seminario me escribió y fue sincero: «No puedo apartar tu imagen de mi mente; recordar nuestras charlas me produce una felicidad antes desconocida». Recuerdo de memoria cada una de las palabras porque me hicieron la mujer más dichosa del mundo.

—Ah, pues así ya te voy creyendo. —Hidalgo comenzó a cavilar algunas ideas y, sin darse cuenta, las expresó en voz alta—: Conque Marianito está enamorado, ¿quién lo hubiera dicho?, tan orgullosa que está su madre del vástago clerical y tan contrariado el padre…

—Él piensa que está viviendo en pecado —continuó Manuela, creyendo que el cura hablaba con ella.

Cuidándose de ya no externar sus pensamientos, caviló rápidamente mientras abría la cajilla de rapé y tomaba una pizca con sus dedos. De pronto, como si fuese iluminado por el cielo, sentenció:

—¡Pecado sería negarse al llamado de la naturaleza humana! —exclamó tajante, mientras aspiraba el rapé—. No se debe proseguir el camino eclesiástico si el mismo Creador señala el sendero del matrimonio.

—Entonces usted opina que… —Manuela dejó la frase suspendida, esperando con ansiedad que el cura la completase.

Llegó Vicenta, hermana menor del cura, de unos treinta años, rostro amable, excedida en carnes y cuyo rostro poseía ese gesto que denota la resignación a la soltería. Dejó dos cuencos de barro con espumoso chocolate sobre la mesilla y sonriendo a la muchacha se alejó.

—Bebe tu chocolate, hija mía, no sabes lo delicioso que lo prepara Vicentita.

Manuela sorbió por no contrariar al cura, pero ni siquiera intentó paladear el caliente y aromático líquido. Sus ansias por conocer el veredicto final del cura le robaban toda la atención.

—Entonces, padre, me iba a decir…

—¿Qué? —preguntó absorto en sus pensamientos y el aroma de

cacao que desprendía el cuenco—. Ah, sí, lo de Marianito.

—Eso mismo…

—Sí, hija mía. Si en verdad te ama, como tú dices, lo más sensato será que abandone el seminario. Pero debes asegurarte de que me visite en busca de consejo; yo sabré cómo convencerle.

Manuela tomó la mano del cura y la besó con venturoso agradecimiento.

Hidalgo, siempre sagaz cual zorro, sabía que si Mariano Abasolo abandonaba los estudios eclesiásticos, su padre rayaría en la felicidad. Don Bernardo era el hombre más acaudalado de Dolores; había arribado muchos años atrás a tierras americanas; logró levantar tres prósperas haciendas en las inmediaciones de Dolores: El Rincón, El Espejo y San José de las Palmas, además de administrar algunas para los adinerados de la Ciudad de México. Cuando su único hijo decidió cursar la carrera eclesiástica supo que la supervivencia de su apellido estaba amenazada y la fortuna familiar concluiría en manos de la Iglesia, lo cual atormentaba su alma sin poder resignarse a tal calamidad.

«Don Bernardo es el hacendado más importante de la región y contarlo de aliado para cualquier propósito me producirá beneficios tarde o temprano», concluyó sus pensamientos con una sonrisa de satisfacción.

—Toma tu chocolate —le dijo a Manuela en tono paternal—; confía en mí, yo te ayudaré.

—Mil gracias, padre Miguel —exclamó entusiasmada—, ojalá la Dolorosa me permita recompensar sus bondades; estoy en deuda con usted.

Hidalgo la miró complacido mientras sorbía la espuma del chocolate. «Joder», pensó, «a veces es necesario hacer de Celestina con tal de conseguir algo provechoso».

A su regreso de Dolores, alegre e ilusionada, Manuela se dedicó a confeccionar un vestido durante los días que faltaban para encontrarse con Mariano y a contar las horas como quien deshoja margaritas. No era muy diestra para la costura, aunque su madrina, doña Graciela Grajales, se había esforzado en instruirla. Don Antonio, su padre, la reprendió en dos ocasiones al verla dar puntadas a la falda y pincharse con la aguja.

—¿Qué necedad de arruinarte las manos? Pareciera que no tuviésemos un real, que fuésemos pordioseros.

—Padre —le contestó ella con un dejo de enojo, como si no la comprendiese—, lo hago por gusto… y porque su hechura debe ser perfecta.

Don Antonio se había sorprendido cuando le pidió permiso para recibir una visita en casa; a Mariano Abasolo, le había dicho. Bien sabía de la familia: vivían en Dolores y eran de los hacendados más importantes de aquella región; sin duda un pretendiente decente y meritorio para la niña de sus ojos. Dio su beneplácito sin chistar y le rogó que se comportara decorosamente.

Manuela se afanó en coser el vestido y bordar el jubón con delicadas florecillas. Era del estilo llamado María Antonieta: de amplios faldones y apariencia bucólica, ya que no se atrevió a confeccionar uno a la moda, estilo imperio. Aquellos vestidos resultaban en extremo impúdicos, ya que dejaban al descubierto demasiada piel, especialmente en brazos y pecho; además, nadie en su pueblo los usaba. No es que no fuera audaz ella misma, pero consideró que Mariano aprobaría con mayor facilidad un atuendo recatado y conservador.

Desde la muerte de su madre, Manuela administraba la casa. Impartía órdenes a la cocinera y a las criadas en cada una de sus funciones, asunto que no le molestaba, más bien le causaba placer y orgullo. Para esta ocasión quiso que desde el día anterior preparasen una comida con suculentos guisos, incluyendo guajolote en mole verde, enchiladas mineras, frijoles parados y gorditas rellenas de queso, además de unos bizcochos de nuez con nata y agua fresca de tamarindo. Se atavió con el vestido que había confeccionado. Se peinó de manera informal para no delatar la importancia que otorgaba al suceso y, tras constatar que todo estuviese en orden, fue al corredor central que rodeaba la huerta. En el rincón del extremo poniente, donde se ubicaban dos sillas de madera finamente labradas, un canapé

azul tornasolado y una mesilla de centro, se dispuso a bordar en espera de Mariano, con su tía Conchita como dama de compañía.

Por fin llegó el joven, justo cuando las campanadas de la iglesia anunciaban el mediodía. Cuando tocó la campanilla de la puerta y pidió ser recibido, la criada María Azucena, esbozando una sonrisilla traviesa, le pidió que entrase sin hacerlo esperar. El corazón de Mariano palpitaba con denuedo y sus manos apretujaban el manojo de alhelíes y begonias que había comprado a un indio en una de las parcelas del camino. Grande fue su sorpresa al ser recibido en el largo zaguán por un hombre de unos cincuenta años, con gesto severo, alto, de abundante y entrecana cabellera.

—¿Así que sois Mariano Abasolo, hijo de don Bernardo?

—Para servir a usted y a Dios —contestó de inmediato con una nerviosa inclinación de cabeza y despojándose del sombrero en señal de respeto, sin atinar con quién hablaba, pero supuso que sería el padre de Manuela o quizás algún tío, puesto que el acento lo delataba como nacido en España.

—Sabed que sois el primer hombre que pisa esta honorable casa para visitar a mi hija. Y si lo permito es por la hidalguía de vuestra familia; espero que sepáis respetar el honor de mi familia.

Mariano, aturdido por la perorata, no sabía cómo actuar y mucho menos qué decir.

—Sed bien recibido, pero disculpad, debo atender asuntos importantes. Manuela se encuentra al final del corredor. —Señaló con su dedo la dirección que debía seguir y comenzó a caminar hacia la puerta mientras Mariano soltaba como ráfaga todo lo que antes debería haber dicho.

—¡Señor, no tenga la menor duda, jamás me atrevería a deshonrar esta casa… Agradezco infinitamente su gentileza!

Don Antonio se alejó levantando la mano en un ademán confuso, mitad amenaza y mitad aprobación, que acrecentó el nerviosismo de Mariano. Entonces se dio cuenta de que, sin pensarlo, había escondido las flores tras su torso, apretándolas con tal fuerza que estropeó los tallos, dejándolos cual zacate ajado. Emprendió titubeante el camino indicado y torció a la derecha; descubrió al fondo a Manuela, sentada en una elegante silla y con una jarra de agua fresca en la mano.

Ella lo observó: venía irreconocible, con pantalones blancos de montar, largas y bien lustradas botas, una camisa blanca con holanes enlazados al cuello, oscuro chaleco carmesí, una larga casaca color azul índigo y un sombrero de grandes alas en la mano. Parecía más un encumbrado terrateniente que un humilde seminarista.

—Seguro que tendrás sed, como es tu costumbre. —Le dio la bienvenida, con una sincera sonrisa y tuteándolo por primera vez.

Mariano rio con espontánea carcajada y se deshizo de la inquietud

acumulada. Fue hacia Manuela para besar su mano, y llegando ahí se percató de la presencia de la tía Concepción, quien lo observaba con un libro en la mano y mirada traviesa.

—Mariano, te presento a mi tía Conchita, estará con nosotros al otro extremo del corredor —recalcó—. Amablemente ha condescendido a ser nuestra dama de compañía.

La tía dejó besar su mano y se alejó con gesto amigable, mientras Manuela le hacía un ademán a Mariano para que tomase asiento en el canapé de tres plazas, muy cercano al sillón donde ella se encontraba, pero guardando decente distancia.

—Quizá estén un poco maltratadas —titubeó nervioso, entregándole el ramillete—. No acostumbro transportar flores y, como podrás comprobar, no soy muy ducho en estas faenas.

—¡Son preciosas; eres muy amable! —exclamó ella sin reparar en las excusas del otro ni en los maltratados tallos.

Tras pedir a una criada que las pusiese en un florero y las trajese de regreso, la plática transcurrió con las preguntas de rigor sobre lo acontecido en el viaje de Mariano y algunas trivialidades. Él comenzó a sentirse más tranquilo, conversando con inusitada familiaridad. Parecía que conocía a Manuela desde siempre.

—Conversar contigo es un placer —le dijo.

—Pues entonces conversemos también mañana. Puedes dormir en casa de doña Araceli Menéndez —comentó ella esperanzada—; alquila habitaciones a los viajeros… Me han dicho que son limpias y la comida bastante aceptable.

—Por desgracia debo partir antes del atardecer para llegar a San Miguel el Grande, donde podré pasar la noche en casa de mi madrina.

Mariano guardó silencio un momento y, tomando valor, dijo en voz baja, casi en susurros, para no ser escuchado por la chaperona:

—Mi visita te habrá causado curiosidad…

—La verdad sí. —Se acercó al joven y bajando la voz continuó—: Estaba convencida de que no volvería a verte en mucho tiempo.

—Debo ser totalmente honesto, en el seminario no cesaba de recordar tu rostro, tu sonrisa, tu voz. Estoy confundido… Siempre consideré que mi vocación divina era tan sólida como las rocas…

Manuela guardó silencio; aquella confesión era inesperada y, aunque las frases expresadas entre titubeos y pudores le halagaban en lo más profundo de su ser, también le producían un amargo aguijoneo en la boca del estómago. De reojo observó a su tía, distraída en la lectura del libro al otro extremo del corredor, se acercó a Mariano y le tomó discretamente la mano.

—Mariano, no quiero ser un obstáculo en tu vocación, pero tu honestidad merece lo mismo de mi parte; debes saber que tus sentimientos son correspondidos, tu recuerdo me persigue como

sombra. —Lo miró fijamente a los ojos, y bajando la mirada con coqueta timidez agregó—: Creo, además, que si Dios te ha bendecido tanto con el amor terrenal como con el divino, deberás escuchar los dictados de tu corazón para seguir el camino correcto; yo aceptaré cualquier decisión. Si me lo permites, creo que sería prudente pedir consejo a alguien sabio; me has dicho que el padre Miguel Hidalgo y Costilla te estima… Él mismo podrá ayudarte.

—Creo que es una buena idea, Manuela, el cura es muy respetado por sus conocimientos en teología.

Manuela sonrió complacida mientras al otro extremo se escuchó un sonoro carraspeo: era la tía Conchita advirtiéndole que se apartase del joven y dejasen de murmurar. Manuela reaccionó. Se irguió y tomó la jarra en sus manos.

—Permíteme servir un poco más de agua… Espero que puedas acompañarnos a comer, mi tía ha preparado mole verde; te juro que te arrepentirás si no lo pruebas.

—No quisiera causar molestias —dijo meramente por educación.

—Nada —protestó la tía a lo lejos—; no puedes hacerme el desaire, lo preparé con mucho esmero.

—Será un honor —exclamó Mariano, sintiendo que la cabeza le giraba de alegría.

Pasaron el día en deliciosa charla; cualquier nimiedad les parecía una verdadera maravilla, y la más trivial ocurrencia les arrancaba risillas de complicidad. Ambos se percibían ligeros, con el corazón aliviado por haberse desprendido de los secretos sentimientos que les embargaban, y además con el gozo de saberse correspondidos. Después de comer realizaron una caminata por el pueblo, junto a la inseparable tía que, indulgente, caminaba cuatro pasos atrás de ellos. Lo más hermoso del poblado eran sus iglesias y capillas, en especial los dorados altares que denotaban su prosperidad.

Antes del atardecer, Mariano se despidió. Besó la mano de Manuela y prometió regresar en tres días, para lo cual pidió permiso a doña Concepción, quien accedió amablemente a la petición.

Un año llevaba Hidalgo en el curato, y en aquel lapso había conversado en dos ocasiones con el hijo de doña Micaela, una santurrona de esas que al excederse en devoción restaban recursos a la razón. Por las conversaciones con el muchacho habría jurado que su vocación sacerdotal era inquebrantable, aunque la vida siempre daba sorpresas. Lo recibió en el taller de cerámica, ubicado en un solar cercano a su casa, donde los alfareros, una mezcla de indios, mulatos y otros mestizos, modelaban, pintaban, esmaltaban y horneaban distintos utensilios, entre ellos vasijas, platos y ollas, para venderlos

en Dolores o en los poblados cercanos. La cita se realizó muy temprano, pues el joven le había enviado una esquela donde pedía ser recibido con urgencia: «Me es impostergable solicitar su consejo, mi alma se tambalea en desconcierto».

Tan pronto Mariano le relató la causa de sus dudas y congojas, don Miguel dejó escapar una sarcástica risilla.

—¿He dicho algo indebido? —preguntó con timidez de colegial.

—No, Mariano, nada de eso —dijo el cura alisándose la melena—. Pero tu problema, perdón, ni a problema llega.

No le habían faltado muchas palabras para saber que el joven realmente había sido flechado por el dios Cupido y que este se hallaba en batalla con el Dios verdadero.

—Mariano, la vida es un infierno —continuó como quien diera cátedra—. Pero aquellos que son tocados por la virtud del amor terrenal pueden evadir los sufrimientos con mayor facilidad… El amor es una bendición.

—¿Entonces usted piensa que debo…?

—Lo que yo piense no viene al caso; tú debes decidir. Si prefieres la vida eclesiástica, podrás vivir infeliz; si escoges el amor terrenal, obrarás de corazón. No tengas duda; un Dios que es todo amor no podrá ver con desagrado tu decisión. En caso de preferir casarte, que a mi parecer es la decisión correcta, con gusto te ayudaré a tramitar tu baja en el seminario de Valladolid —propuso para animarlo a tomar la decisión convenida—. Anda, ve a casa… a cabalgar por los llanos, recluirte en tu habitación o lo que prefieras, pero medita tranquilamente, sin remordimientos ni afecciones. Piensa en tu amada, y si no puedes alejarla de tu mente, habrás recibido la respuesta de Dios.

—No sé cómo agradecerle, padre, me ha quitado un peso de encima.

—No agradezcas ahora; ya habrá tiempo para eso. Anda, ve con Dios.

Mariano partió, y en vez de caminar parecía levitar por la dicha que embargaba su corazón. Hidalgo retornó a la alfarería con sonrisa de satisfacción y un hambre feroz.

Esa misma noche Mariano habló con sus padres, informándoles que había decidido abandonar el seminario. Doña Micaela recibió la noticia como un baldazo de agua fría; ya se había hecho a la idea de tener un hijo santo. Por el contrario, su padre acogió la nueva con gran alborozo. Abrazó a su vástago, lo felicitó y bendijo silenciosamente a la joven que le había hecho recapacitar, así como al cura que lo había aconsejado con indudable sapiencia. De inmediato comenzó a realizar planes para su vástago: ingresaría otra vez al

regimiento de dragones de la reina, donde él fungía de capitán, y tan pronto renunciase en Valladolid se reintegraría de lleno a la administración de las haciendas.

Mariano ni escuchaba a su padre; su mente era acaparada por una sola imagen: Manuela Taboada, su nueva y divina devoción.

Mariano abandonó el seminario con la misma férrea convicción con la que tres años antes había decidido ingresar en sus pasillos; pensaba, nuevamente, que su decisión era irrevocable. Con la ayuda del padre Hidalgo los trámites fueron sencillos: «El joven se encuentra más atraído por el amor humano que el celestial; si la vocación duda ahora, es de justos dejarlo encontrar la felicidad», escribió al rector, en una certera y contundente carta. Luego de esperar una semana para obtener el certificado de sus estudios, Mariano abordó una diligencia rumbo a Dolores, vestido en ropas civiles y con el escaso equipaje a cuestas. A mitad de camino le dolió no haber pasado por Chamacuero; le urgía ver a Manuela, declararle su amor de nuevo, oler su aroma de volátiles jazmines, acariciar su cálida mano. Tan solo de pensar en su amada, su pecho se inflamaba con suspiros y su mente se poblaba de ensueños.

Llegó a casa y abrazó a su madre, quien no conseguía aceptar aún que su hijo abandonase la vida sacerdotal, razón por la cual recelaba de la jovenzuela que lo había encandilado. Don Bernardo lo recibió con una gran noticia: ya le había mandado a confeccionar el uniforme de teniente de los dragones de la reina, rango que merecía por la nobleza e importancia de la familia y por ser don Bernardo, además de nacido en España, capitán del regimiento.

—El próximo lunes habrás de ir a Guanajuato con el sastre don Eugenio Álvarez para hacerte confeccionar ropa decente.

Mariano durmió temprano y poco antes de despuntar el sol tomó rumbo a Chamacuero, travesía que le tomaba seis horas a buen paso. No importaba; su ilusionado corazón ignoraba cualquier inconveniente por molesto que fuese.

Así pasó un año, en visitas a Manuela por dos o tres días a la semana, hospedándose en la posada de doña Araceli, de camas duras y habitaciones escuetas pero aseadas, con un aguamanil de hoja de lata adornado con florecillas y un lebrillo de barro vidriado para asearse. Procuraba viajar el viernes y, tras asistir a misa el domingo, retornaba a Dolores para aprestarse a atender las faenas de la hacienda o la milicia.

Manuela esperaba impaciente los viernes. Contaba las horas con ansiedad y esperaba que las campanas de la parroquia tañeran las doce del día para que su novio apareciese en la puerta, puntual y sonriente. Don Antonio la amonestaba frecuentemente por sus desproporcionadas ansias que, en más de una ocasión, le hicieron

comerse las uñas. «Pareces una vulgar criada; deberás controlar tus emociones o habré de prohibir las visitas de Mariano», repetía la sempiterna y falsa amenaza.

Los novios habían jurado no ocultarse nada, por lo que Manuela se enteraba de todos los pormenores de su amado, desde los vericuetos de la administración de las haciendas hasta los continuos reproches de doña Micaela, quien no se hacía a la idea de que su hijo hubiese abandonado los estudios eclesiásticos. También le narraba sus experiencias en la milicia; cada dos semanas acudía a San Miguel el Grande para realizar ejercicios y entrenamientos militares con su regimiento, llamado dragones de la reina por estar conformado exclusivamente por caballería. Era una milicia provincial y por lo tanto de servicio voluntario, conjuntado solo para servir en caso de que alguna emergencia sucediese en el reino, ya fuese una invasión extranjera o una revuelta interna, lo cual a Manuela le parecía bastante improbable.

Escuchaba con paciencia a Mariano quejarse de las prácticas castrenses, pues le parecían inútiles y fastidiosas. Por fortuna había conocido a un oficial de nombre Ignacio Allende, catorce años mayor que él, quien lo tomó bajo su protección, y entabló una amistad más fincada en una relación tutelar que de franca camaradería.

—¿Y cómo es Allende? —le preguntó ella, realmente interesada en conocer al protector de su novio.

—Tiene el cabello crespo, nariz ganchuda y chueca, debido a un golpe que se dio rejoneando…

—¿Es rejoneador? —lo interrumpió asombrada.

—Es un diestro jinete, audaz como ninguno, y en el rejoneo no hay quien le aventaje. Con el cura Hidalgo pasan horas hablando de toros.

—¿Son amigos?

—Los une la fiesta brava, además de su odio a los gachupines. Los dos piensan que Nueva España debería ser gobernado por los criollos americanos y no por los nacidos en Europa.

Las tardes volaban entre conversaciones y mimos. Cada viernes era esperado con ilusión y los domingos los unía una misma aflicción: la hora de la despedida. Pero al fin, el viernes 21 de junio de 1805, Manuela y Mariano se unieron en el santo sacramento del matrimonio, realizado en la parroquia de Chamacuero. El sacerdote fue, por supuesto, el tío Joaquín Camargo, quien mostraba una gran satisfacción por el enlace, tal como si casase a sus propios hijos.

La ceremonia fue sencilla pero no exenta de auténticas emociones: a don Antonio Taboada se le escapó una rebelde lágrima a la mitad de la ceremonia; doña Micaela, por su parte, al constatar la felicidad de su hijo, aceptó a Manuela como su propia hija; Ignacio Allende se enterneció al notar el profundo amor de los jóvenes y brindó

sinceramente por su felicidad; el cura Hidalgo, que había viajado con don Bernardo Abasolo y su esposa, por ser invitado de honor, bendijo en persona a los novios.

Tras celebrar un breve brindis, los novios partieron hacia Dolores. La caravana estaba conformada por los carruajes de don Bernardo y doña Micaela, así como los parientes y amigos venidos de San Miguel el Grande y Dolores.

Al llegar a casa, ya muy entrada la noche, doña Micaela instruyó a la servidumbre para que no despertasen temprano a los recién casados: «Deben estar muy fatigados por tantas emociones», explicó, ocultando sus pícaros pensamientos.

Cuando ingresaron a la mansión de los Abasolo la mente de Manuela se pobló de un amasijo de sentimientos contradictorios. Por una parte, el edificio le pareció un palacio: la casona de dos plantas resultaba tan grande y bien distribuida que podía rivalizar con las afamadas construcciones de la Ciudad de México. «Por lo visto don Bernardo y doña Micaela pensaban procrear una familia numerosa», consideró Manuela al recorrer los pasillos y habitaciones perfectamente amuebladas, aunque vacías. Esto le producía desazón y melancolía por más que sus suegros se desvivían en atenciones.

—Sois nuestra hija —le había reiterado don Bernardo, con un abrazo cariñoso—. Todo lo que existe dentro de estos muros es tuyo.

Al llegar a la habitación, ubicada en el ala poniente y muy apartada de las habitaciones de los suegros, un ligero sonrojo se imprimió en sus mejillas; desde ese momento compartiría con Mariano los días y por supuesto las noches, cuestión que le despertaba temerosa curiosidad y acalladas ilusiones. La ausencia de una madre y la nula experiencia de su tía Conchita le hacían analfabeta en cuestiones carnales. No había tenido una confidente con quien hablar de asuntos amorosos, así que su intelecto le dictaba que el acto nupcial, como lo nombraba, acontecería de un modo similar al de los perros o los caballos. Esto la mantenía confusa y avergonzada, no por el acto en sí, sino porque tal posición resultaba poco afortunada en términos de gracia y delicadeza.

Por su parte, Mariano también era virgen: desde muy temprana edad se había negado a visitar cualquier casa de mujeres pecadoras, debido a sus inclinaciones religiosas, y cuando su padre lo obligó a acompañarlo a San Miguel el Grande, con la intención de bautizar a su hijo en las artes amatorias, Mariano debió realizar chapuzas para salvar la pureza de su alma y de su cuerpo. A las afueras del poblado, en una casona, conocida como la Casa de Madame Gertrudis, fueron a dar sin importar reniegos ni excusas.

—Después de esta noche, ya verás hijo mío, esas ideas de hacerte sacerdote se esfumarán en el aire como el humo del cigarro —bromeó con sonrisa malévola y retorciéndose el bigote—. Si existe el paraíso en la tierra se encuentra en los brazos de una mujer; es más, si los curas las prohíben, es debido a la envidia —finalizó soltando reverendas risotadas.

Madame Gertrudis, mujer entrada en años pero que guardaba algunas muestras de su pasada belleza, los atendió en persona y les invitó una copa de mezcal de Zacatecas, que estaba de rechupete, dijo. A Mariano le temblaban las piernas y le dolía el estómago al ver a aquellas mujeres, la mayoría gordas y desaseadas, aunque de común denominador poseedoras de grandes senos, mismos que exhibían sin el mínimo pudor, como si fuesen frutas de mercado ofertadas al mejor postor. El padre pagó por la mujer más bella del congal, una tal Rosalía, de ojos claros y piel blanca, a todas luces una mujer de las que abundaban allá por la comarca de los Altos de Jalisco.

Al entrar al cuartillo y mirar la cama de sábanas sucias y mal tendidas, Mariano pactó con Azucena: si comentaba a su padre que habían fornicado le pagaría dos reales en compensación a su santa mentira, que, debía saberlo, serviría para una buena obra: la salvación de su alma. La puta no se tragó aquel cuento; en sus años de ramera había escuchado la misma cantaleta en otras ocasiones. Le preguntó sin recato alguno:

—¿Eres afeminando…? No te preocupes, cachorrito, con ocho reales tu secreto permanecerá igual de sepultado que el cadáver del mismísimo Hernán Cortés.

—¡No soy afeminado! —protestó molesto—. ¡Lo que insinúas es el pecado nefando; yo seré sacerdote por amor y respeto a Dios!

—Está bien, cantaré la canción que me digas, pero no por dos reales, que no soy una vulgar mendiga; seis es el precio… Si vas a ser sacerdote sabrás que mentir es pecado.

Tras larga discusión y regateo, el precio se estableció en cuatro reales; no porque Mariano fuera muy ducho en el tira y afloja, sino porque era todo lo que llevaba consigo.

—¿Verdad que aquello es el mismo paraíso? —le preguntó don Bernardo un rato después, y Mariano sonrió sin disimulo. Había convencido a su padre de haber cumplido su cometido.

Los recién casados se encontraron en la intimidad y ante el misterio de la cama con nervios similares. Manuela había escogido un camisón de algodón de la India, cuya suavidad le pareció adecuada para la ocasión, además de que, por su hechura, resultaba recatado, pero delicadamente femenino gracias a los bordados en mangas y cuello. Él

también había vestido con un austero camisón liso, elaborado con lino.

Con la cabeza gacha tuvo que confesar, completamente sonrojado, que su experiencia en asuntos carnales era nula; además no había querido preguntar a nadie, ni a su amigo Ignacio Allende, para evitar burlas.

—El amor es divino y Dios habrá de guiarnos —dijo Manuela con plena seguridad—. Oremos un instante para que nos auxilie.

Tomó a Mariano de la mano y fueron a hincarse frente a un cuadro de la Virgen de la Ascensión, donde le pidió que rezaran con fervor tres avemarías y un credo. Terminado aquello lo llevó a sentarse en un costado de la cama, lanzándole tímidas miradillas. Entonces se acercó y lo besó levemente en los labios y la frente, y después; llevó la cabeza del amado a su hombro hasta recargarla junto a su cuello. Mariano hundió la nariz entre el cabello de su amada; aspiró repetidamente el fresco olor a lavanda y exhaló con nerviosos suspiros el tibio vaho sobre la nuca. Manuela sintió un cosquilleo por el cuello que incendió sus mejillas y orejas, a la vez que se le humedecía la entrepierna con cálidas sensaciones, como solo había sentido en sueños. Su respiración comenzó a agitarse y, sin proponérselo, siguiendo un deseo irrefrenable, levantó con sus manos el rostro de Mariano para besarlo con pasión.

Guiada por sus instintos, Manuela se tumbó en la cama sin interrumpir los besos y caricias. Ambos se sentían cada vez más convulsos y agitados, envueltos de ansiosos jadeos apremiantes, hasta que ella se subió las faldas del camisón a la cintura e hizo lo mismo con el de Mariano. Se abrió de piernas y tomándolo de las nalgas lo impulsó a que penetrara aquella oquedad que exigía ser complementada.

Emitió un ligero gemido de placer al sentir el duro falo penetrar su vulva, seguido de un dolor inexplicable, que le hizo quejarse, como si algo se rompiese dentro de ella.

Mariano se irguió asustado.

—¿Te he causado daño?

—No… no… —ronroneó entre jadeos—. Prosigue, por favor, Dios está guiando tus acciones.

Mariano arremetió con delicadeza intentando no causar daño a su esposa. Ella, por el contrario, lo impulsaba para que la penetrara más hondo, hacia lo más recóndito de sus ansias, al tiempo que fueron encontrando un mismo ritmo, una melodía que unía sus cuerpos y sus almas entre ruborosos pujidos contenidos, rostros incandescentes. Un frenesí creciente, cada vez más vertiginoso, que explotó en una sensación desconocida y vivificante, trastocó cada poro de sus pieles y cada palmo de sus almas, convirtiéndolos en millones de estrellas

expelidas hacia el cielo.

Quedaron unidos por un instante, hasta que a Mariano le invadió el pudor y salió de ella, rodó a un lado y se bajó el camisón. Manuela colocó su cabeza sobre el hombro del amado y ambos guardaron devoto silencio.

Minutos después, ya relajada, pensó que aquello era el paraíso. Y desde ese momento, sin importar que sonara a blasfemia, Mariano fue su único dios. Por su parte, Mariano, sin saber por qué, comenzó a llamar a su esposa con el cariñoso apodo de Gatita.

EL INFIERNO EN ESTA VIDA

Septiembre y octubre de 1810

Tras la partida del ejército insurgente, el pueblo de Dolores se sumió en una melancólica tranquilidad; la ausencia de la mayoría de los hombres le confería un aire de enajenada desolación, y muy pocos se animaban a transitar por las calles, imprimiendo mayor desamparo al ambiente. Manuela, en las esporádicas conversaciones con otros paisanos, advirtió que una agazapada aprensión los abrumaba, temerosos de que en el momento menos esperado cayera sobre el poblado, como furia celestial, algún destacamento de los ejércitos virreinales y descargara su venganza sobre los debilitados moradores. Para defenderse tan solo contaban con cuatro soldados de la guarnición y el apoyo de varios artesanos que pertenecían a la industria del cura Hidalgo. Además, tenían la obligación de resguardar una parte del dinero obtenido de los caudales de los gachupines, y custodiar a los presos que no habían sido trasladados.

La parroquia y la administración quedaron a manos del padre González, santo varón que representaba lo opuesto a don Miguel: tranquilo, ordenado y ajeno a la vida mundana. Era consabida su dedicación a la oración y la suave obediencia; su generosa humildad le imbuía de un halo de cuasi santidad, virtudes por las cuales Manuela lo admiraba y comenzó a frecuentarlo en el confesionario para conversar y descargar sus temores y malos augurios. Por Hidalgo sentía ahora un rencor encajado en lo más profundo de su mente. Se le fruncía el ceño de coraje al recordar la artimaña con la que la había taimado para quedarse con su herencia y llevarse a Mariano y a Pedrillo. Su misma suegra, doña Micaela, no había hecho otra cosa que despotricar contra el cura y sumirse en bochornos y jaquecas que la tumbaban en cama por días y semanas.

Manuela continuó con el encargo de alimentar a los encarcelados. Les llevaba diariamente los alimentos del desayuno, comida y cena; procuraba que fuesen sustanciosos y bien elaborados, aunque no siempre podía cumplir con su propósito: el ejército revolucionario había cargado con vacas, chivos, cerdos y hasta gallinas. Las escasas fuentes de alimentos la obligaban a elaborar platillos cuyos ingredientes fueran exclusivamente legumbres y verduras; la carne escaseaba y, de conseguirla, se debía pagar a precios desmesurados.

Don Luis Marín, amigo de su difunto suegro, le causaba aflicción y lástima; debido a su vejez, la fría cárcel prometía causarle alguna enfermedad que seguro lo arrastraría a la tumba. Le había llevado

cobijas suficientes, pero aun así la terca tos le impedía hablar de continuo, asunto que mortificaba la conciencia de Manuela. Fue con el padre González para ponerlo al tanto y suplicarle que lo dejasen salir de prisión con la condición de no abandonar el pueblo, a lo cual el santo padre condescendió. Cuando don Luis recibió la noticia, bendijo a Manuela diciendo: «No sois de la misma ralea que esos canallas; sois un ángel; Hidalgo, el demonio», palabras que calaron hondo en su ya embrollada alma.

Recibió una carta de Mariano, enviada desde Irapuato, y tras leer las primeras líneas informándole que estaba con bien, Manuela descansó tranquila. Devoró las letras de su amado, escritas con caligrafía prolija y ornamentada, que expresaban lo mucho que la amaba y extrañaba. Le preguntaba por la salud de su madre y el ánimo de Rafaelito. Luego proseguía con noticias desconcertantes:

> A Celaya entramos triunfantes, sin oposición alguna y con gran desfile; el cura iba a la cabeza, despojado del gran sobrero que utiliza normalmente, con la intención de ser reconocido por el gentío que nos ovacionaba en calles y plazas. Si lo hubieras visto no lo reconocerías: altivo, orgulloso, portando la imagen de la Guadalupana, seguido de unos cien dragones bien uniformados y una descompuesta muchedumbre de criollos, rancheros, negros, mulatos y miles de indios.
>
> Por desgracia, al llegar a la plaza un sirviente apostado en la azotea de una casa principal, puesto ahí por su amo con la intención de prevenir cualquier saqueo, disparó al aire y uno de nuestros soldados lo abatió de inmediato. Pareciera que aquellos tronidos fuesen la orden para el saqueo: la turba se alborotó de un momento a otro. Echaban abajo las puertas o brincaban azoteas para invadir las casas de los gachupines y permitir que la chusma entrase a robar canapés, cuadros, vajillas, aguamaniles o simplemente cobijas. Lo que pudiesen hurtar les era gratificante. Realizaban su pillaje con tal afán que Allende, por más esfuerzos realizados, no logró contenerlos, y el cura los miraba sin amonestarlos. No lo creerás, Gatita, pero yo lo presencié: Allende se acercó a Hidalgo para conminarlo a restablecer el orden, pero él justificó la actitud de la plebe alegando que, si eran reprehendidos, se diezmaría el ejército. Aunque, siendo justo con don Miguel, debo contarte que emitió una orden en beneficio de las mujeres: si alguien viola a una dama, es ejecutado de inmediato.
>
> Como se ha hecho costumbre, ordenó encarcelar a los europeos que permanecieron en la ciudad e incautar sus caudales, aunque se encontraron escasas monedas en las casas y en el convento carmelita. Pero un hombre, de oficio enterrador, se acercó al cura y le reveló el secreto: los tesoros se habían ocultado en el cementerio carmelitano cual si fuesen cadáveres en paz eterna. Al instante fueron a desenterrar los ataúdes y los encontraron repletos de monedas de oro. Algunos frailes intentaron evitarlo y fueron vilmente golpeados por varios soldados. Hidalgo ni siquiera se disculpó, te lo juro.

Manuela bajó el papel, escandalizada y horrorizada. Pareciera que el cura fuese una persona distinta y desconocida; no el sabio y bienaventurado sacerdote capaz de internarse en la serranía para llevar los santos óleos a un humilde labrador en el lecho de muerte; tampoco el cura jugador y fiestero, amante del baile y la juerga, y mucho menos el hacendoso varón que plantaba moreras para la elaboración de la seda, o vides para producir vino, o elaboraba finas porcelanas. No, quien se hacía llamar *general* era harto distinto al

cura, con una carga de soberbia como jamás le había conocido. Pesarosa, continuó la lectura:

> Hidalgo y el alto mando militar, incluido yo, nos hospedamos en el mesón de Guadalupe, justo en la plaza central. Por la noche, en vez de reprender a quienes habían saqueado, subió a lo más alto del mesón y arrojó monedas a la multitud, que atrapaban al aire y hasta peleaban a trompadas para adueñarse de ellas. Ya entonces sospeché, y quizá Allende también, que el cura tramaba algo; permitir tanto desorden y hasta premiar a la indisciplinada chusma debería ocultar un despropósito, y así lo pudimos constatar al día siguiente. Allende y Aldama le reclamaron por nombrarse general y hacerse de la jefatura absoluta del movimiento, ya que habían acordado de antemano que ellos dirigirían los asuntos militares, e Hidalgo, los políticos. Pues bien, el cura realizó una maniobra astuta y maquiavélica: hizo reunir a la acrecentada muchedumbre junto a la iglesia de San Antonio, se plantó frente a la turba y les habló desde la parte superior de la escalinata, justo a la entrada del templo. Eran ya más de quince mil almas sedientas de rapiña, alucinados por el cura y con permiso de cometer desmanes. Con seductoras palabras alabó las acciones de Allende y Aldama, y acto seguido, junto con los miembros del ayuntamiento de Celaya, les confirió a cada uno el rango de general. El júbilo era enorme y la chusma comenzó a vitorear a Hidalgo con tal denuedo que debió silenciarlos para él mismo ser nombrado capitán general, el máximo cargo militar, asunto que causó tremendos griteríos de júbilo que lanzaban vivas a Hidalgo y lo alababan como *protector de la nación*. Todos festejaron, menos Allende y Aldama, quienes descubrieron por qué apodaban el Zorro al cura: si bien los nombró con altos cargos, él se envistió con uno mayor y se mantiene a la cabeza.

Mariano concluía la misiva comentando que su labor en el ejército se remitía a entrenar a la creciente tropa. Se despedía de su esposa con amorosas palabras, y le informaba que en dos días marcharían a Guanajuato, plaza importantísima por sus minas de plata, y que Pedrillo se encontraba sano y salvo, ya que él mismo lo protegía.

Manuela guardó la carta en un joyero de lináloe finamente laqueado con hermosos trazos de aves, regalo de su amado en el primer aniversario de boda. Una mala corazonada anidó en su interior: si el cura estaba timando a Allende de la misma manera como se había burlado de ella, seguro que en adelante actuaría para satisfacer sus propios planes, siendo capaz de darle la espalda a quien se le opusiera.

Firmemente asentado sobre el bello corcel, Hidalgo observaba Guanajuato desde las alturas del cerro de San Miguel mientras tocaba con su mano derecha una de las dos pistolas que llevaba en la cintura. Sentía el corazón partido en dos; su gran amigo, Juan Antonio Riaño, a cuyo mando se organizó la defensa de la plaza, había decidido presentar batalla. Horas antes, Hidalgo le había enviado dos cartas; en una de ellas le hablaba como capitán general del ejército libertario y exigía la rendición, enfatizando que de no acceder a sus demandas aplicaría «todas las fuerzas y ardides para destruirlos». En la otra le escribió al amigo, asegurando que su amistad era sincera y que las diferencias en sus ideales no deberían disminuir los lazos fraternos, aunque se batiesen ahora como enemigos. Además, le ofrecía asilo y protección a su esposa, en caso de que su amigo pereciera en la

refriega.

Le dolía el enfrentamiento, pero como líder supremo no podía mostrarse frágil, y menos ante Allende y Aldama, que codiciaban su puesto. Ellos se habían mostrado indecisos y timoratos a la hora de levantarse en armas, por lo cual Hidalgo se vio obligado a tomar el mando, ejecutar las decisiones pertinentes y, lo más importante, encender la flama libertaria en cada uno de sus seguidores. Nadie ahora lo apartaría de sus sueños ni trastocaría sus planes; el movimiento crecía a cada hora y no había quien lo pudiese detener.

La ciudad era suya a excepción de la Alhóndiga de Granaditas, imponente edificación que servía de granero, cuyos sólidos muros y elevada altura le conferían cualidades ventajosas de defensa, y resultaba una especie de castillo casi inexpugnable. Se enteró por boca de los lugareños de que allí se habían guarnecido algo más de trecientas personas, entre gachupines, criollos, soldados y servidumbre, dispuestos a resguardarse por semanas y aun meses; en sus amplias bodegas guardaban suficientes alimentos, parque y una colosal cantidad de monedas. Tras estudiar el campo de batalla y asesorarse con los consejos de Allende, dispuso que un nutrido grupo de indios honderos se instalara en el cerro de San Miguel y otro en el cerro del Cuarto, para que ambos apedrearan al enemigo. Con el resto del ejército se dirigió al cuartel de caballería sin encontrar resistencia; al contrario, unos dos mil lugareños, todos ellos humildes, se unieron a sus huestes.

Encorvado y cabizbajo meditaba las acciones por tomar mientras Allende le explicaba un plan preconcebido. De pronto escucharon balazos: varios indios se habían acercado a la alhóndiga y los soldados realistas dispararon contra ellos. Como consecuencia unos veinte indios murieron. Habían sonado los disparos y, sin esperar orden alguna, los indios colocados en los cerros aledaños comenzaron a lanzar una lluvia de piedras sobre la edificación, mientras otros contingentes atacaban en desorden las escasas trincheras que habían construido los defensores. Un gran número de atacantes murió en la acción.

Al llegar a las cercanías de Granaditas, Hidalgo se detuvo asombrado; el desorden era mayúsculo y por más esfuerzos que hacían Allende y Aldama para controlar las hordas de asaltantes, no conseguían gran cosa. No obstante, las trincheras fueron cayendo, gracias a que el capitán Jiménez logró ordenar a un grupo de soldados, con los cuales pudo avanzar lento pero seguro.

Hidalgo sonrió esperanzado: sus hombres superaban al enemigo en una proporción de doscientos contra uno y no había poder que evitase la rendición de la alhóndiga. Pero entonces sucedió lo inesperado: su amigo Juan Antonio Riaño salió de la fortificación para proteger una

de las trincheras; Hidalgo apretó los dientes, temeroso, rezando al cielo que no le sucediese nada, que recobrase la cordura y regresara al fortín para ponerse a salvo, pero una certera bala alcanzó a Riaño, quien cayó muerto al instante. Sintió que el cielo se le venía encima, agachó la cara y entrecerró los ojos:

—*Per dominus gratia spiritus sancti, ut a peccatis lieratum te salvet atque propitius allevet* —murmuró dándole la extremaunción a su querido amigo.

Mortificado y decaído, decidió conducir las acciones desde una casona cercana, intentando apartar la vista y la conciencia de los horrores acontecidos y por acontecer. Pasó un par de horas sumido en una maraña de confusión: se sentía culpable por la muerte de Riaño y sus seguidores. Los horrores de la guerra eran superiores a los que jamás había imaginado. ¿Acaso estaba obrando correctamente? ¿Valía la pena tanta mortandad para lograr la independencia?

Caminaba en continuo ir y venir en el salón cuando de pronto un lépero entró gritando: «¡Victoria, victoria!», con lo cual haciendo un gran esfuerzo se dirigió hacia Granaditas. Menos de tres horas había durado la batalla y al final, cuando varios mineros avezados lograron incendiar la puerta principal, la multitud tomó la fortaleza.

La escena era dantesca: la plebe se apretujaba entre las carbonizadas puertas en desconcertado remolino: los que salían de la fortaleza cargaban monedas, collares de gemas preciosas, ropajes, muebles y hasta lingotes de plata; corrían despavoridos para que nadie les arrebatase el botín. Otros se abrían paso a empujones para entrar y hacerse de lo que pudieran, mientras unos más robaban las pertenencias de los cadáveres. Al avanzar, Hidalgo descubrió el cuerpo desnudo de Juan Antonio Riaño, tendido al borde de una trinchera, con las piernas estiradas y los brazos extendidos, tal como quedaban los infelices que habían sido despojados de sus vestiduras por la plebe. La entrepierna era un engrudo de mierda y el pecho mostraba un cruel hoyanco rodeado de sanguaza y costras. Tenía el cuello torcido y su rostro miraba hacia el fango, con un rictus de asombro.

Se acercó al cadáver, enderezó el cráneo, dobló los brazos sobre el pecho y, por último, cerró aquellos ojos que parecían mirarlo fijamente, extrañados, sorprendidos, maldiciendo. Usó su saliva como aceite e hizo la señal de la cruz sobre la frente del amigo mientras decía para sí: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

A poca distancia contempló a varios indios y léperos saquear los comercios de los europeos; otros, organizados en espontáneos grupillos, corrían tras algunos hombres y mujeres que huían intentando salvar la vida; con angustiosos gritos de auxilio clamaban piedad e imploraban al cielo, mas al ser alcanzados eran masacrados con piedras, machetes y garrotes.

El cura pensó estar en una pesadilla, en la cual Guanajuato era el infierno, y él, Miguel Hidalgo y Costilla, el mismo Satanás. Pero, extrañamente, su alma solo percibía un ligero gusto por los horrores de la guerra; lo horrendo de la escena la hacía más bella y seductora. No sintió lástima por los asesinados ni placer por la victoria; sus emociones vagaban en un limbo de confusión, en algo parecido al frenesí de la borrachera. Tomó una de las pistolas que portaba en la cintura. Observó que un sobreviviente se retorcía en las trincheras, se acercó a él, le apuntó a la sien y disparó. «Pinches gachupines, hijos de su puta madre», dijo rechinando los dientes y aprestándose a usar la segunda arma contra un infeliz que intentaba huir del infierno.

¿DESERTAR? ¡NADIE!

Consternada y asombrada, Manuela se persignó al concluir la lectura de la carta; Mariano le relataba los sucesos de Guanajuato, y describía con horror los saqueos que por tres días asolaron a la ciudad, de manera tan profusa y desquiciada que ni Allende ni Abasolo o el mismo Mariano pudieron contenerlos. Además, relataba que había un bando para cesar la rapiña y hasta ordenó abrir fuego contra una horda que arrancaba los balcones de una casa. No había duda, puntualizaba Mariano en su carta, las multitudes habían rebasado al cura y la desordenada chusma le había privado de gran parte del botín de Guanajuato; de la alhóndiga, donde los gachupines habían guardado todas sus riquezas, pudo salvar apenas ocho mil pesos en reales y treintaidós barras de plata. La plebe había hurtado los otros caudales ahí guardados.

También relataba que, al notar la crueldad de la batalla y los enardecidos ánimos de los rancheros e indios, había decidido mantenerse al margen de los horrores:

> Me guarecí en casa de mi amigo Pedro Otero, donde permanecí distante pero informado de los sucesos por mi asistente. En una ocasión me asomé a la calle y descubrí que un grupillo de indios perseguía al capitán Joaquín Valdés con la intención de masacrarlo. No lo dudé, Gatita, guiado por un impulso caritativo le brindé resguardo; curé sus heridas y al día siguiente lo dejé huir. Es un acto de caridad que, si bien no me exime de los horrores acontecidos, en algo tranquiliza mi alma.

Finalizaba la misiva informando que el cura le había ordenado dirigirse a San Miguel para atender algunos asuntos y que ahí podrían reunirse, cuando menos por unas horas.

A Manuela le temblaban las manos cuando dobló de nuevo el papel y lo guardó en el cofrecillo; entendía perfecto que la masacre y el pillaje ahuyentarían a muchos partidarios, en especial a los adinerados, quienes habían apoyado el movimiento confiando en que sería pacífico y ordenado. Cuando doña Micaela se enteró de la masacre de Guanajuato, una jaqueca enorme la postró en cama y la dejó rezando rosarios noche y día y rogando al cielo por el alma de su hijo. Pero al enterarse del viaje de Mariano a San Miguel, la jaqueca cesó milagrosamente y ella se entercó en viajar junto a su nuera.

—Mariano me va a oír, me va oír, que te lo digo yo —repetía una y otra vez, levantando el dedo índice en señal de amenaza.

Hidalgo intentó justificar las atrocidades repitiendo a unos, a otros y a

sí mismo que toda revolución conllevaba excesos incontrolables. ¿No había sucedido así durante la Revolución francesa, cuando los jacobinos decapitaron a miles y miles en la guillotina y produjeron una era de terror y anarquía?

—Los excesos son el precio que se debe pagar por la libertad y el progreso; no hay forma de evitarlos… Dios sabrá perdonarnos; el bienestar de millones depende de nuestro triunfo —repetía constantemente.

Aquella bochornosa tarde tenía un humor de los mil demonios; los insomnios y los esfuerzos por contener los saqueos que en mucho mermaban sus arcas le tenían los nervios de punta. Bebía un tazón de chocolate con agua para reanimarse, cuando su hermano Marianillo, con aquel leve temblor del párpado izquierdo que lo caracterizaba cuando debía anunciar noticias funestas, le dijo a rajatabla y con sarcástica sonrisilla, para suavizar el temple de Hidalgo:

—La gente humilde, en especial los indios, andan diciendo que eres un santo y, no te vayas a reír, juran que la Santísima Virgen te habla varias veces al día.

Ya uno de sus principales asistentes, Eugenio Aguirre, le había comentado aquellas habladurías sin causarle la menor molestia; todo lo contrario, el asunto obraba a su favor: escudado en la supuesta santidad, podría mantener el control total de las tropas y la directriz suprema del movimiento.

—Por mí pueden murmurar lo que les venga en gana —sentenció paladeando el chocolate con un esbozo de buen humor.

—Pero hay algo más; me mortifica ser yo quien te dé a conocer este edicto —dijo Marianillo pesaroso mientras extendía una gran hoja enrollada.

El cura abrió una pequeña caja donde guardaba sus lentes de lectura, se los colocó aún entre risillas pero fue enmudeciendo al leer el edicto:

> Un ministro del Dios de la Paz, un sacerdote de Jesucristo, un pastor de almas […] el cura de Dolores don Miguel Hidalgo […] asociado de los capitanes del regimiento de la Reina, don Ignacio Allende, don Juan de Aldama y don Mariano Abasolo, levantó el estandarte de la rebelión, y encendió la tea de la discordia y anarquía, y seduciendo a una porción de labradores inocentes, les hizo tomar las armas; cayó con ellos sobre el pueblo de Dolores el 16 del corriente, al amanecer, sorprendió y arrestó a los vecinos europeos, saqueó y robó sus bienes…

Su desenfado fue transformándose en temor primero, e ira después, mientras avanzaba en la lectura a saltos de párrafos.

> Como la religión condena la rebelión, el asesinato, la opresión de los inocentes, y la madre de Dios no puede proteger los crímenes, es evidente que el cura de Dolores, pintando en su estandarte de sedición la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cometió dos sacrilegios gravísimos e insultó a la religión y a Nuestra Señora… Haciendo uso de la autoridad que ejerzo como obispo electo y gobernador de esta mitra, declaro que el referido don Miguel Hidalgo, cura de Dolores, y sus secuaces los tres citados

> capitanes, Allende, Aldama y Abasolo… han incurrido en la excomunión mayor del canon: *Siquis suadente Diabolo*.

No lo podía creer: ¡el obispo Manuel Abad y Queipo lo había excomulgado! Y además intentaba disuadir a sus seguidores:

> Prohíbo que ninguno les dé socorro, auxilio y favor, bajo la pena de excomunión mayor, *ipso facto incurrenda*… Asimismo exhorto a la porción del pueblo que trae seducido, con título de soldados y compañeros de armas, que se restituya a sus hogares y lo desampare dentro del tercer día siguiente inmediato al que tuvieren noticia de este edicto, bajo la misma pena de excomunión mayor… Y para que llegue a noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia, he mandado que este edicto se publique en esta Santa Iglesia Catedral, y se fije en sus puertas, y que lo mismo se ejecute en todas las parroquias del obispado. Dado en Valladolid a veinticuatro días del mes de septiembre de mil ochocientos diez.

—¡Cabrones! —clamó con brutal furia, estrujando el edicto y rompiéndolo en mil trozos—. ¡Todos los gachupines son lo mismo; no se puede confiar en ellos y mucho menos ofrecerles amistad!

Marianillo intentó tranquilizarlo.

—No te preocupes, Abad y Queipo no es obispo consagrado.

—¡Me importa un carajo si es válida o no la excomunión! —gritó iracundo palmoteando la mesa—. ¿No alcanzas a comprender lo que pretende? ¡Desea dejarnos sin seguidores, el muy hijo de puta!

Marianillo lo miró desconcertado, sin saber a bien cómo interpretar la reacción de su hermano.

—¿Dices que los indios y la plebe piensan que hablo con la Virgen?

—Sí, Miguel, y también la soldadesca.

—Pues no sé qué habrás de hacer, pero es imprescindible que los rumores se esparzan entre todos los soldados y por todos los pueblos. Te lo encargo personalmente, porque no puedo confiar en casi nadie. No podemos permitir que las tropas deserten ahora.

Marianillo estaba a punto de abandonar la habitación cuando su hermano le ordenó:

—No hagas mención de este asunto a nadie, ¿entendiste? Si el pueblo se entera de la excomunión entonces nos puede cargar la chingada. Tampoco lo comentes con Allende, Aldama y Abasolo; imagínate si se entera Mariano Abasolo, con lo religioso que es, puede desertar en un santiamén.

El cura y Allende escuchaban atentamente al espía que venía de San Luis Potosí, un hombre vestido cual arriero, con ropa añeja y desgastada, removiéndose nervioso sobre sus pies, ya que las noticias no eran halagüeñas.

—El general Calleja está conformando un ejército para hacerle frente, padre Miguel, y es probable que marche contra Dolores y San Miguel el Grande para luego enfrentarlo a usted directamente.

—¿Como cuántos hombres son? —preguntó Allende, preocupado.

—Por el momento cinco cuerpos milicianos, uno de infantería (que les llaman Tamarindos por el color de su uniforme), dos de dragones y dos de caballería, más o menos dos mil setecientos hombres, de los cuales solo cuatrocientos son de a pie.

—¿Y cuántos son los militares bien entrenados y los que no? —cuestionó Hidalgo poniéndose de pie y acercándose al hombre.

—La inmensa mayoría son reclutados de las haciendas vecinas.

—Es urgente avanzar contra ellos antes de que conformen tropas disciplinadas, que en mucho pueden hacernos daño —opinó Allende de inmediato —; la sorpresa deberá ser nuestra mejor estrategia.

Hidalgo meditó con gran rapidez: si Allende marchaba contra Calleja y triunfaba, se alzaría con honores y glorias que podrían restarle el poder que tan arduamente había conseguido; si por el contrario él mismo triunfaba, se afianzaría en el poder.

—Dirigiré una avanzada para averiguar si las noticias son ciertas —exclamó tajante—. En caso de confirmarse lo referido, te avisaré, y juntos abatiremos a Calleja.

Allende intentó protestar, pero el cura se le adelantó para impedir que profiriese palabra alguna.

—Me acompañarán Aldama, Jiménez y Abasolo; tu permanencia aquí es fundamental para asegurar Guanajuato, además tengo que pasar a Dolores para supervisar unos asuntos.

Marchó con un contingente de casi seis mil hombres en la cerrada oscuridad de la noche, con teas encendidas no solo para verse entre ellos; también para evitar desmanes en los poblados por donde iban pasando. A Hidalgo, aquella cantidad de luces se le figuraba como una santa procesión, un peregrinaje bendito por los cielos. Llegó a Dolores en la madrugada, constatando que Lupita y Vicenta, sus queridas hermanas, estaban a salvo, aunque atemorizadas como todo el pueblo. Luego de comer unos huevos rancheros, que le frio Vicenta con manteca de cerdo y tortillas recién hechas en comal, fue a su gabinete para escribir una carta a Juan de Moncada, marqués de Jaral de Berrio, invitándolo a sumarse al movimiento. El marqués, a quien bien conocía desde años atrás, le era fundamental para sus planes; tenerlo de aliado significaría eliminar cualquier resistencia en su avanzada contra Calleja.

Permaneció todo el día en Dolores para que la tropa descansara, tiempo que aprovechó para visitar sus industrias de alfarería, curtiduría y herrería, que, si bien ahora contaban con escasos trabajadores, seguían funcionando. «Con guerra o sin guerra, la vida debe seguir adelante», les había dicho. Después de inspeccionar las moreras y las vides, siempre bromeando con los jornaleros, se informó de los reos en prisión, y se reunió con el padre González para enterarse de los acontecimientos en su curato.

Al anochecer, antes de ir a la cama, tomó el violín y comenzó a tocar melancólicas melodías; su alma requería alcanzar la paz por medio de las sublimes notas de músicos como Vivaldi o Mozart. Entrecerró los ojos y, absorto en la música, pudo olvidarse de los desastres.

Manuela no supo que Hidalgo había llegado al pueblo, porque con Rafaelito y su suegra tomaron camino a San Miguel el Grande, donde esperarían a Mariano en casa de doña Francisca Garcilaso, comadre de doña Micaela. Anhelaba reencontrase con su amado e intentar, una vez más, que abandonase las tropas insurgentes; el cura les había engatusado con trampas y, además, tras la masacre de Guanajuato no tenía duda alguna de que la violencia se apoderaría del movimiento. Lo acontecido era muy criticado por todos; ella misma había notado que varios de sus paisanos, al enterarse de los crueles sucesos de Guanajuato, ya no favorecían al cura con el mismo ímpetu; es más, estaba convencida de que muchos cambiarían de bando a la primera oportunidad.

Mariano llegó al atardecer, con una escolta de ocho dragones. Al verle entrar a la casa, Manuela quiso correr hacia él y abrazarlo, pero su suegra se le adelantó, manoteando al aire, con los ojos encarnados por el coraje.

—¡Te prohíbo que continúes en esa andanada de Lucifer! ¿Si tu padre viviera qué habrías hecho, encadenarlo como una vil bestia? ¡Te lo prohíbo, por Dios santo, te prohíbo manchar su memoria con la deshonestidad!

—No he sido yo quien ha encarcelado a los europeos —se disculpó Mariano con voz humilde—; por el contrario, les he tratado con las mayores consideraciones y a más de uno he salvado de la muerte…

—Sí, mi hijito —interrumpió Manuela, tomando cariñosa la mano de su marido y mirándolo dulcemente—, yo conozco perfectamente tus piadosos sentimientos. Por ello no debes continuar; el movimiento está marcado por el desorden y…

—¡El pecado! —completó la frase doña Micaela, llevándose la mano a la frente para dramatizar su consternación—. El castigo del padre Hidalgo, escúchame lo que digo, será la excomunión; han encarcelado a sacerdotes, despojándolos de sus santas pertenencias y hasta maltratándolos; eso amerita máximo castigo y no tardará en llegar.

—El dinero de conventos e iglesias se ha tomado en calidad de préstamo —volvió a defenderse Mariano—; nadie ha robado nada. Entiendan que es indispensable alimentar a las tropas y pagar a los soldados. Todo préstamo es un asunto temporal…

—¡Pero no tu alma, hijito, que es eterna! —dijo Manuela a punto de

las lágrimas—. Tan solo debes considerar dos cosas: tu salvación eterna y la seguridad de tu familia. Esa que Dios encomendó a tu protección y ahora vive en absoluta incertidumbre, siempre temerosos de que en cualquier momento caiga sobre nosotros el castigo de los enemigos.

Mariano removía la cabeza mirando hacia la ventana de la sala de su madrina. Las palabras y razones que le repetían y restregaban le dolían en lo más profundo de su ser, pero también comprendía que no existía escapatoria alguna para él; había sido denunciado y ahora la única solución a sus problemas era vencer. Solo entonces su vida volvería a ser la de siempre, o incluso mejor.

—No hay marcha atrás —susurró cabizbajo—, les suplico que no insistan. Las autoridades virreinales jamás me perdonarían… Pronto venceremos y ustedes vivirán mejor que nunca, se los prometo.

—Huyamos a Estados Unidos, hijito, por favor —suplicó Manuela, hincándose a sus pies.

—¡Cómo!, si por todas partes están aconteciendo levantamientos. A cada lugar que hemos llegado, Hidalgo ha nombrado comisionados para levantar tropas en diferentes comarcas. La revolución se esparce como polvorín en todos los rincones del reino, no hay otra solución más que triunfar…

En eso se escuchó la aldaba de la puerta; un oficial traía un recado para el capitán Abasolo: el capitán general Hidalgo le ordenaba marchar hacia la hacienda de La Quemada, por los rumbos de San Felipe Torres Mochas, y debía partir de inmediato.

Manuela soltó el llanto; Mariano la abandonaría otra vez y, lo peor, yendo a pelear contra el general Calleja. Creyó estar atrapada en la red de una araña ponzoñosa. ¿Por qué Dios no los socorría?

Doña Micaela, extraño en ella, se acercó a consolarla mientras echaba ojos cual puñales a su hijo.

—¡Marcha ya, pero antes graba en tu mente esta escena; mira cómo dejas a tu familia!

Grande fue la sorpresa de Manuela cuando, dos días después, recibió un recado de Mariano informándole que se había reunido con Hidalgo en la hacienda de La Quemada y lo había ascendido al grado de coronel. Ya no marcharían a combate porque el marqués de Jaral de Berrio, don Juan de Moncada, se había comprometido a detener personalmente a Calleja. Así que ahora marcharían a Valladolid para fortalecer el ejército y dirigirse a la capital.

Se alegró de saber que su marido evitaría entrar en batalla, pero también consideró un craso error que el cura dejase en manos del marqués la defensa contra Calleja. Don Juan de Moncada era un

hombre al que había tratado en un par de ocasiones y le parecía, así lo dictaba su instinto, un hombre que siempre actuaba pensando en su provecho; bien podía decir una cosa hoy y mañana actuar exactamente de la manera contraria. Si traicionaba a Hidalgo, Dios no lo quisiera, pronto aparecerían Calleja y sus tropas por los rumbos de Dolores, además de perseguir los pasos del ejército libertador. Pero ya no había vuelta de hoja: el primer error había sido cometido.

Las noches de Manuela se poblaron con aves de mal agüero: despertaba entre sofocos de angustia a causa del menor ruido y durante el día no cesaba de lanzar intermitentes miradillas hacia el campanario de la iglesia, donde se había apostado un vigía para alertar de cualquier suceso inusual en las cercanías. Temía que en el momento menos esperado cayeran las tropas virreinales sobre el pueblo, y de tan solo considerar las múltiples atrocidades que podrían suceder le invadía el pánico. Se imaginaba, Dios no lo permitiera, violada por la tropa realista, su casa saqueada, su hijo secuestrado o su suegra asesinada.

Atendía a Rafaelito con una solicitud que rayaba en el exceso; lo abrazaba en el regazo una y otra vez, con imperiosas ansias de protegerlo. El infante añoraba enormemente a su padre, ya que acostumbraba a jugar con él y acompañarlo a las haciendas, donde aprendía a lazar con la reata y a montar en un caballo viejo y manso, al que llamaban Compadre. Además de atender a su hijo debía hacerse cargo de doña Micaela, cuyo carácter la llevaba a lamentarse por Mariano sufriendo continuas jaquecas, reales o inventadas; y, por si fuera poco, ella debía alimentar a los prisioneros. Atendía todo y a todos, pero ¿quién veía por ella, quién la protegía… la consolaba? A diario se sentía tan sola como un caracol después de la lluvia, desamparada, como si su existencia se encontrase al borde del abismo.

No obstante, la normalidad fue reinstaurándose en el pueblo y sus pobladores se habituaron a las novedosas penurias, la constante incertidumbre, los días letárgicos y la despoblada plaza. La normalidad era tal que, desde el 16 de septiembre hasta finales de octubre, el padre González, siempre ordenado y laborioso, había casado a casi cincuenta parejas, además de celebrar treinta bautizos y reconfortar con los santos óleos a veinticinco moribundos. La vida pueblerina parecía recuperar la santa paz, y los tañidos de las campanas parroquiales, siempre puntuales y constantes, imprimían una artificial tranquilidad a los dolorenses.

Manuela sabía que después de una breve estadía en Valladolid su esposo marchaba rumbo a México; por lo cual, pensaba, los ejércitos virreinales acudirían primero al auxilio de la capital y no se aparecerían por Dolores. Para cambiar de aires decidió ir a San Miguel el Grande y visitar a doña Francisca Garcilaso, muy amiga de su suegra, que de seguro ayudaría a disminuir las lamentaciones y los achaques de doña Micaela. Marcharon en el carruaje, conducido por

Remigio, a quien Mariano había ordenado permanecer en Dolores para cuidar de su familia. Tras un trayecto tranquilo y hasta aburrido, al llegar a San Miguel descubrieron que los habitantes actuaban con inusual agitación, asunto que en primera instancia no les pareció alarmante, pero al llegar a la casa de doña Francisca apareció ella visiblemente afligida, uniendo las manos en señal de oración.

—¡Gracias al cielo que están sanas y salvas! —exclamó volteando los ojos color miel hacia el cielo y removiendo convulsamente su obesa figura—. ¡Bendito sea Dios!

—Ay, Paquita, ¿a qué tanta alharaca? —cuestionó doña Micaela, persignándose nomás de ver a su amiga en tal ansiedad—. ¿Acaso hay salteadores en el camino?

—Peor que eso, Micaela, peor que eso… ¿No están al tanto de las últimas noticias? ¡Ya vienen Calleja y sus tropas…! ¡Nos avisaron hoy en la mañana! ¡De seguro la noticia ya llegó también a Dolores!

Manuela sintió un gélido escalofrío recorrer su espalda. En la casa de Dolores habían dejado todas sus pertenencias.

—¿Cuándo llegan? —preguntó ansiosa.

—Ayer los vieron pasar por Santa María del Río, a dos o tres días de distancia, dicen los que saben. ¡Virgen mía, deben salvarse!

Manuela, presa de un extraño frenesí, sacó cuentas rápidamente y concluyó que, si actuaba con presteza, podría asegurar los caudales guardados en su casa.

La noche era una boca de lobo, pero no importó para que emprendiese camino junto a Remigio, muy a pesar del hombre, quien había intentado convencerla de los peligros: «Evítese usted riesgos, que yo iré y cumpliré lo que ordene y mande… Pero ponerse en peligro, con el debido respeto, es un desatino; mi patrón me va a reconvenir», le había dicho casi suplicando, pero no obtuvo resultado, fue como si le hablase al viento.

Manuela vistió pantalones, camisa y chaleco de campesino, que consiguió con un comerciante de los portales, y recogió sus cabellos para cubrirlos con sombrero de anchas alas. Para lograr mayor credibilidad de su disfraz, ensució su rostro con tizne y lodo, pero antes de partir restregó la ropa en la tierra hasta que pareciese usada y estropeada. En su trayectoria evitaron avanzar por el camino principal. Fueron por alejadas veredas con vericuetos empinados y bordeando cerros que Remigio conocía como la palma de su mano; de adolescente había servido de arriero y se ufanaba de conocer todos los atajos de la comarca.

En su trayecto se detuvieron en la hacienda de La Soledad, refugio seguro donde pudieron enterarse de que los ejércitos no habían

arribado aún. Al acercarse a los linderos de Dolores, comenzó a clarear el día y se oía el ruidoso piar de las aves en los árboles. Avanzaron hasta la plaza central, donde los paisanos erraban de un sitio a otro, espantados y trastornados. La escena era caótica y afligida. Casi al llegar a su casa se toparon con el padre González, que al descubrir a Manuela vestida con ropajes masculinos se alarmó.

—Hija mía, no pensarás unirte a Hidalgo; ese no es lugar para mujeres.

—No se preocupe, padre, he venido a recoger lo que pueda y regresar a San Miguel. Iremos a Celaya, donde Mariano dijo que nos protegerían.

—Dios te cuide, hija mía, y ruega por los que permanecerán aquí.

—¿No huirá usted?

—No, hija; los militares realistas sabrán respetar a un sacerdote, no me cabe duda —dijo con voz benevolente—. Me preocupan los artesanos del padre Miguel: ellos corren peligro y debo encontrarles un refugio seguro. —Echó a correr rápidamente y se alejó levantando las faldas de la sotana con sus manos, mientras gritaba—: ¡Dios te salve, hija mía!

Antes de entrar a casa, Manuela atisbó hacia el campanario de la parroquia y constató que el vigía continuaba en su puesto. Respiró reconfortada sabiendo que podría obrar con cierta calma, y en caso de aparecer los enemigos tendría tiempo suficiente para huir a galope. Al traspasar el zaguán, seguida por Remigio, escucharon gemidos en la planta alta y corrieron hacia allí temiéndose lo peor. Al subir la gran escalinata encontraron a Anastasia y Genoveva, las dos criadas, hincadas ante una pintura de la Virgen de los Milagros, a la cual era muy devota doña Micaela. Cuando vieron a su ama se abalanzaron hacia ella.

—Ay, señorita, ¿qué hacemos? —gemían desesperadas—. Ya vienen los gachupines y de seguro van a maltratarnos…

—Vayan a sus pueblos y no regresen hasta que haya pasado todo —dijo Manuela intentando tranquilizarlas—; este no es lugar seguro para nadie.

Las chicas, una de ellas con apenas catorce años, no reaccionaban, sollozando sin aliento.

—¡Vayan ya!

Fue tal el grito que salieron corriendo como almas perseguidas por el demonio, sin mirar atrás. Después se dirigió a Remigio:

—Ve a la hacienda El Rincón y ordena a los trabajadores que si llegan los soldados realistas no opongan resistencia. También, haz que alguien vaya a El Espejo y Las Palmas, y les repitan lo mismo; no soportaría que uno solo muriera por salvaguardar lo indefendible.

—¿Y dejarla sola?, ni Dios lo mande —reclamó el mozo.

—Nada puede sucederme —replicó de inmediato, poseedora de una seguridad que le era desconocida—; quienes corren peligro son los peones, así que ve a las haciendas y regresa; si algo sucede, nos vemos en Santa Fe de la Soledad.

—Como usted mande, mi ama —dijo el hombre y salió de inmediato a montar su caballo.

Manuela atrancó la puerta y aguzó el oído… Cuando escuchó los cascos del caballo alejarse, gritó: «¡Remigio!». Aguardó un momento y repitió el grito; tan solo el eco de su voz retumbó en el zaguán; no había nadie más en las cercanías. Con cautela se asomó al patio central en absoluto silencio para otear si alguien más se encontraba en la casa: nada. Entonces subió las escalinatas rumbo a la habitación de su difunto suegro; una extraña sensación la acompañaba, como si fuese una ladrona en su propia casa. Entró y tomó un grueso cuchillo que siempre estaba guardado en un cajón del escritorio; con el arma a la diestra se acercó a un costado de la cama de don Bernardo; se hincó, removió un tapete de Temoaya con vistosas grecas y comenzó a remover dos baldosas del piso. Luego de quitar el barro que unía los bordes, asunto que le llevó minutos de ardua faena, pudo por fin extraer las losetas, quedando al descubierto una oquedad elaborada ex profeso para esconder objetos de valor. En su interior había unos cuarenta pequeños sacos de yute, perfectamente anudados; cada uno contenía monedas de plata y oro. Tomó dos de ellos, que era lo único que podría transportar sin llamar la atención, y los colocó sobre la cama.

Miró fijamente el dinero en el hoyanco y pensó en el modo más inteligente de actuar: dejarlo ahí, sobre todo ahora que había removido las losas, sería casi como regalar el dinero a cualquier salteador. Era imposible volver a colocarlas y unirlas con barro para simular su normal apariencia, así que sin pensarlo fue sacando las bolsas, una tras otra. Cargando varias de ellas bajó las escaleras y se dirigió a las caballerizas, ubicadas en la parte trasera de la casona. Tomó una pala y en medio del estiércol comenzó a cavar un foso, lo más profundo que pudo, para esconder allí las bolsas con monedas. Pesaban tanto que debió realizar numerosos viajes de la habitación al establo hasta reunir todas, menos las que llevaría consigo. Comenzaron a molestarle las punzadas en los músculos de brazos y piernas, acostumbrados al continuo descanso y no a los esfuerzos laborales. Tuvo que parar la faena en dos ocasiones para tomar agua y reposar brevemente, pero tan pronto recordaba el inminente arribo de las tropas realistas, reiniciaba la tarea a pesar de los dolores, cada vez más lenta y pesarosa.

Manuela sudaba y resoplaba copiosamente por el esfuerzo realizado durante horas, cuando escuchó las campanadas de la iglesia resonar

con enérgico nerviosismo. Asustada, cubrió el dinero con tierra y excremento, pisoteó con desesperación para aplanar el suelo y esparció guanos de estiércol por encima, como camuflaje. Lo observó un instante y de un golpe corrió hasta la fuente central; se enjuagó las manos tan rápido como pudo y las secó a estrujones con la ropa; corrió a las habitaciones superiores, tomó las dos bolsas de monedas que había separado y observó que en el hoyanco aún permanecían unas doce talegas.

—Mejor así —se dijo en voz baja, dándose ánimos—. Eso servirá de señuelo a los salteadores y no buscarán más.

Fue a su habitación, recogió una pintura en miniatura de su amado, el cofrecillo con sus joyas, la biblia de Mariano y bajó nuevamente al patio para guardarlos precipitadamente en las alforjas de la montura.

Sin esperar a Remigio partió a galope tendido. No quiso voltear hacia atrás; quizá sería la última ocasión en que mirase la casa de Dolores.

A sus espaldas se comenzaron a escuchar balazos y alboroto; se persignó y rogó por Remigio: «Virgen de los Dolores, por favor mantenlo a salvo».

Cabalgó por serpenteantes sendas hasta llegar a la hacienda de La Soledad, como había convenido con Remigio; la finca era de reducidas proporciones, y lo más probable sería que los realistas fuesen primero hacia las que ofrecieran mejores botines. Un sol otoñal dibujaba dorados rayos entre los frondosos huisaches. Manuela traspasó las cercas de la hacienda y descubrió a los peones en sus faenas diarias, como si nada aconteciese. Pensó que en una hora caería el sol y debería apresurar el paso para llegar a San Miguel el Grande durante la madrugada, pero tan solo de ver a don Jacinto, capataz de la finca, sintió que un plomífero cansancio caía sobre sus hombros. No había comido nada durante el día y los esfuerzos realizados comenzaban a pasarle factura. Se sentía mareada y un frío sudor perlaba su rostro.

—¡Qué tiene, señorita, se ve muy desmejorada! —dijo don Jacinto y le ayudó a desmontar.

Como si el cielo se rajara dejando caer una granizada de infortunios, Manuela comenzó a llorar cual infanta desamparada.

—Venga a mi cabaña, debe descansar un rato —aconsejó el capataz con gran preocupación.

La tomó de un brazo para llevarla a donde pudiese recostarla, mientras que dos mujeres otomíes, conmovidas por la escena, se acercaron a reconfortarla.

Manuela creyó que a su alrededor todo giraba, la abandonaron las fuerzas, se le nubló la vista y se desvaneció.

Manuela durmió intranquila, asaltada por terribles pesadillas. Abrió los ojos y percibió un difuso manto de oscuridad; la noche se había venido encima y el sonido de las cigarras inundaba las cercanías. Se sintió aturdida: lo primero que vio fue un techo formado por palmas; escudriñó a su alrededor sin recordar dónde estaba ni distinguir más que bultos informes; su mente era una maraña de confusiones. «Seguramente estoy en una choza», pensó con dificultad. Al levantarse del camastro donde yacía, los molestos aguijones en los brazos y piernas le recordaron las faenas realizadas para ocultar el dinero, suceso que le pareció de mucho tiempo atrás. Todo era tan irreal como una pesadilla: su ropaje de hombre, el olor a mierda que exudaba, la ciega penumbra que la envolvía, el techo de paja y unas voces lejanas que murmuraban asuntos imperceptibles. Su mente oscilaba entre alucinaciones y realidades. ¿Qué había sucedido? ¿Quién la había llevado a esa choza? ¿Quiénes conversaban afuera? Por más que se esforzaba no lograba recordar nada con precisión.

Aguzó la vista y pudo distinguir, a unos pasos de distancia, el filo de una puerta entrecerrada, por la que ingresaba un débil hililllo de luz. De puntillas se dirigió a la puerta y oteó a través de la ranura: la noche se posaba sobre algunos arbolillos y matorrales; al fondo se levantaba un campo labrado con mazorcas, plateadas por los rayos de luna. No distinguió a nadie alrededor y temblorosa decidió salir, huir; no sabía de quién escapaba ni hacia dónde debía dirigirse, pero guiada por un miedo incontrolable abrió la puerta y fue escabulléndose con el mayor de los sigilos. Cuando sobrepasó la choza y advirtió que nadie la observaba, hecho a correr hacia la espesa negrura.

—¡Deténgase, no huya! —escuchó una voz lejana a sus espaldas y mayor ímpetu imprimió a la fuga.

En su frenética huida distinguió una vereda que se bifurcaba: un ramal se dirigía a lo más hondo de la oscuridad y el otro torcía hacia la derecha, donde unos prominentes matorrales impedían distinguir a dónde conducía. Por instinto tomó este último tramo. Al girar fue a dar de golpe contra un hombre, que la sujetó con fuerza, mientras ella, con una energía extraída de lo más profundo de sus miedos, no cesaba de patalear y manotear al aprehensor.

—¡Quieta, señorita, quieta…! ¡Soy yo, Remigio…! ¡Deténgase! —gritaba el hombre intentando tranquilizarla. Pero ella no escuchaba. Era un nervio voraz que luchaba por zafarse y proseguir su carrera, atendiendo únicamente al pavor que fluía en cada poro de su cuerpo.

Remigio la abrazó con fiel compasión; jamás había visto así a su ama y el asunto le causaba mayúscula piedad. Tras breves instantes Manuela pudo reconocer la voz del mozo y entonces, como si aquel fuese el santo salvador, se prendió a su torso gritando de alegría.

—¡Remigio, Remigio, bendito sea Dios!

Llegaron a San Miguel antes de que los albores brindaran claridad al mundo, y a pesar de la temprana hora las calles de la villa eran un hervidero de gente. Los miembros del ayuntamiento, con Ignacio Aldama a la cabeza, hermano del general Juan Aldama, habían decidido no oponer resistencia a las tropas de Calleja, así que un numeroso grupo de la población se aprestaba a huir.

De inmediato Manuela fue a reunirse con su hijo, quien al verla vestida de hombre y con olor a mierda se negó a abrazarla entre gemidos de temor. Por el contrario, su suegra se apiadó de ella y le preparó dos baldes para que pudiera bañarse de pie, usando un lebrillo como tina. En vez de causarle molestias el agua helada la vigorizó y relajó su cansancio, aunque la hizo tiritar.

—¿Lograste rescatar algo? —cuestionó doña Micaela, mientras le restregaba los brazos con un atado de zacate embadurnado de jabón.

—Pude ocultar el dinero y traer ochocientos pesos; espero que sea suficiente… no pude cargar más.

—¡Dios nos ampare…! ¿Qué será de nosotras sin un varón que nos apoye y proteja?

—¡Señora, por favor deje de lamentarse! —exclamó molesta; el cansancio y lo vivido recientemente le provocaban un ánimo intolerante, inusual en su carácter dócil y amable—. Desde ahora seremos nuestras propias guardianas… Debe mantenerse fuerte; entre las dos habremos de cuidar a Rafaelito y de nosotras mismas.

Doña Micaela hizo aquellos gestos que la predisponían al llanto, pero Manuela, por primer vez, desatendió las emociones de su suegra y, le arrebató la toalla de las manos y ordenó:

—Vaya a guardar algunos vestidos en el baúl, no más de tres: no podemos cargar con nada que no resulte indispensable. —Como la señora se mantenía estática, estalló en ira—: ¡Ande, por Dios, que debemos huir; los realistas deben estar en camino hacia acá!

Viajaron en su carruaje, junto a las dos hermanas de la difunta esposa de Ignacio Allende, quien había muerto al año de su boda. Era público que Ignacio, de carácter mujeriego, tenía dos hijos naturales, a los cuales reconoció y atendió con esmero: José Guadalupe, que vivía con su madre en Querétaro, e Indalecio, quien tenía ya dieciocho años y, tan terco como el padre, se empecinó en acompañarlo a la aventura patria.

Las cuñadas de Allende, Maricela y Teresa de las Fuentes, eran dos solteronas de treinta y tantos años que vivían al amparo de Ignacio, y viajaban tan asustadas como la misma doña Micaela, rezando rosario tras rosario. Maricela, de cabello crespo, mofletudos cachetes y caderas que recordaban los jarros de barro, más que rezar parecía cantar, con una voz en exceso aguda. Teresa, de rostro amable y delgada como flauta, era la más sensata y, aunque temerosa, entre rezo y rezo intentaba tranquilizar a su hermana y hasta a doña Micaela.

—Nomás lleguemos a Celaya, ya verán, todo será distinto. Recuerden bien lo que Ignacio nos dijo: allá no habrá quién las moleste —repetía fingiendo seguridad y agregó de inmediato—: Esto no puede durar mucho tiempo; el virrey habrá de rendirse en menos de lo que canta un gallo.

Rafaelito se recostó sobre el regazo de su madre buscando protección; Manuela lo abrazó fuerte y al vaivén del carruaje, a pesar de los agudos dolores que la aquejaban, pronto durmió con el cansancio de un siglo a cuestas.

En Celaya les brindaron un digno refugio, gracias a que su tío don Carlos Camargo había sido nombrado subdelegado por Hidalgo, y por su intercesión consiguieron hospedarse en la casa de un europeo que había sido aprisionado, don Melchor Salvatierra, comerciante prominente de la región. La edificación, amplia y otrora esplendorosa, les hubiera proporcionado total comodidad a no ser porque fue saqueada y solamente los muebles en extremo pesados permanecían en su lugar. Teresa, de carácter nervioso y entusiasta, propuso que usaran forraje cubierto de mantas a modo de colchones, y huacales como sustitutos de asientos, bancas y mesillas. Transcurrieron dos días de ardua labor para limpiar la casa y acondicionarla. Pronto recibieron noticias de que la villa de Dolores había sido tomada por las tropas virreinales, y las casas de Hidalgo, de Abasolo y otros insurgentes fueron saqueadas. Manuela fue a la capilla de Nuestra Señora de Dolores a orar y suplicar a la Virgen que los enemigos no encontrasen las monedas enterradas; de ello dependía su futuro ante cualquier adversidad. La acompañó Teresa, solidaria ante la desdicha que las unía, y tras concluir un rosario Manuela decidió buscar al cura y preguntar por su tío Joaquín Camargo, de quien no tenía noticias recientes. Se encaminaron hacia la sacristía y encontraron abierta la puerta.

—Padre Ramiro —dijo en voz baja para no perturbar los rezos de los creyentes en el templo—, padre, ¿está por aquí?

Nadie respondió. Descubrieron un gran caos en la habitación. Todo

estaba fuera de su sitio: las hostias sin consagrar, los cálices, las casullas, los botellines con agua y hasta el vestuario del sacerdote. En un impulso irresistible decidieron poner orden en la habitación. Sabían que el sacristán se había enrolado a las tropas insurgentes y, por lo visto, el párroco no se daba abasto con los quehaceres del templo.

Teresa barría, y Manuela reunía los objetos, los limpiaba con un paño y los acomodaba en los sitios que le parecían más adecuados. De pronto dio con una biblia de pastas descoloridas por tanto uso. Al levantarla se desprendió de sus páginas un papel doblado en cuatro y cayó al suelo; lo recogió, y al desplegarlo descubrió que era un decreto de excomunión expedido el 24 de septiembre. Leyó con curiosidad el contenido y su rostro se tornó tan pálido como una vela: en el decreto, expedido por el obispo de Valladolid, Manuel Abad y Queipo, se declaraba que Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo eran perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, por lo cual se les decretaba la excomunión mayor del canon *Siquis saudante diabolo*.

Cayó postrada de rodillas ante el Cristo de la sacristía; ¡su amado estaba condenado a los fuegos eternos; su alma estaba perdida y jamás encontraría paz y gozo!

Teresa, que había salido en busca de un balde con agua para trapear las baldosas, descubrió a Manuela postrada frente al Cristo y pensó que su amiga oraba tranquilamente. Pero al ver que lloraba, se le acercó. Manuela la abrazó desesperada y le dio a leer el escrito:

—Por favor, que nadie sepa de esto —susurró entre sollozos—; para mi suegra sería como si le encajaran una estaca en el corazón.

En medio de la angustia, una gran duda le embargaba: seguramente Mariano conocía el decreto de su excomunión, al igual que Hidalgo, Allende y Aldama. ¿Por qué no se lo había comunicado en las cartas? ¿Acaso deseaba no afligirla, y mucho menos a su madre? Fuese como fuese, el asunto era una corona de espinas imposible de soportar.

Recibió una carta de Mariano en la cual no mencionaba nada del asunto, aunque entre líneas se percibía una profunda desazón. Narraba que las tropas se habían dirigido a México y día a día el ejército crecía sin mesura:

> El grueso de las tropas se cuenta entre setenta u ochenta mil almas. Para que puedas concebirlo, el primer contingente, con Hidalgo a la cabeza, entró a Toluca a las dos de la tarde, y el último como a las siete de la noche. Eso no es un ejército; es una ciudad en marcha, compuesta de familias enteras, con mujeres cargando a sus bebés enredados al rebozo y los pies sangrantes a causa de las prolongadas jornadas; niños vestidos con harapos, con los morenos rostros embadurnados de mocos. En Toluca y sus mediaciones hace un frío inclemente. Los hombres van cubiertos tan solo con sus calzones de manta y una sencilla camisa; cargan a veces lo que han hurtado en las ciudades a nuestro paso;

> parecemos las hordas del temible Atila y no el ejército libertador. Al verlos me vino a la mente el éxodo de Moisés en el desierto: los indios y los léperos siguen al cura porque lo miran como un santo: el hombre que puede hablar con la Virgen de Guadalupe, el que defiende la religión de los diablos gachupines. Sí, Gatita, esto ya no es una guerra por la independencia sino una cruzada santa, así lo entienden las masas que nos siguen; por ello, en la avanzada, la turba va entonando salmos a la Guadalupana, cual si fuese una procesión.

Manuela no pudo contenerse y comenzó a gimotear con amargas y contenidas exhalaciones, aunque las acalló de inmediato; no debía expresar abiertamente sus sentimientos. ¿En qué se había convertido su esposo, en un perverso hereje o en un sacrílego irredento a semejanza de Hidalgo?

—¿Qué lee, mamita? —preguntó Rafaelito, curioso por la gran atención que su madre mostraba al leer la carta y por la aflicción de su rostro.

—Una carta de tu papacito —contestó intentando disimular sus lamentos.

—¡Mi papá es un valiente general y va a matar a todos los gachupines! —exclamó el niño entusiasmado, blandiendo a diestra y siniestra una espada de madera que sostenía en la mano.

—Sí, mi vida, es un gran general, pero no va a matar a nadie; ¿dónde escuchaste eso?

—Lo dicen todos. —Al descubrir el disgustado rostro de su madre, el chiquitín agregó—: ¿Es malo matar gachupines?

Teresa observaba la escena a cierta distancia y, ante la encrucijada en que se hallaba Manuela, acudió a su auxilio.

—Ven a jugar conmigo —intervino guiñándole un ojo de complicidad a la madre—. Vamos a jugar a los soldados y los bandidos, ¿te parece?

El chiquillo aceptó entusiasmado y se alejó con la cuñada de Allende, que siempre se acomedía a colaborar en lo que pudiese. Manuela miró con aflicción al niño: ¿qué clase de educación le estaban proporcionando a un párvulo de cuatro años? Y entonces, al verse sola, se hizo un ovillo hundiendo su rostro entre las piernas y prorrumpió en llanto.

SEGUNDA PARTE

14

UN MONTE REPLETO DE CRUCES

El campo se hallaba cubierto por miles de cadáveres. Hidalgo deambulaba entre ellos estrujándose las manos, verdaderamente conmovido por el sufrimiento y el resentimiento. El olor a pólvora y la humareda que aún se esparcían sobre los cuerpos ofrecían un espectáculo más horrendo que el peor de los infiernos de Dante: los cadáveres estaban tendidos a flor de tierra o ensartados en los matorrales, algunos con las piernas o brazos cercenados por los cañonazos, otros con las tripas desbordadas, unos más con un hoyanco de bala en el desfigurado rostro, y muchos con una lanza encajada en el vientre.

Numerosas mujeres deambulaban gritando y sollozando, buscando entre los caídos a su hombre, y de encontrarlo se postraban de rodillas ante el cadáver implorando al cielo misericordia o algún milagro. Una india, cargando un bebé envuelto al rebozo, se le acercó implorando en otomí que hablase con la Virgen de Guadalupe y resucitase a su marido. Hidalgo permaneció mudo, sin saber qué decir ni cómo reconfortarla.

Unas horas antes había decidido hacer frente a las tropas del coronel Torcuato Trujillo, que se habían apostado en un paraje boscoso llamado el monte de las Cruces, convencido de que la superioridad numérica les proporcionaría una rápida victoria. Antes del combate había arengado a las tropas para infundirles ánimo y coraje. Con el estandarte de la Virgen de Guadalupe en la mano derecha, montado en una bella bestia, se paseó frente a las filas de combatientes, irguió su encorvado torso y levantando la voz lo más posible habló en otomí, tarasco y náhuatl, porque muchos de los indios que lo seguían no entendían el castellano, y solicitó que algunos de sus compañeros les tradujeran. Después, hizo caminar lentamente a su corcel y gritó:

—¡Hijos míos, frente a nosotros se encuentra un puñado de herejes que desean entregar nuestra patria a Napoleón y despojarnos de nuestra santa religión! —Un clamor de sincera reprobación se levantó furioso en el campo, e Hidalgo continuó con mayor ahínco—: ¡Deberemos defender a la Virgen de Guadalupe del anticristo y los demonios gachupines; ella nos dará el triunfo, protegiéndonos de los

infieles! ¡Cuando los gachupines, esos que nos han sometido vilmente por tres siglos… cuando los explotadores, los traidores, descubran nuestra fe y nuestra furia, huirán hacia el infierno, que es a donde pertenecen! —Sonrió complacido al escuchar el atronador griterío, más parecido a un festejo adelantado que a un grito de guerra—. ¡Hijos míos, debemos defender a nuestra Santa Madre y a nuestra religión, que los enemigos sepan de una vez por todas que en estas tierras solamente mandan los americanos…! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Las tropas corearon a una sola voz:

—¡Viva!

—¡Viva la independencia! —gritó Hidalgo tan fuerte como sus pulmones podían.

—¡Viva! —se levantaron ochenta mil voces al unísono.

Entonces fue a resguardarse en lo alto de una pequeña loma que lo mantendría a salvo del fuego para observar los movimientos de la batalla. Con ayuda de un catalejo miró el desenvolvimiento de los distintos destacamentos ordenados por Allende: en el flanco izquierdo colocó cinco compañías de los regimientos provinciales; a la derecha, a dos regimientos; en el centro, a los más bravos y mejor armados rancheros; y en la retaguardia, un regimiento y tres escuadrones de rancheros con lanzas.

«Tan solo descubran nuestro numeroso ejército, saldrán corriendo como los conejos de estos lares», pensó Hidalgo. El enemigo contaba con unos dos mil ochocientos hombres, además de dos buenos cañones, y por su parte, el ejército libertario se conformaba de unos ochenta mil, de los cuales tres mil eran soldados adiestrados y disciplinados, unos catorce mil rancheros a caballo, armados con machetes o lanzas, y unos sesenta mil eran indios y plebe armados con hondas, machetes y garrotes, además de contar con varios cañones. La diferencia resultaba aplastante: casi treinta veces superiores en número.

Allende había intentado convencerlo de atacar solo con las tropas disciplinadas, con objeto de dar orden a las maniobras y evitar muertes inútiles de indios y plebe, pero Hidalgo se negó tajantemente, convencido de la infalibilidad de su estrategia.

—No podemos desairarlos… con las ganas que tienen de luchar —dijo poseído por la imprudente soberbia de quien se considera ya victorioso—. En un santiamén podremos exclamar como Julio César: *¡Veni, vidi, vici!*

A eso de las once de la mañana, Hidalgo ordenó el ataque y de inmediato las cornetas y tambores de los distintos regimientos produjeron enorme estruendo, que en un instante fue opacado por un inmenso bramido de las tropas libertarias, en especial de los indios

que gritaban con un agudo y aterrador sonido. Sin embargo, el tronar de fusiles y cañones, aunado a una intensa humareda, causó un caótico desconcierto: las tropas del realista Torcuato Trujillo, guarecidas tras los espesos matorrales de una colina, se encontraban en posición privilegiada, por lo que los insurgentes resultaban blanco fácil al fuego y sufrieron grandes bajas entre las primeras filas de avanzada. Hidalgo, con catalejo en mano, se percató de la astucia de Trujillo: había escogido presentar batalla en un terreno escabroso que les impedía actuar libremente, tanto así que el caballo de Allende fue alcanzado por las balas. Por fortuna Ignacio se sobrepuso, y poniéndose de pie con el sable en alto, redistribuyó a sus soldados. Jiménez, que había acudido a su auxilio, recibió de inmediato la orden de rodear al enemigo y sorprenderlo.

Por su parte, Mariano Abasolo dirigía un grupo de ochocientos hombres, la mayoría indios, los cuales, sin esperar órdenes, se habían abalanzado contra el enemigo. Entonces Hidalgo no pudo creer lo que sucedía: muchos corrían con sus grandes sombreros como escudos, pues llevaban prendida una estampilla de la Virgen de Guadalupe y pensaban que los protegería de las balas. Esto provocó que acabaran despedazados en la refriega. Al caer los primeros muertos y descubrir que no había milagro que los salvase, un gran número comenzó a huir en desbandada y el desorden se acrecentó.

No obstante el desconcierto, las tropas insurgentes, en especial los regimientos bien entrenados, fueron ganando terreno gracias a la superioridad numérica y finalmente rodearon a los realistas. La situación fue tan favorable que Allende mandó detener las acciones y envió una comisión con bandera blanca para proponer la rendición, pero el infame Torcuato Trujillo, al tener cerca a los emisarios mandó dispararles a quemarropa. Aquella villanía enfureció tanto a Hidalgo que, de golpe, se puso de pie como se distiende un resorte, sacó su pistola y saliendo de su escondite se dirigió al campo de batalla y disparó contra los realistas. Las hordas de los humildes, al verlo tan aguerrido, se enardecieron sedientas de venganza y se lanzaron contra los enemigos, quienes huyeron de inmediato.

Un regimiento de dragones persiguió la desbandada de los realistas hasta el pueblo de Santa Fe, lo cual causó más bajas en el trayecto, mientras en el campo de batalla se producían gritos de júbilo y cantos de alabanza a la Virgen de Guadalupe.

Sí, Hidalgo lo sabía, habían vencido, pero aquella fue una victoria pírrica y, ahora, al observar tanta mortandad, creía vivir una pesadilla. Lo que más le abatía era ver a sus indios, esos que lo habían seguido con fe ciega, sin chistar, que en los trayectos entonaban salmos a la Guadalupana, que lo alababan como a un santo, ahora tendidos con los miembros mutilados, desangrados, sacrificados

vanamente.

Miró de nuevo el campo cubierto de cadáveres y agachando la cabeza, sin soportar más el siniestro espectáculo, ordenó que prosiguieran a Cuajimalpa. Dejó en el monte de las Cruces solamente a un contingente para enterrar a los cadáveres.

En Cuajimalpa recibió el parte de guerra: muy a pesar de la victoria, murieron dos mil realistas y una cantidad mayor de insurgentes. Por si fuera poco, como le había vaticinado Allende, la mitad de la plebe, cerca de unos cuarenta mil efectivos, había desertado y se llevó los víveres y ganado que debían servir para alimentar al ejército. Aquella inesperada y masiva deserción desalentó a Hidalgo, aunque no los culpó: los horrores de la guerra superaban la más febril imaginación y, además, comprobar que la virgen no les protegía del enemigo debió cuartear la fe de la plebe como el rayo parte el tronco del árbol.

En la cocina, sentada en un banco, Manuela cuidaba a Rafaelito y leía la carta que Mariano había enviado con urgencia:

> En Cuajimalpa hacía un frío insoportable y la mayoría de la gente no tenía techo ni un sarape para cobijarse, lo que provocó mayores deserciones. Yo me hospedé, junto con los más importantes oficiales, en la venta de San Luisito, pequeña, incómoda y con penetrante olor a cabras. Ahí Hidalgo, Allende y Aldama se encerraron en una habitación a deliberar sobre las acciones a seguir. Sé de buena fuente que el cura albergaba grandes esperanzas de recibir refuerzos por parte de un misterioso grupo de partidarios capitalinos, quienes le habían prometido diez mil hombres bien armados, cosa que nunca sucedió y le causó gran decepción y amargura.
>
> Al día siguiente se ordenó que una comisión fuese a la ciudad con bandera blanca a llevar un pliego de intimación al virrey Venegas. Para tal asunto nombró a Jiménez, al padre Balleza y a mí como parlamentarios, escoltados por cincuenta dragones con la intención de mostrar la supremacía de nuestro ejército. La comisión fracasó: el virrey Venegas tan solo prorrumpió en maldiciones y devolvió la carta sin dignarse a leerla. Al parecer aquello causó gran desconcierto al cura; me imagino que esperaba una inmediata e incondicional rendición, así que, al día siguiente, 1º de noviembre, luego de celebrar la misa de los Santos Difuntos, que fue muy sentida por el sinnúmero de muertes acaecidas, se nos ordenó marchar hacia Querétaro. La desilusión fue enorme; el fin de la guerra se encontraba frente a nuestras narices, a unas cuantas leguas, pero por alguna extraña razón, quizá la escasez de parque, la deserción de la mitad del ejército, o para evitar el pillaje en la ciudad, Hidalgo decidió marchar a Querétaro. Ruego al cielo que el ejército de Calleja no nos intercepte en el camino; los ánimos de las tropas se encuentran sumamente decaídos y de ocurrir otra batalla creo que sucedería una nueva desbandada.

Mariano concluía la carta disculpándose por la pequeñez de la letra y por no poder relatar más, pues el papel escaseaba. Manuela besó la carta y la llevó junto a su corazón con temor.

En eso entró Teresa cargando un morral repleto de frutas que había comprado en el mercado. Su rostro se hallaba desencajado por la angustia y no paraba de gesticular con grandes aspavientos.

—¡Calleja enfrentó a nuestros ejércitos en Aculco, debemos huir ahora mismo! —vociferaba entre jadeos.

—¿De qué cosa hablas? —preguntó Manuela atemorizada.

—¡Calleja venció a los insurgentes y el cura Hidalgo va hacia Valladolid!

—¿Y mi esposo… y Allende?

—Se han dirigido a Guanajuato, para defender la plaza.

Manuela no lo dudó un instante y ordenó a Remigio que enganchase los caballos en ese preciso instante; a todas luces debían abandonar el poblado y continuar su peregrinaje hacia Valladolid. En el nervioso vaivén de los preparativos se sorprendió dando órdenes sin titubeos; durante las ocho semanas que habían transcurrido desde el comienzo de la revolución, su carácter, antes dulce y mimado, se había transformado en recio, enérgico y decidido. Nunca antes había actuado así, pero los tiempos no precisaban de indecisiones; debía comportarse con la entereza de una leona si deseaba salvaguardar a su familia de las fauces del enemigo.

Marcharon en caravana junto a decenas de coches que transportaban a las principales autoridades nombradas por Hidalgo en San Miguel y en Celaya, casi todos conocidos de Manuela. Para no toparse con tropas virreinales evitaron transitar por el Camino Real, el mejor trazado y empedrado, yendo por caminos vecinales a veces más aplanados y con hoyancos que les obligaban a bajar de los carruajes para que los mozos empujasen los coches y salvasen los obstáculos sin perjuicio de las ruedas. Por suerte el invierno estaba cerca y el tiempo de sequía hacía que el camino estuviera libre de lodazales; de otro modo el trayecto habría sido un calvario, aunque los mulos y los coches levantaban tal polvareda que irritaban los ojos y debían mantenerse con los pañuelos en la boca.

Durante la travesía, encontraban de vez en cuando junto al camino grupos de plebe que retornaban a sus hogares. Esto llamaba especialmente la atención de Manuela. El cuadro resultaba grotesco o irreal: algunos indios y léperos portaban las bacinicas de porcelana policromada sobre la cabeza, como yelmos de caballeros medievales; unas humildes indias vestían elegantes trajes de seda mal ajustados a sus gruesos cuerpos, o enormes peinetas prendidas en sus trenzas con las que parecían pavorreales; varios hombres portaban al cuello collares de perlas o gemas preciosas; otros cubrían sus torsos con las cortinas hurtadas; muchos llevaban candelabros o bandejas de plata entre los brazos; otros se habían echado a las espaldas finos baúles. Además, entre toda aquella parafernalia algunas mujeres portaban cuadros religiosos de vírgenes, crucifijos o santos, como si marcharan en santo peregrinaje. Por lo general iban en silencio, sin cánticos ceremoniales a la Virgen de Guadalupe como le había narrado su amado.

El plan que por tanto tiempo habían fraguado Ignacio Allende e



Hidalgo parecía encaminarse a un alucinado desconcierto.

15

ENTRE CONSPIRACIONES

1808-1810

Aquella mañana de septiembre de 1808, un sol tímido cubría con escasos rayos el patio central de la casona donde Manuela jugaba con Rafaelito, entonces a punto de cumplir tres años. Poco antes había fallecido su suegro, don Bernardo, de manera inesperada; un mal estomacal le afectó profusamente, menguando sus fuerzas y recluyéndolo en la alcoba durante dos semanas de inexorable agonía. Sabiendo que su vida declinaba, don Bernardo había conversado con Manuela y Mariano:

—He de morir pronto y una sola cuestión me angustia: Micaela; mi querida esposa solo conoce de rezos y santos, por favor cuidad de ella.

Ambos prometieron velar por la viuda y a los pocos días murió en paz, con lo cual, a pesar del dolor que les causaba, Mariano se convirtió en el hombre más importante de Dolores.

Por lo general Manuela escogía el patio para que su hijo pudiese caminar y correr sin peligro alguno, pero en esa ocasión le molestaba que su suegra rezase el rosario en voz alta a unos metros de distancia, en la pequeña capilla doméstica, cuya puerta daba al corredor. Sabía que con dicha actitud intentaba que se le uniese; lo había repetido mil veces: «Si los ingleses atacan Veracruz, la vida de nuestro Mariano estará en peligro; es nuestra obligación orar para que la Virgen lo proteja».

El virrey Iturrigaray, temeroso de una invasión extranjera a Nueva España, había ordenado que las milicias provinciales se acantonaran en Xalapa, para defender los puertos de Veracruz y Tampico. Mariano debió partir y permanecer allí por largos meses, regresaba a casa por contados días y en excepcionales ocasiones. Dentro de cuatro días Rafaelito cumpliría tres años y, aunque había prometido en cartas acudir a su festejo, Manuela bien sabía que sus jefes no lo permitirían.

Por fortuna don Antonio, su padre, le había procurado una buena educación; la instruyó en las artes de la contabilidad y los principios de la agricultura. Por ello, en ausencia del marido, Manuela misma se había encargado de la administración de la casa, y rentaba aposentos en un ala de la casa a don Antonio Gatica, comerciante gachupín y administrador del estanco de tabaco, que ofrecía sus mercancías en una de las accesorias de la casona. Para el manejo de las haciendas se apoyaba en capataces experimentados y honestos, en especial buscaba el consejo de don Juan Lecanda, hombre fiel y ordenado que, aunque nacido en Europa, no había conseguido hacer fortuna en América.

Cada martes y viernes acudía, sola o con Rafaelito, a verificar los avances en los cultivos y la ganadería, recordando las sabias palabras de su padre: «Al ojo del amo engorda el caballo».

Escuchar los rezos de su suegra terminó por exacerbarla. Aquel tono lastimero y lúgubre que imprimía a sus oraciones parecía provenir de un indigente pidiendo limosna y no de una dama decente. Pidió a Anastasia, una criada de escasos quince años, de origen otomí, radiante rostro y obediente como ninguna, que cuidase a Rafaelito. Tomó su mantilla y se encaminó hacia el portón.

—Doña Micaela, voy a confesarme con el padre Hidalgo y a rezar a la Dolorosa, ¿quiere acompañarme? —preguntó a la suegra, sabiendo de antemano que se negaría; le molestaba acudir al templo porque, decía, olía a plebe.

La parroquia colindaba con la casona de los Abasolo, separada tan solo por un angosto callejón, así que Manuela salió de casa y en menos de un minuto ya ingresaba al atrio. En el templo se encontró, entre otros, a Nicolás Fernández del Rincón, subdelegado de Dolores, y a don Ignacio Díez Cortina, gachupín recolector del diezmo, junto a doña Fernanda y doña Encarnación, sus esposas, ambas con sombrilla en mano para cubrirse de los rayos de un tímido sol entremetido en las pardas nubes.

—Buenos días, Manuelita —saludó doña Teresa con una sonrisilla que acentuaba la gordura de sus mejillas—. Es un gusto verte siempre tan piadosa; eres un gran ejemplo para la gente del pueblo.

Los caballeros la saludaron besándole la mano, con el interesado trato que merecía la mujer más adinerada de Dolores, y las damas con un fingido y cursi beso en la mejilla. Tras las sempiternas frases de cortesía, referentes a la salud de Rafaelito, de doña Micaela, y hacer ruegos para que ya retornase don Mariano Abasolo, que mucho lo extrañaban, se despidieron con exagerados ademanes y educadas alabanzas.

Manuela no se acostumbraba a ser tratada con tan exagerados y falsos miramientos. Ingresó al templo. Por ser media mañana estaba casi vacío, a excepción de unas cuantas beatas que, cubriendo sus cabellos con el rebozo, oraban fervorosamente en el altar principal o las capillas laterales. Se persignó frente al Cristo y rezó un Ave María a la Dolorosa; luego fue al confesionario y encontró allí al padre González. Se dirigió entonces a la sacristía; no aceptaba confesarse con otro que no fuese el cura Miguel, a quien le había otorgado toda su confianza desde el día en que la apoyó para que Mariano dejase el seminario.

Al ingresar a la sacristía, grande fue su sorpresa al encontrarlo en soledad, sumamente disgustado y lanzando maldiciones al cielo.

—Padre Miguel, ¿qué sucede?

—¿No estás enterada, hija mía? —decía caminando en vaivén y agitando los brazos con furia—. ¡Los malditos gachupines han dado golpe de Estado y apresado al virrey Iturrigaray… los muy cabrones!

Manuela estaba al tanto de lo que corría de boca en boca desde meses atrás: Napoleón había tomado España, obligó la abdicación de Fernando VII y nombró como rey a su hermano José Bonaparte, al que apodaban Pepe Botella, porque según decían, era un borrachín. En Madrid, las principales autoridades españolas y numerosos aristócratas se habían unido a los franceses, a quienes entregaron el poder total de la Corona. Esto causó gran malestar en América; fueron calificados de traidores y temieron que las autoridades de Nueva España entregaran el reino a los franceses, enemigos de la religión católica y de su majestad, el auténtico y único rey.

Pero lo más importante: en ausencia del rey legítimo, los criollos del ayuntamiento de la Ciudad de México habían propuesto que Nueva España se gobernase de propia mano con una junta autónoma. Aquello no les había parecido a los gachupines, quienes ostentaban los más importantes cargos del reino y veían en la propuesta de los criollos un velado intento de independencia, así como la pérdida de sus privilegios. El mismo Hidalgo había dicho en una de sus tertulias, a las cuales Manuela y Mariano asistían regularmente, que conseguir la autonomía sería el primer paso para la independencia. Y por lo visto, cuando el virrey decidió apoyar la propuesta de los criollos, los gachupines actuaron vilmente. Lo destituyeron y tomaron el poder.

—¿Y ahora qué va a suceder? —cuestionó angustiada, percibiendo que ante aquel acto ignominioso podían surgir reacciones violentas.

—No soy el único inconforme; miles como yo están que arden contra el gobierno espurio y sus líderes. Pronto habrán de pagar con creces sus agravios, ya verás.

—¿Cómo, si ellos tienen a los ejércitos de su lado?

—No, Manuela, los generales y brigadieres son gachupines, pero los mandos intermedios y los soldados son tan americanos y criollos como nosotros. Te apuesto que en menos de lo que canta un gallo ordenarán a los ejércitos acantonados en Xalapa que regresen a sus provincias. Saben que los americanos nos podemos rebelar para exigir justicia.

Manuela sonrió ante la premonición del cura. Si resultaba cierta, pronto tendría a su amado de nuevo entre sus brazos.

El otoño ya se dejaba sentir con vientos frescos y polvaredas por la ausencia de lluvias; Manuela, ilusionada, se había cubierto con un rebozo de coloridos y finos bordados para salir al balcón y observar la llegada de su amado. Desde la altura lo observó: venía presidiendo la columna de los treinta dragones que conformaban el destacamento de

Dolores. Al marchar por las rectas calles, un improvisado gentío salió a recibirlos lanzando vivas al capitán Abasolo y sus paisanos, cual si retornasen triunfales de alguna singular epopeya, mientras las festivas campanadas de la parroquia repicaban con alborozados bríos.

Manuela cargaba en sus brazos a Rafaelito, que no dejaba de gritar jubiloso: «¡Papá, papito!», y doña Micaela lanzaba bendiciones al cielo, agradeciendo el retorno del hijo pródigo. Abajo, a unos metros, en el atrio de la iglesia se encontraba el séquito de recibimiento, conformado por don Nicolás Fernández del Rincón, don Ignacio Díez Cortina y el cura Hidalgo, con su diaria sotana oscura, quien fue hacia Mariano para recibirlo.

—Hijo mío, todas las almas y los corazones de Dolores se alegran por su regreso. Sean bienvenidos.

Mariano desmontó de un salto, besó la mano del cura con verdadero respeto y luego lo abrazó agradeciendo sus palabras. Acto seguido, don Nicolás declamó unos versos mal rimados para recibir a los héroes y, tras varios abrazos, Mariano ordenó al sargento Martínez que llevase la tropa al cuartel, depositaran las armas y después se retirasen con sus familias. Por su parte se encaminó presuroso a casa; miraba a lo lejos a Rafaelito y a doña Micaela, que apostados en el balcón le saludaban con las manos, mientras Manuela corría escaleras abajo a recibirlo.

Al encontrarse se abrazaron; Manuela desbordaba felicidad por el retorno de su amado, al tiempo que él, jubiloso por dejar los ejercicios castrenses, la ceñía con las ansias contenidas por meses de insufrible separación.

—Pero mírate, estás en extremo delgado —dijo ella con tono de falso reproche—; ahora mismo le diré a Domitila que te prepare un puchero y el manchamanteles que tanto te gusta. ¡Ya estás en casa, bendito sea Dios!

El día transcurrió en la íntima paz hogareña. Manuela miraba extasiada a su marido jugar con Rafaelito, rezaba junto con doña Micaela para agradecer el venturoso retorno, y abrazaba a su amado a la menor oportunidad, quien a ratos se mantenía afligido y pensativo. Al caer la noche, ya recluidos en la alcoba, lo interrogó.

—Mi vida, ¿qué sucede?

—Nada, nada —murmuró el otro intentando no dar importancia a sus pesares.

—Te conozco mejor que a mí misma; no puedes mentirme. —Lo encaró tomando sus manos y mirándolo fijamente a los ojos—. Dime qué sucede.

—No puedo decirte; lo he jurado.

—También juraste ante el altar que entre nosotros no habría secretos…

Mariano, con las ansias de compartir el secreto que le aguijoneaba el alma, se sinceró:

—Se está fraguando una conspiración y me instigan a que participe.

—¿Una conspiración? ¿Quiénes? ¿Dónde? —preguntó como metralla, nerviosa y asombrada—. ¿Por qué te piden que participes?

Mariano narró que junto a Ignacio Allende, su inseparable protector, habían conocido en Xalapa a varios militares con los cuales entablaron fuertes lazos de amistad, en especial con el capitán José María García Obeso y el teniente José Mariano de Michelena, ambos del Regimiento de Infantería de Línea de la Corona, perteneciente a Valladolid. El rapaz e ilegítimo golpe de Estado de los gachupines contra el virrey Iturrigaray, que impedían la autonomía de Nueva España, les había molestado como daga enterrada en el alma, así que deseaban liberar al reino del gobierno ilegítimo. «Los nacidos en América somos la inmensa mayoría», había dicho Allende, «no nos tratarán como sus marionetas». Así pues, Michelena y García Obeso, apoyados por fray Vicente de Santa María, un exaltado sacerdote, comenzarían a conspirar para derrocar al gobierno virreinal y formar una junta de gobierno. Planeaban ramificar la conspiración a otras poblaciones para asegurar el éxito, y comisionaban a Allende para conformar un grupo de patriotas en San Miguel el Grande, Celaya y otras villas, con la misión de apalabrarlos para levantarse en el momento preciso. A Mariano le habían asignado hablar con el cura Hidalgo para conformar una junta secreta dispuesta al levantamiento.

—¿El padre Miguel está imbuido en este arguende? —preguntó Manuela, temerosa y asombrada.

—Sí, Gatita, es de todos conocido que aborrece a los gachupines y sus injustas prerrogativas.

—¿Y si falla la conspiración?

—Estaremos en peligro todos los involucrados, aunque Michelena ha prometido guardar en secreto nuestra participación.

Manuela consideró el asunto con nervios crecientes.

—¿Cuándo hablarás con el padre?

—Mañana mismo, me es urgente su opinión.

—En él confío plenamente —apuntó Manuela con sinceridad, tomando la mano de su marido—; actuemos según sus consejos.

Hidalgo y Mariano conversaban con desenfado al margen del río de Dolores, caminando por una senda con montoncillos de guijarros y abundantes matorrales silvestres a los extremos. El joven, titubeante y temeroso, refería lo acontecido en Valladolid, mientras el sacerdote llevaba las manos en las faldas de la sotana, que levantaba continuamente para evitar que se manchara de lodo o se encajara en

las espinosas zarzas.

—¿Así que mi querido Ignacio Allende está dispuesto a enredarse en este asunto? —dijo don Miguel con una sonrisa que dejaba entrever algo de placer—. No me sorprende; su mente siempre ha navegado en mares libertarios.

Mariano asintió inclinando la cabeza.

—Me preocupa el fraile Santa María —continuó el cura, pensando en voz alta—; lo conozco de sobra; es en extremo argüendero y provocador… Sus sermones son como metrallas contra los gachupines… puede arruinarlo todo.

—¿Y usted que opina, padre? ¿Es un plan justo?

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó convencido—. Arrebatar los privilegios de los nacidos en España, y eliminar los impuestos que nos agobian, es un acto a todas luces justo. Nos tratan como sus siervos cuando deberíamos ser los únicos dueños de nuestra patria.

Hidalgo se detuvo, desabotonó la parte baja de la sotana y comenzó a orinar hacia las aguas del río con la alegría de un colegial.

—Pero lo que me preocupa es Valladolid —continuó—. Se encuentra demasiado lejos para controlar a los conspiradores y comprender a cabalidad sus planes —dijo, al tiempo que dejaba escapar un suspiro de placer—. Además, conozco bien a la gente de aquella ciudad, no en balde viví décadas ahí: algunos pueden jugar a dos caras y traicionar la conspiración a la primera oportunidad.

—Entonces, ¿qué recomienda?

—Hablaré con Ignacio y escúchame bien, le diré lo mismo: no nieguen su participación, pero manténganse distantes. Por nada del mundo vayan a una reunión allá… y pidan ser informados en absoluto secreto de los avances. Yo me mantendré al margen; si en realidad logran levantar al pueblo, nosotros nos uniremos de inmediato.

—¿Usted también, padre?

—Por supuesto —Hidalgo soltó una gran carcajada—; siempre soy el primero en llegar a las fiestas, y en esta verás cómo bailan los gachupines al compás de nuestro son.

Para Manuela, si el cura había dicho que debían mantenerse cautelosos y apartados, así tenía que ser, sin duda alguna. Celaba de cualquier acción subrepticia de su marido, y tan pronto lo miraba pensativo o actuando de manera inusual, lo confrontaba recordando la promesa realizada.

—Lejos y en cautela, ¿recuerdas? —le repetía una y otra vez, a lo que su marido respondía con una sonrisa cargada de hastío.

Intentaba mantenerse involucrada en cualquier conversación, en especial cuando Ignacio Allende los visitaba, y en caso de recluirse a

conversar en el gabinete o pasear por el huerto, se las ingeniaba para escucharlos a hurtadillas o enviaba a una criada a realizar labores cerca de ellos, quien le notificaba lo escuchado.

En aquella ocasión, Ignacio y Mariano conversaban en el cobertizo del ala oriente del patio, arrellanados en dos sólidas sillas de cedro con asiento y respaldo de bruñido cuero. Manuela fue a ofrecerles tepache recién hecho en la cocina, bebida predilecta de Mariano. Su intuición le manifestó que Ignacio traía algo entre manos, porque aceptó el ofrecimiento con celeridad desacostumbrada, dándole a entender que con ello deseaba alejarla prontamente. Sigilosa, se apostó detrás de una de las columnas del corredor, aguzando el oído para escucharlos, no sin dificultad porque aquellos hablaban casi en susurros.

—Me ha escrito Michelena —dijo Ignacio después de mirar a su alrededor para constatar que no hubiese humano a la vista—; van a realizar una reunión con los principales involucrados y solicitan nuestra presencia.

Se hizo un silencio por algunos segundos, que a Manuela le parecieron siglos; lo referido no le agradaba.

—Bien sabes lo que nos ha recomendado el cura —por fin expresó Mariano—. No debemos asistir.

—Don Miguel podrá decir misa, pero no maniatarnos. Si queremos la independencia debemos tomar al toro por los cuernos, y no mirar la faena desde la barrera… eso no es de hombres.

—Pero lo más sensato será no levantar sospechas —dijo Mariano convencido—. Don Miguel cuenta que el padre Santa María ha proferido sermones incendiarios contra los gachupines y el mal gobierno, y si nos presentamos en Valladolid a una reunión, donde seguro irá Santa María, no haremos otra cosa que delatarnos.

—Puede que tengas razón, pero de cualquier manera debemos enviarles una carta disculpándonos e informando que estamos listos para levantarnos.

—Hagamos la carta, sin firmarla, que no es prudente dejar huella de nuestros nombres.

Manuela sonrió satisfecha al oír las palabras de su amado. De puntillas se dirigió hacia la cocina para servir el tepache.

Un mozo llegó a galope a la casona de los Abasolo, tan apresurado que Manuela intuyó alguna desgracia. Cuando lo hicieron entrar y pasar al gabinete, el fornido mestizo que servía a las órdenes de Ignacio Allende le entregó una carta a Mariano, pero tan pronto la tuvo en sus manos Manuela se la arrebató y comenzó a leer: «Los hermanos de Valladolid han sido delatados y aprisionados; es imprescindible tomar precauciones».

De inmediato agradeció al cielo haber seguido los consejos del cura; sus vaticinios se materializaban, y con ellos el peligro de que algún inculpado delatase a su marido.

—¡Por favor, huye a La Soledad! —exclamó angustiada y enérgica —. ¡Ahí no te buscarán!

Como Santa Fe de la Soledad era una pequeña finca que administraba María Ignacia Rodríguez de Velasco, conocida como la Güera Rodríguez, pensó que las autoridades no habrían de buscarle en esos lares.

—No hay nada que temer —comentó Mariano, intentando ocultar el miedo traducido en escalofrío que le recorría el espinazo—, jamás hicimos presencia en Valladolid.

—Pero alguno de los prisioneros puede denunciarte. No seas insensato, ¡huye ya…! Yo diré que viajaste a México.

Manuela recapacitó un momento y sugirió que, antes de cualquier acción precipitada, consultaran a Hidalgo.

Encontraron al cura en su taller de carpintería, a donde asistía todas las mañanas para supervisar a los artesanos de sus distintos talleres. «El que quiera tienda que la atienda», repetía cuando le cuestionaban por dicha costumbre. Tras leer el escueto mensaje y cavilar por un instante, concluyó contundente:

—Me parece muy sabio el consejo de tu mujer; Ignacio Allende ya debe estar escondido debajo de alguna enagua —dijo entre pícaras risillas—, es lo que dicta la más elemental prudencia. Ve con Dios; nosotros te mantendremos informado.

Manuela le organizó el equipaje y le sugirió que se despidiese de su madre, diciendo que debería atender asuntos urgentes en México, lo mismo que ella diría a los principales del pueblo. Lo besó en la frente, lo bendijo y lo vio partir como alma en pena.

Manuela enviaba diariamente a Remigio para llevar algo de comida

hecha en casa a Mariano. Ella misma lo visitaba una vez a la semana, un par de horas, para reconfortarlo. Vivía temeroso de que las autoridades lo encontrasen, así que decidió vestir con humildes y gastadas ropas de manta a semejanza de los peones de la finca, y así, en caso de ser necesario, confundirse con ellos. Ella rezaba a diario implorando la protección de la Dolorosa y doña Micaela imploraba para que los negocios de su hijo fuesen fructíferos.

Para mayor desgracia de Manuela, un miércoles fue avisada de que su padre había fallecido inesperadamente; don Antonio se dolió del pecho haciendo faenas en la hacienda, y cayó de bruces sobre unas pacas de heno, de las cuales ya no se levantó. Con la intención de no angustiar más a su marido decidió ocultarle la noticia, y partió a Chamacuero con doña Micaela y Rafaelito para realizar el velatorio y el entierro, al cual asistieron las más destacadas personalidades de la región, incluido el padre Hidalgo, quien intentaba consolarla en vano. Manuela se encontraba desbastada: la vida de su amado corría peligro y su adorado padre la había abandonado; no obstante, organizó los papeles de la herencia, que para su sorpresa era más de lo imaginado: aparte de las haciendas, les dejaba a Pedrillo y a ella cincuentaiséis mil pesos oro. Manuela sería la albacea hasta que su hermano alcanzase la mayoría de edad. Finalmente, convino con su tía Concepción en que se hiciese cargo de la casa y de su hermano, quien debería concluir sus estudios y comenzar a entenderse de los asuntos de las haciendas.

Luego de permanecer una semana en Chamacuero, Manuela regresó a Dolores vestida de negro y con la tristeza a cuestas. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que ya la esperaban en su casa Ignacio Allende y Miguel Hidalgo, visiblemente entusiasmados y jocosos. Allende estaba casi irreconocible: vestía como arriero, con tosco calzón a las rodillas, botas abiertas a media pantorrilla, jorongo, cabello corto y bigote; el cura con su eterna sotana.

—Manuela —dijo Allende aún sacudiéndose el polvo del camino—, vengo directo de México donde he recibido noticias venturosas de parte de don Carlos María de Bustamante, el abogado defensor de los conspiradores de Valladolid. Nadie nos ha delatado y las declaratorias han finalizado.

—Bien hicieron en no comprometerse demasiado —aseveró Hidalgo con un dejo de presunción—; de no haber sido cautos ahora estarían como gorrioncillos en jaula.

Manuela se persignó dando gracias al cielo y partieron a reunirse con Mariano tan precipitadamente que el cura se montó al caballo sin botas, apenas recogiendo los bordes de la sotana. Al llegar allí encontraron a Mariano confundido entre los labriegos, sucio y con la cara embadurnada de hollín. El cura soltó una soberbia carcajada y le

dijo displicente, como si tratase a un cualquiera:

—A ver, chamaco, cuida bien de mi caballo en lo que encuentro a tu amo.

Allende secundó al cura con altisonantes risotadas; solo Manuela se mantuvo seria, conmovida por la apariencia de su marido que delataba lo mucho que había sufrido en aquellos días de aislamiento. Se apeó rauda y fue a abrazarlo sin importar ensuciar sus almidonadas y luctuosas ropas con las sucias y polvorientas de su amado.

—¡Ya acabó todo, hijito mío, ya no hay peligro! —prorrumpió jubilosa, besándolo continuamente en la frente y las mejillas.

—¿Por qué vistes de negro? —inquirió alarmado—. ¿Está bien Rafaelito?

—No te preocupes, el nene está bien… es mi padre quien falleció.

Mariano la abrazó con fuerza, y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Manuela, sintiéndolo tan afligido intentó consolarlo.

—Ya pasó, hijito, agraciadamente no sufrió y ahora su alma alcanza la anhelada paz.

Se acercaron Allende e Hidalgo, a pesar de la triste escena.

—Perdón que los interrumpa, Manuela, permítenos conversar con tu marido; debo partir a San Miguel de inmediato —dijo Ignacio sin recato.

Los hombres se reunieron a platicar junto a un pozo ubicado cerca de la casa, para evitar lo más posible que Manuela escuchase. Si bien la conspiración de Valladolid había fracasado, los ánimos independentistas de Ignacio Allende no habían mermado.

—Nadie nos delató y, gracias a Dios, el virrey Lizana ha sido en extremo benigno —comentó Ignacio con tranquilidad, sentándose en el murillo circular que bordeaba el pozo—. Ha liberado a muchos de los inculpados y decretado penas menores a los detenidos. Según se dice, prefiere aparentar que no hay problemas en el reino para evitar más conspiraciones. Además, los gachupines creen que si ajusticia a un solo criollo se producirán levantamientos por todo el reino.

—Pues tienen razón el pusilánime virrey. —Hidalgo sacó su cajilla de rapé y llevó el polvo a la nariz, mientras Ignacio encendía un cigarrito haciendo uso del pedernal que siempre cargaba consigo—. El descontento es enorme; soplan presagios de tormenta por todas partes.

—Por ello mismo debemos continuar lo que unos valientes comenzaron —continuó Allende—. Los nacidos en América somos setenta veces más numerosos que los nacidos en Europa. No hay forma de que nos puedan vencer.

—Cierto, Ignacio, pero no te hagas ilusiones; ellos tienen el poder en la mano, y muchos criollos, en especial los adinerados y aristócratas, son leales a la Corona.

—Jamás nos levantaremos contra el rey Fernando VII, al contrario,

debemos articular nuestro movimiento para defenderlo y evitar que el mal gobierno entregue nuestra patria a Napoleón, como ya hicieron en España.

—«La vida es sueño y los sueños, sueños son» —sentenció don Miguel, citando a Calderón de la Barca, mientras cavilaba los pros y contras del asunto.

—¿Entonces usted no desea comprometerse? —preguntó Mariano confuso y tímido.

—No he dicho tal cosa —alegó Hidalgo—. Si Ignacio es capaz de conformar un plan bien articulado y consigue que sea secundado en las principales ciudades y villas del reino, yo me uno. Pero mientras eso no suceda, tan solo son palabras que se las lleva el viento. Y tú… —Señaló a Mariano soltando una carcajada—. Más vale que te bañes, apestas a chivo.

Ignacio dio la última bocanada al cigarro, tiró la colilla y la pisoteó con su bota. Manuela, ubicada cerca, había escuchado algunas frases vagas de aquella conversación. Más tarde, en su casa, mientras su marido se bañaba en la tina de latón y ella le restregaba la espalda percudida de tantos días sin asearse, lo cuestionó.

—Conversaban muy concentrados hoy, al mediodía —dijo fingiendo no dar importancia a la pregunta—. ¿Qué cosa traman ahora?

—Nada, Gatita, chismes de varones.

—No me vengas con cuentos, hijito, que a mis ojos nada se escapa.

Lo miró fijo mientras lo besaba con ternura y le acariciaba sensualmente el bajo vientre.

—¿No me has extrañado? —le susurró al oído mientras apresaba con sus labios el lóbulo de la oreja.

Mariano sintió un hormigueo en el rostro y de inmediato su miembro se irguió deseoso.

—Te he extrañado tanto que a veces creía enloquecer —dijo.

—Pues cuéntame todo —murmuró seductora, mientras afianzaba el pene del marido con la mano, meneándolo suavemente.

—Ya sabes, Gatita —dijo Mariano entre suspiros de placer—, Ignacio no borra de su cabeza la idea de la independencia.

—¿Y qué dice el cura?

—Que si logra conformar una red de conspiradores en las principales ciudades, él se une.

Manuela cesó de acariciar el pene, concentrada totalmente en las palabras de su amado.

—¿Y tú qué opinas?

—La verdad, con los impuestos que han cobrado para solventar la guerra contra Inglaterra, primero, y ahora contra Napoleón, nos dejarán más desplumados que a un guajolote en caldo —murmuró como autómata, mostrando que ya había cavilado largamente sobre el

asunto—. No creo que le sea difícil apalabrar a muchos simpatizantes, aunque coincido con el cura: después de lo de Valladolid debemos mantenernos al margen; estos asuntos son en verdad peligrosos.

—Hagamos lo mismo que Hidalgo, estemos a la expectativa y actuemos según convenga.

Manuela se mantuvo pensativa: si los sueños de Allende se realizaban, su marido sería una figura prominente en el gobierno independiente y su familia escalaría a las más altas esferas de la sociedad. Pero, por el momento, como bien decía el cura, todo era un sueño; sin embargo, deberían permanecer atentos. De lograrse la conspiración, su vida cambiaría como por arte de magia.

Se desnudó para introducirse a la tina con Mariano. Entre el jugueteo erótico y las ilusiones de gloria, su deseo se había acrecentado con rapidez.

Los días se vistieron de monotonía entre los quehaceres domésticos y la administración de las haciendas. Estaban al tanto de que Ignacio Allende, apoyado por el capitán Juan Aldama, viajaba constantemente a distintas ciudades y villas en busca de adeptos, con bastante buena fortuna. De vez en cuando se aparecía en Dolores para notificar al cura y a Mariano los avances, muy insipientes aún, pero alentadores.

—Ya he formado juntas secretas en San Miguel el Grande, Celaya, San Luis Potosí —decía con orgullo—, y hay dos muy importantes en gestación: Querétaro y México.

—¿Quiénes son tus contactos en México? —cuestionó Hidalgo, con un dejo de astucia, como si ya conociese la respuesta.

—Perdón que no pueda hacerlo público por ahora, padre, me han exigido absoluto secreto.

—Te apuesto dos a uno a que el marqués de Rayas está involucrado en estos menesteres; es un patriota.

—El marqués es hombre de ideas independentistas… Pero vengo con un asunto muy delicado y necesito conocer la opinión de ambos —dijo Ignacio dirigiéndose en especal a Mariano, quien no pudo ocultar su sorpresa, pues nunca era incluido en las deliberaciones—. Una dama corre peligro por haber apoyado la conspiración de Valladolid; necesitamos darle protección y creo que Mariano es el más indicado para dicha tarea.

—¡No me digas que te refieres a la Güera Rodríguez! —exclamo el cura, con gesto entre pícaro y sorprendido—. Entonces los rumores de la capital son auténticos.

—Así es, la señora conspiró contra los líderes de nuestros enemigos, para que fueran desterrados, acusándolos de intentar envenenar al virrey Lizana. El plan era astuto; intentaba desviar la atención de la

justicia para permitir que la conspiración de Valladolid prosperase libremente.

—¿Doña María Ignacia se atrevió a tanto? —prorrumpió Mariano asombrado. Siempre la había considerado una dama frívola y superficial, aunque en extremo hermosa.

—¡Vaya que nos salió aguerrida la señora! —complementó el cura, también un tanto sorprendido—. Por poco logró su cometido: Guillermo Aguirre y Viana, el líder de los gachupines, estuvo a punto de ser desterrado a España, pero sus seguidores amenazaron al virrey y el muy blandengue reculó.

—Agraciadamente —continuó Allende—, debido a que conocía muchos pecados de los inquisidores, solo la castigaron con el destierro y viajó a Querétaro. Pero ahora que Guillermo Aguirre y sus secuaces han destituido al virrey, y se han nombrado ellos mismos los gobernantes del reino, su seguridad está en riesgo.

—Y lo más sensato será que se esconda en su hacienda de La Soledad, aquí en Dolores —concluyó Mariano, comprendiendo todo—. Así estará bajo la protección de los patriotas de San Miguel el Grande, por una parte, y los de Dolores, por la otra.

—Y tú, Mariano, por ser el administrador de su hacienda serás el encargado de atenderla como se merece. Ella vendrá con sus dos hijas menores, así que habrás de acondicionarle dos habitaciones.

—¡Vaya faena! —exclamó de golpe—. La Soledad carece del mínimo esplendor, es más una finca rústica que una hacienda, y la señora está acostumbrada a los lujos de la corte… a los mejores salones de la capital.

—Por eso resulta ideal como escondite —terció Hidalgo—. Bien podría acudir a sus haciendas de Santa Anna o de San Isidro, ubicadas a pocas leguas de Dolores, pero ahí sería donde la buscarían los espías del gobierno.

Cuando Manuela se enteró de que habría de ser anfitriona de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco le invadieron simultáneamente el temor, la curiosidad y el orgullo. Conocer a tan distinguida dama le ilusionaba sobremanera, pero cometer un desacierto en las atenciones le producía una ansiedad incontrolable. ¿Qué sabía ella de las costumbres de la alta sociedad? Era una pueblerina que jamás se había codeado con mujeres de alcurnia; nunca había asistido a un sarao, un besamanos ni a una tertulia de aristócratas. Mariano, que conocía a la señora, la definía como una mujer bellísima, de maneras finas y distinguidas, amable, pero lo más sobresaliente eran su inteligencia e ingenio.

Aunque su marido le advirtió que no realizase maniobras que

despertasen la curiosidad de los vecinos, ya que el pueblo era en extremo chismoso, ella se las ingenió para trasladar, con la ayuda de Remigio, tres camas, algunos muebles de bello ornato y accesorios finos, como sábanas de lino, almohadas de pluma de ganso, aguamaniles de porcelana, lebrillos de talavera y otros implementos para decorar adecuadamente tanto la habitación de doña María Ignacia como la de las niñas. Se encargó de distribuir los muebles y arreglar cada rincón de la pequeña casa con detalles, aunque austeros, de buen gusto y delicadeza. La hacienda contaba por únicas construcciones con el granero, una pequeña capilla, algunas chozas para los peones y la casa principal, que, si bien era de reducidas proporciones, poseía un hermoso huerto central con algunos guayabos. Manuela se esmeró por engalanarlo con flores y plantas que le brindaran verdor; además adornó los pasillos con tibores poblanos y sillas para el descanso.

Tras pocos días de labores miró complacida su obra: la pequeña casa de la hacienda no se asemejaba a un palacio ni mucho menos, pero sería un refugio digno para la huésped.

Manuela se había levantado mucho más temprano que Mariano, pues decidió darse un baño antes de acudir a La Soledad. Se engalanó con un vestido de seda azul celeste y bordados dorados, cuyo jubón mostraba un discreto escote rodeado de pequeños holanes, además de elegir un sombrerillo de anchas alas coronado con delicadas flores, atuendo que le pareció adecuado para encontrarse con la insigne visitante. Partieron a Santa Fe de la Soledad entre la opacidad de la madrugada, y arribaron poco antes del amanecer.

Los minutos le parecían horas; impaciente, preguntaba continuamente a su esposo si el vestido le sentaba bien o el cabello continuaba bien entrelazado, pues soplaban continuas ventiscas. La propiedad olía a sembradíos de milpas y estiércol del ganado, por lo que inquirió a Mariano si los peones deberían limpiar las cercanías a la casa central de la finca. El otro, ya con un dejo de fastidio, le contestó:

—Gatita, si supieras de qué manera hieden las calles de México, entenderías que esto es el paraíso.

Por fin, como a las nueve de la mañana, se acercó un carruaje tirado por dos mulos y escoltado por dos chinacos a caballo, tan burdo y común que mucho distaba al de una princesa. Venía de cochero un mestizo de rostro inmutable que respondía al nombre de Casimiro y, sabría después, era el hombre de confianza de la Güera Rodríguez.

Al detenerse frente al portón de la casa, lo primero que apareció ante la vista de Manuela fue una niña de unos cuatro años, rubia y hermosa, que alborozada gritaba: «¡Mamita, mamita, por fin llegamos!». Tras ella siguió una india muy limpia y aseada, que llevaba entre sus brazos a una nena de dos años que no paraba de berrear, y finalmente bajó María Ignacia, cubierta con un reboso a causa del frío matinal.

—Disculpen ustedes a mi pequeñita, ha sido una noche terrible —dijo la señora con gran dulzura, y aunque sus ojeras delataban los estragos de la vigilia, en su rostro sobresalían dos grandes ojos, tan azules como el cielo invernal. El rubio cabello le acariciaba la frente con delicados caireles y caía cual cascada sobre los hombros; sus movimientos eran finos y elegantes; caminaba erguida, con tal prestancia que a Manuela le recordó a las bailarinas italianas que alguna vez había admirado en el teatro de Guanajuato.

—Sea usted bienvenida; espero que no hayan encontrado demasiadas dificultades en el camino —expresó Abasolo lo más

educado que pudo, quien vestía como todo un hacendado, con botas de montar, camisa blanca y gran sombrero—. Permítame presentarle a mi esposa, Manuela, quien ardía de ansias por conocerla.

La Güera Rodríguez la observó con atención. Manuela sería unos ocho años menor que ella y su rostro, de bellos rasgos armónicos, denotaba cierta inocencia. Se había vestido con ropajes más lujosos de lo que demandaba una visita a una finca, denotando que le intimidaba su presencia y desconocía las normas sociales, lo cual le causó ternura.

—*Madame*, es un honor conocerla —dijo Manuela con sonrisa espontánea y fresca, al tiempo que realizaba una estudiada reverencia como si la dama fuese parte de la realeza.

—Por favor, evitemos los formalismos. —Se le acercó de inmediato, tomando su mano con suave cordialidad—. Llámame María Ignacia… o Güera, como mejor te parezca. Espero que seamos buenas amigas porque en este trance necesitaré de agradables compañías.

—Por supuesto, *madame*… perdón, María Ignacia. Permítanme acompañarlas a sus habitaciones; deben estar exhaustas.

Cuando la Güera se deshizo del rebozo que la cubría desde los hombros hasta por debajo de las caderas, Manuela abrió los ojos como platos: portaba un vestido al estilo imperio; confeccionado con finos tules y gazas delicadamente bordadas, cuyo pronunciado escote mostraba con gran atrevimiento casi la mitad de los senos. El vestido se ceñía por debajo del busto con discreto listón de terciopelo escarlata, y las mangas eran de total transparencia, dejando ver sus bien torneados brazos.

—Disculpen el atuendo; es lo menos apropiado para la ocasión —se excusó la Güera entre risillas—. Pero como he debido escapar de madrugada, me pareció adecuado vestir de fiesta. Si algún alguacil nos detenía, fingiría venir de un baile y dirigirme a la hacienda de los marqueses de Selva Nevada.

La dama tomó del brazo a Manuela y se encaminaron al interior de la casa. Al entrar miró el patio, las sillas dispuestas junto a una mesilla con flores, la limpieza del corredor, varios tibores colocados estratégicamente con helechos y una jaula con un par de gorrioncillos adentro.

—Mil gracias, Manuela, has decorado esta humilde casa con detalles lindísimos —dijo dándole un abrazo.

Manuela sonrió satisfecha y compartió el abrazo con sinceridad.

Día con día, Manuela fue descubriendo enormes encantos en la Güera. De esbelta figura y sencillo pero sofisticado trato, su carácter era dulce, aunque enérgica en sus decisiones. Juntas solían pasar largas horas bordando, leían a la sombra de los guayabos del huerto o

deambulaban por los áridos y terregosos alrededores, mientras sus hijas jugueteaban con Rafaelito. Así se enteró de que, a pesar de sus treintaidós años, la Güera ya había enviudado en dos ocasiones, que el primer marido la golpeaba y el segundo murió a escasos meses del matrimonio; que tenía cinco hijos, y había dejado a los tres mayores en México para que prosiguiesen sus estudios; que se había unido a la causa independentista dos años atrás, aunque sus ideas libertarias habían surgido de su amistad con Simón Bolívar, Alexander von Humboldt y su cuñado, el marqués de Uluapa, recientemente fallecido.

A Manuela le deleitaba la compañía de la Güera Rodríguez y le sorprendían sus anécdotas: envidiaba su fastuosa vida en la capital, los espléndidos saraos, su presencia en la corte virreinal, las tertulias en los mejores salones de México, y por ello, con más razón, admiraba que hubiese puesto en peligro su posición y su familia al conspirar directamente contra los principales gachupines del reino. Le sorprendía la elegancia que mostraba al vestir la sencilla ropa de campo que ahora usaba a diario: faldas amplias de colores oscuros, con pequeños bordados, y camisas de manta con un ligerísimo escote en el cuello, pero que al ser portadas por ella adquirían singular donaire. Era una gran dama, digna de los mejores palacios del reino, pero en el fondo era una aguerrida mujer que no cejaba un minuto de procurar tanto su propia libertad como la de su patria.

Con el paso de los días y la convivencia, Manuela fue sintiendo que entre ellas se forjaba una solidaria amistad; viéndola como a una hermana mayor, le preguntaba con rubor por sus famosos amoríos, los cuales corrían entre cuchicheos por todo el reino. La Güera narraba algunas historias, mintiéndole a veces para otorgar mayor romance al relato, porque Manuela gozaba tanto aquellas anécdotas que le era imposible negárselas.

Aquella tarde habían salido de la hacienda para galopar y pasear por la campiña, dejando a los pequeños al cuidado de las nanas. El sol ardiente se alzaba sobre un cielo ausente de nubes y el calor resultaba sofocante. Se detuvieron a descansar en una colina donde se contemplaba el pequeño valle, que, aunque despoblado de verdor y con escasos arbolillos de pingüicas, sus racimos de pequeños frutos color púrpura regocijaban la vista. Se apearon y fueron a sentarse a la sombra de un frondoso huisache, recargándose sobre el tronco mientras los caballos pastaban a unos metros.

—Güera, por favor platícame de la conspiración. Sé que de vez en cuando Allende e Hidalgo vienen contigo a conversar, sin convocar a Mariano… quizá no le tengan confianza.

—¡Nada de eso! —rio cariñosa—. Ambos tienen en alta estiman a tu marido, y te puedo aseverar que Allende le notifica avances del plan

en absoluto secreto; pero hay detalles que es preferible que desconozcas por seguridad.

—Por favor, te lo suplico —insistió—, aunque sea cuéntame un poco. Yo confío ciegamente en el cura don Miguel, sé que mi marido está en buenas manos, pero me siento como una ciega en el bosque.

La Güera Rodríguez miró tan afligida a su amiga que no pudo negarse a comentarle algunas superficialidades. Mientras desenlazaba el listón que le sujetaba el sombrero de anchas alas de paja, comenzó hablando con cautela, evitando proferir palabras de más, aunque ella misma, por bien del movimiento, desconocía todos los datos y mucho menos a las personas involucradas.

—Para tu tranquilidad el plan navega con inmejorables vientos. Ignacio Allende se ha encargado de conformar juntas secretas en ciudades como Querétaro y México y villas como Celaya…

—¡Por eso viaja junto a Juan Aldama con tanta frecuencia! —interrumpió emocionada, dando a entender que sus sospechas se corroboraban.

La Güera se dio cuenta de que Manuela deducía y razonaba con aguzado instinto, por lo que descubriría muchos detalles aún sin mencionarlos, así que decidió tomar precauciones.

—Jura por la Virgen que no comentarás nada de lo dicho… incluso en confesión.

—¿Ni siquiera al padre Hidalgo?

—Tampoco; se enfurecería con tu marido si descubre que conoces planes secretos.

—¡Lo juro! —condescendió, ávida por enterarse de más detalles.

—Pues el plan es muy sencillo —continuó la Güera intentando resumir lo más posible—: el día fijado, que acontecerá durante alguna feria importante para conseguir más adeptos, todas las juntas secretas se levantarán apoyadas por los regimientos de las plazas, previamente apalabrados. Entonces procederán a encarcelar a los gachupines para usarlos como rehenes, y por último, con el apoyo del pueblo y las milicias se marchará a la capital para canjear a los prisioneros por la libertad del reino. Cuando hayamos triunfado, se reunirán los representantes de todas las provincias e intendencias para decidir qué clase de gobierno nos conviene más.

—Pues solo hay dos ferias importantes por estos rumbos —caviló Manuela—; la de San Juan de los Lagos y la de San Miguel el Grande. O sea que tienen planeado el levantamiento para principios de octubre o a más tardar en diciembre.

—No estés tan segura; faltan muchos asuntos por concretar, según entiendo.

—Quién lo diría; Ignacio Allende es el orquestador y ejecutor de todo el plan —continuó Manuela atando cabos—. ¿Y el cura don

Miguel qué función cumple en el plan?

—Dirige la junta secreta de Dolores, pero Allende intenta que sea Hidalgo quien dé el grito de insurrección.

—¿Un sacerdote levantándose en rebelión? ¡Válgame el cielo!

—Es lo más sensato; el pueblo teme que se entregue el reino a los franceses, como hicieron en España. Un sacerdote tan querido y respetado en la comarca sería seguido por todas las clases, incluyendo criollos, aristócratas, indios, mulatos, negros y todas las castas.

Manuela se mantuvo pensativa un momento, jugueteando con una vara entre las manos, y luego concluyó con total convencimiento:

—Pues con más razón apoyaré el movimiento si el cura da el grito. Ay, Güera, por lo que me dices mi Mariano ocupará un lugar de honor en el gobierno —suspiró ilusionada—; nuestras vidas darán un vuelco inesperado hacia las más altas esferas del reino. Quizá vayamos a vivir a México, donde sería un honor mantener tu amistad.

La Güera, con tal de cambiar de conversación, dijo como si cualquier cosa:

—¿Sabes que el cura tendrá una tertulia a la que me ha invitado?

—Sí, claro: no te presentarás como María Ignacia Rodríguez de Velasco; te harás pasar por una prima mía que está de visita. No te preocupes, yo te consigo un vestido para que te veas totalmente provinciana.

—Sí, ya me había advertido don Miguel que debería mostrarme tan recatada como una beata, ajena a cualquier moda. Por favor ayúdame; para mí esta es una tarea muy complicada.

Manuela soltó una carcajada.

Hidalgo recibió a sus invitados con jubiloso ánimo, ya que el desenfado y regodeo de los bailes y las tertulias le producían enorme placer. Los asistentes resultaron ser las figuras más connotadas del pueblo, sin exceptuar a Manuela y Mariano Abasolo, Nicolás Fernández del Rincón y a don Ignacio Díez Cortina, además de algunos visitantes de Guanajuato y San Miguel, como el intendente Juan Antonio de Riaño, gachupín ilustrado, muy amigo del cura. Manuela disfrutó cuando la banda militar ejecutó obras de Mozart, en las cuales el cura Hidalgo tocó el violín con tal brío musical que causó desenfado al ambiente. Después anunció que en breve un grupo de vecinos representaría el último acto de *Tartufo*, de Molière.

En aquel *intermezzo*, Allende, Hidalgo y la Güera fueron hasta el pequeño gabinete donde el padre realizaba los trabajos administrativos del curato y se encerraron ahí por varios minutos. La conversación que sostuvieron debió molestar a la Güera, porque minutos después salió al patio con el entrecejo fruncido y un humor

de los mil diablos.

—¿Qué sucede? —inquirió Manuela acercándose—. ¿Malas noticias de la conspiración?

—No, Manuela, malas noticias para mí. El padre ha decidido encabezar el movimiento fungiendo como jefe político y Allende será el jefe militar. Pero desgraciadamente pronto se dará el grito y por lo tanto no podré volver a México… En largo tiempo no habré de encontrarme con mis hijos.

Manuela abrazó a su amiga para consolarla, mientras comenzaba la representación teatral, con escaso brillo, debido a que los actores, incluido don Miguel, actuaban tiesos e improvisados; algunos olvidaban continuamente sus parlamentos, lo cual provocaba risas a la concurrencia. Finalizado el teatro siguió el baile, que despertó la alegría general, sobre todo al cura, que, vestido de pantalones y casaca, no dejaba de danzar con todas las damas, incluidas sus hermanas y doña Fernanda del Rincón, que a pesar de su obeso cuerpo se movía con cierta gracia.

Manuela contaba unos montoncillos con monedas y dictaba a la Güera la cantidad, quien le ayudaba con la contabilidad por la venta de una cosecha de maíz, que, si bien era escasa debido a la persistente sequía, algo aportaba a su bolsillo y a la causa. Manuela observó que, del dinero conseguido, la Güera retiró un quince por ciento para enviarlo a Hidalgo. Colocó las monedas en una bolsa de paño y las guardó con llave en un cofrecillo de madera labrada que por prudencia escondía en un hueco de la pared. Con ello, sumado a lo que llegase de sus haciendas de San Isidro y Santa Ana, conformaría su contribución mensual a la causa.

Ambas bebían una infusión de salvia porque Manuela era presa de los cólicos menstruales y tenía un estado de ánimo en extremo decaído. Por más intentos que realizaba no lograba embarazarse de nuevo, y cada vez que menstruaba la inundaban sentimientos de melancolía.

—Estoy muy afligida —confesó con la mirada gacha—. Tan solo de pensar que se acerca el día del levantamiento se me espanta el sueño.

—Todo saldrá bien —dijo fraternalmente la Güera mientras sorbía la infusión en el jarro de barro y terminaba de apuntar las cuentas en una hoja.

—¿Y si algo falla, si todo se convierte en caos y desorden? Mariano duda en participar, por más que le insisto… y quizá tenga razón. El plan me parece en extremo simple, tanto que el mínimo error puede ocasionar pánico y alborotos.

Manuela desconfiaba del plan, cierto, pero creía en la sabiduría del

padre Hidalgo, y se negaban a realizar críticas o conjeturas adversas.

En ese momento escucharon el trote de un caballo: era Casimiro trayendo correspondencia para la Güera. Tan pronto recibió un sobre lo abrió precipitadamente y de inmediato el rostro se le iluminó: su padre le informaba haber pactado con el oidor Guillermo Aguirre, ya que, ante la inminente llegada del nuevo virrey, don Francisco Xavier Venegas, acordó apoyarlo para que fuese nombrado regente de la audiencia. A cambio del favor permitiría el regreso de la Güera, a quien daría salvoconducto oficial.

—¡Regreso a México, Manuela, me voy! —no cesaba de gritar, llenando de besos y abrazos a su amiga.

El rostro de Manuela se contrajo con una mueca de tristeza que pasó desapercibida a la Güera: se encontraba presa de incontrolable frenesí, y sin esperar un segundo más, escribió un mensaje a Ignacio Allende notificándole de su viaje.

—Por favor, Manuela, espérame, voy con el cura a despedirme y regreso.

Manuela la vio partir a todo galope y después ayudó a las criadas a organizar el equipaje, aquejada por una sensación de infortunio y abandono. Se sentía desamparada y huérfana. En menos de una hora regresó la Güera, decidida a partir de inmediato. Hizo subir los baúles al carruaje. Apresuraba a sus hijas y a la nana; luego fue con Manuela, que la miraba con la tristeza marcada en los ojos.

—Siempre estarás en mi corazón. —La Güera la abrazó con auténtico cariño—. Eres una mujer maravillosa y, por favor, dile a Mariano que les viviré eternamente agradecida.

—Tengo miedo —expresó Manuela, a todas luces acongojada.

La Güera percibió que su amiga buscaba unos brazos que la cobijaran y la estrechó con verdadero amor.

—Todo saldrá bien: conseguiremos nuestra independencia y tú junto a Mariano serán los primeros héroes de la patria.

Manuela, como quien acepta el patíbulo por honra, hizo una mueca de resignación con los ojos al borde del llanto. Conmovida, la Güera desprendió la cadena y el crucifijo de su cuello y los colocó en la mano de Manuela.

—Este cristo me ha protegido fielmente desde que salí de México; ahora te protegerá a ti, suceda lo que suceda. Recuerda que debes ser fuerte, eres una gran mujer y sabrás comportarte a la altura de los próximos acontecimientos. Con Allende como jefe militar e Hidalgo a su lado pronto venceremos.

La besó amorosamente y partió.

Manuela miró alejarse el carruaje por el polvoso sendero con el alma hecha un nudo y la angustia fustigándole.

«ESTA NOCHE TOMARÁN SU CHOCOLATE»
Noviembre de 1810

Tras huir de Celaya y luego de tres días de marchas forzadas, llegaron al valle de Guayangareo. Pudieron distinguir la loma del Zapote al oriente, el cerro de Quinceo al poniente, las fértiles praderas de Santiaguito al norte y la ciudad de Valladolid al centro, donde las altísimas torres de la catedral se erguían por encima del caserío y los conventos. Manuela sintió una paz como hacía muchos días no experimentaba. Recorrió las calles y observó que deambulaban transeúntes y carretas con provinciana tranquilidad. Como anochecía, los serenos encendían las farolas con la habitual parsimonia.

Doña Micaela insistió en dirigirse al convento de Capuchinas; allí conocía bien a la abadesa: un año antes había procurado fundar un convento de Capuchinas en Dolores, en el cual deseaba recluirse para vivir sus últimos años. En el ir y venir de papeleos conoció a la abadesa sor María Ana del Santísimo Sacramento. Aunque por desgracia los trámites quedaron inconclusos debido a la guerra contra los franceses, la amistad entre las piadosas mujeres perduró.

Tras flanquear los altos muros del convento se dirigieron a la puerta de visitas. Manuela y doña Micaela encargaron a Remigio y las cuñadas de Allende el cuidado del niño y se apearon del carruaje. Tocaron la campanilla ubicada a un costado del portón, y tras breve espera acudió la portera, una monja fornida y de imperturbable sonrisa, quien las hizo pasar y esperar. Un rato después aparecieron dos monjas ancianas y les informó que las acompañarían al locutorio y permanecerían con ellas en calidad de *escuchas*, para evitar que la conversación tocase temas prohibidos, como estipulaban las rigurosas reglas del convento. La pequeña sala poseía una pared formada por una sólida celosía de madera, con pequeños orificios a manera de reja. Detrás se presentaban las monjas para conversar con las visitas sin que ellas pudieran ser vistas. Doña Micaela y Manuela tomaron asiento en una banca, ubicada frente a la rejuela, mientras las dos monjas se mantenían de pie, a sus espaldas, respetuosas, pero atentas a la conversación.

—Doña Micaela, qué gusto saber que se encuentra bien, ¿a qué debemos el placer de su visita? —La voz de la abadesa surgió de atrás de la celosía, con tono de fingida cordialidad.

—Nos urge su protección —dijo de golpe doña Micaela—. Las tropas realistas nos persiguen.

Se escuchó un breve carraspeo seguido de un desconcertante

silencio.

—Usted bien sabe que en este convento solo podemos permanecer las monjas y las novicias —habló por fin la abadesa—; nuestras normas son en extremo severas y nadie puede quebrantarlas.

—¡Pero este es un acto de misericordia! —intervino Manuela angustiada—. Dese cuenta de que viajamos con mi hijo y dos cuñadas del capitán Allende; somos mujeres desvalidas y nuestra seguridad está en riesgo.

—Primero recen por la seguridad de sus almas. —Se escuchó de inmediato la voz de la priora—. Que su marido, al igual que el señor Allende, hayan sido excomulgados debería importarles más que su propia vida.

—¿De qué habla, sor María? —profirió doña Micaela palideciendo, mientras Manuela agachaba la vista intentando huir de la realidad—. ¿Qué ha dicho…? ¿Mi hijo excomulgado?

—¿No está enterada? Perdone que yo sea portadora de tan amarga noticia: su ilustrísima, el obispo don Manuel Abad y Queipo, excomulgó al sacrílego cura Hidalgo y a sus cómplices, los capitanes Allende, Aldama y Abasolo.

Las dos monjas a espaldas de Manuela se santiguaron al unísono. Doña Micaela permaneció muda, sin poder digerir lo escuchado.

—La misma pena recaerá en quien ayude a los insurgentes —continuó la abadesa con voz impasible—. Ustedes sabrán disculparme; es imposible brindarles refugio. —Guardó silencio por un instante y concluyó tajante—: ¡Hermanas, acompañen a las damas hasta la puerta!

De inmediato doña Micaela prorrumpió en llanto, mientras las dos monjas se apremiaban a seguirlas. A duras penas pudo ponerse de pie apoyada en Manuela y avanzar lentamente hacia la salida. Una de las monjas se apiadó del dolor de las mujeres, se acercó a Manuela y cuchicheó:

—Vayan con el señor Hidalgo; según se dice llegó a esta ciudad hace dos días… seguro él podrá socorrerlas.

Pasadas las doce de la noche Manuela se apeó del carruaje frente a la casa de la viuda de Domingo Allende, donde el cura se hospedaba, y sin importarle lo inoportuno de la hora tocó la aldaba con insistentes golpes.

Hidalgo la recibió con camisa desfajada, en verdad molesto por haber sido despertado. La dueña de la casa, que también se había levantado de la cama, les ofreció chocolate y bizcochos, pero Manuela le suplicó que no se molestara ya que su visita sería rápida. La dama regresó a su alcoba; Manuela y el cura quedaron solos en la sala,

sentados sobre canapés de damasco verdes e iluminados escasamente por dos velas que mantenían en penumbras el salón.

—¿A qué se debe la urgencia? —preguntó él con frialdad.

—Necesito saber algo directamente de sus labios y pedirle un favor.

—Si te refieres a tu marido, está en Guanajuato. Él, Allende y los otros me abandonaron a mi suerte y con escasos ocho hombres pude llegar hasta aquí.

—No, padre…

—¡Te he dicho que no me llames padre! —interrumpió malhumorado—. Ahora deberás referirte a mi como *generalísimo*, tal como fui nombrado por las tropas en Acámbaro, rumbo a México.

Manuela sintió aquellas palabras como una bofetada; al cura le preocupaba más la soberbia de los títulos que la salvación de su alma y la de sus compañeros.

—Necesito saber si es válida la excomunión de mi marido.

El generalísimo soltó una tremenda risotada.

—¡Qué poco estás informada, Manuelita! Para empezar el obispo Abad y Queipo no tenía facultad de excomulgar a nadie… no era obispo consagrado. Además, el actual obispo, Mariano Escandón y Llera, nos levantó la excomunión.

—Él tampoco es obispo consagrado —arremetió Manuela.

—*Ex nihilo nihil fit* —sentenció el cura con ironía—. Nada surge de la nada: Abad y Queipo no deseaba excomulgarnos sino restarnos seguidores. Al levantar la excomunión muchos podrán unirse a la causa sin temor alguno… ¿Está resuelta tu duda?

Manuela respiró tranquila, entendió entonces por qué Mariano había callado el incidente: no deseaba mortificarla.

—Un favor, *Generalísimo*. —Hizo hincapié en el presuntuoso cargo, con tal de no molestar al cura; era el hombre más importante de la ciudad y sería un desatino contrariarlo—. No tenemos dónde hospedarnos… venimos con las cuñadas de Ignacio Allende.

Hidalgo la contempló por un breve instante y sonrió condescendiente.

—Les conseguiré una casa de algún gachupín encarcelado o prófugo.

—Preferimos un convento, si es posible. Mi suegra se lo suplica.

—Vayan a Santa Catalina de Siena, díganle a sor Dorotea, la abadesa, que le ordeno brindarles asilo.

Manuela se sorprendió de la prepotencia del cura; se comportaba como el amo de todos, ya fuesen civiles, militares o religiosos. Sin embargo, no replicó.

Doña Micaela receló de la falsa excomunión de su hijo: si el obispo

que la había emitido no era consagrado y el que la había cancelado tampoco, ¿qué clase de entuerto era ese que presentaba la falsedad cual si fuese veracidad? Por lo tanto, oraría a Dios para que el alma de su vástago se salvase de las llamas, haciendo oídos sordos de la excomunión o su levantamiento.

La abadesa del convento de Santa Catalina de Siena, al conocer la orden del generalísimo, las recibió con más temor que por cristiana compasión. Les brindó dos habitaciones en el área de las novicias y les advirtió que no podrían salir a la calle sin su consentimiento. La Orden de las Catarinas, como les llamaban en la ciudad, era de reglamentos laxos y las monjas que allí profesaban, normalmente criollas de las familias más pudientes de la región, debían pagar cuantiosas dotes para su ingreso. Algunas poseían servidumbre o esclavos, y los claustros eran espaciosos y bien acondicionados.

Remigio, que dormía en las caballerizas ubicadas en los linderos de la ciudad, dentro del carruaje, les proveía de información constante: tan pronto Hidalgo había llegado a Valladolid se dio a la tarea de conformar un nuevo ejército con rancheros de a caballo, principalmente, y sin aceptar indios ni plebe. «Por lo visto el cura aprendió la lección», pensó Manuela al enterarse; «el Zorro puede ser todo menos tonto». También averiguó que su amado se encontraba en Guanajuato, junto a Allende, Aldama y Jiménez, para defender la rica ciudad de la avanzada del ejército de Calleja, pero las noticias eran escasas o secretas, porque casi nada se decía de ello. La situación le afligía sobremanera; a diario rezaba largas horas por la vida y seguridad de su marido, junto a las monjas catarinas. En el tiempo restante ayudaba en la limpieza de claustros y pasillos, o en las labores de la cocina junto con Teresa y Maricela, pero las ansias por obtener noticias de primera mano le empujaron a elaborar un plan para abandonar el convento.

—Sor Dorotea —le dijo a la abadesa—, el generalísimo Hidalgo me ordena que ayude en la cárcel, administrando las comidas de los europeos. Pido su venia para abandonar el convento durante el día y retornar después de las campanadas del ángelus.

—Me parece una labor de justa caridad cristiana —contestó la otra sin chistar—. Si lo pide el señor don Miguel, tienes mi permiso.

Manuela dejó a su pequeñín al cuidado de Teresa y se preparó a realizar la segunda parte del plan. Habiéndose informado de que el padre Manuel Muñoz era el encargado de los reos, se presentó ante él en la cárcel del Palacio Episcopal. De nueva cuenta mintió:

—Padre —le dijo escuetamente—, el generalísimo Hidalgo me ha solicitado que lo socorra en la administración de los alimentos. En Dolores ya realicé tal labor y creo, con toda humildad, que mi experiencia le será provechosa.

El sacerdote, muy dado a la holgazanería, aceptó de muy buena gana; entonces Manuela fue a cumplimentar el cierre de su plan: se dirigió al edificio adjunto, al Palacio Episcopal, donde ahora habitaba Hidalgo y dirigía las actividades insurgentes. Pidió a dos militares para hablar con el Generalísimo, ya que traía una petición del padre Manuel Muñoz.

Manuela fue recibida por el cura, que despachaba en el gabinete del obispo, y lo saludó con cariño:

—Generalísimo, qué gusto me da verlo y saber que el ejército libertario crece y se fortalece ante sus sabias previsiones.

—Gracias, Manuelita —contestó el cura, desconfiando de tanta zalamería—; dicen que traes mensaje del padre Chocolate.

—¿Padre Chocolate? —preguntó confusa, sin atinar a quién se refería.

—Así le llaman ahora a don Manuel —dijo trastrabillando un poco, con cierto nerviosismo—; ve tú a saber por qué.

—Ah, yo siempre lo trato con respeto —comentó tan desconcertada como curiosa por la repentina actitud del cura—. El padre Muñoz supo que administré los alimentos de los reos en Dolores; por tanto, me ha solicitado que le asista en la misma tarea. Y que le visite periódicamente para darle parte a usted.

—¿Tanto argüende para eso? Ayúdale, si eso deseas —recalcó Hidalgo con un dejo de molestia, con tal de quitársela de encima—. Y por favor que no me importune con nimiedades, tan solo con los pormenores que nos atañen; él sabrá comprender.

Las faenas en la cárcel del Palacio Episcopal eran sencillas: organizar a cuatro indias para distribuir los trabajos en la elaboración de los alimentos, que por lo general consistían en frijoles, tortillas, huevos y algunas legumbres. Para ello debía levantarse temprano y acostarse tarde, pero no importaba; Rafaelito la esperaba en la noche para cenar, junto a Teresa, Maricela y doña Micaela. Como a un costado de la cárcel se encontraba el Palacio Episcopal, durante sus tiempos libres intentaba recabar información sobre lo acontecido en Guanajuato, en especial de los más allegados a Hidalgo, como el abogado Ignacio López Rayón, que servía de secretario al generalísimo. De él supo que Allende y sus compañeros se aprestaban para resistir a Calleja y todos confiaban en que saldrían airosos. Además, el cura había logrado reclutar un nuevo ejército, el cual, quizá, enviaría a Guanajuato para fortalecer la plaza. Manuela desconfiaba de los informes proporcionados por López Rayón; presentía que algo le ocultaba.

Al segundo día de ayudar en la cárcel, a Manuela algo le llamó poderosamente la atención: dos indias, arrodilladas frente al metate y

moliendo el maíz para elaborar las tortillas, conversaban casi entre susurros.

—Mañana se llevarán a montones de gachupines —aseguró con un dejo de preocupación la que se llamaba Joaquina, mujer fornida, de abundante cabello oscuro, peinado en dos largas trenzas.

—¡Ave María Purísima! —exclamó la otra dejando de moler y santiguándose—. Ojalá mi primo Gervasio no se entremeta en esos pecados.

Manuela mandó a llamar a Joaquina para averiguar de qué hablaban. Reunidas en la bodega donde guardaban los alimentos, la pobre mujer se rehusaba a realizar comentario alguno, suponiendo que la iban a regañar, pero ante la insistencia y constantes exhortaciones de Manuela, terminó cediendo.

—Ay, señorita, no me vaya usted a creer, es lo que andan diciendo y no estoy segura de que sea la pura verdad, se lo juro.

—No te preocupes, Joaquina, yo sería incapaz de reprenderte o hacerte mal. Cuéntame lo que has escuchado.

—Pues que el padre Chocolate escoge a los prisioneros… Que dizque los llevan a Guanajuato, pero en realidad les cortan el pescuezo en unas barrancas apartadas.

Manuela miró azorada a la india intentando descubrir algún asomo de falsedad en su rostro, pero la pobre estaba hecha un desfiguro de nervios sin mostrar señal alguna de mentir.

—Eso es pecado mortal, ¿verdad, señorita? —preguntó con verdadera aflicción.

—Sí, Joaquina, pero dime, ¿quién ordena que sean degollados los prisioneros?

—Dicen que el mismito padre Hidalgo, pero tampoco atino a creerles.

Nadie, excepto su suegra y Remigio, sabían de las monedas de oro que había rescatado en Dolores y que mantenía ocultas en un cofre, entre la ropa de Rafaelito; su seguridad dependía de ese dinero y debía ser en extremo austera en los gastos. No habían utilizado casi nada del dinero, tan solo algunas monedas para que Remigio consiguiese alimento y pagara la pensión de los mulos y el carruaje; no obstante, ahora decidió extraer unas cuantas monedas para informarse.

Conocía bien a los guardias que custodiaban la cárcel, y uno de ellos, en especial, siempre se quejaba con sus compañeros de recibir una paga insuficiente para mantener a su esposa y a sus hijos. Incluso dos de ellos habían muerto sin recibir atención médica.

—Lorenzo —le dijo tan pronto como lo descubrió solo—. Sé de tus carencias económicas y quiero ayudarte con un par de pesos. ¿Quieres

ganártelos?

—Ay, doña Manuela, se lo agradezco mucho, ¿qué debo de hacer?

—Tan solo decirme la verdad sobre algo que al generalísimo Hidalgo lo tiene muy enojado… Están manchando su honra.

—Si es para ayudar al cura, dé por hecho lo que usted necesite y yo sepa, doña.

—¿Qué sabes de los prisioneros que salen por las noches?

—Ay, señora, si le cuento me pueden fusilar. El coronel nos ha prohibido mencionar una palabra del asunto.

—No se lo diré a nadie, puedes estar seguro. Serán los dos pesos mejor ganados de tu vida… ayudarás a una buena causa y, sobre todo, segura.

—No estoy al tanto de todo, y pues quizá no le sirva de mucho, pero el padre Chocolate escoge a los que van a sacar de la cárcel, diciéndoles que esa noche van a tomar su chocolate. Por eso le pusieron ese apodo. Luego viene un piquete de dragones y rancheros, comandados por el capitán Muñiz, ya sabe, del regimiento provincial de Valladolid, y se los llevan no sé a dónde, pero dicen que ahí los espera un grupo de indios para degollarlos… Eso es todo lo que sé.

—¿Y quién da la orden superior?

—Pues yo sabía que el mismo generalísimo, pero si usted me dice que el señor Hidalgo está preocupado porque lo andan salpicando con injurias, me siento más tranquilo. Deben ser el padre Chocolate y el coronel Muñiz… no se me ocurren otros.

Por la noche comentó el asunto a Teresa, quien pedía más y más información, horrorizada pero en extremo curiosa. Maricela, siempre atenta a las conversaciones de otros, exclamó ofendida:

—Esas son paparruchas; un sacerdote no puede cometer semejantes crímenes.

No obstante, la duda se había apoderado de Manuela.

Al padre Chocolate le asistía en sus labores carcelarias otro sacerdote de apellido Jiménez, a quien todos llamaban el padre Chinguirito debido a su constante afición por embrutecerse con aguardiente de caña. De panza prominente, mejillas abotagadas cual vejigas y chispeantes ojos negros, siempre vestía una burda, parda y descuidada sotana; poseía carácter jolgorioso y parlanchín como pocos y su mayor felicidad consistía en sostener un vaso o, de ser posible, un garrafón de chinguirito en la mano. Se comentaba que cuando bebía en exceso no había quien lo silenciara.

Con tales características, a Manuela le pareció el blanco perfecto para dirigir sus pesquisas y averiguar con certeza lo que se ocultaba tras los rumores. Pidió a Remigio que fuese a la taberna El Sapo, cercana al convento del Carmen, donde le habían comentado que el sacerdote acostumbraba acudir cada noche.

—Toma seis reales. —Manuela depositó las monedas en la mano del mozo, quien las veía incrédulo—. Me imagino que serán suficientes para una botella de chinguirito o lo que beba el padre.

—Sí, señorita, me parece que me va a ajustar el dinero, a no ser que el padre beba como si tuviera un incendio en la panza —comentó Remigio, dándose cuenta de que su ama no tenía ni la más remota idea de lo que costaba el aguardiente de ron; con los seis reales podría comprar un tonel completo.

—Pero escúchame bien; es importante que tú no te embriagues, debes averiguar todo lo que puedas: a dónde llevan a los hombres que sacan de la cárcel, quién ordena los traslados, qué hacen con ellos… Todo lo que puedas, ¿entendiste?

—Sí, señorita, confíe en mí. Soy hombre de palabra y, por si fuera poco, de buen libar… Ya verá que el padre Chinguirito no podrá marearme… pero eso sí, voy a simular que estoy retepasado de tragos para que me tome confianza.

—Está bien —accedió Manuela esperanzada—, haz lo que te parezca mejor pero no me falles, por favor, es asunto de gran importancia.

La taberna El Sapo se ubicaba por el sur, donde comenzaba a despoblarse la ciudad, lejos de las casas de la gente decente para que los hombres que salían de allí cantando, blasfemando o buscando camorra, no escandalizaran a nadie importante. A Remigio no le fue difícil dar con ella: recibía su nombre por ubicarse en el estrecho callejón del Sapo.

El tugurio era en extremo austero, tanto así que a Remigio le pareció una pocilga: cuatro muros de adobe mal pintados con cal, piso de tierra aplanada, un rústico mostrador donde el dueño despachaba las bebidas, largas mesas formadas con tablones, bancos para sentarse y, adjunto al local, un corralón donde los parroquianos podían descargar sus frecuentes necesidades urinarias. El sitio apestaba a una mezcla de aguardiente con pulque y orines, debido a la cercanía del corralón. Se encontraba semivacío por ser la hora del ángelus, tiempo de oración para todo cristiano a excepción del padre Chinguirito y un puñado de borrachines. El obeso sacerdote se hallaba al extremo de una larga mesa mirando el cuenco de barro que portaba en la mano, como si deseara descubrir el misterio de la vida en su interior.

Remigio se le acercó hablando con la mayor deferencia posible e intentando imprimir tono de admiración a sus palabras.

—Perdóneme usted, padre, si lo alejo de sus santos pensamientos, pero sáqueme de la duda: ¿es usted el padre Jiménez? —preguntó como quien estuviese frente al más célebre torero del reino.

—Sí, hijo mío, seguramente el padre Chocolate te ha enviado a buscarme… ¡Caramba, no me deja descansar un instante!

—No, padre, es que he creído reconocerlo y, aquí entre nos, pues no pude aguantarme las ganas de conversar con el famoso padre Jiménez.

—¡Ah, caray! ¿Famoso de qué o qué?

—Si me permite sentarme, le platico… Es más, déjeme invitarle un trago; hoy me pagaron un dinerito y qué mejor manera de gastarlo que con usted.

Remigio tomo asiento frente al sacerdote, palmeó dos veces para llamar al tabernero y ordenó que le sirvieran otro trago al sacerdote, quien bebía chinguirito de charanda. Para él ordenó un vino mezcal de Zacatecas.

—Dicen que usted es de los más fieros defensores de nuestra santa religión y que no hay pinche gachupín que se escape a su mano justiciera.

—Pues sí, hijo mío, tan solo cumplo cabalmente las órdenes del generalísimo Hidalgo.

—Pues brindo por eso; es un honor compartir con usted. Sus hechos corren de boca en boca hasta Aguascalientes y más allá.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Soy arriero y mi vida es andar de un sitio a otro transportando mercancías… A donde llego me complazco en platicar con los lugareños y enterarme de sus chismes.

Así se les fueron las horas, uno ideando mentirillas, asunto para el cual era muy eficiente, y el otro escuchándole con el ego enaltecido. Remigio ya había gastado tres reales en bebidas y el sacerdote se encontraba en extremo alegre y dicharachero, relatando historias de

las aprehensiones de europeos. Como Remigio vaciaba parte de su mezcal en el suelo, sin que se diera cuenta el padre Chinguirito, se mantenía en un estado de casi absoluta sobriedad, como le había demandado su ama.

Fue así que el rechoncho sacerdote, con los ojos embotados por el alcohol y la soberbia, comenzó a relatar lo acontecido a los gachupines que desalojaban de la cárcel. Remigio no podía dar crédito de lo que escuchaba, y de seguro su ama no le creería. Aquello era como un cuento de terror.

Después de supervisar que se diera el desayuno a los reos, Manuela se reunió con Remigio en las caballerizas, entre los hedores a estiércol y el pulular de molestas moscas, a las que debían espantar de rostro o brazos a cada instante. No le importó; ahí no podrían ser observados por personas de mediana o alta importancia y su conversación se mantendría en secreto.

—Ay, señorita, no sabe lo que he averiguado —dijo santiguándose tres veces con los ojillos cargados de nerviosismo—. A los pobres señores les hacen creer que los trasladarán a Guanajuato, pero no llegan más lejos de las barrancas del cerro de las Bateas… y pues ahí son presas de la maldad.

Manuela, ante el azorado rostro de su mozo, mantenía silencio, expectante y angustiada, retorciendo nerviosa la punta de su pañuelo.

—Muy tempranito, al despuntar el día —continuó—, el padre Chocolate le entrega una lista de nombres al padre Chinguirito, diciéndole que a esos presos *les darán su chocolate*… A lo mejor de ahí le viene su apodo, digo yo… pero el caso es que el sacerdote les comunica a los elegidos que viajarán a Guanajuato y les dicen que pidan ropas a sus familiares para la travesía, los muy descarados. —Se volvió a santiguar—. Ya entrada la noche, después de las campanadas de queda, cuando toda la gente de bien está recluida en sus hogares, los mismos padres Chocolate y el Chinguirito los llevan a pie hasta el cerro de las Bateas, custodiados por un piquete de rancheros de toda confianza… Ahí los esperan unos indios, al mando un cacique al que llaman Tata… Ay, señorita, entonces comienza la carnicería, que yo no creo que usted deba enterarse…

—Dímelo todo —ordenó Manuela, cada vez más atemorizada, pero plenamente convencida de que debía conocer hasta los mínimos detalles.

—Pues el Tata y sus indios ordenan a los presos que se encueren, para que no se ensucien las ropas que después van a vender, sepa Dios dónde o a quién… y luego el Tata va cortándoles el pescuezo de uno en uno, mientras los otros les miran horrorizados, en medio de un

griterío insoportable. Imagínese usted; de seguro unos lloran pidiendo clemencia y otros rezan al cielo por el perdón de sus pecados. —Hizo una pausa, tomó aire y se armó de valor para continuar—. El padre Chinguirito me contó que en una de esas matanzas, un tal José Antonio Terán, gachupín soberbio y avaro, famoso por injuriar a criollos e indios, pidió ser el último en ser degollado para ir animando a sus compañeros a recibir la muerte con honra. Dijo que no dejaba de mentar madres a criollos, indios y herejes, maldiciendo a sus verdugos por una eternidad.

Manuela no pudo menos que santiguarse y bajar la vista. Empalideció y un mareo repentino la poseyó al imaginar la espantosa escena, así que debió sentarse sobre una paca de heno puesto que las piernas le temblaban. Sin embargo, Remigio no se percató del malestar de su ama, más concentrado en recordar con exactitud lo narrado por el padre Chinguirito.

—Luego de que han asesinado a todos los gachupines, cargan los cuerpos y los arrojan a las barrancas para que los zopilotes o los coyotes se alimenten con su carroña… Ni siquiera les dan cristiana sepultura a los infelices.

—¿Quiénes están enterados de esta brutalidad? —preguntó Manuela, recargando el rostro entre sus manos, ya que el frío sudor había perlado su frente y unas repentinas náuseas la obligaban a respirar hondo para contener el inminente impulso de vomitar.

—Asegún averigüé, muy pocos: el padre Chocolate, el padre Chinguirito, el coronel Muñiz, unos quince dragones, los indios del Tata y párele de contar… ¡Ah, perdón, se me olvidaba don Miguel Hidalgo! Me dijo que el generalísimo da la orden superior —concluyó meneando la cabeza en señal de desaprobación—. Tan sabio y caritativo que me parecía el cura, pero resultó un lobo enmascarado de cordero.

—No debes comentar nada de este asunto a nadie… ¿Entendido?

—Huy, señorita, yo creo que para este momento ya lo sabe medio Valladolid; como el padre Chinguirito estaba bien achispado, pues a veces gritaba y se reía a carcajadas, llamando la atención del patrón de la taberna y los pocos parroquianos que allí estaban… Chismes como este no se dan a diario, seguro que ya anda de boca en boca.

En ese momento se percató del malestar de Manuela.

—Señorita, ¿se siente bien? Está más pálida que las calacas.

Manuela se puso de pie con la ayuda del mozo y comenzó a caminar con dificultad, le urgía alejarse de las caballerizas y sus fétidas miasmas.

Regresó desbastada a las labores de la cárcel; su mente naufragaba

entre horrendas imágenes y no lograba apaciguar el nudo que le oprimía la garganta. No quiso ingresar a las celdas y mirar a los prisioneros; ¿con qué cara podría acercarse sabiendo que el futuro les deparaba el peor de los infiernos? Atolondrada, con la angustia a flor de piel y los ojos llorosos, deambulaba de un lado al otro dentro del cuarto que servía de bodega, hurgando entre los apilados sacos de granos y huacales aquellos alimentos que debería utilizar para la comida, cuando pasó el padre Caballero, quien al verla tan angustiada se acercó a ella.

—¿Qué te atormenta, hija mía? —preguntó curioso a sus espaldas.

Manuela, ensimismada y ajena al mundo, se asustó y dio un pequeño brinco, girando de inmediato hacia el religioso, quien con biblia en mano y su obscuro sayal negro la observaba curioso. Sin poder contener la pesadumbre comenzaron a brotar rebeldes lágrimas de sus ojos y el fraile la abrazó intentando consolarla.

—Deja que tu alma desahogue las penas… puedes confiar en mí —dijo bondadoso, pero ella no podía pronunciar palabra alguna a causa del llanto; necesitaba deshacerse de las atrocidades que le atormentaban.

El padre Caballero, abad del convento de San Agustín, era varón de santa justicia y humilde corazón. Acudía todos los días a la cárcel para socorrer espiritualmente a los presos. Por su carácter sereno y amable Manuela le había brindado su confianza desde la primera vez que conversaron. El fraile acercó un banco a Manuela sobre el cual tomó asiento.

—Descansa, hija, y cuéntame todo.

Tan pronto fue recobrando la calma, comenzó a narrar lo descubierto por Remigio, interrumpiendo de cuando en cuando a causa de incontenibles sollozos, por lo que el padre no lograba comprender a cabalidad lo sucedido. Cuando comenzaba a hilar cabos entre las frases emitidas por Manuela, creía haber escuchado mal y le hizo repetir lo dicho varias veces. Así pues, al comprender lo que narraba Manuela, su semblante se desmejoró y se persignó con fervor, como si estuviese en presencia del mismo Satanás.

Tras unos momentos de meditación profirió con tono severo:

—No podemos permitir que esto continúe. ¿También te informó de las personas que están al tanto de esta atrocidad?

—Según le dijeron son Hidalgo, el padre Chocolate, el padre Chinguirito, el coronel Muñiz, los rancheros que los custodian y los indios que los degüellan… nadie más.

—Mi primo, José María Anzorena, fue nombrado intendente de la provincia. Es hombre de bien y podrá frenar tanta crueldad.

—No nos va a creer —aseveró Manuela secándose las lágrimas con el pañuelo—. Él le debe fidelidad al cura.

—Si lo relatado es cierto, él nos ayudará. —El fraile tomo el crucifijo que le colgaba del cuello y lo acarició como quien soba un amuleto—. Llevaremos pruebas irrefutables para fortalecer nuestra demanda.

La iglesia de San Agustín, en cuya fachada se entremezclaban los estilos barroco, churrigueresco y renacentista, lo cual denotaba que la construcción fue realizada durante varios siglos, poseía una gran torre, que por mucho tiempo había sido la más alta de Valladolid y orgullo de los frailes agustinos. A un costado del templo se levantaban, robustos e imponentes, los altos muros del convento.

Manuela llegó temprano a la cita, así que decidió ingresar al templo y dirigirse a las bancas cercanas al altar. Ahí rezaba a la Virgen del Socorro, muy venerada en la ciudad, cuando por fin llegó el padre Caballero, quien se santiguó ante la santa imagen y tomó asiento en la banca, junto a ella.

—Perdone que no la haya citado en el convento —se disculpó el fraile—, pero el ingreso de una mujer al santo recinto, además de ser prohibido, habría causado habladurías.

El padre había decidido constatar los hechos y envío a la barranca del cerro de las Bateas a fray Bernardino, uno de los frailes más obedientes y discretos. El religioso prometió retornar a más tardar a las cinco de la tarde, por lo cual había convenido reunirse ahí con Manuela para informarle del resultado de las pesquisas.

—He rezado para que todo lo relatado sean invenciones de un borracho —dijo ella al terminar su oración y sentarse en la banca.

—Dios te oiga, hija mía. Me parece extraño que fray Bernardino no esté de vuelta.

—Quizá no ha encontrado rastros de degüellos ni cosa semejante y se ha afanado buscando por toda la zona.

—Vayamos afuera a esperar —sugirió el hombre—. Ahí podremos conversar sin molestar a los feligreses.

Salieron del atrio y caminaban muy cerca del camposanto cuando las campanadas anunciaron las vísperas, el momento litúrgico de oración. Frente a ellos apareció fray Bernardino, con negro y desgastado sayal y la cabeza cubierta con la capucha. Venía corriendo tan rápido como se lo permitían las toscas sandalias de cuero.

—Perdone usted, padre —se dirigió con sumo respeto al abad—; la mula que llevé a la barranca no quería avanzar por el montonal de zopilotes que había en la barranca.

—¿Entonces es cierto? —preguntó atónita Manuela.

—Sí, señora; es tan macabra la escena que solo mirando la prueba habrán de creerme.

—Por favor, muéstrame —ordenó el padre Caballero.

—Acompáñenme al convento, aquí es imposible.

Fueron hasta el imponente portón del colosal edificio, siguiendo el presuroso andar de fray Bernardino.

—La dama tendrá que introducirse al convento si quiere ver con sus propios ojos la evidencia —aclaró el fraile—, aunque yo, en lo personal, no se lo aconsejaría… lo que deberá contemplar no es recomendable para espíritus frágiles.

El abad miró a Manuela con gesto interrogativo, pero ella no dudó un solo instante; debía cerciorarse con sus propios ojos, su alma así lo exigía. Al descubrir la determinación en su rostro, el padre Caballero añadió:

—Tendremos que ingresar al zaguán y por un instante; no podemos correr riesgos.

—No se preocupe, padre —argumentó fray Bernardino—, ya los hermanos están en oración y he dejado la mula a unos pasos de la entrada.

Entraron pues; el zaguán era amplio; terminaba en una arcada que permitía ver el primer patio del edificio, y a su derecha, un pequeño gabinete que servía al portero para registrar las entradas y salidas de los religiosos. Allá se dirigieron Manuela y el padre Caballero, mientras fray Bernardino iba hasta la mula para recoger la prueba. En la diminuta estancia había una silla, un pequeño crucifijo y un tablón a manera de escritorio. Grande fue su sorpresa cuando fray Bernardino depositó ahí un bulto envuelto por una tosca tela.

—Esta evidencia es irrefutable —dijo abriendo la manta.

Ante los ojos de Manuela apareció la cabeza cercenada de un hombre.

—Don José Antonio Terán —continuó el monje.

El cuello estaba hecho jirones, lo cual evidenciaba que había sido cortado, no de uno, sino de varios machetazos; la cuenca del ojo derecho estaba vacía, desgarrada y picoteada por las aves de rapiña; el cabello era una maraña pegajosa de sangre revuelta con lodo, y un rictus de sufrimiento en los labios revelaba el tormento de sus últimos momentos.

Manuela quiso persignarse, pero no lo consiguió; una repentina arcada la hizo doblarse de dolor y, en un acto incontrolable, vomitó la bilis y los escasos alimentos que había ingerido durante el día.

Manuela durmió en extremo temerosa, acurrucada junto a Rafaelito. Lo estrechaba en su regazo con afán de protección irracional. Se sabía portadora de un secreto que le pesaba cual cadenas, carga de la que deseaba escapar, así que por la mañana se lo comentó a Teresa, quien abrumada por lo referido se santiguó mirando al cielo.

—¿Qué podemos hacer para evitar la crueldad del cura? —dijo Manuela.

—Nada, Manuela, nada —le aconsejó de inmediato—. Deja las cosas como están. Esto huele a peligro y la seguridad de tu hijo y de tu suegra están en tus manos.

—No es de cristianos permitir la crueldad…

—Ni de tercos no aceptar un sensato consejo, así que mejor te acompaño a tus labores; no vayas a cometer alguna imprudencia.

En la cárcel evitaron cruzar miradas con el padre Chocolate y su asistente, el padre Chinguirito; los despreciaban profundamente y a la vez les temían. Los consideraban demonios vestidos de sacerdotes.

Luego de organizado el desayuno, las campanas de la catedral comenzaron a repicar con festivo júbilo.

—¡Deben ser noticias de Guanajuato! —exclamó Manuela esperanzada—. ¡Han vencido los nuestros!

Teresa, quien también esperaba noticias alentadoras de Allende, su cuñado, apuró el paso hacia la plaza para informarse, pero en el camino se toparon con el licenciado López Rayón.

—¡El Amo Torres ha tomado Guadalajara! —clamó el licenciado con fervoroso entusiasmo—. Nuestra lucha se perfila nuevamente hacia los senderos del triunfo.

—¿Y de Guanajuato, hay noticias? —cuestionó Teresa—. ¿Sabe algo de Ignacio Allende?

—Les tengo buenas nuevas, señoras, Allende ha solicitado refuerzos al generalísimo y creo que ahora le podrá enviar un regimiento… Así se lo he aconsejado yo mismo cuando supimos de la toma de Guadalajara.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Manuela con un suspiro de alivio—. Mi marido y sus compañeros podrán estar a salvo.

—Así será, *madame*, no se preocupe.

López Rayón entonces les relató que José Antonio Torres, conocido como el Amo Torres por haber sido administrador de la hacienda de Atotonilquillo, fue comisionado por Hidalgo para levantarse por los rumbos de Jalisco. Gracias a su pericia militar y a su conocimiento de

la zona derrotó a las tropas del realista Tomás Villaseñor, y conquistó la ciudad de Guadalajara, donde procedió a encerrar a los gachupines en el seminario de San Juan, apropiarse de sus bienes y liberar a los reos.

—Además, el generalísimo ha publicado un manifiesto —concluyó apresurado, porque tenía asuntos pendientes—. Vayan a la plaza, lo están leyendo ahora mismo.

El manifiesto había sido colocado en la entrada de la catedral, y a su alrededor se hallaba reunido un sinnúmero de paisanos, plebe sobre todo, mientras un sacerdote leía en voz alta para que entendiesen los analfabetos, que eran la inmensa mayoría. Se acercaron y pudieron escuchar frases entrecortadas, aunque los alegatos de la gente le impedían enterarse de todo:

> Miguel Hidalgo y Costilla, generalísimo de las armas americanas… juro que jamás me he apartado un ápice de la creencia de la Santa Iglesia… y estoy pronto a derramar mi sangre en defensa de cada uno de sus dogmas… ¿Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro de los gachupines? ¿Profanar las cosas más sagradas para asegurar su intolerable dominación…? Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir por nuestros enemigos: no son católicos sino por política; su Dios es el dinero…

Ensimismada por escuchar el manifiesto, Manuela no se dio cuenta de que el padre Caballero se acercaba a ella hasta que este la saludó a sus espaldas.

—*Madame* —le dijo con todo respeto—, tengo noticias que en algo habrán de reconfortarla.

—Padre, ¿de verdad tiene buenas noticias? —preguntó tan pronto volteó.

Teresa se les acercó, y Manuela notó que el sacerdote recelaba de su presencia.

—Es mi mejor amiga, Teresa de las Fuentes; está al tanto de todo.

Tras un breve silencio el padre Caballero continuó:

—He hablado con mi primo, el intendente Anzorena. Por supuesto, no quiso creerme nada y me vi obligado a presentarle… —dudó por un instante qué decir para no ofender la sensibilidad de las damas—… presentarle la evidencia. Como podrá imaginarse se apartó horrorizado, y tras recobrar la compostura prometió enviar un oficio a la cárcel para prohibir que los reos sean desalojados sin su consentimiento.

—Pero una orden directa del generalísimo sería superior a la del intendente —replicó Manuela, pues sabía que la medida no tendría mayor trascendencia.

—Así lo pensé también, por eso logré convencerlo de que distribuya a los reos en conventos, a lo que accedió de inmediato.

Manuela se santiguó alzando los ojos al cielo en agradecimiento.

—Dios nos ha brindado la oportunidad de salvar vidas —dijo presa

de un repentino agradecimiento al Todopoderoso.

—Amén —concluyó Teresa abrazando a su amiga.

En la catedral se celebraría la misa de acción de gracias por la toma de Guadalajara. Hidalgo sabía que aquella era una gran oportunidad para mostrarse firme, triunfante y convencer de la pronta victoria a quienes aún dudaban. Muchos lo habían considerado derrotado cuando llegó a Valladolid, huyendo apenas con ocho hombres por compañía, mientras Allende se dirigía a Guanajuato con el sobrante del ejército. Se percibía traicionado y el resentimiento le picaba el orgullo; sin embargo, ahora la situación había virado a su favor, tenía el sartén por el mango y todos lo reconocían como el único líder del movimiento.

Allende no recibiría su ayuda, eso lo había decidido desde la primera carta que le envió solicitando refuerzos. ¿Acaso no lo abandonó a su suerte cuando debió huir a Valladolid? Tras meditar durante largas noches concluyó que la acción de Allende fue premeditada: había intentado hacerse del mando supremo en una arriesgada jugada que no prosperó; creyó que saldría victorioso en Guanajuato con tan solo levantar a los patriotas de las inmediaciones, asunto en el cual fracasó y, entonces, al enterarse que él sí había logrado orquestar un nuevo ejército, suplicaba que lo apoyase atacando por la retaguardia a Calleja. El plan no era erróneo: si juntos arremetían contra el enemigo por dos frentes, probablemente lo vencerían. Pero quien estaba equivocado era Allende; su actitud había sido desleal y su traición debería ser pagada con la misma moneda. En Guadalajara él se rearmaría y duplicaría su ejército, con soldados adiestrados y disciplinados; había tiempo para ello, ya que Calleja se distraería combatiendo contra Allende. Por si fuera poco, a diario recibía informes de conquistas en diferentes partes del reino; cinco provincias ya estaban bajo el poder del gobierno independiente. El triunfo, tras el tropiezo de Aculco, era inminente.

Para la misa de acción de gracias había decidido tres puntos fundamentales: vestirse con el uniforme de gala, remarcando así que era el capitán general, jefe mayor de la insurgencia; mostrarse en extremo piadoso y con la mayor solemnidad posible, para contradecir cualquier opinión negativa respecto a la excomunión; y, finalmente, asistir rodeado de las figuras más sobresalientes del gobierno independiente y autentificar la legalidad de su mandato.

—¡Te digo que no asistiré; de este convento ya no salgo! —exclamo doña Micaela ante la insistencia de Manuela.

—Es por el bien de su hijo; Hidalgo puede considerar su ausencia como una afrenta.

—Lo que piensen los herejes me tiene sin cuidado; primero está mi conciencia y mi alma. Dedicaré lo que me resta de vida a Dios Nuestro Señor.

Manuela no quiso insistir más; a su suegra se le había metido entre ceja y ceja que debía convertirse en monja, y no había forma de contradecirla. Manuela había intentado que entrara en razón: ¿de dónde iban a conseguir dinero para la dote del convento si todos sus caudales estaban enterrados en Dolores? «Ya veremos», había sido su respuesta; «Dios siempre provee».

Manuela vistió a Rafaelito lo mejor que pudo y con él de la mano, junto a Maricela y Teresa, se dirigieron a la catedral. Al ingresar a la nave se detuvieron un instante a rezar a la Virgen de los Dolores y luego fueron a ocupar un lugar. El enorme templo estaba casi lleno.

No tardó mucho en aparecer Hidalgo. Para su gran sorpresa iba irreconocible: vestía uniforme militar con casaca azul borgoña, collarín, vueltas y solapas rojas, bordadas con hilos de oro y plata, y una banda de terciopelo negro también bordada. En el pecho portaba una gran medalla de oro con la imagen de la Virgen de Guadalupe y en la cabeza un sombrero bicornio a la usanza de los ejércitos napoleónicos, del que se despojó al entrar al templo.

—Se ve muy gallardo; si no fuera cura le haría ojitos —dijo Teresa. Manuela sonrió y le dio un ligero codazo en son de broma.

—Y lo reciben bajo dosel —agregó Manuela observando fijamente la escena—. Como a los gobernantes más distinguidos del reino… En lo que tienes razón es que ya no parece cura sino un virrey o hasta emperador.

Al día siguiente debían emprender camino rumbo a Guadalajara, junto a las tropas de Hidalgo. La vida de Manuela estaba hecha un desastre; ¿a quién podría confiar a Rafaelito? No sabía qué les depararía el destino y su suegra no ayudaba en nada a mejorar la incierta situación, entercada en permanecer dentro del convento.

—Deberías quedarte conmigo y olvidarte de tanto argüende —le reprochó doña Micaela, con gesto adusto—. No es lugar para una mujer decente andar trotando, confundida como hereje entre las hordas del cura. Tu hijo te necesita y aquí estarán a salvo.

—¿Y Mariano… abandonarlo ahora que más nos necesita? ¡Eso nunca! —increpó ella con creciente molestia; estaba hasta la coronilla de las quejas y maldiciones de la vieja, que no veía más que por su propio bien.

—¿Y qué pretendes? ¿Acudir a los campos de batalla con tu hijo en

brazos, como las indias que hemos visto en los caminos? ¿Que los maten, que te lo roben o que te violen…? Solo Dios sabe qué pueda sucederte; tu obligación es mirar por el bienestar de tu pequeño y no arrastrarlo a las fauces del infierno.

Manuela recapacitó un momento y cesó de doblar ropa para guardarla en el baúl de viaje. Su suegra tenía razón; la seguridad de Rafaelito era fundamental y lo más sensato sería permanecer en Valladolid, pero su amado estaba a la deriva.

—Pues si usted está decidida a quedarse, que Rafaelito permanezca a su cuidado —concluyó con tal seguridad que sus palabras sonaron a una orden irrefutable—. Las monjas podrán ayudarle a cuidarlo… Es lo mejor para él.

Doña Micaela la miró pasmada, sin saber qué decir.

—Yo iré con Mariano, que es donde debo estar. —Se llevó un dedo por debajo de los ojos para secar unas lágrimas mientras respiraba hondo para infundirse valor—. Juré frente a Dios serle fiel en la prosperidad y en la adversidad… ¡No pienso romper mis votos!

Comenzó a sacar del baúl la ropa de Rafaelito mientras intentaba reprimir el llanto; debía ser fuerte, ya estaba decidido.

Esa noche durmió con el corazón deshecho, abrazada a su pequeño; olía su cabello y besaba su mejilla repetidamente. A veces, sin poder conciliar el sueño, se reclinaba a su lado y lo contemplaba; quería grabar en su mente cada detalle de aquel angelical rostro, sus tiernos labios, sus ojos juguetones, su cabello enmarañado… No sabía cuándo volvería a verlo, o incluso si es que volvería a estar con él. El amor de Manuela se hallaba partido en dos: una parte pertenecía a su hijo; la otra, a su amado. Le consolaba que al menos uno de ellos estaría a salvo, en cuanto al otro, sus presentimientos eran funestos: las voraginosas fauces de la guerra podrían engullirlo en un sangriento torbellino.

Se levantó muy temprano. Rafaelito dormía profundamente. La intensa oscuridad exacerbó su ánimo de aislamiento cuando besó en la frente al chiquitín para despedirse. Lo observó a la luz de la vela que había encendido: el inocente dormía tranquilo. Le dio otro beso y fue con doña Micaela, que cohabitaba en aquella estancia.

—Ya es hora de irme —susurró, mientras la señora intentaba espabilarse—. Por lo que más quiera… se lo suplico, cuide a mi hijo.

—Claro que lo haré; es mi nieto —contestó la otra, restregándose los ojos.

Manuela salió intentando contener las lágrimas; debía ser fuerte, dejar a un lado cualquier sentimiento que la apartase de su destino, el cual la empujaba a reunirse con su marido y alejarlo de los horrores de la guerra.

Manuela subió al carruaje aún con los ojos enrojecidos y la respiración entrecortada a causa del llanto. Las cuñadas de Allende, quienes serían sus únicas compañías desde ese día en adelante, comprendían su aflicción. Teresa, siempre acomedida, se acercó intentando consolarla, pero Manuela se alejó arisca.

—Gracias, estoy bien. —Su alma estaba hecha un estropajo y no debía mostrar su desconsuelo a nadie, así que por enésima vez agregó para sí misma—: Debo estar bien.

El carruaje, conducido por Remigio, avanzó hasta la plaza central donde ya estaban reunidas las tropas. Un jinete vestido de chinaco, con una banda azul anudada al brazo, que lo identificaba como teniente, se les acercó para transmitir la orden:

—Ustedes deberán avanzar tras el carruaje que posee el escudo dorado en sus portezuelas —indicó el hombre y las mujeres observaron el coche señalado: era una berlina de muy poco uso, con un blasón heráldico pintado en la portezuela, quizá de algún adinerado desconocido por ellas.

—Seguramente la hurtaron en alguna batalla —comentó Teresa en son de broma, pero de inmediato silenció; el teniente había realizado una mueca de disgusto y continuaba con las indicaciones.

—Al frente marcharán trecientos jinetes, luego irá el generalísimo con su comitiva, seguido de una escolta de doscientos y tras ellos los carruajes de mujeres.

—¿Cuánta tropa nos acompañará? —preguntó Manuela, asomándose por la ventanilla.

—El ejército en pleno, señora —contestó cortésmente—: siete mil de caballería y doscientos cuarenta de infantería.

—¿Y a quiénes han enviado de refuerzos a Guanajuato? —cuestionó de golpe, angustiada, comprendiendo que recibiría una ingrata respuesta.

—Que yo sepa nadie, señora. Somos el ejército de Valladolid en pleno: siete mil doscientos cuarenta hombres, más los que se sumen en el camino.

Manuela sintió la traición cernirse nuevamente sobre sus ingenuas ilusiones; el infame cura no enviaría refuerzos, dejando a Mariano y a sus compañeros desamparados, a su suerte. En lugar de dolor y pesadumbre su alma se vivificó con inmenso rencor cuando distinguió de lejos al generalísimo vestido con larga chaqueta negra, avanzando airoso en su hermosa montura. Iba con Ignacio López Rayón a un lado

y el piquete de su guardia personal. Lo que más encendió su ira fue que sonría alegremente, como si las puertas del paraíso se le abriesen de par en par o le hubiesen contado un jocoso chascarrillo. Poseída de un mal presentimiento, Manuela bajó del carruaje y fue hasta donde se encontraban los prisioneros para ser conducidos a Guadalajara, formados detrás de un grupo de jinetes, en burro algunos y otros a pie. Al llegar descubrió a Lorenzo, el soldado que le había brindado información.

—Lorenzo, dime la verdad —le urgió con ansias incontenibles—; han vuelto a enviar prisioneros a Guanajuato.

—Sí, doña Manuela —contestó el otro parcamente—; esta vez fueron un poco más de treinta. No sé con exactitud.

Manuela no pudo reprimir un aullido de dolor: en el alma de Hidalgo no anidaban ni el remordimiento ni la compasión. Era un ser tan despreciable como no había conocido a otro. La mayoría del pueblo lo amaba y trataba con admiración y miramientos. Si bien dictaba medidas justas y admirables en muchas ocasiones, en otras actuaba como un leviatán aborrecible. Ella bien conocía el lado oscuro del generalísimo; sabía que, por mucho que lo santificasen, en las profundidades de su ser escondía un agazapado demonio capaz de las más viles traiciones y bajezas.

—La vida de mi marido está a la deriva por culpa del cura —dijo a Teresa al volver al coche, enardecida—. Si muere o le sucede alguna desgracia, juro por Dios y la virgen de los Dolores que lo habré de asesinar.

Maricela se santiguó ante aquellas palabras y Teresa disimuló no haber escuchado.

La travesía a Guadalajara fue lenta pero sorprendente; por donde pasaba el ejército y sus acompañantes, ya fuesen rancherías de humildes chozas, pueblos de mediana o mayor importancia o haciendas de robustas construcciones, se recibía con vítores y alabanzas a Hidalgo y a la Guadalupana. Los indios acudían a los pueblos cantando salmos de alabanzas, vestidos con ropas ceremoniales y portando cruces o imágenes de la Virgen, como si fuese día santo. La escena confería un colorido y alegre matiz de celebración religiosa.

Manuela, que nunca había viajado al lado del cura, descubrió que la gente humilde lo apreciaba como a una especie de redentor. Consideraban que gracias a él no solo se salvaría la religión católica, sino que cesarían la pobreza y el atraso. Sin embargo, también pudo apreciar que las clases más pudientes, los criollos terratenientes o grandes comerciantes, recelaban del movimiento porque en sus

proclamas no mencionaba a Fernando VII. Para ellos el rey era parte de la religión, pues había sido elegido por gracia divina, y cualquier intento de destronarlo o separarlo de Nueva España resultaba una herejía.

Pero además de aquellos asuntos, uno en especial comenzó a picarles la curiosidad, sobre todo a Teresa: en el carruaje que les precedía, el del dorado escudo heráldico, no parecía viajar persona alguna; las cortinas de las ventanillas siempre permanecían corridas para evitar que se pudiese ver el interior. Durante los descansos en el camino sus portezuelas se mantenían cerradas, y por las noches, a la hora de pernoctar, nadie bajaba del carruaje. Al principio Manuela no había dado importancia al asunto; su atención se centraba en conseguir noticias de Mariano y lo acontecido en Guanajuato. Pero con el paso de dos días Teresa le contagió la curiosidad.

Intrigadas, preguntaron a soldados y comandantes, pero nadie les supo dar razón; tan solo mencionaron que era un viajero protegido por el generalísimo. Dispuestas a descubrir el enigma, Teresa propuso que vigilaran el coche en guardias escalonadas. Un día completo estuvieron espiando: Maricela descubrió que los guardias introducían allí un plato de comida; Manuela vio cómo un guardia sacaba una bacinica para tirar las heces en parajes cercanos, y Teresa también vio que introducían alimentos y agua.

Cada vez más interesadas, decidieron conversar con el cochero y procurar información, pero el hombre respondió escuetamente:

—Me disculparán ustedes, señoritas, pero he jurado por la Virgen no decir nada a nadie. Son órdenes directas del generalísimo.

Al quinto día de viaje llegaron a la villa de Zamora con fastuoso recibimiento: una banda musical les precedía con alegres sones a la vez que desde las azoteas y balcones la gente lanzaba papel picado. Alguien recitó versos que aclamaban al generalísimo como el libertador de la patria. Se ofició un solemne Te Deum y se realizó un banquete de honor para los principales oficiales del ejército. Después de la apoteósica bienvenida, el cura publicó una proclama, en la cual declaraba que el movimiento poseía por objetivos terminar con la tiranía de los gachupines, defender la religión y mantener al rey Fernando VII en el trono.

Manuela sabía, por las conversaciones sostenidas con su marido, que el cura despreciaba al rey y deseaba la independencia total de España. «Es otra de sus artimañas… una más, con el único deseo de conseguir más partidarios», pensó rechinando los dientes.

Hidalgo leía en voz alta la carta enviada por Allende en la que le reclamaba airadamente su tardanza para enviar refuerzos a

Guanajuato; recalcaba que esperaba a la mayor brevedad las tropas y cañones que requería para defender la plaza. Allende concluía la misiva con un tono amenazante: «En la inteligencia de que, si como sospecho, usted solo desea su seguridad y hasta burlarse de mí, juro por quien soy que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal».

Hidalgo dobló otra vez la carta y se la entregó a López Rayón, su secretario, quien estaba de pie a un costado del escritorio, y sonrió alevosamente.

—Ahora el muy estúpido me amenaza… ¡Sinvergüenza!

—En mi humilde opinión, creo que debería enviar parte de nuestra tropa para socorrerlo —argumentó el otro—; unos cuantos jinetes para que no se ofenda… Los agravios son el mejor abono a las traiciones.

Hidalgo se quitó los lentes y, tras escudriñar las desnudas y descarapeladas paredes del despacho del ayuntamiento, donde se habían recluido para conversar en privado, alegó con énfasis:

—Cuando me abandonó en Aculco, ¿acaso envió un piquete de soldados para custodiarme? No, licenciado, nada, ni un solo hombre. —Restregó el cigarro en el suelo, se levantó de la silla y mientras cubría su torso con la casaca negra siguió hablando en tono de sermón —. Además, le reiteré que Guanajuato es una plaza indefendible; muy bien lo constatamos nosotros al tomarla… Enfrentarse allí a Calleja es malgastar parque y hombres.

—Ojalá Allende comprenda su precaria situación y atienda a su llamado. —López Rayón guardó la carta en una alforja de tosco cuero.

—Ya están de nuestra parte cuatro provincias: Guadalajara, Valladolid, Zacatecas y San Luis Potosí —continuó Hidalgo, hablando para sí mismo—. No podemos arriesgar todo lo conquistado por defender una sola ciudad; mi deber es atender el triunfo total de la causa.

Tomó el sombrero de anchas alas que usaba cuando vestía de civil, posó una mano sobre el hombro de López Rayón con gesto fraternal y lo miró con cierto dejo de amargura.

—También me duele la suerte de Allende —dijo—, pero puedo jurar por mi vida que ahora comienza la senda hacia la victoria total. No podemos distraernos en asuntos menores. —Comenzó a caminar hacia la puerta y sin voltear ordenó—: Vámonos ya, Guadalajara nos espera. Ah, muy importante: nadie debe saber de estas cartas; lo que menos nos beneficiaría es que la gente pensase que estamos divididos… Enfrentados sí, divididos jamás. —Soltó una carcajada.

Abrió la puerta para abandonar el despacho y descubrió que ya lo esperaban decenas de hombres: unos para ovacionarlo, otros para pedirle algún favor y unos más para marchar a su lado.

Ya en tres ocasiones habían escuchado el insistente rumor: el misterioso personaje que viajaba oculto en el carruaje era ni más ni menos que su majestad Fernando VII. Cuando Remigio comentó aquel chisme por primera vez, Manuela no pudo reprimir una espontánea risotada que avergonzó al mozo.

—Se lo juro, señorita; eso es lo que dice la gente —se justificó sin entender a ciencia cierta por qué se burlaba su ama.

—¿Y acaso lo han visto? —cuestionó Maricela, a quien le molestaba cualquier maledicencia, sobre todo si se injuriaba al cura Hidalgo.

—Juran haberlo visto, pero nomás de lejitos —Remigio contestó remarcando las palabras—. Es un joven vestido de militar, de uniforme fino, más elegante incluso que el del generalísimo. Eso dicen.

—No me burlo de ti —comentó Manuela, al darse cuenta de que había herido el orgullo del hombre—, sino de aquellos que comentan tal paparruchada. Fernando VII está prisionero de Napoleón, al otro lado del océano.

—Pues será lo que usted diga, pero me han jurado y perjurado que huyó de Europa y vino a protegerse con el cura. Ya todo mundo lo sabe … y algunos hasta se persignan al pasar frente a su carruaje.

—Será lo que digas, Manuelita, pero cuando el río suena es porque agua lleva —dijo Teresa desatendiendo las razones—. Seguro que aquí no hay gato, sino rey encerrado. —Rio con alegría.

A Manuela le intrigó más el asunto. ¿Quién sería el extraño y fino personaje? Remigio comentó que era de complexión delgada y hasta las ropas le venían grandes, por eso deducían que se trataba de un joven, al que ya el vulgo nombraba el Fernandito. Sin embargo, ella entendía que nadie en su sano juicio podría afirmar que se tratase de su majestad. Los rumores habían surgido al abandonar Zamora, después de la proclama de Hidalgo en la que afirmaba ser el protector de Fernando VII. Quizá los iletrados habían interpretado literalmente las palabras del cura o, también, podría ser un truco para sacar provecho a su favor. Si creían que hablaba con la Virgen de Guadalupe, ¿por qué no podría convertirse en el salvador del rey en persona? Recapacitó un momento y sus ansias de venganza la impulsaron a descubrir el misterio y desenmascarar al cura.

En la hacienda de Atequiza, donde se habían detenido para pernoctar, convino con Maricela y Teresa en que ambas distrajeran a los dos guardias que custodiaban el carruaje, para darle oportunidad a Manuela de acercarse al coche y espiar en el interior.

Mientras la tropa comía sus raciones nocturnas, las cuñadas de Allende se acercaron a los guardias del carruaje misterioso con miradas coquetas y pavoneando las caderas, a la par que, desde su

escondite, Manuela observaba cómo los hombres comenzaban a conversar con las damas, soltando risillas a cada instante. Constatando que los demás soldados se encontraban reunidos alrededor de una hoguera, charlando entretenidos y entonando canciones populares, se acercó a hurtadillas hasta una de las ventanas del carruaje y subiéndose rápidamente sobre el estribo del coche se acercó al cristal, pero no pudo observar nada; la cortinilla le obstruía la visión.

De puntillas rodeó el coche para intentar ahora en el costado izquierdo, que daba al desolado campo. Para su suerte, la ventanilla del coche estaba entreabierta; se fue acercando poco a poco sin hacer el menor ruido; oteó a su alrededor para constatar que no hubiera nadie cerca y poder actuar sin disimulos. Al acercarse logró escuchar leves gemidos, como de llanto contenido, lo cual despertó su curiosidad y un sentimiento de compasión. A punto de alcanzar la ventana un rostro juvenil apareció súbitamente y, espantada, Manuela dio un paso atrás. Unos ojos se clavaron en ella, llorosos, negros y bellos. Eran los ojos de una mujer que la miró tan espantada como lo estaba Manuela misma. De pronto, la mujer se apartó de la ventanilla y cerró precipitadamente la cortinilla. Manuela no podía creer lo que había presenciado: el cura ocultaba a una mujer… ¿Sería su amante, su esclava sexual… o quizá una de sus hijas, de las que, decían, tenía varias?

Sin darle más vueltas al asunto huyó a grandes zancadas.

Al noveno día de travesía llegaron a San Pedro Tlaquepaque, villa muy cercana a la ciudad de Guadalajara. Allí se habían trasladado el Amo Torres y veintidós coches más. Entre ellos viajaban representantes de la audiencia, del ayuntamiento, del cabildo de la catedral; las autoridades más connotadas de la universidad, y los más importantes terratenientes y comerciantes de Guadalajara, todos dispuestos a dar la bienvenida al *libertador de la patria*, como ya lo nombraban.

Manuela, Maricela y Teresa estaban dichosas: les ofrecieron una habitación amplia para descansar y hasta una tina para bañarse. Debido a los prolongados días de viaje y las escasas oportunidades para cuidar la higiene, hedían a *chivo*, como bien reiteraba Teresa con sus incesantes chascarrillos.

Las autoridades independientes tenían preparado un gran banquete al cual asistió Hidalgo con su séquito y, como era costumbre, las mujeres no fueron convidadas. Maricela fue la primera en bañarse en una gran tina, construida con maderos, en forma de barril; Teresa, siempre servicial, le ayudaba a enjabonar y lavar el cabello. Manuela, de ánimo destemplado, decidió ir al templo de Nuestra Señora de la Soledad a rogar por el bienestar de su marido, de quien no recibía noticias desde Valladolid. Teresa, desatendiendo a su hermana, decidió acompañarla.

En la plaza central de la villa, unos quinientos hombres de las tropas insurgentes conversaban en grupos a la sombra de los arbolillos que conformaban una especie de alegre huerta. La mayoría iban vestidos como chinacos, con multicolores zarapes, pantalones abiertos a los extremos, chaparreras y amplios sombreros de palma. Manuela y Teresa, para evadirlos, bordearon la plaza y se tomaron del brazo para infundirse valor, pero incluso así un mozalbete les chifló y gritó con altanería:

—¿Por qué tan solitas, almas mías, si entre mis brazos remontarían al cielo?

El hombre silbó con exagerados aspavientos mientras los otros estallaban en groseras carcajadas y ellas apresuraban el paso para dejar atrás a los impertinentes. A un costado de la iglesia descubrieron el carruaje del escudo dorado. Estaba oculto detrás de un arbusto que crecía al comienzo de la calle, sin vigilancia alguna.

—¡Ahora es cuando! —exclamó Teresa emocionada, con esas risillas que la hacían parecer una niña traviesa—. ¡Vamos a ver si en verdad

es mujer o nomás alucinaste!

Se echó a caminar raudamente y Manuela tras de ella, resuelta a encarar a la amante del cura. A unas veinte varas de distancia debieron detener su precipitado andar: dos guardias aparecieron del pórtico de una casa y abrieron la portezuela, mirando a diestra y siniestra para constatar que nadie los espiase. Del coche descendió una persona con uniforme militar, divisas de capitán y el bicornio bien asentado sobre la cabeza, del cual brotaba una oscura melena recogida en una coleta. La complexión era tal como se los habían descrito: delgado y de baja estatura, además de que las ropas le sentaban grandes. Por desgracia no alcanzaban a ver la figura completa porque unas ramas les obstruían la visión.

—¡Te lo dije, es un joven! —Teresa prorrumpió orgullosa.

—No… Mira las caderas, son de mujer.

—Ay, Manuelita, alucinas como si fueras el loco del pueblo.

La duda persistió, ya que la persona se internó en la puerta exterior que debería comunicar con la sacristía o casa parroquial, y los guardias se apostaron a los flancos para vigilar.

—¿Y por qué vigilan al oficial? No es prisionero, que yo sepa —preguntó Manuela.

—¡Porque es Fernando VII! —Teresa carcajeó.

Después de orar regresaron a la habitación para darse un baño. Aunque Teresa estaba absolutamente convencida de que era un hombre, Manuela continuaba dudando. Al día siguiente partieron de Tlaquepaque, pero el misterioso carruaje no marchaba con ellos.

La espléndida Guadalajara, una ciudad tan solo superada en belleza e importancia por la de México, recibió con gran pompa y algarabía a Hidalgo, su ejército y acompañantes. Manuela miraba extasiada el desfile precedido por la banda del regimiento provincial de la plaza. Se asombraba al ver todas las casas adornadas con imágenes de la Virgen de Guadalupe, finos tapices y telas multicolores. Desde los balcones o azoteas, hombres y mujeres lanzaban aromática agua de azahar a los contingentes; nubes de confeti caían como colorida lluvia y hasta monedas de plata eran arrojadas a los soldados. Para rendirles grandiosa acogida, la tropa del Amo Torres se había colocado en las dos alas de la calle para saludar a Hidalgo, vestido con su flamante uniforme militar, cuando este pasara frente a ellos. Llegaron hasta la puerta de la catedral donde se había improvisado un altar. El deán catedralicio ungió a Hidalgo con agua bendita y este clamó en tono sarcástico: «¡He aquí al hereje!», mientras reía festivamente y todos aplaudían. Luego se celebró el *Te Deum*. Era tanta la gente que acudió a la misa cantada que muchos debieron orar afuera.

Concluido el sacramento, Hidalgo salió a pie en procesión hasta el palacio de gobierno, en cuyo salón principal, sentado bajo dosel y flanqueado por guardias de corps, recibió las felicitaciones de los miembros de la audiencia, del ayuntamiento, de las cajas reales, jefes insurgentes y vecinos principales. Siguieron los zalameros discursos, donde se le aduló como príncipe y, por si fuera poco, se le otorgó el rango de alteza serenísima, distinción que, en lugar de rechazar con cristiana humildad, aceptó gozoso.

Manuela tenía los ojos como platos; por primera vez consideró que el triunfo de la insurgencia podría ser realidad, y lo único que deseó en ese momento fue que Mariano estuviese a su lado para recibir honores, a la par de Hidalgo. Sus pensamientos se hundían en el alborozado mar de las ilusiones cuando Teresa la despertó a la realidad:

—Regresemos a Tlaquepaque; mientras todos están de fiesta podremos enterarnos de la verdad.

Manuela aprobó la idea entusiasmada.

Con Remigio de escolta, partieron a caballo sin importar los frescos vientos otoñales; de realizar el viaje en carruaje dilatarían mucho más y no deseaban retornar después del atardecer. A galope llegaron a la plazuela central; fueron al costado de la iglesia y encontraron en la puerta a los dos guardias. Ni Manuela ni Teresa se amilanaron; estaban decididas a develar el misterio del famoso Fernandito.

—Es la hora del rosario; eso nos ayudará —dijo Manuela, y entró de inmediato al vestíbulo del templo, mientras Remigio cuidaba los caballos y los mantenía preparados para salir en cualquier momento.

Los fieles, en su mayoría mujeres, se hallaban de rodillas rezando el segundo rosario, mientras el párroco oraba con algo de abulia y desatención. Se dirigieron sigilosamente hacia la sacristía fingiendo rezar en el trayecto hasta escurrirse por una puerta entreabierta. El recinto se hallaba en soledad y penumbras. Poseía dos puertas: la primera frente a ellas y la segunda a mano izquierda; una debería conducir a la calle y la otra a la casa parroquial. Manuela iba a abrir la ubicada en la pared frontal cuando Teresa la contuvo.

—¡Esa no! —susurró—. La de la casa parroquial debe ser la otra.

—¿Estás segura?

Teresa dudó: si abrían la puerta equivocada se toparían con los centinelas y todo fracasaría. Intentó orientarse recordando el trayecto que habían seguido por el templo, pero Manuela se le adelantó y abrió la puerta lateral. Un haz de luz crepuscular se coló en la sacristía dibujando una tenue línea sobre el piso. Manuela atisbó a través del resquicio hasta descubrir un pequeño huerto, vacío de almas, y con

una seña pidió a su amiga que la siguiera.

Entraron sigilosamente; el sol comenzaba a caer frente a ellas y las deslumbraba impidiéndoles ver con claridad. Tras el huerto se levantaba la humilde construcción de una planta, con un corredor horizontal en el cual se hallaban las puertas de las distintas habitaciones de la casa. Caminaron ocultándose entre arbustos, limoneros, naranjos y rosales, hasta aproximarse lo suficiente para distinguir el corredor. Con dificultad vieron a una persona salir de una de las habitaciones, en pantalones y camisa desfajada, que comenzó a caminar como león enjaulado por el pasillo, con la cabeza gacha y las manos sujetándose el rostro, como si le afligiera algo. De vez en cuando se detenía frente a una imagen de Nuestra Señora del Refugio y parecía suplicarle algo.

—Vámonos —susurró Teresa—; ya confirmaste que es varón.

Manuela, en cuclillas para no ser observada, guardó silencio, pétrea, decidida a no moverse hasta estar convencida.

—Vámonos —le pidió de nuevo, y ante la negativa de Manuela intentó jalarla del brazo, pero esta perdió el equilibrio y se tambaleó.

La persona giró la vista hacia ellas; de inmediato echó a correr al interior de un cuarto y cerró la puerta tras de sí. Manuela salió de su escondite y, tan rauda como pudo en su persecución, abrió la puerta y descubrió en una esquina a una persona hecha ovillo.

—No grites, no te causaré daño alguno. —Manuela extendió las manos para mostrarle que no llevaba arma alguna y se fue acercando hasta ver con nitidez, a pesar de la escaza luz de la habitación, el dulce rostro de una chica, de unos quince o dieciséis años, peinada con una coleta militar, vestida con pantalones blancos que se ajustaban a un par de botas que, a todas luces, le venían enormes. Miró a su alrededor: sobre la cama había una casaca militar con pechera encarnada y bordados de oro.

—¡Por favor déjeme, no sé qué desea! —chilló con voz temblorosa.

—El disfraz no puede ocultar tu verdadera condición.

Manuela miró a la mujer con desprecio, cual vil mujerzuela, y para convencerse totalmente del sexo, con sus manos rasgó la camisa dejando al aire dos pequeños senos de adolescente.

—¿A quién se le ocurrió ocultarte de manera tan disparatada…? Una puta será una puta, aunque la vistan de capitana.

—¡Dios mío; es una mujer! —exclamó Teresa al entrar a la habitación.

—¡No soy ninguna puta! —protestó la chica, ofendida, cubriéndose los pechos y abandonando el espasmo de terror—. Si han venido a burlarse de mi condición les suplico que me dejen, ya bastante he sufrido.

—¿Te refieres a tu privilegiada condición? —Manuela sonrió

sarcástica y burlona—. Viajas sola en un lujoso carruaje gracias a tu amante, eso está claro.

—Señora, no sé de qué habla, por favor déjeme en paz. La vida de mi padre está en juego —arremetió la chica, suplicante y con el rostro desencajado por la angustia.

Manuela se contuvo; el genuino temor que expresaba el rostro de la chica la conmovió y le hizo recapacitar.

—¿Acaso el cabrón de Hidalgo ha amenazado a tu padre para que te entregues a él? ¡Es un canalla!

—No, señora, gracias a la Virgen Purísima no me ha obligado a nada pecaminoso. Pero con tal de salvar a mi padre, le juro que haría cualquier cosa. Me ha prometido liberarlo en alguna villa o hacienda donde nadie se entere, para no dar mal ejemplo a sus tropas.

—¿Quién es tu padre? —preguntó Teresa, que aún no podía salir del asombro.

—Luis Gamba González…

No tuvo que decir más, Manuela sabía que su padre era uno de los gachupines prisioneros. De inmediato se apiadó de la muchacha: ¿acaso no sufría, al igual que ella, de los embustes y artimañas del cura? Guardó silencio un momento; luego fue hacia la muchacha y pasó la mano sobre su hombro.

—Ven con nosotras, te cuidaremos; no debes vivir como una bestia enjaulada —ordenó en tono maternal—. No es justo lo que hacen contigo.

—Además ya es tiempo de que vistas como Dios manda —dijo Teresa, que aún no salía del asombro— y dejes de confundirte con la sombra de Fernando VII.

La chica no comprendió nada. Entre las dos mujeres la llevaron a la casa donde les habían dado alojamiento el día anterior, para que se bañara y pasara la noche con ellas. Ya habría oportunidad para que les contase toda la historia.

Hidalgo se encontraba de buen humor; la entrada triunfal a Guadalajara había sido portentosa, como en ningún sitio lo hubiesen recibido. Sin embargo, al enterarse de lo sucedido con Mariana Gamba Pérez, explotó de furia.

—¿Dices que fue Manuela Taboada? —inquirió a Marianillo, quien había sido portador de la noticia. Su hermano aseveró moviendo la cabeza, inquieto ante la posibilidad de una rabieta de Miguel, que bien podía culminar en algún descalabro—. ¿Ves por qué no debo realizar acciones benéficas? El ser humano tiende a tergiversar todo; primero inventaron que se trataba de Fernando VII. —Soltó una

sarcástica carcajada mientras caminaba en vaivén frente a Marianillo —. ¿Lo puedes creer: yo protegiendo al mequetrefe de su majestad? —Recapacitó un momento y agregó—: Aunque dicho rumor en algo sirvió para acrecentar las tropas… Luego las malas lenguas dijeron que era mi hija y ahora esa pinche Manuela inventa que la deseo hacer mi concubina. Me cago en… —Iba a blasfemar pero se contuvo.

—Al parecer le han prestado un vestido y la gente no sabrá jamás qué sucedió con el supuesto Fernandito. No te preocupes.

—No puedo permitir que nadie burle mis órdenes… ¡Nadie!

—¿Qué quieres que hagamos, que la traigan aquí?

—¿Y causar un escándalo? ¡Nada de eso! Me dan ganas de mandar al degüello a su padre, para que Manuela sepa que no debe meterse conmigo.

—Eso sería peor; se enterarían todos y Manuela haría correr la voz con la verdadera historia.

—¡Joder! ¡No hay cosa que me encabrone más que sentirme entrampado! —exclamó mientras detenía su inquieto andar para reflexionar tranquilo. Tras un breve silencio sentenció—: Dile a Manuela que Mariana debe permanecer en Tlaquepaque, con las mismas ropas que ha vestido hasta hoy para evitar mayores escándalos; explícale que luego la chica nos alcanzará en Guadalajara… La hospedaremos en algún convento. En caso de no acatar mi orden, díselo así, mi castigo recaerá sobre su marido. Ah, y que venga con nosotros a Guadalajara; nadie debe permanecer con la chica, tan solo sus guardianes, ¿entendido?

La amenaza de Hidalgo hizo meya en Manuela, y tras considerar los perjuicios que podría ocasionar a su amado, accedió a dejar a la mujer en San Pedro Tlaquepaque, custodiada por su cochero y dos lanceros. No obstante, se corrió la voz de que el misterioso personaje era una joven, lo cual causó mayores murmuraciones en el vulgo: ahora comenzaron a llamarla con el apelativo de la Fernandita o la Capitana y algunos murmuraban que debía ser una hija del cura, que había tenido con una mujer casada, cuyo marido, y ahí bajaban la voz para acentuar el misterio, resultaba ser un gachupín que su alteza deseaba ajusticiar por celos.

Manuela conocía la verdad: Mariana era hija de Luis Gamba González, quien había fungido como subdelegado en Colima cuando el cura fue párroco en aquella villa. La chica y su madre habían acudido con Hidalgo para suplicarle la liberación del prisionero, apelando a su amistad y a que ella había sido bautizada por el cura. Según lo narrado por la joven, Hidalgo condescendió, pero con una condición: esperaría una situación propicia para liberarlo sin que la chusma se

diera cuenta; no debía realizar concesiones a nadie para mantener la disciplina.

Sin embargo, Manuela no creyó en la veracidad de sus palabras: sospechaba que en realidad deseaba abusar de Mariana. ¿Acaso no le hubiera sido sencillo ordenar que libertaran al prisionero en Valladolid cuando ya había marchado el ejército? ¿El padre Chocolate no podría fingir que lo enviaba con otros prisioneros al degolladero y en realidad liberarlo? Sospechaba que en aquel asunto había gato encerrado y le dolió dejarla a su suerte, aunque, pensándolo bien, ahora que había descubierto los entretejes de Hidalgo, seguramente ya no se atrevería a maltratar o abusar de la joven; su secreto estaba descubierto.

—Dios te cuide —le dijo afligida al despedirse—; estaremos atentas a lo que suceda tanto a tu padre como a ti misma.

Para su escarmiento, por órdenes explícitas de su alteza, se les otorgó por vivienda una humilde casucha, cercana a la catedral, con chinches en las maltrechas camas, piso de tierra aplanado, sin cocina ni las mínimas comodidades.

—Es la venganza del cura por entrometerme en sus asuntos; se nota que le ha dolido —dijo Manuela a Teresa con aires de triunfo—. Y sabes, con gusto recibo el castigo; la compasión es una virtud que no debe acobardarse ante el oprobio.

Días después llegó Mariana, la Fernandita, en un coche con las cortinas cerradas y escoltada por gran número de lanceros, lo cual despertó la curiosidad general y fue seguida por una multitud hasta la puerta del colegio de San Juan. Los guardias del edificio, que estaban prevenidos, le hicieron calle y la joven entró con prontitud al colegio sin que la gente del pueblo alcanzase a distinguir su rostro. De inmediato comenzaron a comentar que el rey Fernando VII, o la Fernandita, había arribado con bien a Guadalajara. Manuela había acudido a enterarse y pudo observar con satisfacción que la chica, aunque temerosa e intimidada por la multitud, se encontraba sana y salva.

Ese mismo día, 29 de noviembre, descubrió un bando impreso y pegado en la entrada de la catedral en el que Hidalgo declaraba abolida la esclavitud y ordenaba:

> Que siendo contra los clamores de la naturaleza el vender a los hombres, quedan abolidas las leyes de la esclavitud, no solo en cuanto al tráfico y comercio que se hacía de ellos, sino también por lo relativo a las adquisiciones [...] en cuya consecuencia, supuestas las declaraciones asentadas, deberán los amos, sean americanos o europeos, darles libertad dentro del término de diez días so pena de muerte.

A la par de dicha ordenanza, suprimía los tributos que mortificaban a las castas y a los indios, con lo cual liberaba de opresiones económicas a los más necesitados.

Manuela se sorprendió: el cura actuaba conforme a los más puros

principios de la caridad cristiana. Nadie, que ella supiera, se había atrevido a suprimir la nefasta esclavitud en toda América, ni siquiera en los Estados Unidos, porque con ello se afectarían los intereses económicos de los poderosos terratenientes, pero el cura no se amedrentaba y realizaba un acto de justicia que no tenía parangón. El Hidalgo que actuaba así era muy distinto al zorro que engañaba y engatusaba. ¿Acaso había juzgado erróneamente al cura influenciada por la ira y las frustraciones causadas por la guerra? ¿Los propósitos de Hidalgo en realidad eran superiores y no buscaban el provecho personal sino el cristiano bienestar de las mayorías? Su corazón se conmovió ante las bienaventuradas acciones y consideró que ciertamente podría estar equivocada: si el hombre actuaba teniendo en mente un bien más elevado, acorde a los santos preceptos de Jesucristo, debía ser alabado por ello, y no criticado por la manera de lograr sus metas.

Retornó a su casucha envuelta en pensamientos y disertaciones. Al llegar encontró al sargento Martínez, perteneciente a las tropas de su marido, con una carta en la mano. La misiva era escueta: «Tras los primeros embates del enemigo hemos abandonado Guanajuato. Lo he decidido: huyamos a Estados Unidos».

23

FESTÍN LIBERTARIO

Diciembre de 1810

Sentada sobre una caja que había improvisado como mueble, Manuela zurcía el dobladillo de una enagua que por el exceso de uso se había deshilvanado y, aunque estaba bastante percudida en los bordes inferiores, todavía le daba uso; no había dinero para malgastarlo en superficialidades. En el pequeño patiecillo también se encontraban Maricela y Teresa, reunidas en un rincón donde calentaba algo de sol, haciendo lo propio con algunas prendas que ya habían sido remendadas en varias ocasiones. Mariano irrumpió de improviso con una gran sonrisa, pero, al observar el lamentable cuadro, de inmediato se tornó un gesto amargo. Con la desilusión a flor de piel tras la derrota de Guanajuato y el cansancio por el largo camino recorrido, casi prorrumpe en llanto cuando notó el estado tan lamentable en que se encontraba su esposa: la habían recluido en una pocilga, sin recursos para el sustento diario ni medios para su aseo.

—Mira a dónde te he arrastrado, Gatita —dijo con auténtico arrepentimiento y se desplomó sobre una silla desvencijada—; a la miseria y la vagancia… a vivir sin destino.

Manuela, por lo contrario, corrió hacia él para cubrirlo con sus brazos; no cabía en sí de gozo al contemplar a su amado.

—No importa, mi hijito; ya estás aquí… eso es lo único importante. ¡Gracias, Virgencita! —clamó al cielo agradecida.

Tras besar a su esposo se abalanzó sobre Pedrillo, que parecía haber crecido o madurado en los tres meses que no lo había visto: los embates de la guerra habían cambiado su fisonomía y hasta su complexión; ahora se veía mucho más robusto. Mariano aprovechó el momento para ir con Teresa y Maricela, e informarles que Ignacio Allende llegaría en uno o dos días, que estaba bien y no debían preocuparse.

Los esposos se recluyeron a conversar en un cuartucho, que tan solo contaba con una mesilla y un camastro. Él le narró con patente enojo las cartas enviadas por Allende solicitando refuerzos, y el angustiante menosprecio de Hidalgo, quien los ignoró y dejó a la deriva, incluso a sabiendas de que si los abandonaba a su suerte la derrota sería inminente. Se aprestaron a defender la plaza colocando barrenos en la cañada del Marfil para explotarlos cuando pasaran las tropas enemigas, pero algún traidor notificó el plan a Calleja, así que los realistas se acercaron a la ciudad eludiendo las trampas y se apoderaron de colinas estratégicas desde donde podían bombardear a

mansalva.

—Nuestros soldados comenzaron a huir en desbandada al descubrir lo débil de nuestra resistencia, y nosotros, guiados por Allende, emprendimos la fuga por el camino de Mellado. —Mariano bajó la voz avergonzado para susurrar—. Tan pronto nos fuimos, la plebe entró a la alhóndiga para acribillar a los gachupines que estaban allí prisioneros. Esta masacre costaría muy cara a los guanajuatenses: en represalia, Calleja ahorcó y fusiló a cientos. —Miró a Manuela con los ojos a punto de lágrimas—. ¡Ay, Gatita, el sueño se ha tornado en pesadilla!

—No esperemos más; huyamos —arremetió Manuela con energía—. Rafaelito y tu madre están a buen resguardo; nosotros podemos llegar a Estados Unidos y esperar que todo este infierno concluya.

—Pero necesitamos dinero…

—Yo pude sacar algo de dinero de la casa; son casi quinientos pesos oro; tenía más, pero dejé una parte a tu madre.

Mariano sonrió tristemente; aquella cantidad no les serviría de nada, ya había hecho sus cuentas y necesitaban cuando menos ocho veces lo reunido por su esposa.

—En la hacienda del Molino hablé con Allende; le hice ver que no le soy útil en sus estrategias, quizás hasta un estorbo, y apelando a nuestra amistad le solicité cuatro mil pesos para rehacer mi vida en el extranjero…

Manuela lo escudriñó con los ojos, esperanzada, pero su marido se mantenía cabizbajo, sabiendo que había fracasado.

—Pero me amonestó diciéndome: «No puedes pensar en ello; si a todos los que intentan abandonar nuestro partido los tuviéramos que gratificar, no quedaría ninguno que nos siguiera». —Realizó una pausa y la miró fijamente, con serenidad—. Por eso he venido antes de que llegue Allende. Hoy mismo voy a hablar con el cura; seguro él nos brindará auxilio.

El inmenso despacho del antiguo Palacio Real, ahora bautizado como Palacio Nacional, poseía sólidos muebles de maderas finas, con brocados de plata en los respaldos; un gobelino mostraba la conquista de Nueva Galicia por Nuño Beltrán de Guzmán, además de cuadros religiosos y exquisitos objetos de ornato por doquier, entre los que sobresalía un dorado reloj francés. Hidalgo sonreía malicioso y miraba constantemente hacia una pared, donde antes se encontraba el retrato de Fernando VII, suplido ahora por una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Al ver entrar a Mariano se mostró afable y cariñoso.

—Estábamos preocupados por tu salud.

Él quiso reclamarle, decirle que si hubiera enviado refuerzos no habría tenido de qué preocuparse, pero se contuvo; su situación, lo sabía perfectamente, no ameritaba ningún reproche, por nimio que fuese. Así se lo había aconsejado Manuela y no pensaba defraudarla.

—Pues aquí me tiene, generalísimo; por poco pierdo la vida y a mi familia, pero gracias al infinito amor de Dios estamos a salvo.

Hidalgo soltó una risotada y lo miró complaciente. Fue hasta el robusto sillón de damasco púrpura y se arrellanó con desenfado.

—Por lo visto no estás al tanto de las últimas. De ahora en adelante deberás dirigirte a mi persona como *su alteza serenísima*; así me ha nombrado el pueblo y es justo obedecerle; me debo a él.

Mariano lo miró estupefacto, pero sin perder la compostura agregó:

—Su alteza, si me he atrevido a robarle unos minutos de su valioso tiempo es debido a un asunto de capital importancia.

—Dime, Mariano, soy todo oídos.

Narró lo acontecido con Allende y cómo aquel le había negado tanto el dinero como el permiso de abandonar los ejércitos. Abundó en lo poco útil que era para la causa pues su talento militar era escaso, y exageró respecto a la triste situación de su familia y su mujer, a la que había encontrado experimentando las mayores calamidades y penurias…

—Por ello le suplico, vuestra alteza serenísima, que me permita huir a Estados Unidos con mi esposa y me proporcione cuatro mil pesos de los que mi mujer le prestó para levantar los ejércitos. Yo sé que su generosa alma sabrá auxiliarme como ningún otro.

Hidalgo lo miraba impasible mientras consideraba los argumentos del joven. Si bien era cierto que su participación resultaba poco valiosa para el movimiento, debía admitir que Allende tenía razón y no deberían permitir una sola deserción. No obstante, le agradaría deshacerse de Manuela, a quien tenía entre ceja y ceja debido a la obstinada intromisión en sus asuntos personales. Se puso de pie sonriendo amablemente, y le habló en tono paternal.

—Mira, Marianito, sería un desacierto abandonar la causa libertaria ahora que estamos a un tris de lograr el éxito definitivo; gobernamos un vasto territorio y los gachupines se ven amenazados por todas partes. —Se acercó cariñoso, colocando su brazo sobre el hombro del joven—. Jamás me perdonaría que no gozaras las mieles del triunfo, tú, que tanto has sacrificado por la libertad de la patria.

Mariano estaba confundido, no sabía cómo reaccionar ante aquellas palabras; no podía discernir si conformaban una astuta treta o las profería con auténtico cariño.

—¿Sabes qué haremos? —continuó Hidalgo—. En este momento haré venir a mi hermano Marianillo para que disponga una morada digna donde puedan hospedarse, te proporcione telas y vestidos con

los que Manuela luzca como una reina, porque mañana hay función de gala en el Coliseo de la Comedia y ustedes deben estar presentes, faltaba más, si eres uno de mis predilectos. Es más —continuó sin dejar de abrazar a Mariano—, como veo que posees resentimientos por el general Allende, de ahora en adelante estarás bajo mis directas órdenes.

Lo abrazó y dándole dos palmadas en la espalda concluyó tajante:

—Ve con Marianillo para que te provea de lo que gustes. Dile que yo lo ordeno.

El teatro de Guadalajara, conocido como Coliseo de la Comedia, se ubicaba en la cerrada de Santo Tomás. Era un tosco edificio, cuyos sólidos muros fueron construidos a base de adobe pintados con cal, y el techo, de tejas y maderos. El público, conformado por todas las clases sociales, se apresuraba a ocupar sus lugares, ya fuese en cazuela, platea o cuartos de palco, porque en breve aparecería su alteza serenísima y la función habría de comenzar. La humareda causada por los innumerables cigarros de los asistentes fastidiaba a Manuela, así como el rancio olor a sudores que flotaba en el ambiente. Esto obligaba a las damas decentes a cubrirse la nariz con pañuelos perfumados para poder respirar. Aquella noche se representaría *Los empeños de un engaño*, de Juan Ruiz de Alarcón, obra escogida porque el autor había nacido en Nueva España y porque Hidalgo deseaba resaltar lo engañosos y astutos que podían ser los gachupines.

Manuela estrenaba vestido; se lo había enviado Marianillo por orden expresa de Hidalgo, y tuvo que hacerle apenas unos ajustes. No quiso ni pensar a quién había pertenecido aquella prenda o en qué saqueo la habían obtenido. Prefería mantener su mente en paz.

Esa noche se festejaba la toma de Tepic y el puerto de San Blas a manos del también cura José María Mercado; dichas victorias redondeaban felizmente la conquista total de Nueva Galicia y otorgaban a la insurgencia un puerto estratégico para acceder al mar en caso de ser necesario. Manuela y Mariano ocuparon el palco adjunto al de Hidalgo, quien llevaba en su mano el bastón de mando y vestía el uniforme militar de gala, uno de los varios que poseía; lo acompañaba un séquito de sus más cercanos colaboradores, entre ellos López Rayón y el licenciado Chico. Tan pronto había hecho presencia, el público se desvivió en aplausos para homenajear a su alteza serenísima y, entre los gritos, se escuchaban algunos vítores dirigidos a Mariano Abasolo.

Manuela no cabía en sí de dicha; su marido estaba a su lado, era alabado por el público, y ella misma recibía miradas de respeto y admiración por parte de la concurrencia. Su vida había dado un

vuelco positivo: ese mismo día se habían mudado a una casona que compartirían con otros militares de alto rango, además de recibir suministros para confeccionarse ropa y algo de dinero que les permitiría subsistir holgadamente. Como no quiso abandonar a Maricela y Teresa, exigió a Marianillo que también las hospedara con ellos, lo que fue debidamente aceptado, quizá para no crear desavenencias ante el inminente arribo de Allende a la ciudad. Pensaba que por fin se reconocían sus sacrificios y al contemplar el teatro atiborrado y jubiloso, le pareció que el futuro presagiaba un éxito seguro. Lo único que faltaba para su completa felicidad era que Rafaelito estuviera con ellos, cosa que sin duda acontecería pronto. Su alma la invitaba a reconciliarse con Hidalgo, aunque todavía sentía ocultos resquemores por los engaños a que había sido sujeta.

La obra fue ejecutada con escaso brillo, pero Hidalgo soltaba sonoras risotadas a cada treta o engaño de los personajes, logrando que el público entero lo secundara, incluidos Mariano y Manuela. Pareciera que el triunfo se había consumado, que gobernaban un país soberano y festejaban con júbilo su recién adquirida libertad.

Tras la función fueron a Palacio Nacional a celebrar una gran tertulia, a la que asistieron el primer círculo del gobierno insurgente y los vecinos destacados de la ciudad. Eran tantos los convidados y tanta algarabía flotaba en el ambiente que, sin mayores preámbulos, aquello se convirtió en besamanos, porque unos y otros se disputaban el privilegio de adular a su alteza.

Hidalgo tomó un violín y, presumiendo de que conocía el tratado musical de Jean-Philippe Rameau, mostró sus habilidades con el instrumento tocando la suite *Los paladines*. Después pidió a los músicos que entonaran piezas bailables y él mismo danzó con diversas damas, en especial con las jóvenes que poseían algo de hermosura. El vino corrió a cascadas mientras Manuela flotaba danzando con su amado, gozando de unas horas de ensoñación como nunca había vivido. El jolgorio resultaba tan desbordado que, para una mente atenta y juiciosa, no pasaría inadvertido que el temor se agazapaba tras cada carcajada.

Entre la heterogénea concurrencia destacaba un hombre que en nada coincidía con los demás; delgado, extremadamente alto, cabello rizado de gran copete, dos prolongadas patillas que enmarcaban sus ladinos ojos negros y un bigotillo esmeradamente delineado. Su afición a escudriñar cada rincón, a cada persona, le conferían un aire de pícaro impertinente. Su nombre era Agustín Marroquín y desde unos días atrás fungía como guardia personal de Hidalgo, junto a Vicente Loya, otro personaje de mal ver.

Manuela lo miró con detenimiento y se le destempló el alma; bien conocía al sujeto: causó gran escándalo cuando Hidalgo lo liberó de la

prisión donde cumplía una larga condena por ser bandolero. Lo declaró públicamente libre de toda culpa y lo nombró de inmediato capitán y, aún más, su guardia personal. Las malas lenguas contaban una historia saturada de bajezas: Marroquín había llegado a Nueva España como criado del virrey Iturrigaray. Convertido en tahúr de naipes, fue acusado de hacer trampa y debió huir a Tierra Adentro, donde se hizo torero, arte en la que solo logró descollar en ferias menores. No satisfecho con los ingresos económicos que le proporcionaba la lidia, decidió hurtar una lujosa casona en México y, al ser descubierto, huyó a Guadalajara para esconderse en casa de un tal Antonio San Román. Fue capturado, enjuiciado y, tras recibir veinte azotes, recluido en prisión.

El torero Marroquín dirigió la vista a Manuela. Ella, por instinto de conservación, bajó la cabeza y se ocultó tras Mariano, que conversaba con dos regidores del ayuntamiento. Su intuición le dictaba que debería permanecer alejada de aquel hombre.

Hidalgo miró desde el carruaje las bellas torres de la iglesia y las humildes casas que se levantaban a los costados de la plaza central de San Pedro Tlaquepaque; le parecía una eternidad cuando fue recibido allí, trece días atrás, por las autoridades de Guadalajara y realizó su entrada triunfal. En ese corto lapso había avanzado muchísimo en la urgente necesidad de dar orden y fortaleza al movimiento independiente: publicó bandos en los cuales prohibía saqueos en haciendas, abolió la esclavitud, anuló impuestos reales, repartió tierras ociosas a los indios y hasta se defendió de la injusta excomunión a la que había sido expuesto. Entre sus ordenanzas destacaban la reordenación de la Audiencia Real, ahora nombrada Audiencia Nacional; la creación del ministerio de Gracia y Justicia, a cuyo mando colocó al licenciado José María Chico, y el ministerio de Estado y Despacho, con López Rayón al frente. También había fortalecido las arcas; usó la imprenta para defender y propagar los ideales del movimiento y, por si fuera poco, nombró comisionados para conquistar las villas del norte con gran éxito, tanto así que los territorios libres se expandían por todas las regiones del reino.

En realidad, tenía mucho de qué estar satisfecho, y no intentaba ocultar el orgullo que le producían los constantes logros. No le cabía la menor duda: fortalecerse en Guadalajara y no enviar refuerzos a Guanajuato fue una sabia decisión; el tiempo le concedía la razón y así lo haría saber a Ignacio Allende tan pronto se reunieran. Les había preparado una calurosa recepción a él y a los comandantes que lo acompañaban: un pequeño regimiento de mil hombres que Allende había logrado conjuntar en Aguascalientes. Les recibiría con salvas de cañones, fastuosa entrada a Guadalajara, función de gala en el Coliseo de la Comedia y, por supuesto, brindis y bailes. Los trataría como héroes porque los necesitaba: durante esos días había caído en la cuenta de que, si bien sus dotes administrativos eran vastos, en asuntos militares resultaba casi un neófito; requería de la pericia de Allende y sus más allegados, en especial de Mariano Jiménez, un general que sobresalía por su arrojo e inteligencia. Estaba dispuesto a condescender a varias de sus demandas para zanjar diferencias y unificar el movimiento, siempre y cuando a él se le permitiese seguir gobernando y realizando las reformas que tanto le afanaban. Además, asunto sustancial, resultaba imperioso diseñar la estrategia para enfrentar a Calleja, lo cual sin duda acontecería pronto. Sus espías le habían informado que se estaba fortaleciendo para enfrentarlos en

Guadalajara.

Se apeó del carruaje, seguido de López Rayón, José María Chico y Mariano Abasolo, quien le acompañaba como muestra de la reconciliación con los militares que defendieron Guanajuato. Caminó por los jardincillos, poblados de frescos árboles y tomó asiento en una de sus bancas. Había vestido de civil a propósito, para mostrarse con humildad republicana ante su colega y hacer patente su determinación.

—Su alteza, me informan que ya se encuentran a dos cuadras —dijo en tono marcial un teniente, pulcramente uniformado con los colores del ejército insurgente.

Se puso de pie y caminó hacia la bocacalle adjunta al templo. No muy lejos distinguió el avance de las maltrechas tropas: Allende avanzaba sobre un cansado corcel alazán, seguido de un cuerpo de lanceros; en las azoteas de las casas varios paisanos lo vitoreaban mientras algunos chiquillos correteaban por delante de los jinetes para admirar a los héroes. A los extremos de la calle un gran tumulto de paisanos acompañaba el avance de los militares. Esto imprimía gran algarabía a la escena y producía enorme barullo.

Cuando Ignacio Allende, vestido con su uniforme azul de capitán general, desmontó de un salto, Hidalgo se le acercó con una gran sonrisa y los brazos extendidos.

—¡General mío —exclamó con júbilo—, sean ustedes bienvenidos a las tierras independientes de América!

Lo abrazó efusivamente mientras el gentío se arremolinaba a su alrededor prorrumpiendo en aplausos y vivas. Sin embargo, la sonrisa del general Allende no era espontánea; los recelos y agravios se habían anidado en su alma.

La plaza central de Guadalajara se encontraba profusamente confluida; hombres y mujeres de todas las clases sociales se habían reunido para dar la bienvenida al general Allende y su regimiento. Consideraban que al sumar sus tropas a los ejércitos del occidente, la defensa de la ciudad se robustecería eliminando cualquier posibilidad de triunfo a los realistas. Maricela y Teresa fueron las primeras en acudir. Habían estrenado vestidos y rebosaban de dicha: con el arribo de Ignacio, su bienestar estaría garantizado. Luego de las celebraciones y honores, ambas mujeres corrieron a recibirlo con abrazos y besos.

—¡Bendito Dios que estás a salvo! —dijo Maricela, con sentida euforia.

—No sabes cuántos chismes te vamos a contar —secundó Teresa estrechándose en sus brazos.

Manuela los dejó para que conversaran y regresó a la casona donde ahora se albergaba, sin saber qué hacer con las horas de soledad que le esperaban, ya que su esposo era parte de la comitiva de recibimiento. Había constatado que cuando Hidalgo comenzó a desvivirse en alabanzas hacia Allende, Aldama, Jiménez y Abasolo, su *póquer de ases*, como les llamaba, tanto militares como civiles comenzaron a saludarla con respeto y tratarla con excesivas consideraciones. Así, de la noche a la mañana, también ella se había elevado a un rango no imaginado, y pensó que ayudar en algo al movimiento le serviría para mostrar su humildad y, de tal manera, congraciarse ante los ojos del cura.

Entre el la gente descubrió al coronel Manuel Muñiz, vestido con el uniforme de su regimiento de infantería, quien había sido el responsable militar de la cárcel en Valladolid y ahora desempeñaba el mismo cargo en Guadalajara. Sin pensarlo un instante fue hasta él con absoluta decisión.

—Capitán, qué gusto encontrarlo —exclamó con toda cordialidad—; justo en usted he pensado estos días.

—*Madame* —contestó el hombre sorprendido y retorciéndose los dedos con extraño nerviosismo—, me honra que su mente se distraiga en mi persona, ¿en qué puedo servirla?

—Mire, ahora que el movimiento requiere de todo nuestro esfuerzo y colaboración, nada me sería más satisfactorio que apoyar nuevamente en la subsistencia de los prisioneros —dijo sonriente y entusiasta.

El capitán se turbó y retorció los dedos con una pequeña mueca de disgusto que reprimió de inmediato para ocultar su nerviosismo. Sin embargo, al hablar no pudo evitar trastrabillar.

—*Madame*, debo decirle… lo que sucede es… —Intentaba hilvanar una frase coherente pero solo balbuceaba con delgada y chillona voz —. Lo que sucede y me disculpará usted… es que únicamente recibo órdenes de su alteza serenísima… Es él quien nombra a los encargados de la prisión y reparte funciones… solo él —sentenció al fin.

A Manuela le causó mala impresión aquella respuesta. ¿Acaso su alteza no debía atender los asuntos de primer orden, desatendiendo los menesteres de la prisión? ¿Sería cierto lo que expresaba ese titubeante oficial, o quizá no deseaba ser sorprendido en manejos turbios, alguna corruptela a costas del gobierno independiente? Su reacción la invitaba a desconfiar; sobre todo a causa del patente nerviosismo.

—Ahora me deberá disculpar, *madame* —agregó a las carreras—; he de atender las órdenes superiores —concluyó besando la mano de Manuela y partiendo como si lo persiguiera un fantasma.

Decidió comentar a Mariano lo sucedido cuando por la noche

tuvieran oportunidad de conversar en la gala del Coliseo; Hidalgo había querido alabar a los recién arribados con la misma calidad de festejos que él recibiera trece días antes. Ahora se representaría *El Tartufo,* de Molière, obra que la compañía del Coliseo de la Comedia se vio precisada a memorizar y ensayar en brevísimo tiempo, ya que no estaba incluida en su repertorio. No obstante, Hidalgo se entercó en que fuese escenificada, no solo porque se contara entre sus obras preferidas, sino porque además en ella se criticaba a los que aparentaban ser devotos con tal de conseguir fines perversos. Así deseaba ridiculizar a las autoridades virreinales que le habían excomulgado y, además, a todos aquellos que criticaban a la insurgencia arguyendo falsas disculpas religiosas.

En el palco de Manuela y Mariano también se encontraban Maricela y Teresa, con finos vestidos enviados por Marianillo, y también los ministros José María Chico e Ignacio López Rayón, ambos ataviados de levita gris, camisa de holanes con lazo anudado al cuello y largos pantalones a la usanza inglesa. Su marido lucía extremadamente gallardo con el uniforme de casaca azul borgoña, el collarín, las vueltas y las solapas de color rojo, y un bicornio que le sentaba de maravilla. Cuando Hidalgo, Aldama y Allende ocuparon el palco central, la gente comenzó a corear unos versillos que corrían de calle en calle:

—¿Quién al gachupín humilla —gritó un hombre confundido en el gentío que atiborraba la cazuela— y al pobrísimo defiende?

Y ahora el coro alzó la voz por todas partes:

—¡Allende!

—¿Quién su libertad aclama?

—¡Aldama!

Para este momento ya el teatro en pleno gritaba eufórico:

—¡Corre, criollo, que te llama, y para más alentarte todos están de tu parte: Costilla, Allende y Aldama!

Los aplausos, vítores, silbidos y exclamaciones de júbilo hicieron vibrar el auditorio por minutos enteros. Hombres y mujeres, civiles y militares, sacerdotes y feligreses, humildes y adinerados, mestizos e indios, todos, absolutamente todos se habían contagiado de fervor patrio, o al menos eso aparentaban. Manuela no cesó de aplaudir hasta que las manos le ardieron; si bien los versos no mencionaban a su amado, proclamaban los justos principios en los que se basaba el movimiento. Fue tanta su emoción que el incidente de la mañana, con el coronel Muñiz, se obnubiló en su mente y se enterró en el olvido.

Allende miraba el tablero de ajedrez, concentrado en su próxima jugada, mientras Hidalgo lo observaba, paciente y pensativo.

Conforme los días pasaban la normalidad fue apoderándose de los pobladores de la Perla de Occidente, como cariñosamente ya nombraban a Guadalajara algunos insurgentes. Desde su señorial despacho administraba el gobierno, con medidas prudentes y acordes a sus pensamientos, sin permitir que nadie se le opusiera. Hidalgo sonrió maliciosamente cuando el otro quiso mover su torre y se arrepintió; habían podido zanjar diferencias pactando un acuerdo que les beneficiaba a ambos: el mando militar correspondería al capitán general y los asuntos administrativos y políticos a su alteza. «Zapatero a tus zapatos», le había dicho en tono cordial; «al laborar como colegas anularemos nuestras deficiencias y multiplicaremos nuestros talentos… La vorágine de los primeros días de campaña ha dado paso al orden y la eficiencia; juntos construiremos una nación fuerte y próspera».

Allende decidió mover su caballo para amenazar al negro alfil del cura, pero se arrepintió; con el Zorro había de andarse con cautela, siempre tenía una estrategia escondida a simple vista, tanto así que aceptó el acuerdo con un dejo de recelo. No confiaba en el cura después de los engaños y traiciones realizados, pero había meditado y no poseía otra alternativa que aceptar la situación; durante su ausencia el cura había creado un ejército de siete mil efectivos, mientras él apenas había podido levantar a unos mil; sin duda carecía de los atributos necesarios para convocar a seguidores. Según lo convenido entre ambos, ahora todos los bandos y proclamas se publicaban con la firma de ambos; el ejército y el pueblo deberían tener claro que la insurgencia poseía dos cabezas, pero que estas actuaban como una sola.

—Mira, Ignacio —dijo Hidalgo mostrando un pequeño cuadernillo de papel recién impreso, de un palmo de ancho, por uno y medio de alto—. Por fin tenemos algo digno para que nos lean en todas las comarcas independientes y hasta en las ciudades que aún permanecen en poder de los gachupines.

El sol matutino inundaba el despacho con alegría, mitigando en algo los nacientes fríos decembrinos, así que mientras el cura pensaba qué ficha mover, Allende tomó el diario y leyó entusiasmado: «*El Despertador Americano, Correo Político Económico de Guadalajara*». Era el primer número de la prensa independiente y el artículo principal mostraba la frase que daba razón al nombre del diario: «Nobles americanos, despertad al ruido de las cadenas que arrastráis desde hace tres siglos…».

Hidalgo sonrió satisfecho y orgulloso; el futuro era prometedor y las últimas medidas adoptadas no podían ser más certeras: había enviado a don Pascasio Ortiz de Letona como embajador a Estados Unidos, con la misión de obtener el apoyo de la nación vecina, especialmente con

suministro de armas, además de comisionar a múltiples hombres para liberar las tierras del norte y, por si fuera poco, había engrosado las arcas nacionales.

Hidalgo movió su reina dejándola al alcance del caballo de Allende; si se atrevía a comerla, el jaque mate sería anunciado.

Las sombrías nubes ocultaban el sol y la ciudad parecía otra, extraña, solitaria, debido a que toda la tropa realizaba una revista general en los llanos de las afueras. Manuela aprovechó para acudir al convento de Santa María de Gracia, donde habían trasladado a Mariana Gamba, la Capitana, de quien ya casi nadie hablaba; tan pronto corrió la noticia de que en realidad era una mujer y no Fernando VII, la gente abandonó aquel chisme para entretenerse con cuestiones más novedosas.

No le fue difícil obtener permiso para visitarla. Con tan solo mencionar su nombre de casada, Manuela de Abasolo, una monja de temple tranquilo y pacífica sonrisa le concedió acceso y la acompañó por los majestuosos pasillos, de paredes pintadas con ornamento en tonos azules, entre los que destacaban unas florecillas que a Manuela le parecieron en extremo delicadas y hermosas.

—Debo prevenirla —dijo la beata con un dejo de pena, sin perder la sonrisa—; Marianita ha estado muy afligida estos últimos días porque, a mi parecer, sufre alucinaciones. —Detuvo su andar antes de abrir el claustro donde habitaba la chica y habló entre cuchicheos—. Teme por la vida de su padre, Dios la proteja… Pobrecilla, no cesa de llorar y suplicar auxilio; por ello la hemos mantenido incomunicada.

Manuela agradeció e ingresó al cuarto de medianas proporciones, decorada escasamente con un camastro, una mesilla, sobre la que descansaba la palangana, y en las blancas paredes un crucifijo, ante el cual se hallaba Mariana, con un vestido oscuro, postrada de rodillas y rezando fervorosamente. Tan solo de mirar a Manuela se puso de pie y se le abalanzó gimiendo.

—¡Mi padre, por piedad, mi padre!

Manuela la contuvo entre sus brazos con ternura, sin atinar a qué se refería o cuál era la causa de su angustia.

—Todo estará bien, no te preocupes… —intentó tranquilizarla.

—¡Lo van a matar…! ¡Ayúdame, por piedad! ¡El cura lo quiere degollar!

Manuela entendió a lo que se refería y sintió que un aguijón se le clavaba en el estómago; le pareció que aquello se asemejaba a una pesadilla de la que no lograba escapar.

Manuela levantó la vista: la luna brillaba con vibrantes destellos, rodeada del titilar de cientos de estrellas que se recortaban al horizonte por las oscuras siluetas de los cerros. Mariano, a su lado, tenía la vista clavada en el tosco y amplio portón del Colegio de San Juan Bautista, que servía de cárcel, iluminado escasamente por una farola. El sereno pasó a lo lejos con desganado andar, embozado en su zarape y portando una lamparilla en la mano izquierda. «¡La una y todo sereno…!», gritó con destemplada y monótona voz mientras avanzaba sin percatarse de la presencia de los esposos, guarecidos tras las columnas del oscuro pórtico de una casa, ubicada en la esquina de la calle.

—Vámonos, ya es tarde —susurró Mariano—; te dije que eran exageraciones de una mujer angustiada a la que no debemos escuchar.

Manuela no pensaba así; el padre de Mariana, don Luis Gamba González, había enviado clandestinamente una nota a su hija, en la cual le refería que cada tercer día sacaban partidas de presos, fingiendo que los trasladarían a los pueblos cercanos, pero ya corrían rumores de que en realidad los degollaban. La pobre joven le rogó de manera encarecida que se presentase con el cura Hidalgo para suplicar que cumpliese su palabra y dejase libre a su padre, asunto con el cual no deseaban comprometerse antes de verificar si todo lo referido por la chica era realidad. De verificarse, lo acontecido resultaría gravísimo: de nuevo las tropas cometían crímenes injustificables.

Aquella era la tercera noche que espiaban la prisión sin observar nada extraño.

—Vámonos, Gatita. —Mariano tomó la mano de su esposa, pero ella lo contuvo intentando esbozar una sonrisa.

—Esperemos un poco más, por favor; si todo es una maledicencia, confirmémoslo a ciencia cierta. —Lo miró a los ojos con gesto de súplica—. No podré dormir con la duda a cuestas…

Mariano suspiró derrotado; siempre que lo miraba con aquel angelical gesto consentía inexorablemente a sus deseos. Se escuchó a la lejanía el casquear de caballos sobre el empedrado; aguzaron el oído y descubrieron que muchos caballos, quizá unos veinte o treinta, se acercaban. Ambos se resguardaron recargando las espaldas tras el ancho muro, mientras se miraban el uno al otro con tensa rigidez.

—Pinche Agustín, siempre llega tarde el muy cabrón —dijo una voz al tiempo que se detenían los caballos—. Se cree muy importante.

—Pues bien sabes que es el consentido de su alteza —agregó otra

voz con tono chillón, en la que Manuela creyó reconocer la del coronel Muñiz—. Pero mira, ahí viene.

Manuela sacó un espejillo que había traído ex profeso en la bolsa de su capa, con la que se cubría del intenso frío nocturno, y estirando levemente el brazo ambos miraron por el espejo para descubrir la escena. Un grupo de dragones, uniformados a la perfección, a cuyo mando iban los coroneles Muñiz y Alatorre, bajaban de sus monturas a la par que llegaba Agustín Marroquín, el guardaespaldas de Hidalgo, vestido con ropas extravagantes, cual si fuese a rejonear o torear. Tan solo de verlo, a Manuela se le erizó la piel.

—¿Listos para la fiesta? —saludó con aire fanfarrón, apeándose de un salto—. ¿Quieren apostar a que hoy no se me escapa ninguno? —Miró a cada uno de los coroneles retándolos, para después exclamar entre risotadas—: ¡Nadie se atreve a jugársela conmigo… cobardes!

El portón de la cárcel se abrió. Un piquete de infantería comenzó a salir a la calle, en columna de dos, y en medio de ellos un grupo de presos, maniatados y mirando aterrados a los militares.

—No se amilanen, señores, que los vamos a llevar a una cárcel más cómoda —dijo el coronel Muñiz, en voz baja.

—Al que grite o disturbe le meto un mandoble en la jeta —amenazó Marroquín—; no debemos despertar a las personas de bien. —Levantó el espadín que portaba consigo y los amenazó con él—. ¿Entendido?

A Manuela le temblaba la mano y lo reflejado en el espejo a veces se les escapaba; en la oscuridad de la noche fueron sacando a unos cuarenta presos, entre ellos algunos ancianos y hasta a un sacerdote. Ella no pudo dejar de susurrar un «¡Ave María Purísima» de asombro ante tal herejía, y aunque debían mantenerse inmóviles para no ser descubiertos, Mariano se persignó y entrecerró los ojos para alejar de su mente la escena que presenciaban.

Cuando el contingente se hubo alejado lo suficiente, Manuela salió del escondite embravecida y frenética. No sabía qué hacer: habían presenciado a decenas de hombres rumbo al degolladero sin poder salvar a uno solo; era tan inhumano lo sucedido que se tomaba la cabeza con las manos para impedir que su alma estallara en cólera, a la vez que mordía sus labios para no gritar y maldecir a los verdugos. Dos veces había intentado justificar a Hidalgo por sus actos demoniacos, pero esta vez no sucumbiría. «La tercera es la vencida», pensó. Era tal su desenfreno que hasta pasados unos minutos cayó en la cuenta de que Mariano se hallaba sentado en el resquicio, más pálido que la luna, ausente de toda voluntad y con la vista clavada hacia el suelo.

—¡Hijito! —Fue con él, angustiada y temerosa—. Hijito mío, ¿qué te sucede? ¿Estás bien?

Levantó el rostro para mirarlo de frente y el otro entreabrió los ojos

con dificultad; su rostro se hallaba perlado de sudor y resoplaba para llevar aire a su necesitado cuerpo.

—Dios quiera que no sea cierto —dijo a intervalos, mientras intentaba atraer aire a sus pulmones—. No puede ser cierto…

—Yo sé quién sepultará tus dudas —aseveró Manuela con tranquilidad al comprobar que su amado se encontraba bien, aunque su sensible alma sufría por la impresión de lo ocurrido.

Lorenzo sopesaba los treinta reales que había recibido como pago. En un principio el soldado había sido reacio a los ruegos de Manuela y Mariano, justificando su negativa porque solo podía acatar órdenes de sus superiores directos, pero cuando Mariano le explicó que ya medio Guadalajara estaba al tanto de lo acontecido en la cárcel y tan solo deseaban corroborar los rumores, el hombre aceptó.

—Juren por la Virgen de Guadalupe que no me expondrán —imploró.

—¿Acaso te delaté en Valladolid? —lo inquirió Manuela—. No, Lorenzo, jamás lo hice y jamás lo haré. Tú eres una pieza muy importante para realizar una gran obra en nombre de Dios Todo Misericordioso… y de paso salvar tu alma —concluyó en tono enigmático, intentando apresurar al soldado.

—Las operaciones suceden cada tercer día.

—¿Operaciones? —interrumpió Mariano

—Sí, mi general, así las llama el capitán Marroquín.

Manuela le demandó que continuara y el hombre agachó la cabeza avergonzado, pesaroso. Tras tomar aire prosiguió:

—Normalmente son cuarenta, no sé por qué ese número, pero cuatro decenas de infelices son llevados a la muerte cada tercer día con la mentira de que serán trasladados a pueblos cercanos. —Lorenzo removía con ansiedad la gorra militar que tenía en las manos, como si hablase con la prenda—. Los coroneles Alatorre y Muñiz juramentaron a la tropa para no decir nada de los operativos, pero no me sorprende que ya lo sepa medio mundo. —Los miró de frente por un instante y continuó hablando cabizbajo—: Más de uno debe haber descargado su conciencia contándoselo a alguien… no es fácil vivir con un peso así… Somos soldados, no verdugos.

—Por eso mismo, cuéntanos todo —lo motivó Mariano con gesto indulgente—. Deshazte de tus pecados.

—¿Tú has participado en los degüellos? —preguntó Manuela a rajatabla, con palabras que escondían rabia y desprecio.

—¡Ni lo mande Dios! —exclamó Lorenzo persignándose rápidamente—. ¡Yo no soy un criminal…! ¡A nosotros nos dejan con los prisioneros loma abajo, se los juro! El capitán Marroquín y unos

cuantos los van subiendo en partidas de cinco en cinco, a un paraje que llaman de San Martín, junto al cual comienzan unos despeñaderos que según dicen son harto profundos.

—¿Tú no has participado? ¡Dinos la verdad! —exigió Manuela.

—¡Se lo juro por la Virgencita! —El hombre parecía pedir clemencia, al tiempo que movía la cabeza para expulsar los recuerdos de su mente. Luego comenzó a hablar hipnotizado, mirando hacia la nada, sumido en el recuento de los horrores—. Aunque tengo las manos limpias es como si yo mismo los asesinara; no puedo acallar los chillidos de los infelices cuando los encueran para que las ropas no se maltraten y puedan venderlas. Dios mío, aquello parece el mismito infierno… Algunos de los desdichados se hincan a implorar misericordia al cielo; otros se zurran del miedo y no paran de gimotear intentando zafar las cuerdas que los aprisionan, con tal desesperación que las manos y los pies comienzan a sangrarles por las heridas que ellos mismos se producen. —Lorenzo pareció despertar de sus recuerdos y posó la vista en Mariano y Manuela, estupefactos, petrificados. Finalmente exclamó a punto de llorar—: ¡Arriba, en la loma, nunca he visto lo que sucede, lo juro…! ¡Solo se escuchan las carcajadas del endemoniado Marroquín y el galopar de su caballo yendo de un lado al otro!

Mariano comprimió la quijada con coraje, sin saber qué decir y mucho menos cómo proceder. El miedo se oponía a su alma cristiana, que le dictaba actuar a favor de aquellos infelices.

—«Porque el Señor ama la justicia y no abandona a quienes le son fieles. El Señor los protegerá para siempre, pero acabará con la descendencia de los malvados». —Manuela mencionó un salmo para infundir coraje a su marido.

—Tú eres mariscal, seguro puedes hacer algo —le repitió Manuela por enésima vez—; no podemos permanecer con los brazos cruzados.

Mariano se mostraba temeroso de acceder a las demandas de su esposa. El asunto no era cuestión menor: oponerse a las órdenes de Hidalgo sería desacato que cuando menos le costaría la libertad. Había insinuado el asunto a Allende y aquel había desestimado los rumores, con gestos tales que le hizo sospechar que se encontraba al tanto de lo ocurrido, siendo cómplice de los degüellos o, cuando menos, tolerándolos. ¿Qué podía hacer él para evitar las atrocidades? Nada.

—Al menos intentemos salvar a unos cuantos. —Manuela se había cruzado de brazos en la cama, recargada contra la cabecera de fina madera—. ¡Es una prueba que Dios pone en nuestro camino!

Mariano se mantuvo silencioso, con el rostro encajado en la almohada y dando la espalda a su esposa. Era cierto, debían actuar

bajo las leyes de Jesucristo, hacer el bien en nombre del Señor. ¿Acaso no era ese su credo, la razón por la que había deseado hacerse sacerdote?

—Hoy estuve practicando con pluma y papel… Creo haber encontrado la forma —prosiguió ella sin poder detenerse.

Se acercó a su marido para colocar una hoja ante su vista. Mariano la observó con desgano: era una hoja en blanco, pero al pie de ella se hallaba una firma conocida. Su estupor fue transformándose en miedo: ¡la letra era de Miguel Hidalgo y Costilla!

—¿Dónde conseguiste esto? —explotó preocupado—. ¿Te has metido al despacho de su alteza y la has robado? ¿Sabes a lo que te arriesgas?

—No te preocupes, hijito, no la he robado; yo misma he firmado… Ensayé toda la tarde hasta lograr trazarla idéntica y tú mismo eres testigo de que lo he logrado; no descubriste la falsedad.

Mariano giró para enfrentar a su esposa, reprenderla, hacerla entrar en razón, pero la traviesa sonrisa de Manuela le hizo capitular.

—Podemos fingir que su alteza ha dado orden de transferir a algunos reos bajo tu mando, luego los liberaremos.

—Y cuando el cura se entere te aprisionará, y en cuanto a mí, es capaz de fusilarme.

—Imposible; Hidalgo no desea que sus atrocidades se hagan públicas, y además al final de la ordenanza habrá una frase: «Manténgase en máxima reserva y no se comente a nadie, incluso a mi persona salvo pena de fusilamiento». —Antes de que su esposo pudiera comentar algo u oponerse, continuó hablando rápidamente—: También he considerado que, por desgracia, tan solo podremos salvar a unos cuantos, cuatro o cinco, no más porque sospecharían, así que en tus manos estará decidir quiénes habrán de vivir… Dios te ha dado un destino difícil, hijito, mas debes confiar en tu humildad y sabiduría.

—¡No, no y no! —fue lo único que atinó a decir.

A Mariano le temblaban las piernas de miedo y le tiritaban los dientes por el frío; había escogido a cuatro hombres de confianza para realizar el salvamento, y además a Pedrillo, su cuñado, como asistente. A nadie le explicó la acción que habrían de realizar, tan solo comentó que el cometido era en extremo delicado y requería de absoluto secreto; así lo exigía su alteza serenísima.

Se habían apostado frente a las puertas de la prisión, esperando la llegada de Marroquín y sus compinches; sin embargo, ya había pasado la una de la madrugada y el contingente del torero Marroquín no aparecía. Dudó si habían realizado con exactitud las cuentas, pero sí,

ese era el tercer día desde que se habían percatado de las ilegales extracciones de gachupines.

En eso aparecieron los verdugos y, al verlos acercarse, Mariano adelantó a su caballo hacia el de Muñiz, por ser el encargado de la prisión.

—Buenas noches, coronel. —Saludó llevando la mano derecha a la sien.

—¡Mi general! —exclamó sorprendido el otro y se cuadró irguiéndose sobre su caballo, dando muestras de preocupación, sabiéndose pillado en una maniobra que debería ser absolutamente reservada.

—No se preocupe, coronel, estoy al tanto de todo y vengo por orden precisa de su alteza —dijo mientras extendía el papel que portaba en la mano.

Muñiz leyó en silencio y tras concluir pasó la ordenanza a Marroquín, quien la ojeó con lentitud, balbuceando en voz baja palabras incomprensibles; por lo visto era escasamente letrado. Cuando la apartó de su vista, profirió en tono guasón:

—¡Quién lo hubiera pensado de usted, general Abasolo…! Yo que lo consideraba tan beato y piadoso.

A Mariano se le torció el estómago de cólera, pero se contuvo.

—Ya ve —comentó también en son de chacota—, los gachupines se han ganado enemigos hasta en los púlpitos de la Iglesia. Ya veremos si los prisioneros que he de llevarme son tan gallos como cantan.

El torero rio a mandíbula batiente, mientras se alisaba el bigotillo. Al salir los condenados a la calle, se le acercó murmurando para no ser escuchado por los otros.

—Si quiere le escojo a los más cabrones. —Se acicaló el copete y las patillas con aires de galán, queriendo mostrarse experto en los menesteres en que Mariano se iniciaba—. Ya voy teniendo experiencia en esto.

—Gracias, capitán, pero su alteza les tiene echado el ojo a unos cuatro.

Mariano pasó con su caballo frente a la fila de desgraciados, maniatados todos, observándolos uno a uno. «¡Dios mío, ilumíname!», rogó en silencio y dejó que su corazón mandara, descalificando de antemano a los ancianos, que de cualquier manera pronto morirían, y a los que eran públicamente conocidos por sus alevosas e inhumanas acciones. Descubrió a un hombre rezando y supo que esa era la señal del Señor; debería salvar a quienes tuvieran la voz del Creador en el alma. «Gracias, Dios mío», musitó y fue señalando a quienes le parecieron más piadosos o no cabía duda que oraban.

—¡Ah, qué barbaridad, mi general —carcajeó el torero mirándolo con un dejo de sospecha—, escogió a tres de los más pazguatos! Esos

no le van a hacer la fiesta… pero en fin, órdenes son órdenes.

Avanzaron dos cuadras con los tres reos, y al llegar al callejón del Ahorcado, colindante con el muro posterior del convento de Santa María de Gracia, Mariano hizo detener al piquete de soldados.

—Sargento Martínez, vayan ustedes a descansar; el soldado Taboada y yo nos encargamos de recluir a los prisioneros.

—Mi general, por nosotros no se preocupe —contestó el hombre—, si quiere lo acompañamos a cumplir su misión.

—Gracias, sargento, no hace falta; estos infelices son incapaces de hacer daño… vayan con Dios.

Tan pronto se alejaron, desmontó y fue al grupo de gachupines, que se arrimaban unos a otros, aterrados, intentando cubrirse de algún acto violento.

—No teman, hemos venido a salvarlos. —Mariano levantó la mano en son de paz y comenzó a desatar, con la ayuda de Pedrillo, las cuerdas de manos y pies, mientras uno de ellos se mantenía petrificado, incrédulo, y los otros levantaban plegarias de agradecimiento—. Los esconderemos en un lugar seguro, por favor guarden silencio. Fueron a la calle del Moro, donde Manuela y Remigio ya los esperaban.

Al verlos acercarse, ella alabó al cielo y fue con su marido a abrazarlo.

—¡Bendito sea Dios, lo has conseguido! —susurró para no perturbar el sueño de los dormidos ni llamar la atención de los serenos.

En seguida introdujeron a los liberados a una humilde casa, cuya dueña, una piadosa mujer, delgada y de ojos taciturnos, que debía criar a tres pequeñines a causa de su viudez, había convenido esconderlos a cambio seis pesos plata. Los gachupines, más nerviosos que corderos a punto del sacrificio, entraron y su sorpresa fue enorme: les habían preparado una cena con chocolate y huevos revueltos.

—Dos deberán esconderse en el pequeño sótano —dijo la señora con tono imperativo—; servía a mi marido para guardar los instrumentos de labranza.

—Los otros dos dormirán en el establo, sin salir de ahí jamás —ordenó Mariano—. Permanecerán aquí hasta que regresemos para ayudarlos a abandonar la ciudad. Es imperioso que no intenten contactar a sus familias; mi esposa se ocupará de ello. —Al mirar los rostros de los pobres hombres, aún extrañados por el suceso, le asaltó una gran ternura—. Entiendan que su vida y la nuestra está en juego.

—Despreocuparos —dijo uno de ellos, de baja estatura, calvo y con

un rosario en la mano—; vuestro cristiano proceder vivirá en mis oraciones hasta el último suspiro.

—Os estaremos agradecidos siempre —dijo otro y se hincó a besar la mano de Manuela, primero, y la de Mariano después, quien lo puso de pie de inmediato.

Un tercer hombre se unió al agradecimiento con lágrimas en los ojos, mientras el cuarto se había hincado agradeciendo al cielo. Su aflicción había sido tanta que ahora lloraban de alegría, sin alcanzar a creer que en realidad estaban salvados.

—¡Dios os otorgue la gloria de su corazón! —clamó entre sollozos el más rechoncho de los cuatro—. ¡Vosotros sois verdaderos santos!

—De ninguna manera, agradezcan las bondades a Dios; nosotros tan solo somos sus instrumentos —susurró Manuela.

—Deben saber que el Todopoderoso ha guiado mi mano —agregó Mariano, más para sí mismo que para los demás—; no fui yo quien los escogió.

Manuela se hincó para rezar y todos la imitaron.

—Dios mío —rezó el más joven, un hombre rubio, de treinta años, delgado y cabello rizado—. ¡Bendice a los esposos Abasolo!

Repitieron la misma maniobra dos veces más, pero como el astuto Marroquín recelaba de Mariano debido a que siempre elegía a quienes mostraban inclinaciones religiosas, debieron cambiar la estrategia. Primero Manuela se apuntó como voluntaria en el hospital de San Juan de Dios, y apalabró al prior de los monjes juaninos para que los apoyase, una anciano y pacífico hombre de nombre fray Bernardo. Agraciadamente, el rumor de los degüellos corría por las calles y no le fue difícil convencer al beato de lo benéfico de sus acciones.

La segunda parte del plan resultó un poco más complicada; Manuela consiguió una copia de la lista de prisioneros, por medio de sobornos, y junto con Mariano eligieron los hombres más adecuados para sus planes, a los que tenían hijos pequeños o su muerte causaría grandes penurias a la familia. Como se acostumbraba que los familiares de los reclusos les proporcionasen los alimentos, fue con los elegidos llevando una pócima de botica.

—Deberán verter unas gotas de este frasco en la comida que llevarán a la cárcel —explicaba Manuela a unos y otros—; esto le causará vómitos y diarrea, pero no se asusten, nada grave. Para su alivio serán trasladados al hospital de los juaninos; ahí nosotros los liberaremos.

Mariano con anterioridad había hecho llegar una carta al coronel Manuel Muñiz, en la que se ordenaba que cualquier enfermo aquejado con síntomas de diarrea, vómitos y dolores en el vientre fuese

inmediatamente trasladado al hospital de San Juan de Dios, porque una epidemia de cólera amenazaba con extenderse a la ciudad entera. Por supuesto, la orden iba acompañada de la rúbrica de su alteza serenísima, Miguel Hidalgo y Costilla, perfectamente falsificada por Manuela. Después, cuando el coronel Muñiz preguntase por los enfermos, se le informaría que habían perecido y se les había brindado santa sepultura.

Salvar vidas los llenaba de santo orgullo, aunque los miedos de Mariano se multiplicaban con la misma velocidad como crecía la cantidad de liberados. Las acciones se complicaban cada vez más, ya que debían ocultar a mayor número de personas y, después, acompañarlos clandestinamente a las afueras de la ciudad para que se diesen a la fuga.

Una noche, cuando Mariano dirigía una partida de dos liberados hacia el lindero poniente de la ciudad, para que de ahí se dirigieran a la villa de Zapopan, fueron interceptados por una cuadrilla de militares, dirigidos por el teniente Alcocer, un robusto chinaco de rudo hablar, famosa terquedad y ademanes groseros.

—Mi general —saludó marcialmente a Mariano, sin descubrir que este había palidecido de pronto—, ¿qué hace a esta hora por aquí? Tengo órdenes directas del capitán general Allende de no permitir que nadie, absolutamente nadie abandone la ciudad después del toque de queda.

—Hace bien en cuestionar incluso a sus superiores —dijo con afán adulatorio, y a la vez recalcando su rango militar con la intención de amilanarlo—. Mis órdenes son reservadas… provienen directamente de su alteza y ha puntualizado no comentar una sola palabra del asunto.

Tras observar la repentina turbación de Mariano y los angustiados rostros de los hombres que lo acompañaban, al teniente lo arremetieron fundadas sospechas.

—Lo entiendo, general, ¿podría mostrarme el salvoconducto?

Mariano supo que debía actuar con firmeza; jamás se les había ocurrido falsificar un salvoconducto y la situación se tornaba complicada.

—¡Teniente, una cosa es celar el deber con empeño y otra muy distinta cometer desacato a su alteza! —Levantó la voz para hacer valer su autoridad, aunque el miedo lo apremiaba—. Abra paso o deberé reportarlo directamente con su alteza.

El teniente se quedó impávido, observando a Mariano, luego a los gachupines, que se mantenían mudos para no ser sorprendidos por su acento, y después a los tres jinetes que lo acompañaban. Fue Pedrillo quien salvó la situación.

—Mi general Abasolo —dijo el muchacho adelantándose hasta

quedar a un lado de la montura de su cuñado—, ¿desea que vaya con su alteza para informarle de lo sucedido? Cuando nos dio la consigna todavía se hallaba despierto.

Mariano comprendió de inmediato la treta y decidió secundarlo.

—No creo que sea necesario, cabo. Seguramente el teniente comprenderá que no debe importunarlo, sabiendo a lo que se arriesga.

El teniente Alcocer sopesó la situación por un instante, después hizo recular su caballo, ordenó a su tropa franquear el paso y agregó:

—Pase usted, mi general, ojalá se digne a perdonar las molestias; a veces los deberes me obsesionan en exceso.

Mariano, sin agregar media palabra, los saludó marcialmente llevando la mano derecha a la sien y prosiguió el camino.

De entre todos los prisioneros, Manuela deseaba salvar a uno en especial: don Luis Gamba González, padre de la Capitana, a quien Hidalgo prometió liberar en el viaje hacia Guadalajara sin cumplir su palabra. Aunque el señor no había sido parte en ninguno de los operativos de Marroquín, estaba al tanto de que continuaba con vida ya que en la extensa lista de presos aparecía su nombre.

Tras el desafortunado evento con el teniente Alcocer habían decidido multiplicar precauciones, y aunque Mariano deseaba cesar los salvamentos, Manuela se opuso tajantemente; deberían continuar hasta que Dios les diese alguna señal.

Para liberar a don Luis Gamba, hizo llegarle alimentos por medio de Remigio, arguyendo que los enviaba Mariana, su hija. El hombre, según lo esperado, enfermó de vómitos y diarrea, por lo que fue trasladado al hospital junto con dos gachupines más; ahí los juaninos le dieron a beber brebajes que comenzaron a sanarlo para esa noche trasladarlo a Chapala.

Manuela esperaba a su marido con ansias, se restregaba las manos a causa de los nervios y caminaba de un extremo al otro del amplio portón del convento donde habían convenido en reunirse; desde que habían interceptado a Mariano con los prisioneros, habían decidido ser en extremo cautelosos y reducir en número las personas liberadas.

Mariano llegó un par de horas tarde de lo convenido y su rostro desencajado advertía malas noticias. De inmediato dio orden a sus soldados para que se dispersaran. Entonces comentó que por la tarde había acudido el coronel Muñiz en persona a constatar la salud de los gachupines y descubrió a tres con claras mejorías, uno de ellos don Luis Gamba, así que los trasladó de regreso a la cárcel.

—Decidí ir a las afueras de la cárcel —continuó Mariano— y esperar a que sacaran a los reos para llevarlos a San Martín. Pasada una hora sin que aquello sucediese averiguamos que habían acudido

más temprano y se llevó a los reos. —Abrazó a su esposa para reconfortarla; sabía lo mucho que le importaba la vida de dicho señor —. Lo siento mucho, Gatita; no podemos hacer nada… A esta hora seguramente habrán concluido de ejecutar a los inocentes.

En un impulso irrefrenable, Manuela se zafó de los brazos de su marido y con absoluta determinación exclamó:

—¡Vamos al paraje de San Martín; debemos saber si el padre de Mariana está muerto!

—¡De ninguna manera! —arremetió Mariano—. Que me acompañe Pedrillo; tú espéranos en casa.

—No arriesgaremos a nadie; que ellos sigan descansando. Tú y yo estamos unidos como las estrellas al cielo.

Desmontaron en una cañada cercana, dejaron ahí los caballos y subieron cautelosos por una colina de la cual provenían confundidos gritos lejanos; por lo visto, no habían concluido su horripilante función o ya se encontraban festejando. Al acercarse poco a poco subiendo por la empinada colina fueron distinguiendo que los aullidos de terror se mezclaban con toscas risotadas y exclamaciones de júbilo. Al llegar a unas cuantas varas de una planicie, protegidos tras la maleza, pudieron apreciar con dificultad que un jinete maniobraba el caballo con giros incesantes, y decidieron aproximarse hasta un montículo con arbustos y matorrales que les servirían de escondrijo.

Cuando alcanzaron a divisar lo acontecido, sus almas se estremecieron y Manuela debió ahogar un grito de horror: el paraje poseía una explanada de unas cien varas de ancho, en la cual distinguió numerosos cadáveres regados por distintas partes. Al extremo poniente de la pequeña planicie, que colindaba con una cañada, se hallaban grupillos de soldados con rifles en las manos, y al centro Agustín Marroquín hacía caracolear a su hermoso equino mientras hablaba a un corpulento hombre de espesa cabellera rubia, totalmente desnudo y aterrado.

—Ya lo sabes y lo has visto —dijo el torero entre risillas—; si logras llegar a la orilla del desfiladero y te escurres por ella, salvarás la vida.

En una mano Marroquín sostenía la antorcha y con la otra blandía una larga lanza, mientras en su cintura sobresalía un estoque, la espada que se empleaba en las corridas de toros, chorreada de sangre. Su camisa, húmeda y ensangrentada, mostraba los efectos de sus ejecuciones, y sus brillantes y endemoniados ojos hacían de la escena un aterrador aquelarre.

—¡Huye, pinche gachupín! —gritó de pronto, y el hombre se dirigió a toda velocidad hacia un extremo de la planicie.

El torero esperó a que se alejara unos diez cuerpos de distancia;

entonces espoleó con tal brío al caballo que este se levantó en dos patas para luego lanzarse a toda velocidad tras el infeliz. El pobre hombre corría descalzo, lastimándose con los pedruscos y espinas. Era imposible huir con agilidad. El jinete lo rebasó en un santiamén y, girando con destreza, obstruyó su carrera, por lo que el perseguido imprimió mayor brío y corrió hacia la derecha. Cuando vio que el caballo se dirigía hacia él, giró nuevamente a la izquierda burlando al agresor. Esto hizo que la cara de Marroquín se contrajera con un gesto de furia y sus piernas picaran a la bestia para alcanzar al infeliz, que ya casi libraba el comienzo del desfiladero.

Desde su escondite, Manuela quiso gritar, pero su esposo le tapó la boca con la mano y la estrechó contra su cuerpo, ordenando entre bisbiseos: «No grites; si nos descubren, estamos muertos».

Marroquín apuntó la afilada lanza hacia el fugitivo y la clavó en su espalda superior. El hombre profirió un aullido de dolor y cayó de bruces. El golpe fue tan violento que la garrocha se rompió y la punta quedó encajada al costado del omóplato. No obstante, se puso de pie y continuó, desesperado, en su afán por llegar a la orilla. El torero arremetió contra él con lo que le quedaba de lanza y lo volvió a derrumbar. El hombre se puso de pie tambaleante pero obstinado en su propósito; Marroquín se apeó de la bestia y de una trompada en la quijada lo hizo caer otra vez boca abajo. Desenvainó el estoque y se acercó al herido.

—¡Híncate ante mí y quizá te perdone la vida! —ordenó altanero.

El hombre se irguió sobre sus rodillas y suplicó:

—¡Por favor, tengo cuatro hijos… por favor!

—¡Calla…! ¡Humíllate ante mí en cuatro patas, como el animal que eres…! ¡Ríndeme pleitesía!

El hombre extendió las manos al suelo, inclinó el rostro profiriendo un alarido de dolor, al tiempo que Marroquín, soltando una soberbia carcajada, hundió el estoque en la nuca, como si fuera un toro de lidia. El cuerpo del infeliz se convulsionó con eléctricas sacudidas y tras varios espasmos quedó estático.

Mariano abrazaba con tal fuerza a Manuela que ella se sintió desfallecer.

—Descansen ya, muchachos —dijo el coronel Muñiz a los soldados, apostado en uno de los extremos del paraje—. Repártanse la ropa y que mañana venga una cuadrilla a esconder los cuerpos de estos desgraciados. Hoy ya es muy tarde.

Cuando Marroquín y sus secuaces se retiraron, Manuela y Mariano abandonaron su escondite para recorrer la planicie; los ensangrentados cuerpos se hallaban esparcidos por aquí y por allá entre los matorrales y la pajosa yerba decembrina. Algunos perforados de numerosas lanzadas en el lomo; otros, que por lo visto se habían

negado a correr, degollados vilmente, y varios más, con una estocada entre la nuca y la espalda. El cuadro era aterrador: todos los cadáveres se encontraban desnudos y varios habían sido pisoteados por el caballo del verdugo, con los rostros desfigurados o las extremidades rotas. En la barranca se hallaban tres cuerpos, todos perforados por diversos disparos de rifle; entre ellos, don Luis Gamba González, quien quizá había logrado esquivar al torero, pero no la puntería de los soldados, que disparaban a los pocos que lograban escapar.

Manuela no tuvo el valor de comparecer ante Mariana Gamba para informarle del fallecimiento de su padre. ¿Cómo podría narrarle la cruel manera en que había sido asesinado, cual bestia de lidia, en un ritual demoniaco y desgarrador? Su corazón no era capaz de comunicar tanto horror, pero pidió a Remigio que averiguase en el convento de Santa Clara si continuaba enclaustrada la desdichada huérfana; temía que Hidalgo la trasladase o, peor aún, la privase de la vida.

27

EL SANTO VENENO

Enero y febrero de 1811

La casa donde habitaba Allende era amplia y lujosa, de altos techos, paredes profusamente decoradas con cuadros religiosos, canapés forrados de damasco, sillones de finas maderas, biombos con escenas bucólicas y un candil de telaraña con doce brazos de cristales que colgaba majestuoso en el salón principal. Mariano había sugerido que se encontraran ahí para alejarse lo más posible del cura y sus espías; ya en dos ocasiones habían estado a punto de ser descubiertos; es más, si tan solo comenzaban a correr rumores de sus correrías o nacían sospechas en Hidalgo, estarían perdidos.

Allende los invitó a sentarse en un hermoso canapé tapizado en azul bermellón, a cuyo frente se levantaba una esbelta mesilla de fina marquetería sobre la que reposaba una jarra de talavera y tasas; Manuela sirvió el café a los hombres y de inmediato narró lo acontecido en el paraje de San Martín. Le sorprendió que Allende no realizara una sola mueca de disgusto o sorpresa, con lo cual demostró que estaba al tanto de los degüellos.

—Tu corazón no es desalmado y la salvación eterna de tu alma está en riesgo —concluyó Manuela—; una cosa es matar en las lides de la batalla y otra asesinar impunemente a inocentes.

—Lo sé, Manuela, y créeme que pronto habrán de cesar. Espero que no hayan comentado este asunto a nadie.

—Descuida, hemos guardado el secreto —dijo Mariano.

—¿Has enfrentado a Hidalgo? —inquirió Manuela esperanzada.

—Más que eso, te lo puedo asegurar —contestó Allende en tono misterioso—. Estoy convencido de que debemos hacer algo para detener sus canalladas. Ahora discúlpanos por favor, debo conversar un momento con tu marido sobre asuntos de milicia.

Los dos hombres salieron del salón y Manuela siguió tomando su café con leche, además de comer a trocitos un bizcocho de membrillo; desde días atrás la asaltaban repentinas náuseas que le robaban el apetito. Se puso de pie para curiosear mientras regresaba su amado y fue a echar un ojo a una cómoda que en su parte superior tenía papeles revueltos, en general ordenanzas dirigidas a los distintos generales y coroneles, referentes a asuntos tan llanos como revistas de tropa, disciplina, adiestramiento y otras burocracias castrenses. Entre aquel cúmulo de documentos le llamaron la atención tres frasquillos de cristal tapados con pequeños corchos, a todas luces remedios elaborados en alguna botica. Sabía que Allende gozaba de excelente

salud, pero por lo visto les ocultaba algún padecimiento; además, debería ser cuestión de gravedad por el número de pócimas que debía ingerir.

Destapó un frasquillo y lo olió para intentar reconocer el medicamento que contenía. El aroma le recordaba a las almendras, pero más ácido, y su aspecto era similar al del agua. Destapó los otros dos frascos y descubrió, para su sorpresa, que el contenido era el mismo. «Quizá no sean para Allende», pensó ensimismada, «sino para algunos enfermos con el mismo mal».

En eso entraron Allende y su amado, fingiendo conversar tranquila y desenfadadamente, pero no la engañaron; de solo mirar a su marido supo que algo le consternaba; lo conocía como a su propia sombra.

—¡Veneno! —repitió Manuela para asegurarse de haber escuchado bien.

—¡Baja la voz! —la apremió Mariano mirando a su alrededor para constatar que nadie la hubiera escuchado; por fortuna estaban solos, sentados en una banca de la plaza del portentoso hospicio Cabañas—. Me he negado a formar parte de su plan, no porque esté en contra… solo que… —Pensó la palabra correcta que expresara sus sentimientos y continuó—: Dios no me hizo verdugo… Por demás, le expliqué que no tengo la templanza para realizar tal cometido.

—Actuaste bien, hijito —dijo ella reponiéndose del asombro—. No puedo creer que Allende intente matar al cura… ¡Santo cielo, cuántas bajezas acarrea la guerra!

—Ignacio culpa a Hidalgo de haber actuado indebidamente para hacerse del poder absoluto del movimiento, de actuar en contra de nuestra majestad Fernando VII, de motivar los saqueos, el desorden, de haber perdido la batalla en Aculco por no hacerle caso, de no defender Guanajuato, además de los injustificados asesinatos de centenares de prisioneros. Está convencido de que eliminándolo el movimiento triunfaría rápidamente. Es más, ya consultó al padre Gómez Villaseñor, gobernador de la mitra, quien le aseguró que Dios vería con buenos ojos el crimen y exoneraría a los autores.

A Manuela le tranquilizó saber que el padre Gómez bendijera la acción, y sopesó los planes de Allende: como era notorio que la plebe adoraba a Hidalgo, no podía encarcelarlo, ni siquiera destituirlo; debía fingir algún mal fatal, para lo cual resultaba ideal recurrir al veneno.

—Pero dime, ¿quiénes serán los encargados?

—El doctor Francisco Maldonado ha conseguido el bebedizo; Allende, su hijo Indalecio y el teniente general Joaquín Arias llevarán un botellín en sus ropas, y buscarán el momento propicio para verterlo en los alimentos de su alteza serenísima.

—Has obrado bien; no manchemos nuestras manos con asesinatos, aunque sean lícitos ante los ojos de un sacerdote. —Manuela se puso de pie y tomó la mano de su esposo; tras darle un beso en la mejilla agregó—: La misión que Dios nos ha encomendado es salvar a los inocentes; Hidalgo dista mucho de serlo.

Al caminar les sorprendió el atronador ruido de cientos de tambores acompañados de terroríficos aullidos; apresuraron el paso y al llegar a la plaza central descubrieron la avanzada de miles de indios, cinco o siete mil, según le habían comentado a Mariano, que acudían para integrarse al ejército independiente. Eran oriundos de Colotlán y vestían largas túnicas bordadas con franjas rojas, danzaban y gritaban con estruendo al son de sus tambores, profiriendo bravíos gritos de guerra.

—Además de los degüellos, de nuevo lleva a miles de inocentes al matadero —dijo Mariano mortificado—; sus únicas armas son hondas, mazos y arcos con flechas. ¡Qué podrán hacer contra los cañones de Calleja!

En Guadalajara, Hidalgo había logrado forjar un ambiente de jubiloso triunfo como si la guerra no existiese, de no ser por los numerosos militares que deambulaban día y noche por sus calles. El Coliseo de la Comedia se encontraba a diario pletórico e Hidalgo acudía a las funciones de teatro o de música, cuando menos dos veces por semana, para ser vitoreado. No perdía ocasión para echar campanas al vuelo y celebrar, ya fuese algún triunfo insurgente en las provincias del norte; la publicación de *El Despertador Americano*, cuyos artículos se hacían leer en iglesias y plazas públicas; la partida de don Pascasio Ortiz de Letona hacia Estados Unidos como embajador; una revista general de tropas o las fiestas de Navidad. La ciudad vivía en continua algarabía, y se percibía un ánimo triunfal entre la soldadesca y sus habitantes.

—Es fundamental exaltar los ánimos populares —dijo con sonrisa pícara a su hermano Marianillo, quien le ayudaba a vestirse con el uniforme militar para una revista general de las tropas—. La victoria total se avecina y no debe existir una sola persona de espíritu contrario.

—Despreocúpate, Miguel, el pueblo confía en ti, y cualquier intento en contra de la revolución sería inmediatamente quebrantado.

—Los traidores siempre se ocultan tras la máscara de los halagos. —Hidalgo se colocó unas botas negras con ayuda de Marianillo y se puso de pie mirando fijamente a su hermano—. Me preocupa Allende; he abolido el nombre de Fernando VII de todos los edictos, y eso no le gusta. Él desearía que todo continuase igual que siempre, pero con un gobierno formado por americanos y no por gachupines.

—Aún recuerdo la cara que puso hace unos días, cuando descubrió que en tu despacho y en todo el Palacio Nacional no hay un solo retrato del mequetrefe —comentó Marianillo con tono pícaro, alisando la banda de terciopelo que cubría el pecho del cura—. Estaba muy contrariado, pero no dijo nada; se debe haber mordido la lengua para no estallar en insultos.

—Tanta muerte y tanta calamidad para continuar como antes, bajo la explotación de un arbitrario tirano, sería tanto como escupir en las tumbas de los caídos. Que despotrique si quiere, pero no he de recular; ningún rey volverá a gobernar nuestra patria.

—Los principales militares lo respetan, debes tener cuidado. —Marianillo se hallaba sinceramente preocupado; si Allende decidía enfrentarse a su hermano, solo Dios sabía quién triunfaría.

—Lo apoyan unos cuantos, los que antes formaban los regimientos provinciales —comentó Hidalgo—, pero la mayoría de los ejércitos me son totalmente leales. Nuestras tropas han crecido como la espuma porque hacen caso a mi llamado, no al suyo…

—¿Crees que Allende sea capaz de alguna bajeza?

—El frenesí de la guerra nos impulsa a comportarnos de maneras que escapan a la imaginación más febril. Bien sabe que seré el jefe del movimiento mientras tenga vida, y le molestan mis decisiones; a diario quiere convencerme de que ataquemos a Calleja en guerrillas, como lucha el pueblo español contra los franceses.

—No me parece una idea insensata —comentó Marianillo sacudiendo con su mano algunas pelusas de las hombreras.

—No, Marianillo; nuestro ejército es mucho más numeroso que los regimientos reales; venciéndolos de un solo golpe habremos triunfado por completo. —Fue hasta el espejo para mirarse, se arregló la melena y continuó—: Insensato sería debilitarnos en grupillos dispersos; nuestro deber es concluir a brevedad lo comenzado.

Hidalgo se colocó dos pistolas en la cintura y el bicornio sobre la calva; al mirarse en el espejo se irguió orgulloso; tomó la cajilla de plata con rapé, inhaló una pisca y pensó que en realidad los uniformes militares hacían lucir más gallardo a cualquiera.

No supieron si alguien había prevenido al cura o actuaba pensando que los enemigos podrían infiltrar un asesino entre sus más cercanos, pero era evidente que maliciaba de cualquiera: antes de probar bocado, daba a comer sus alimentos a otro y siempre lo acompañaban sus dos guardas personales, Agustín Marroquín y Vicente Loya, incluso cuando iba a defecar. Además, si debía salir a la calle, doce lanceros lo escoltaban a cada paso.

A Mariano le hubiera gustado alejarse lo más posible del cura para no inmiscuirse en el plan de Allende; sin embargo, por servir a las órdenes directas de Hidalgo le resultaba imposible evadirlo, y, si bien dedicaba gran parte del día adiestrando a la tropa, en especial a la caballería, el resto se lo pasaba en palacio. Con frecuencia Hidalgo lo invitaba a comer o lo hacía llamar para ordenarle asuntos muy puntuales, usualmente naderías. Ignacio Allende también solía acudir a dichas comidas, donde se servía buen vino y ricas viandas; se compartían chismes, chascarrillos y se charlaba de los avances tanto del gobierno como del ejército.

Tras la revista general de aquel día, celebrada de nuevo en los llanos cercanos a la ciudad, Hidalgo venía derrochando buen humor: los efectivos ya sumaban un poco más de treinta mil soldados. Aunque de ellos tan solo tres mil cuatrocientos eran soldados de carrera, perfectamente armados y disciplinados, y los treintaidós mil restantes carecían de disciplina, instrucción militar y armas adecuadas, superaban en mucho a los siete mil quinientos efectivos que poseía Calleja. Días antes había llegado a Guadalajara un puñado de desertores realistas, quienes le informaron de los pormenores del enemigo; por si fuera poco, le aseguraron que la mayoría de la soldadesca realista, conformada casi en su totalidad por criollos, estaba dispuesta a desertar a la primera ocasión.

—Calleja pronto morderá el polvo… ¡Y no le sabrá a pinole, sino a su propia sangre! —carcajeó el cura, lo cual causó gran jolgorio en los reunidos, que bebían vino mezcal de Tequila para celebrar.

—Ojalá demore su ataque un poco más; los soldados no están bien entrenados —apuntó Allende con sinceridad.

—¡No podrán contra nosotros! Para vencer a los realistas solo se requiere conseguir hombres hechos y derechos… y de esos nos sobran —terció el Amo Torres, hombre enjuto cuyas pobladas patillas y carnosos labios le conferían un aire de sempiterna preocupación—. Yo le aseguro, mi general Allende, que los hombres de estas comarcas son más bragados que cualquiera, ya verá —concluyó levantando su copa en señal de brindis—. Para tomar Guadalajara no se necesitó otra cosa que coraje… ¡Brindo por el ejército independiente!

Los hombres, que eran el Estado Mayor del ejército en pleno, y se hallaban conversando en el enorme salón comedor, de robusta y fina madera, levantaron los vasos para beber un buen trago. Los generales Aldama y Arias apoyaban los razonamientos de Allende, pero los otros, incluido Mariano, se habían convencido de que, tal como aconteció en la batalla del monte de las Cruces, saldrían victoriosos por la superioridad numérica.

Los militares iban tomando asiento en la mesa para comer y Allende, quien se había sentido menospreciado, tomó la palabra.

—Será lo que quieran, pero los hombres bien entrenados son doblemente efectivos. Por el estado en que se encuentran nuestras tropas funcionarían mejor en una guerra de guerrillas; ahí sí que serían muy eficaces.

—¡Otra vez la burra al trigo! —arreció Hidalgo con un dejo de fastidio—. Ya hemos discutido eso varias veces.

—¡Y no me cansaré de repetirlo! —arremetió Allende con enojo—; una cadena de errores nos ha alejado del triunfo. ¡Debemos actuar con sabiduría, no con valentonadas!

El silencio se apoderó de la habitación; todos habían presenciado las continuas discrepancias entre los dos líderes, pero cada vez que acontecían preferían mantenerse a prudente distancia. Allende, a punto de explotar en cólera, decidió salir por un instante y tranquilizarse.

—Voy a orinar y regreso, señores. Comiencen a comer sin mí.

—Pues lávese bien las manos, general, que doña Beatriz hace una birria de chivo para chuparse los dedos… No le vaya a saber a meados —bromeó Hidalgo para romper el hielo.

Mariano, sentado a un lado de Hidalgo, rio a la par de sus colegas, pero de inmediato se contuvo: ¿Allende habría salido para verter el veneno en el plato del cura? No tardó en aparecer un mozo vestido de librea, que a todas luces conocía las mejores maneras para servir una mesa. Portaba una amplia bandeja con varios platos hondos servidos con birria que colocó sobre el descansillo del trinchador. Tomó uno en especial y lo sirvió a Hidalgo.

—Este es el de su alteza… con chiles toreados, como le gusta —explicó el mozo y procedió después a servir a los demás.

Mariano no pudo evitar clavar su aterrada mirada en el plato del cura, con tal intensidad que el otro reaccionó:

—Ah, qué caray, mi querido Abasolo, parece usted muerto de hambre; coma primero, ahora me traen a mí —dijo Hidalgo pasándole el plato.

—No, no, su alteza, usted primero, por favor…

—Nada, ya lo he dicho, esta birria es suya…

—Es que no como tanto picante. —Quiso excusarse con un gesto de terror en los ojos.

—Válgame el cielo, ahora nos ha resultado medio marica el teniente general. —Lo miró con una sonrisa traviesa y agregó—: Demuéstrenos que es hombre y cómase un taco… ¡Ande, es una orden!

Los hombres en la mesa miraban divertidos a Mariano, que aterrado intentaba retirar el plato de su sitio.

—Perdóneme usted, su alteza, pero no puedo… es que…

—¿Padece usted de agruras… de almorranas?

Los hombres reían abiertamente. En ese momento Allende entró al

salón.

—Coma usted; quien no soporta un chile bravo no será feroz en el combate. —Allende se unió al jolgorio, pero viendo que su amigo seguía petrificado se le aproximó, agarró una tortilla, cogió con ella un trozo de carne y lo comió.

—Pues la verdad sí está picante, pero seguro que esta birria no lo matará. —Hizo una pausa, se apartó un paso, soltó un sonoro pedo y concluyó—: Cuando mucho le causará flatulencias.

Ante la risotada general, Mariano tomó la cuchara y probó el caldo con un trozo de carne. Le ardió la lengua, pero, en vez de quejarse, lo disfrutó con resoplidos de tranquilidad.

Manuela continuó la tarea de salvar unas pocas vidas. Enviaba comida adulterada a varios presos, incluso a espaldas de su marido. Ahora le ayudaba Teresa, sin enterarla de los degüellos. Le hacía creer que solo liberarían a inocentes. Sin embargo, para evitar riesgos ya no trasladaba a los gachupines liberados a otros poblados sino que los dejaban debidamente escondidos con sus familiares. Los carceleros se hallaban más preocupados por la proximidad de Calleja que por la salud de los gachupines. Aun así, de vez en cuando se aparecía el coronel Muñiz para verificar el estado de los prisioneros, y si acaso descubría a uno medianamente sano, lo retornaba a la cárcel.

A diario, antes de dormir, Manuela rezaba por Rafaelito, a quien extrañaba con toda su alma, y al finalizar repetía un salmo bíblico para infundirse fuerza: «El justo será siempre recordado; ciertamente nunca fracasará».

El mercado principal de la ciudad, al que llamaban Parián, en Guadalajara, se ubicaba al extremo oriente del convento de Santa María de Gracia. A Manuela le agradaba visitarlo en compañía de Teresa o de Maricela, porque las frutas y hortalizas formaban una explosión de colores y aromas para halagar todos los sentidos; en sus tenderetes lucían esplendorosas pitayas, mangos, cocuixtles, limas, guamúchiles, rabanitos, guayabas, naranjas y otras delicias más. Aquella mañana, mientras Teresa se entretenía escogiendo una docena de ciruelas para llevarlas a casa, pues sufría de estreñimiento, Manuela descubrió a Indalecio, el hijo de Ignacio Allende, que absorto en sus pensamientos miraba hacia el infinito, totalmente ido, sin atender al vendedor que le proponía precios y hasta le invitaba a catar un gajo de mandarina.

El muchacho, de espigado cuerpo, ojos vivos y carácter alegre era fiel partidario de la causa independiente, en especial de las ideas de su padre, a quien idolatraba. Normalmente le servía de asistente, por lo que conocía todos los pormenores del plan de envenenamiento, además de guardar él mismo un frasquillo con la encomienda de utilizarlo a la primera oportunidad.

Manuela se acercó a saludarlo.

—Buenos días, Indalecio, ¿cómo estás?

—¡Ah, es usted, *madame*! —contestó saliendo de su concentración con gran sobresalto.

—¿Qué sucede? Te veo nervioso.

—No haga caso, ya se me pasará… son días difíciles.

—Puedes contarme lo que te aflige —expresó cariñosa. Intuía que el muchacho ocultaba algo—. Tu padre confía absolutamente en nosotros y estamos al tanto de los asuntos más reservados. —Manuela miró a sus lados constatando que no hubiera alguien cerca y cuchicheó—: Por ejemplo, sobre los tres frasquillos.

Indalecio abrió los ojos como platos, sorprendido, pero también de cierta manera aliviado al poder conversar con alguien de aquel peliagudo asunto.

—Mi padre tiene urgencia de completar el plan; dice que la terquedad de su alteza puede llevarnos a la ruina en la batalla contra Calleja.

—¿Y cuándo será el día oportuno? —preguntó con un gesto de complicidad—. Así podremos estar prevenidos para ayudar en lo que podamos.

—Pues me ha recalcado, *madame*, que no debe pasar de hoy, dice que después podría ser demasiado tarde. Por eso he venido a comprar pitayas, que tanto alegran… ya sabe a quién.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Manuela fingiendo alegría—. Estaremos al tanto para auxiliarlos.

Se despidió de Indalecio con un beso en la mejilla y retornó a su casa rogando a Dios que su amado no hubiese salido aún a sus deberes.

Mariano estuvo en cama todo el día por sugerencia de Manuela; habían mentido a todos un padecimiento de diarrea y vómitos, en especial a Hidalgo, a quien enviaron una nota con Remigio. Él simplemente exclamó: «¡Carajo, bien le dije que no fuera a meter las narices a la cárcel!». Para que nadie sospechase del engaño, Manuela fingió en repetidas ocasiones vaciar la bacinica en las letrinas de la casona. Cuando Teresa y Maricela quisieron visitar al enfermo, lo evitó alegando que las miasmas de la enfermedad podían ser en extremo contagiosas.

Pasaron el día leyendo, ya que en la casona existía una pequeña biblioteca con algunos libros de poemas y la mayoría de temas religiosos. Durmieron perezosos a intervalos; hicieron el amor con extremo sigilo, sonriendo cual chiquillos que cometen alguna travesura. No obstante, a ratos recordaban lo que había dicho Indalecio: «No debe pasar de hoy», entonces sus ánimos se sumergían en sentimientos inquietantes y contradictorios. Manuela intentaba justificar su complacencia a tan funesta acción con los atropellos cometidos por el cura. Repetía una y otra vez que con una sola muerte se salvarían cientos o miles de inocentes. Mariano, por su parte, rezaba y pedía perdón a Dios Misericordioso; solo eso.

Como a las cinco de la tarde dormitaban tranquilamente abrazados en la cama cuando los sobresaltó el estrépito de varios golpes en la puerta.

—¿Será que ya ha concluido todo? —susurró Manuela, más para sí que para su amado, quien estiraba los brazos para deshacerse de la pereza. Se levantó ansiosa, fue a la puerta y abrió: era Pedrillo, entusiasmado y a las carreras.

—¡Mariano! —Solamente Pedrillo se atrevía a tutearlo—. Debes venir ya mismo… su alteza urge tu presencia.

Sin entender a bien qué sucedía, si Hidalgo agonizaba o había fallado el complot, Mariano se negó en un principio.

—¿No le has dicho que estoy con deposiciones?

—Ha dicho que aunque estés completamente zurrado debes presentarte a consejo de guerra… ahora mismo.

El Estado Mayor del Ejército Independiente se encontraba reunido en el salón del Palacio Nacional, enorme espacio para el pequeño puñado de militares que miraban con detenimiento un mapa extendido sobre la gran mesa y discutían acaloradamente. Las paredes, adornadas con gobelinos y pinturas que alternaban santos, vírgenes y obispos, fungían como silentes testigos.

Los espías habían referido que el ejército de Calleja se encontraba en San Juan de los Lagos, en la comarca denominada como los Altos de Jalisco, con un contingente de seis mil hombres perfectamente adiestrados y adoctrinados, pues, aunque eran americanos, se consideraban los auténticos defensores de la religión y de su majestad Fernando VII. También se supo que un contingente de cuatro mil realistas marchaba desde Valladolid para unírseles.

—Es imprescindible destruir a Calleja antes de que reciba refuerzos; lo demás sería pan comido —dijo el Amo Torres.

—Señores, contamos con treintaicinco mil efectivos y el enemigo con seis mil; somos casi seis veces más numerosos —agregó Hidalgo tajante, blandiendo el bastón de mando que de cuando en cuando utilizaba—. Les venceremos igual que en el monte de las Cruces.

—No lo dé por sentado —intervino Allende levantando la mano en señal de protesta—; nosotros poseemos apenas tres mil cuatrocientos soldados con entrenamiento adecuado, y poco menos de mil fusiles. Del resto de nuestros efectivos, una mitad ha sido escasamente disciplinada y la otra conforma una turba que podrá entorpecer cualquier acción planeada. De producirse un desorden como el de Aculco estaremos perdidos.

—Nada, nada —lo contradijo el Amo Torres—, además contamos con cien cañones… De ninguna manera podrán contra nosotros.

—Y si no hemos podido entrenar a los soldados mucho menos a los artilleros —insistió Allende—; no sabrán direccionar correctamente los cañones, con peligro para nuestras propias tropas. Además, su indisciplina los hará batirse en retirada a la primera embestida, lo cual permitirá que el enemigo se apodere de puntos estratégicos.

—¿Y qué propone, general Allende, dividirnos en guerra de guerrillas, como ya lo ha mentado hasta el cansancio? —Hidalgo alzó la voz en tono de mofa; no permitiría que su otrora amigo se saliese con la suya: la victoria estaba a dos palmos de sus narices y no la dejaría escapar por nada del mundo.

—Por supuesto que sí; desde Aculco sugerí la misma estrategia y al desoírme sufrimos caos, desorden y perdición. —Se levantó del asiento y fue caminando alrededor de la mesa donde se encontraba el mapa y sus colegas—. Si nos dividimos en pequeños pero ágiles grupos,

podremos ir debilitando a los realistas hasta acabar con ellos… Además, para que la guerrilla venza a los realistas no se necesita un gran entrenamiento militar; la astucia y la valentía son las claves del éxito.

—Nada, es imposible que los realistas nos derroten —arremetió Hidalgo con decisión—. Pero no deseo imponer mis razones, sugiero que votemos.

Mariano no opinaba, tan solo escuchaba los pros y contras sin tomar partido, aunque se inclinaba a dar la razón al cura; la supremacía numérica les facilitaría la victoria. Los diferentes generales fueron externando sus puntos de vista. La mayoría coincidía en que la superioridad auguraba una rápida victoria.

Muy pocos, entre ellos el teniente general Juan Aldama y el general Joaquín Arias, secundaron la propuesta de Allende. Sin embargo, disciplinado como siempre, se vio obligado a acatar el voto general y aprestarse a organizar un plan de ataque, ya que él dirigiría los embates. Escogió como campo de batalla el paraje conocido como Puente de Calderón.

Absolutamente seguro de la victoria, Hidalgo exclamó entre risas: «¡Desayunaré en Puente de Calderón, comeré en Querétaro y cenaré en México!». Después dio órdenes de que las tropas estuviesen listas para marchar a la mayor brevedad posible.

Tras la partida de Mariano y los ejércitos, Manuela se dirigió presurosa al hospital de San Juan de Dios para atender a los falsos enfermos. Al traspasar las gruesas maderas del pórtico la esperaba fray Bernardo visiblemente angustiado. La tomó del brazo y la llevó a un rincón apartado para comunicarle las malas noticias.

—Marroquín y un nutrido grupo de jinetes se nos han adelantado y se llevaron incluso a los que aún padecían el mal de la diarrea —susurró el anciano, abrazándola con afán de brindarle consuelo—. Me temo que para estas horas ya habrán consumado su macabro cometido.

El dolor de la impotencia se apoderó de Manuela; tanto afán por salvar vidas sin conseguirlo, tanta preocupación y desvelos aun a riesgo de su propia seguridad no rendían frutos; el demonio infiltrado en el corazón del ejército insurgente era más poderoso que ella. Desesperada recorrió las salas del nosocomio y vio camas vacías por doquier. Su dolor se acrecentó cuando el prior, al despedirla, le comentó:

—Hoy fueron más de cien, porque el torero ya traía consigo un número considerable de víctimas.

Derrumbada ante el fracaso y temerosa por la vida de su amado,

que comandaría la caballería durante la batalla, se recluyó en la catedral junto con Maricela y Teresa a implorar por la vida de su esposo y el éxito de la independencia. Si ese día triunfaban y después Allende lograba asesinar a Hidalgo, su mundo retornaría a la normalidad.

Al fondo de una hondonada fluía el río Verde, atravesado por el llamado Puente de Calderón, sobre el cual cruzaba el camino a Guadalajara. Dicha ruta provenía de unas lomas, pasaba por el puente y ascendía a otras colinas. El susurro de las aguas, el chillido de las águilas y el crujido de los marchitos pastizales, por ser temporada de secas, eran los únicos sonidos de aquella extensa hondonada.

Las tropas insurgentes habían tomado posición intentando ubicarse en los sitios más favorecedores: al norte del puente habían colocado lo principal de la artillería, que constaba de sesentaisiete cañones, además de otra veintena de obuses distribuidos en diversas partes; la infantería disciplinada se organizó en dos divisiones: una detrás del semicírculo que formaba la artillería principal y otra pasando la ribera del río. La caballería se desplegó a los flancos de las baterías, con los flecheros de Colotlán abajo, y a la izquierda se encontraba la reserva: unos veinticinco mil hombres, en su mayoría poco armados, entre ellos quince mil jinetes.

La artillería central y la división de infantería eran dirigidas por José Antonio, el Amo Torres; la batería de la izquierda, por Juan Aldama; la división de avanzada sería comandada por Onofre Gómez Portugal; la caballería estaba a cargo de Mariano Abasolo; los indios de Colotlán serían dirigidos por el padre Calvillo, y el grueso de la reserva se hallaba a las órdenes de Miguel Hidalgo. El dirigente en jefe de la batalla sería Ignacio Allende.

Por su parte, Calleja organizó tres columnas de ataque: una de caballería comandada por el general Miguel de Emparán, con el objetivo de caer sobre las reservas y lo más nutrido de la artillería. Otra, de caballería e infantería, al mando del conde de la Cadena, para que atacara la artillería de Aldama; y la tercera, comandada por el coronel Jalón, debía atacar por el centro. Calleja permanecería con la reserva para acudir a donde fuese conveniente.

Los realistas comenzaron el ataque: la columna del conde de la Cadena cruzó el río para enfrentarse a las divisiones del Amo Torres con intención de apoderarse de buena parte de la artillería insurgente. Aunque atacaban con energía, fueron rechazados en dos ocasiones consecutivas y sufrieron numerosas bajas. Emparán, en tanto, avanzó a galope hasta cerca del margen derecho, pero para su sorpresa fue recibido con un nutrido fuego que diezmó a su gente, al grado de que

él mismo, derribado del caballo y con una herida en la cabeza, debió retirarse del campo. Pero no todo resultaba negativo a los realistas: la columna del centro, al mando de Jalón, atravesó el puente para atacar las posiciones de los independientes y logró rápidamente apoderarse de una batería de siete cañones situada a la izquierda de las colinas.

Calleja entonces avanzó al centro, desde donde pudo observar a plenitud la planicie y darse cuenta de que Emparán estaba totalmente vencido, mientras que el conde de la Cadena se hallaba en graves aprietos. Multiplicó esfuerzos para reorganizar su ejército y reforzar los flancos, sobre los cuales llovía el virulento ataque de la artillería insurgente, además de flechas y piedras lanzadas por los indios de Colotlán.

Mariano, montado en su caballo y a un lado de Pedrillo, también observaba: los insurgentes triunfaban en ambas alas del campo. El conde de la Cadena se veía forzado a retroceder ante el fuego formidable de la artillería, y en el otro flanco, la columna del conde de la Cadena era rechazada por tercera ocasión, y aunque acudía en su auxilio un segundo batallón realista, no lograban avanzar.

Entonces Calleja se vio obligado a socorrer al conde. Abandonó las posiciones centrales conquistadas e intentó reagrupar sus fuerzas con urgencia. Logró reunir al groso de sus tropas sobre el puente, pero su estado era lamentable: el desorden había cundido entre los realistas; muchos se hallaban heridos y los restantes daban muestras de fatiga y desaliento.

Mariano pensó que la victoria les pertenecía; cuatro horas llevaban de batallar sin descanso cuando los restos del ejército realista comenzaban a replegarse; estaba seguro de que de un momento a otro las trompetas enemigas tocarían retirada.

—El cura tenía razón —dijo a Pedrillo, siempre a su lado—, la superioridad numérica nos está proporcionando la victoria.

En ese momento escuchó un estallido ensordecedor y espantado miró a sus espaldas: una granada había caído en un carro repleto de municiones, situado en medio del campo insurgente, y lo hizo volar con espantosas y consecutivas detonaciones.

El estruendo sembró el pánico entre la soldadesca agrupada en la planicie, en especial entre los indios y soldados sin adiestramiento, ubicados junto a Hidalgo, que empezaron a correr sin acertar hacia dónde dirigirse. Como los pastizales estaban completamente secos, se produjeron de inmediato portentosas llamaradas que se extendieron entre las líneas insurgentes. La humareda era tan profunda que los cegaba y, aunado al espanto por estallido, un terrible desorden se extendió como rayo por la tropa.

Mariano descubrió que Calleja aprovechaba el incidente y sin perder tiempo ordenaba a los suyos atacar. Los realistas, motivados por la

furia de su general, avanzaron a galope, unos, y corriendo otros, hasta quedar a distancia de fuego para apuntar con sus fusiles y disparar contra los independientes, que ciegos a medias intentaban esquivar las balas. Comenzó una desbandada general de soldados que se atropellaban mutuamente y caían unos sobre otros.

En vano, Allende, apoyado por Aldama y Arias, intentaban detener la fuga de la indisciplinada tropa. Solo un reducido contingente de soldados atendía a sus órdenes, quienes, con los ojos ardientes por la fumarada, sin poder distinguir al enemigo ni respirar debidamente, solo podían proteger la retirada del ejército.

Entre aquel caos, Mariano retrocedía despacio sin participar en la contienda, más bien buscando un sitio donde guarecerse.

Fue a las tres de la tarde cuando el ejército de Calleja, después de siete horas de lucha en que varias veces estuvo a punto de ser derrotado, ocupó vencedor las posiciones de los insurgentes. Se apoderó de ochentaisiete cañones, gran cantidad de armas, municiones, pertrechos, banderas y varios de los uniformes que usaba Hidalgo, los cuales fueron enviados al virrey.

Durante la última refriega se enviaron comunicados a los caudillos insurgentes en los cuales se les ordenaba reunirse en Aguascalientes.

Mariano espoleó su caballo para ir primero a Guadalajara y desde ahí emprender la fuga.

Manuela encendió una veladora, la colocó sobre el altarcillo de la casona, que por únicas imágenes poseía un tosco crucifijo y una estatuilla de la Virgen de los Dolores burdamente estofada, y se hincó a la vera de Maricela y Teresa a orar. La noticia de la derrota se había esparcido con angustiante rapidez por todas las plazas y calles de Guadalajara y causó un alboroto inusitado: los partidarios de Hidalgo hacían equipaje e intentaban salvar documentos, pertrechos y dinero del gobierno independiente, mientras que los advenedizos y los contrarios a la independencia quemaban en sus casas cualquier papel que pudiera incriminarlos y se alistaban a rendir pleitesía al general triunfante.

Afuera, en las calles, todo era un hervidero de confusión: se habían liberado a los presos gachupines, algunos de los cuales buscaban venganza. Perseguían a sus antiguos carceleros y los mataban con palos y piedras; las campanas de las iglesias se mantenían silentes aunque varios sacerdotes deambulaban de aquí para allá intentando poner orden y evitar desmanes; algunas tiendas eran saqueadas por indios y plebe, que tras la derrota no deseaban llegar con las manos vacías a sus poblados; filas de carruajes y carretas abandonaban la ciudad; mujeres y familias adineradas se recluían en los conventos buscando protección; numerosos soldados insurgentes desertaban y volvían a sus pueblos. Algunos cuantos en cambio emprendían camino a Aguascalientes para reunirse con sus jefes.

Cuando Mariano ingresó presuroso a la capilla de la casona, seguido de Pedrillo, Manuela se puso de pie en un impulso y corrió hacia ellos.

—¡Bendito sea Dios que los dos están a salvo! —Corrió con su hermano, primero, para abrazarlo, y después hacia los brazos de su marido—. ¡Debemos partir ya, Calleja estará por llegar en cualquier momento!

—¡No, Manuela, tú no vas a ninguna parte; ya bastante has sufrido! —Mariano ordenó con severidad inusual, y después se dirigió a las otras dos mujeres—: Allende está bien… Vayan con las monjas clarisas a pedir su protección.

—¡Jamás te abandonaré, te lo repito! —protestó Manuela sintiendo un nudo en el estómago—. Voy contigo hasta Aguascalientes, de ahí podremos partir a los Estados Unidos o a donde tú mandes.

Mariano dudó un instante y sin modificar el gesto adusto la apresuró:

—Ve por el dinero que nos sobra y un baúl con ropa. Tienes media

hora para organizarte.

Manuela se persignó ante la Virgen y salió rauda hasta la habitación, perseguida por Teresa y Maricela, que angustiadas no sabían cómo actuar y la interrogaban con los ojos.

—¡Vámonos; junten sus cosas! —les ordenó en el descansillo de la escalinata y prosiguió subiendo a saltos.

Apremiada introdujo varios vestidos en un baúl de lináloe, sin doblarlos adecuadamente, además de pantalones, chaquetas, camisas de Mariano y las monedas de oro y plata que todavía conservaba. Al concluir de empacar, revisó en cajones y baúles, tomó la biblia de su esposo y gritó:

—¡Remigio… Remigio!

El hombre subió presuroso y entró en la habitación; tras sus pasos aparecieron las cuñadas de Allende cargando entre ambas un tosco baúl.

—¿Para qué soy bueno? —dijo el hombre rascándose la cabeza al ver los equipajes.

—Sube los baúles al carruaje y vámonos; Mariano ya debe estar impaciente.

Remigio se mantuvo estático.

—¡Qué pasa, apúrate, debemos partir antes de que llegue Calleja!

—Ay, señorita… el señor Abasolo se fue tan pronto como ustedes subieron las escaleras. —El mozo clavó la vista al suelo, como si desease rehuir de su cometido—. Me ordenó que las acompañe al convento de Santa Clara y me encargó decirle que por favor lo perdone.

—¡Pues vayamos tras sus pasos! —gritó Manuela—. ¡Seguro llegaremos a Aguascalientes un día después que él!

—No tenemos mulos ni caballos, señorita… recuerde que fueron incautados para el ejército de su alteza.

Manuela, como si las piernas no la sostuviesen, se dejó caer a horcajadas sobre la cama, con la vista perdida en la nada, mientras las otras mujeres se mantenían pasmadas, emitiendo imperceptibles gemidos de amargo desconsuelo.

Varios días se mantuvieron encerradas a piedra y lodo en el convento. Recibían noticias de Remigio, quien hubo de esconderse en los establos para evitar que lo apresasen por sospechoso. Maricela no cesaba de implorar a la Virgen, no solo por el bienestar propio, sino también por el de los insurgentes, y Teresa intentaba infundirles ánimos, sobre todo a Manuela, que sufría de gran decaimiento. Su amado huía hacia el norte perseguido por los realistas y no sabía si volvería a verlo.

—Debemos encontrar la manera de retornar a San Miguel el Grande, ahí encontraremos refugio seguro —dijo Teresa intentando sonreír.

—Eso jamás —gimió Manuela, recostada sobre el camastro, mientras Maricela sorbía un poco de tisana de tila, sentada a su lado sobre un banquillo—. Debo alcanzar a mi marido.

—No hay quien pueda ayudarnos —sentenció Maricela, profundamente abatida.

—Es fundamental aceptar nuestra situación —argumentó otra vez Teresa—. Estamos desamparadas y tan solo podrán socorrernos las autoridades realistas. Pero si Calleja se entera de nuestro parentesco con Ignacio y de que tú eres la esposa de Mariano, seguramente nos raptarán y exigirán su rendición a cambió de nuestras vidas.

—Podemos demostrar nuestra inocencia —prorrumpió Manuela entusiasmada y se sentó sobre el camastro—. Y más aún, que somos contrarias a los abusos cometidos por Hidalgo.

—¿Cómo lograremos tal cosa? ¿Por qué habría de creernos?

—Los testigos habrán de convencerlo —concluyó Manuela esperanzada—. Si no es así, estaremos perdidas.

Manuela abandonó el convento vistiendo hábitos de monja para no ser identificada. Se escabulló por unas callejuelas y se dirigió a la casa de don Eusebio Gallardo, uno de los prisioneros liberados, quien no se encontraba. Sin embargo, lo esperó durante tres horas y, tras arribar, pudo constatar que el hombre la apoyaría. Después fue al hospital de San Juan de Dios para hablar con fray Bernardo, de quien también recibió promesas alentadoras. Fue en busca de otros dos europeos que habían liberado días antes y entonces, sin perder más tiempo, puso en juego la segunda parte del plan, para lo cual don Félix María Calleja y su esposa serían las piezas fundamentales.

Mucho se hablaba de Francisca de la Gándara: en semanas anteriores había sido secuestrada por un grupo de insurgentes comandados por el coronel Rafael Iriarte, quien intentaba conseguir un jugoso botín por su rescate. Desgraciadamente, Calleja le aplicó la misma estrategia y mandó raptar a la mujer del insurgente, con lo cual se realizó un sencillo trueque de esposas.

Francisca había sido liberada pocas semanas antes, por lo cual viajaba con los ejércitos de su marido, y al entrar a Guadalajara fue recibida con los honores propios de una virreina. La mujer era todo lo opuesto a su marido: él, un gachupín de cincuenta y siete años, enérgico, cruel y sanguinario; ella, una joven criolla de veinticuatro años, la misma edad que Manuela, huérfana a temprana edad, piadosa y caritativa. Para entrevistarse con la dama, averiguó que sus

costumbres eran sencillas: le gustaba realizar las compras del mercado en persona y acudir invariablemente a la misa de las siete, en el pequeño y humilde templo de San Diego de Alcalá.

Manuela la esperó en el interior del templo, oculta tras las puertas, hincada, con el rostro cubierto por un simple rebozo. Fingía estar orando mientras miraba de reojo continuamente hacia la entrada. El sacerdote comenzó a oficiar la misa y Manuela pensó que la señora Calleja no acudiría, pero cuando se levantó dispuesta a retirarse apareció Francisca y fue a ocupar lugar en una de las últimas bancas.

«Por lo visto desea pasar inadvertida», pensó, y fue a sentarse a su lado. Se postró de rodillas imitando a la dama, quien giró su rostro al sentir que alguien tomaba sitio a su lado, mientras Manuela le sonreía dulce y piadosamente.

La misa transcurrió de manera tranquila, ambas orando con fervor, en comunión de credos, pero al concluir la bendición, cuando Francisca intentaba levantarse, Manuela la sujetó suavemente del brazo.

—He venido a suplicar su piadosa intercesión, por favor escúcheme… es por el bien de su marido.

Francisca de Gándara se mantuvo hincada mirando el rostro desencajado y al borde del llanto de Manuela.

—Afuera hay unos varones que podrán atestiguar las piadosas obras de mi marido —dijo entre súplica y orden.

El general Félix Calleja permanecía sentado tras el robusto escritorio de nogal, en el mismo sitio en que semanas atrás despachara Miguel Hidalgo. De la decoración solo había cambiado una cosa: ahora el retrato de su majestad Fernando VII colgaba en la pared ubicada a sus espaldas.

Manuela se hallaba intimidada ante el hombre, removiéndose nerviosa sobre la silla, mientras Francisca, a su lado, le tomaba la mano para infundirle ánimo. Calculó que el general tendría la misma edad que Hidalgo: delgado, de claros ojos verdes, nariz aguileña, gesto adusto y peinado a la furia: con los entrecanos y lacios cabellos echados sobre la frente. Meditabundo, removía entre sus dedos una cajilla de plata, donde guardaba tabaco. La observaba fijamente sin pestañear siquiera.

—Según decís, vuestro marido es contrario a las acciones del apóstata de Hidalgo…

—Así es, su excelencia; Mariano es buen cristiano.

—Si fuese buen cristiano no lo habría excomulgado el obispo Abad y Queipo —sentenció Calleja con excesiva calma y sobriedad.

—Pero fue exonerado por el obispo Mariano Escandón y Llera, como

también estará al tanto… su excelencia.

Calleja se mantenía pensativo a intervalos, silencioso, creándose un ambiente de insufrible suspenso.

—Sabed que su castigo será el fusilamiento… De espaldas y con los ojos vendados, como traidor a nuestra majestad y a la madre patria. Un hombre sin honra alguna.

—Mi marido ha cometido errores de los que se ha arrepentido… Pero también ha sido justo y valiente: salvó la vida a numerosos europeos que el cura Hidalgo pretendía degollar, todos inocentes.

—Eso me ha dicho mi amada esposa, y tan solo por ello os he recibido; en otras circunstancias estaríais en la cárcel. Ya he realizado investigaciones y tres hombres de sangre pura y reputada honestidad confirman vuestra palabra. —Se reclinó sobre el respaldo y recargó el codo en el brazo del sillón con cierto aire de fanfarronería—. No obstante, *madame*, restan demasiadas preguntas sin respuestas: si Mariano Abasolo es contrario al hereje, explicad por qué jamás desertó como lo han hecho decenas de miles.

—En tres ocasiones intentó abandonar la lucha estéril y vergonzosa —dijo Manuela con mayor confianza, sabiendo que sus argumentos eran ciertos, aunque los exagerase con adjetivos despectivos—. Desde el primer día del levantamiento le expuso al cura Hidalgo que no deseaba unirse a su ejército por los saqueos e injusticias…

—¡Ja! —interrumpió grosero el general, arrojando la cajilla de plata sobre el escritorio—. ¡Menuda sordera la del cura, eso sucedió hace cuatro meses…! —Soltó una soberbia carcajada—. ¿Desde entonces el Generalísimo no ha dado respuesta a vuestro marido?

Manuela se amedrentó ante la actitud del militar y Francisca tuvo que intervenir en su auxilio.

—Por favor, Félix, no tienes por qué ser grosero con la dama; ya ha sufrido bastante soportando los horrores del cura.

—Mirad, Paca, los asuntos de guerra se tratan en privado —sentenció tajante—; si he permitido que acompañaseis a la dama, ha sido por el amor que os profeso, pero no confundamos las cosas: tú a la casa y yo a lo mío.

—El cura enredó a mi marido con amenazas —intervino Manuela para salvar del regaño a su benefactora—, diciéndole que también había sido denunciado y en caso de abandonar el ejército sería apresado y ejecutado. Después de perder Guanajuato intentó separarse hablando con Ignacio Allende, y en Guadalajara lo intentó nuevamente con Hidalgo. Nunca se lo permitieron y lo amenazaron con el fusilamiento por desertor.

—Al parecer Dios no ha bendecido a vuestro marido con los dones de la persuasión… ¡De misionero habría sido un fracaso! —Volvió a reír, ufano por su ocurrencia y exclamó tajante—: ¡*Madame*, Mariano

Abasolo dirigió la caballería insurgente contra mis ejércitos…! Por lo visto no estaba muy convencido de desertar… o deseáis engañarme.

—De ninguna manera, su excelencia, esa es la verdad y nada más que la verdad. ¡Lo juro por la Virgen de los Dolores!

Calleja se puso de pie y comenzó a deambular por el despacho con las manos afianzadas tras la cadera. Su rostro denotaba rabia contenida e intentaba concentrarse para tomar una decisión que satisficiera sus planes. Con gusto encarcelaría a la esposa de Abasolo y pediría rescate por ella, pero aquello sería muy mal visto por sus seguidores. Al pasar cerca de la silla donde se encontraba Francisca, esta le tomó la mano y le sonrió cariñosamente. Entonces concibió una idea: Abasolo era un simple peón en el tablero de la guerra; debería conseguir que también desertara Allende.

El corazón de Manuela era un manojo de intranquilidad y malos presagios; mantenía la cabeza gacha esperando la peor sentencia del verdugo.

—*Madame*, agradeced a mi querida esposa la salvación de vuestro esposo —habló por fin, imprimiendo una ligera sonrisa a su adusto rostro mientras posaba la mano derecha en el hombro de Manuela—. Haremos lo siguiente: os brindaré pasaporte para que podáis acercaros a Aguascalientes, donde se encuentran las pocas tropas que le restan al hereje. Al llegar con vuestro esposo haréis que tanto él como Ignacio Allende deserten; yo les prometo indultarlos cuando hayan abandonado sus cargos.

—¡Gracias, mil gracias! —clamó dichosa; había sucedido un milagro y de inmediato besó la mano del general—. ¡Dios habrá de pagarle su bienaventurada decisión!

—Pero sabedlo: mi benevolencia tiene un límite… En dos semanas el salvoconducto valdrá lo mismo que una mazorca podrida. Si en algo valoráis la vida de vuestro marido y de Allende, considerad que en catorce días serán hombres muertos.

—¡Pero cómo habrá de acercarse a la villa de Aguascalientes! —exclamó Francisca de inmediato—. Tú mismo has comentado que los caminos se hallan infestados de bandoleros; sería mejor que fuese a San Luis Potosí y desde allí intente comunicarse con su marido.

—Nuevamente mi esposa tiene razón; id a San Luis y enviad a un mozo con vuestro marido; os daré un pasaporte más para que el mozo pueda avanzar hasta Aguascalientes.

Manuela decidió obedecer y marchar a sitio seguro; su amado estaría en mayor peligro si ella caía en desgracia.

Oculto durante cuatro días en el pueblo de San José de la Gracia, ubicado al noroeste de la villa de Aguascalientes, Hidalgo permaneció varios días meditando y cavilando las acciones a tomar. Allí recibió un comunicado instándolo a reunirse con Allende y otros oficiales en la hacienda de San Blas de Pabellón, para decidir acciones urgentes, ya que la situación del Ejército Independiente era en extremo desalentadora: tras la derrota había desertado o caído prisionera la mayoría. De más de treinta mil efectivos en Puente de Calderón restaban apenas unos seiscientos o setecientos. Allende había logrado levantar un pequeño ejército de unos dos mil efectivos, gracias a que el coronel Rafael Iriarte, quien no había acudido a Guadalajara con sus mil quinientos hombres, mantuvo intacta su tropa.

Al acudir le hicieron pasar al comedor, donde lo esperaba Allende. Hidalgo tomó asiento en la cabecera y el otro se ubicó a dos sillas de distancia.

—¿Y los demás oficiales? —preguntó extrañado—. Sin ellos no estará conformada la junta de jefes.

—Ya entrarán a su debido tiempo —dijo Allende alisándose las patillas—. He pedido que esperen afuera para no causarle mayores vergüenzas.

—¿Vergüenzas? —profirió confundido—. ¿De qué diantres hablas, Ignacio?

—Hace apenas tres días, aquí mismo, juré ante mis colegas que habré de continuar la lucha hasta triunfar o morir… Así de comprometido estoy con la causa. —La voz de Allende profería un tono de rencor que no intentaba ni deseaba disimular—. Y usted, mientras tanto, escondido como conejo en un pueblucho. ¡A eso llamo vergüenza!

—¡Desconocía que estuvieses en Aguascalientes! —Hidalgo se justificó falsamente; en realidad se había mantenido oculto porque sus ánimos menguaron tras la derrota y una gran melancolía le había abatido—. Pero ya estoy aquí; llama a los hombres para que les exponga mis planes.

—¡De ahora en adelante usted no dará órdenes! —gritó Allende dando una palmada a la mesa.

Hidalgo quedó perplejo; ¿había escuchado bien? Lo miró fijamente intentando encontrar algún indicio de broma en su rostro, pero Allende se mantenía adusto; su nariz aguileña parecía más gacha de lo usual a causa del ceño constreñido, y su rostro mostraba la férrea

determinación del rejoneador a punto de picar a la bestia.

—Por su culpa hemos fracasado. —Escupió, se levantó del asiento y recargó sus manos sobre la mesa—. Sin sus errores hoy estaríamos paladeando las mieles del triunfo… No deseo pasar la noche entera enumerando sus faltas, así que solo mencionaré algunas, en las cuales todos los oficiales hemos coincidido.

Caminando en vaivén por la habitación comenzó a exponer los que, a su consideración, eran factores fundamentales del fracaso, mientras el cura se iba defendiendo, desconcertado primero y furioso después. Cuando Ignacio le acusó de haber asumido el cargo absoluto de la insurgencia, el cual no le correspondía, y ejercerlo de manera arbitraria y tiránica, hasta hacerse llamar *su alteza serenísima*, contestó que el pueblo mismo, de quien emanaba la soberanía de la nación, así lo había decidido. Cuando le reclamó el hecho de no haber tomado la Ciudad de México tras el triunfo en el monte de las Cruces y terminar con la guerra y el derramamiento de sangre, alegó la escasez de parque y el nulo apoyo de los capitalinos. Hidalgo calificó la derrota de Aculco como un error cometido no solo por él, sino en conjunto; se justificó por no haber enviado refuerzos para la defensa de Guanajuato, afirmando que fue una sabia decisión fortalecerse en Guadalajara y conformar un ejército que de un solo golpe derrotase a los realistas. Finalmente arguyó que en Puente de Calderón habrían vencido de no ser por la desafortunada explosión del polvorín.

—¡Para cada una de las faltas que le he expuesto, usted ha contrapuesto alguna razón en su defensa…! Y mírenos, estamos vencidos, a borde del precipicio, gracias a sus geniales razonamientos —exclamó Allende en tono sarcástico y burlón—. Dese cuenta de que todas sus decisiones han demostrado ser erróneas, una y otra vez.

—¡Levantaremos un nuevo ejército, no te preocupes, en tan solo un par de meses contaremos con veinte o treinta mil efectivos!

—Por lo visto no aprende de los errores; los hombres sin disciplina y entrenamiento no son otra cosa que carne de cañón. Usted ha convertido esta empresa en una sangría injustificable… Muchos criollos ya no son afines al movimiento porque critican las masacres y los saqueos que usted ha consentido… Cuando sepan que ya no se encuentra al frente del movimiento y entonces actuemos ordenadamente, nos volverán a apoyar.

Hidalgo comprimía los puños con coraje. ¿Acaso Allende había pensado que podría arrebatarle el mando tan fácil? Él era el líder indiscutible, él había hecho crecer los ejércitos, conquistado provincias, promulgado decretos… Él era el único que poseía un plan de progreso y la visión de una patria más justa.

Se levantó de su asiento y caminó hasta encararlo, erguido, abandonando su habitual encorvamiento.

—Lo que tú llamas independencia es simplemente la conquista del poder junto a los criollos adinerados, sin cambiar el orden. Deseas que la vida continúe como si nada hubiese sucedido; subsistirán las injusticias que deben soportar a diario los indios y los humildes; millones quedarán relegados a la miseria, sin permitirles acceso alguno a la educación ni a un trabajo digno. No, Ignacio, jamás permitiré que la sangre derramada sea infecunda; la patria merece progreso, y la nación está formada por todo el pueblo: humildes y adinerados, negros, indios, mestizos y blancos.

—¿A qué sangre derramada se refiere? —Allende se le acercó, casi en actitud de reto—. ¿A los inocentes que mandaba a degollar con el carnicero de Marroquín, o a los indios que envió al matadero por soberbia, indefensos frente a las balas enemigas?

Hidalgo reaccionó con toda la ira contenida; de un impulso se abalanzó hacia Allende con el puño en alto, dispuesto a propinarle un golpe con todas las fuerzas de que era capaz, pero Ignacio atajó con su mano el antebrazo del cura, manteniéndolo inmóvil y frustrado.

—La guerra es cosa de hombres, no de curas —rio burlón, mientras lo empujaba, haciéndolo recular.

—¡Si piensas que podrás vencerme, te equivocas…! —Hidalgo gritó hecho una furia—. ¡Yo soy el líder, el corazón de la independencia!

—Mejor tranquilícese, padre, ya es hora de que entren los oficiales.

Allende caminó hasta la puerta de la habitación y abrió.

Ante Hidalgo comenzaron a comparecer los principales cabecillas, entre ellos Aldama y Abasolo, además de algunos oficiales de menor rango, como Arias, Casas o Arrollo. Algunos caminaban con las cabezas gachas, apenados; otros le esquivaban la vista; unos más le miraban fijamente, con odio, considerándolo la fuente de todos sus males.

—Le ofrezco que su nombre no sea manchado con la deshonra —habló Allende uniéndose al grupo de recién ingresados—; diremos públicamente que el gobierno seguirá siendo compartido, aunque en realidad seré yo quien gobierne…

—¡Jamás te permitiré tal villanía; primero muerto! —gritó Hidalgo.

—Eso mismo hemos decidido en conjunto; en caso de no aceptar nuestra generosa oferta, ha de saber que los presentes nos hemos juramentado: habrá de renunciar a sus potestades… ya sea vivo o muerto, usted decide.

—¿Matarme? —exclamó Hidalgo, rechinando los dientes del coraje —. ¡No eres capaz; el ejército entero me respalda!

—¡Está equivocado: quienes le respaldaban ya han desertado!

Hidalgo miró a los demás oficiales sin descubrir un solo rostro que le apoyase. Había perdido la jugada y ahora no sería más que una mera comparsa, un títere a la merced de Allende. Ya jamás vestiría el

uniforme militar.

Manuela, junto a Maricela y Teresa, arribaron a San Luis Potosí después de tres jornadas de viaje, pernoctando a veces en el mismo coche para no dilatar la travesía. Se hospedaron en la casa de los Calleja, pues Francisca se la había ofrecido, ubicada en la plaza central, a unos pasos de la original parroquia con fachada a manera de biombo. La casa, aunque había sido saqueada, les ofrecía las mínimas comodidades, así que tan pronto se acomodaron, escribió una carta que Remigio debería llevar a Aguascalientes:

> Queridísimo hijo mío: con grandísimos trabajos he llegado hasta aquí, teniendo la intención de que tú y Pedrillo se retiren del ejército. Si pueden, te lo suplico por Dios, váyanse a los Estados Unidos. Yo veré después cómo los sigo; la situación está cada vez peor a causa de las atrocidades que se han cometido, que de no ser así ya hubiera triunfado el movimiento. Con semejantes inmoralidades, como degollar a sangre fría a los inocentes, es imposible que Dios los proteja.
>
> Causa vergüenza oír cómo se comportan los ejércitos insurgentes, que al ver gente armada se echan a correr, y a los rendidos que se vienen a entregar los degüellan sin piedad alguna. ¡Que vileza! Y lo peor es que unos la hacen y todos lo pagan. Por Dios te pido, y por lo que más amas, que es Rafaelito, tu hijo, que desertes junto a Pedrillo. No importa si crees que las cosas habrán de cambiar para bien; por María Santísima y por mi vida te pido (si es que me amas), huye a los Estados Unidos y no regreses con los insurgentes, aunque vengan montones de refuerzos.
>
> Se dice que en todos los lugares donde apoyaban al cura ya no quieren ni oírlo mentar, y más cuando la Capitana, la que traía vestida de hombre y hoy se halla recluida en Las Recogidas, ha contado a viva voz las vilezas del cura, que lo acreditan cual hereje. Di tú si habrá alguien que quiera enrolarse en su movimiento, pues se ha vuelto deshonroso y a todos nos ha hecho infelices. Me harás muy dichosa si cumples lo que te pido: escóndete o vete. Ese es el único consuelo que le queda a tu infeliz esposa.
>
> Manuela

Cuando partió Remigio, temeroso pero fiel, Manuela lo bendijo tres veces consecutivas. Le dio monedas para su viaje y lo vio alejarse con el alma en vilo: su deseo más ferviente era abrazar de nuevo a su amado, para lo cual estaba dispuesta a viajar al infierno mismo si fuese preciso.

Los insurgentes habían dejado Aguascalientes para guarecerse en Zacatecas. Hidalgo había sido recluido en el convento de Guadalupe, custodiado por un piquete de guardias; iba deprimido y pesaroso, sintiendo la melancolía causada tras desplomarse del pedestal. Unas semanas antes lo aclamaban con el título de su alteza serenísima y ahora tan solo representaba una tragicomedia, en la cual actuaba de pelele.

Llegaron a Zacatecas el martes 29 de enero, con la ilusión de levantar un ejército para enfrentar a Calleja, quien les seguía los pasos. Pero la derrota de Puente de Calderón había cundido en el

ánimo popular y ya nadie quería enrolarse al ejército independiente. Su otrora poder de atracción había sucumbido y él mismo se menospreciaba: se percibía derrotado y depreciado, carente de energía. Había días en que lo único que le apetecía era recostarse y dormitar, olvidarse de todo y quizá, luego, como quien despierta de una amarga pesadilla, levantarse airoso ante la adversidad. Pero las noticias no hacían otra cosa que hundirlo más y más en el desánimo: todas la villas y ciudades tomadas por los insurgentes caían como hileras de dominó ante los realistas: se había perdido Guadalajara, Tepic, el puerto de San Blas, Aguascalientes, San Luis Potosí. Tan solo al norte del reino, en las regiones más inhóspitas y lejanas, se obtenían parcas victorias.

Cuando Allende le ordenó entregar los doscientos mil pesos que guardaba consigo, además de informarle que su hermano Marianillo ya no ostentaría el cargo de tesorero, se sumió con mayor fuerza en la depresión. El abatimiento le venció con la misma violencia con que sus enemigos, realistas e insurgentes, lo habían vencido. Afuera de su ventana, unos rancheros cantaban un corrido que ya andaba de guitarra en guitarra:

A las seis, a Guadalupe,
por la casa de Cifuentes,
llegaron el cura Hidalgo
con sus tropas de insurgentes.

¿Qué harán estos gachupines,
mercaderes y mineros,
con Hidalgo y con Iriarte,
que son hombres justicieros?

Hay fogatas en la plaza
y en los cerros guarniciones,
Hidalgo está con Zaldúa
y hay jefes en los mesones.
¡Pobrecitos gachupines,
les quitaron todo el oro!

No pasará eso a Zaldúa
porque Zaldúa es muy zorro.
¿Por qué tendrá Hidalgo escolta
si es valiente y es guerrero?
No lo sabe ni la tropa,
contimás el pozolero.
¡Arriba Miguel Hidalgo,
que ha llegado a nuestras tierras,
que ha matado a gachupines
y les ha hecho la guerra!

Manuela recibió respuesta de Mariano: «Lo más conveniente será dirigirnos a Filadelfia; en caso de no lograrlo, desertaré junto con Pedrillo y nos ocultaremos en algún despoblado hasta que las tropas insurgentes hayan partido al norte, a Saltillo, donde Mariano Jiménez se ha hecho fuerte».

La carta le despertó renovadas esperanzas y decidió partir en pos de su marido para escapar con él; sin embargo, el salvoconducto había caducado y, para su desgracia, Calleja avanzaba muy lentamente a San Luis Potosí, ya que en todas las villas y haciendas lo recibían con grandes demostraciones de pleitesía, llamándolo el *Moisés de América* por librarlos del yugo del faraón, o la *Espada de América*, debido a los triunfos obtenidos en Aculco, Guanajuato y Puente de Calderón. A donde llegaba le agasajaban con grandes banquetes, funciones nocturnas de música y hasta bailes.

Así pues, Manuela decidió dirigirse a la hacienda de La Laguna, donde le habían informado que el general había realizado una escala. Al llegar allá descubrió que los ejércitos realistas eran harto distintos de los insurgentes: mientras a los independientes les acompañaban las esposas y hasta los hijos, a los realistas les seguían un sinnúmero de malolientes prostitutas y grupillos de mendigos, ávidos de rapiña.

Francisca de Gándara se hallaba compartiendo con algunas damas, esposas de los gachupines y los principales de la comarca, cuando vio llegar un carruaje y bajar de él a Manuela.

—*Madame* Abasolo —dijo mientras se acercaba para abrazarla—, me alegra que esté usted bien.

—Me alegra igualmente verla —replicó amablemente—. Perdone mi abrupta interrupción, pero necesito un nuevo pasaporte para alcanzar a mi marido, ¿cree que el general Calleja pueda otorgármelo?

Francisca se sorprendió por la petición; los caminos entre San Luis y Zacatecas se habían convertido en peligrosas trampas para cualquiera.

—Manuela —le dijo cariñosa, tomándola de las manos—, debe saber que la comarca se ha tornado en extremo riesgosa. Por lado de los insurgentes hay gavillas que merodean pueblos y senderos, a manos de Rafael Iriarte, el mismo que me secuestró y que carece de la mínima piedad cristiana; causan saqueos y tropelías por doquier.

—No se preocupe por Iriarte, habrá de respetarme al informarle que soy la esposa de Mariano Abasolo.

Al constatar la inquebrantable decisión de Manuela, quien permanecía con semblante imperturbable, a Francisca le invadió la profunda compasión por aquella insensata mujer.

—Su marido debería tenerla en un altar; pocas mujeres harían tanto por su hombre. Espere aquí, voy por mi marido.

TERCERA PARTE

31

TRAS LA POLVAREDA DE LOS INSURGENTES

Marzo de 1811

Calleja había proclamado: «Vamos a esparcir el terror y la muerte por todas partes, hasta que no quede ningún perverso sobre la tierra». Y ciertamente estaba dispuesto a cometer las mayores crueldades con tal de vencer a los insurgentes. Se lo notificó a todos sus comandantes e hizo de los caminos inseguros campos de barbarie: tan pronto capturaban a un rebelde se le fusilaba sin juicios ni miramientos. Los independientes respondían con la misma brutalidad y el horror imperaba por doquier.

Tras cuatro largas jornadas, las mujeres pudieron llegar a Zacatecas con relativa tranquilidad, pues el pasaporte emitido por Calleja las protegió en aquel tramo. La hermosa ciudad, poseedora de uno de los templos barrocos más bellos y opulentos, además de numerosos conventos de Propaganda Fide, había sido reconquistada tan pronto Hidalgo y Allende abandonaron la plaza. Los grandes yacimientos de plata, que rivalizaban con los de Guanajuato, la convertían en una de las ciudades más importantes de Nueva España. Su reconquista fue un acto muy celebrado, y al coronel Manuel de Ochoa, quien había logrado la hazaña, se le nombró con el apelativo del Rayo de Zacatecas.

Las mujeres se entrevistaron con Ochoa en la Casa Real donde este atendía los asuntos administrativos, pues ahora fungía como gobernador e intendente de la provincia de Zacatecas. Con un codo aposentado sobre el brazo del grueso sillón, engreído y altanero, se burló de sus pretensiones.

—¡Tres mujeres viajando con la única escolta de un cochero…! Ustedes serán el festín de las perversas gavillas de herejes que merodean los caminos —musitó sarcástico entre risillas—. Bien harían en mandar los documentos con el mozo y rezar al cielo para evitar que sea asesinado.

—Para evadir a los bandoleros hemos pensado viajar a lomo de mulo, transitando por senderos de arriería.

El hombre manoteó divertido el sólido escritorio y carcajeó ajeno a las mínimas convenciones de cortesía.

—¡Ay, señora, si será inocente! —clamó mofándose el militar—. De

esa manera se harán más sospechosas a los ojos del cura Álvarez, que también merodea por esos rumbos. ¡Si las descubre tengan por seguro que no las violará, pero sus lindas pieles terminarán hechas chicharrón!

El padre Francisco Álvarez era un fervoroso realista al que llamaban el Cura Chicharronero porque, decían las malas lenguas, en el trance de ajusticiar a los herejes insurgentes azuzaba a sus subalternos diciéndoles: «Échale, hijo, échale lumbre hasta que huela a chicharrón».

—Un hombre de Dios jamás nos hará daño —dijo con plena seguridad Maricela.

—Además, nosotras nos somos rebeldes; todo lo contrario —mintió Teresa con voz fingida. En realidad, ella era fiel a las ideas de su cuñado y no comulgaba con los gachupines.

Aún resonaban las toscas palabras del Rayo de Zacatecas cuando, bien guarecidas dentro del carruaje, recorrían el camino a Saltillo, siguiendo los pasos de los insurgentes. Avanzaban temerosos, pero a buen paso por ser tiempo de secas, aunque la ruta exhibiese hoyancos y deslaves de cuando en cuando. Remigio llevaba consigo dos pistolas y un rifle, que había podido esconder desde la estancia en Guadalajara; Manuela y Teresa ocultaban puñales bajo las enaguas y Maricela oprimía entre sus manos un pequeño crucifijo de plata y una biblia. Se sentía incapaz de empuñar un arma, aunque fuese la única posibilidad de preservar la honra y la vida.

En la primera jornada llegaron a la villa de Ojocaliente, que recientemente había sido retomada por los realistas tras el repliegue insurgente. Ahí, gracias al pasaporte, pudieron pernoctar en una posada de camas limpias y comer como es debido. Después partieron por el Camino Salinero, una ruta llana que se encontraba en buenas condiciones todo el año, para evitar las lagunas y los lomeríos que hacían más tardado el tránsito de carrozas. Debieron transitar por aquellos desolados parajes, en los que durante horas parecían ser los únicos seres de la creación; de vez en cuando acontecían escaramuzas entre insurgentes y realistas, con el único objetivo de medir fuerzas.

Doce jornadas les restaban para llegar a Saltillo, y para Manuela eso era una eternidad.

Transcurridos varios días de viaje, pasaron sin mayor contratiempo por las villas de Venado, Charcas y algunas haciendas donde pernoctaron. Prosiguieron rumbo a Matehuala, y cuando se les vino la noche encima, debieron detener su camino a medio trayecto. No pudieron cenar otra cosa que carne seca, tan popular en la región, ya que Manuela prohibió a Remigio encender una fogata para evitar ser

descubiertos a distancia. Luego de cenar el fiambre y beber un poco de vino que llevaban consigo, las mujeres recorrieron las cortinas del coche. Dos de ellas se recostaron en los asientos y una en el suelo de la cabina. Por su parte, Remigio dormiría cubierto por su sarape en el asiento de cochero con el fusil y las pistolas al alcance de su diestra.

Manuela dormitaba con dificultad, debido a la incomodidad. De pronto gritos del exterior la alarmaron. De inmediato, con el corazón a saltos, entreabrió la cortinilla y vio una docena de chinacos a caballo, sin uniforme, que apuntaban a Remigio, quien con las manos levantadas intentaba dar razones de su estancia en aquel descampado paraje.

—¡Somos gente de bien, fieles de Nuestra Señora de Guadalupe y del cura Hidalgo! —dijo, asumiendo que los hombres eran insurgentes.

—Sí, eso dicen todos nomás se topan con nosotros —contestó el que parecía ser el jefe, un hombre de unos cuarenta años, prominente barriga y cacarizo por la viruela—. Lo que son y lo que no son lo decido yo. A ver, Chino —se dirigió a un subalterno—, saca a punta de culatazos a los que van dentro del coche; ahora veremos con quiénes estamos tratando.

—No hace falta que le ordene a su asistente —dijo Manuela abriendo la portezuela y bajando con una pequeña imagen de la Guadalupana, que había traído por si fuera necesario—. Somos familiares de los más cercanos patriotas a su alteza serenísima, don Miguel Hidalgo y Costilla.

—Son unas viles putas, mi sargento —dijo uno de los hombres en son festivo—. ¡Hoy no vamos a dormir fríos!

Los demás hombres estallaron en risotadas mientras veían bajar del carruaje a otras dos damas, cohibidas y temerosas. Manuela intentaba idear algún plan para salvar aquel trance, pero temblaba de los pies a la cabeza sin encontrar solución alguna.

—¡Estamos de suerte; nos toca una para cada cuatro! —gritó otro.

—¡Soy la esposa del mariscal Mariano Abasolo y exijo respeto! —por fin clamó Manuela.

—¡Y nosotras somos las hermanas políticas del generalísimo Ignacio Allende! —la secundo Teresa, mientras Maricela se colocaba a espaldas suyas, pálida y temblando.

—¡Y nosotros somos quienes les vamos a dar por el culo! —gritó uno que de inmediato sacó de la alforja una botella de aguardiente, le dio un trago y la fue pasando a sus compañeros.

Los hombres hicieron gran barullo. Se burlaban unos y chiflaban otros mientras bebían, hasta que el sargento les ordenó callar.

—A ver, señora, ¿tiene manera de comprobar lo que dicen?

—Traigo un retrato de mi esposo —dijo Manuela desprendiéndose del cuello una cadena de plata que sostenía una medalla, la cual, al

abrirse, mostraba una pintura en miniatura—. Si conoce al mariscal Abasolo, sabrá que no miento —concluyó.

—Nosotras portamos cartas de nuestro cuñado, el generalísimo Allende —dijo Maricela a pesar del miedo.

El comandante tomó las cartas y las miró confuso, removiéndolas de posición. Manuela comprendió que la mala suerte las perseguía: los hombres no sabían leer.

—Estos papeles no sirven de nada —dijo turbado y los lanzó al suelo.

—¡Vea el retrato! —clamó Remigio, a quien un hombre apuntaba con la pistola—. Es de mi amo, el mariscal Mariano Abasolo… ¿lo conoce?

—A ver, Gabino —ordenó el comandante—, tú serviste a las órdenes de Abasolo, échale un ojo al mentado retrato.

El tal Gabino acercó su caballo y tomó la medallita que alumbró con la antorcha que portaba en la mano derecha.

—Pues así a simple vista sí se parece a mi general —dijo ahora con voz sumisa que denotaba arrepentimiento. Los demás hombres guardaron silencio.

Hidalgo había llegado a Saltillo y se alojó en la casa de don Manuel Royuela, quien fuese tesorero de las cajas reales y se hallaba fugado. Vestía de morado y negro, los colores que marcaban el luto en la liturgia. Mostraba así sus decaídos sentimientos, no solo por el fracaso en Guadalajara, sino por la destitución de su cargo. Parecía un prisionero, con guardias de vista día y noche, que le impedían hablar con nadie que no fuera previamente autorizado por Allende. Sus planes se derrumbaban en el vacío: la nación seguiría siendo una colección de injusticias, y tanto esfuerzo no habría servido para otra cosa que enfangar con sangre la tierra. Se despreciaba a sí mismo, desearía no vivir más, desaparecer: sus emociones se anegaban en el amargo vinagre del abatimiento.

Para profundizar su amargura, Allende hizo oficial la renuncia del cura ante la tropa y los jefes insurgentes. Se proclamó generalísimo y celebró el acontecimiento con misa, tras la cual profirió un breve discurso y lanzó seis mil pesos en monedas a la tropa. Hidalgo, debido a su lamentable estado, se mantuvo como sumiso observador; lo único que anhelaba su maltrecha alma era dormir, descansar, olvidarse de la guerra, de las derrotas.

El miércoles 13 de marzo Allende se presentó sin aviso previo a la casa que habitaba el cura y servía de prisión. Hidalgo se hallaba en el huerto, solo y melancólico. Se sorprendió al ver el colérico rostro de su otrora amigo.

—Ha llegado un emisario del virrey Venegas ofreciéndonos indulto —dijo Allende—. Pretende que las tropas se acojan a una amnistía general ya que, asegura, la revolución está vencida.

La sola mención del indulto logró encender una llamarada de enojo en el alma del cura. Indultarse equivaldría a negar sus más hondos y honestos sentimientos; a traicionarse a sí mismo y a todos quienes habían fenecido por la causa.

—Yo no estoy dispuesto a indultarme —continuó Allende—. Y le informo que usted tampoco; nadie puede desertar ahora que estamos levantando nuevos ejércitos.

—Lo sé, Ignacio, jamás sería capaz de tal vileza. Sabré comportarme a la altura de las circunstancias; vencer o morir…

—Necesito de su ayuda para redactar una carta al virrey.

Al sentir que podría exponer sus ideales, Hidalgo se reanimó de inmediato; se colocó las gafas y comenzó a escribir con brío, profiriendo en voz alta cada palabra:

—Don Miguel Hidalgo e Ignacio Allende, jefes nombrados por la nación mexicana para defender sus derechos… no dejarán las armas de sus manos hasta no haber arrancado de los opresores la inestimable alhaja de su libertad.

Ante la aprobación entusiasta de Allende, prosiguió enfatizando que darían su vida, si era preciso, por obtener los derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres.

—Derechos verdaderamente inalienables —continuó satisfecho—, que deben sostenerse con ríos de sangre si fuese preciso.

Hidalgo continuó escribiendo, satisfecho; luego se detuvo, meditó un breve instante y continúo orgulloso:

—¡El indulto, señor excelentísimo, es para los criminales, no para los defensores de la patria!

—¡Excelente! —exclamó Allende entusiasmado—. Pero agregue: «Y menos para los que son superiores en fuerzas. No se deje alucinar por las efímeras victorias de Calleja; estos son relámpagos que más ciegan que iluminan… no caeremos en los errores de las campañas anteriores».

Hidalgo escribió con amargura aquellas frases que aludían a sus desaciertos, pero continuó redactando y conminando al virrey a cesar hostilidades, o de lo contrario cercenarían la vida a los muchos europeos que llevaban prisioneros. Allende aceptó el pronunciamiento; quien antes le había criticado por la crueldad contra los gachupines ahora le secundaba.

La villa de Saltillo contaba con unos ocho mil habitantes y se hallaba aposentada en una ladera de pronunciada inclinación, donde brotaba

un soberbio manantial del que tomó su nombre; tenía una espaciosa plaza de armas de buen trazo, en la cual se alzaban las principales edificaciones: la parroquia, la capilla del Santo Cristo y las Casas Reales. Era famosa por su feria, una de las más importantes de Nueva España, rivalizando en importancia con las de San Juan de los Lagos, Jalapa y Acapulco.

Manuela y sus compañeras arribaron allí sin mayores contratiempos, debido a que la gavilla de insurgentes las acompañó durante el último trayecto para evitar que cayesen en manos del Cura Chicharronero y, lo tenían por seguro, recibir alguna recompensa. Tan pronto llegaron a la casa donde habitaba Mariano, junto con Allende y Aldama, Manuela se apeó del carro para ir a los brazos de su amado. Antes de entrar se encontró con Allende, que hacía un rondín junto al capitán Chávez para cerciorarse de que ciertas órdenes hubiesen sido cumplidas. Al verla se sorprendió.

—¡Manuela!, ¿qué haces aquí?

—¡He venido a salvarles la vida! —dijo de inmediato, alegre y entusiasta, mientras Maricela y Teresa se abalanzaban sobre su cuñado para saludarlo—. ¿Dónde está mi marido?

—Instruyendo a los reclutas… Vengan, les conseguiré hospedaje.

Fueron a una casa de buen tamaño y con los muebles intactos; por lo visto el general Mariano Jiménez, quien había tomado la plaza, no permitía los saqueos. Tan pronto Maricela y Teresa fueron a dejar el equipaje a su habitación y Manuela quedó a solas con Ignacio, miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie la observara, y le presentó las cartas que traía consigo.

—Mira, Ignacio, he conseguido cartas de indulto para ti, Mariano y Pedrillo. Podemos abandonar este infierno y rehacer nuestras vidas.

Allende, apenas ojeó los escritos, cambió la cordial sonrisa por un gesto de disgusto.

—Hace unos días hemos negado el indulto que nos ofreció el virrey Venegas —dijo secamente— y ahora te apareces con la misma monserga, bajo la firma del cruel Calleja. ¿Acaso me consideras un traidor?

Manuela enmudeció. Jamás había considerado aquella reacción.

—¡La consigna es vencer o morir! —gritó furioso—. ¡Y ninguna pérfida mujer nos apartará de nuestro fin…!

Allende fue a la puerta de la casa y gritó al exterior:

—¡Capitán Chávez, venga un momento!

Mientras el militar acudía, Allende fue trozando las cartas, con la vista clavada en Manuela, que se mantenía petrificada, sin dar crédito a lo que sus ojos contemplaban.

—Capitán, coloque tres guardias en esta casa; la señora Abasolo no puede salir de aquí por ningún motivo ni recibir visitas sin mi previo

consentimiento —ordenó de inmediato—. E informe al general Jiménez que, si el mariscal Abasolo se aleja de este poblado, se le persiga y fusile en el acto, sin juicio ni honra.

Manuela sintió desvanecerse mientras Allende terminaba ostentosamente de romper las cartas, esparciendo con desprecio los fragmentos por el suelo. Tras pisotearlos se alejó furioso.

—¡No hay nada mas ruin y deleznable que un traidor, sea cual sea su sexo! —gritó al cruzar la puerta.

Las horas se le iban recostada bocarriba, con los ojos abiertos, mirando a la nada, sin pensar, sin sentir otra cosa que las severas dolencias del alma. Manuela se había recluido en la habitación sumida en el desconsuelo y teniendo por única compañía al infortunio; no solo fueron vanos los intentos por alejar a su amado de la guerra, sino que ahora lo había colocado en situación peligrosa y, más aun, enemistado con Allende. Teresa intentó reconfortarla, prometiendo interceder con su cuñado para que aboliese el cruel castigo, pero nada sirvió; Allende se negó a contravenir su mandato y amenazó a sus cuñadas de ubicarlas en otra casa si volvían a interceder a favor de la traidora. Y lo peor, Mariano se hallaba lejos de la villa, adiestrando a un grupo de quinientos soldados.

Así transcurrieron un par de días. Se sentía sola y desdichada como una cachorra abandonada, constatando que su destino se encontraba dominado por el fracaso. ¿Qué hacía ella allí en vez de cuidar a su hijo? ¿Acaso una mujer podría cambiar el curso de la historia? ¿Por qué resultaban tan crueles los designios del Señor? Entre sus melancólicas cavilaciones consideraba que, inevitablemente, Rafaelito viviría en la orfandad: no tenía duda de que Calleja volvería a derrotar a los insurgentes, ahora sin mostrar clemencia alguna, y la vida de su amado no sería respetada. El apetito la había abandonado; comía con desgano algunas gorditas de maíz blanco rellenas de carne, caldo de gallina o cecina. De vez en cuando se postraba para rezar a la Dolorosa, pidiendo su intercesión, y el resto de las horas las pasaba dormitando.

Durante la tercera noche de reclusión Pedrillo entró a la habitación de su hermana portando una vela. La encontró dormida, como si estuviese enferma; se acercó y se aposentó suavemente sobre la cama, a un costado de ella.

Manuela entreabrió los ojos al sentir el roce de un cuerpo.

—¿Qué mal te aqueja? —preguntó su hermano—. ¿Quieres que vaya a buscar a un médico?

—¡Pedrillo, estás bien! —exclamó Manuela con debilidad—. No sabes cuántas veces he rezado por ti.

—Nos preocupa tu salud…

—¿Y Mariano, dónde está? —interrumpió ansiosa.

—Recién hemos retornado de una misión. Mariano tiene prohibido visitarte, pero irá a solicitar clemencia a Allende.

Manuela guardó silencio; una lágrima resbalaba por su mejilla

mientras tomaba la mano de Pedrillo con cariño y dulzura.

—Dile que estoy bien, que tan solo me aqueja no poder estrecharlo entre mis brazos… Pero dile que mañana saldré temprano a la ventana; quiero verlo, aunque sea de lejos… y enviarle un beso.

Observó a Pedrillo: cinco meses habían transcurrido desde el inicio de la revolución y le pareciera un siglo. Aparentaba mayor edad; robusto, con incipientes barbas, además de un semblante adusto y retraído que denotaba los horrores experimentados. Lo abrazó con ternura y concluyó:

—Anda, ve con Mariano y llévale mi mensaje.

—Si quieres díselo en persona; él se encuentra afuera, en la calle.

Manuela se levantó como resorte de la cama y corrió al cuarto de Teresa, cuya ventana daba a la calle, y la abrió de par en par. En la oscuridad de la noche, a unos pasos de distancia, se hallaba su amado, cubierto con un sarape y caminando impaciente de un sitio a otro. Al verla corrió hacia ella.

Se tomaron de la mano sin pronunciar palabra. Se miraron fijo comprendiendo que en el amor, el silencio suele ser más convincente que mil palabras. No permanecieron así por mucho tiempo; un guardia se acercó interponiéndose entre ambos.

—Disculpe usted, mi general, son órdenes del generalísimo Allende —se justificó el hombre.

Manuela besó las manos de su esposo y con la mirada lo conminó a que se apartara.

—Mañana regresa temprano, yo estaré en la ventana… Con solo verte recuperaré el ánimo, te lo juro.

Pesaroso y distraído, Hidalgo almorzaba unas enchiladas potosinas junto a su hermano Marianillo. De pronto su mirada fue a posarse en un jarrón que reposaba sobre el trinchador del comedor. Los dibujos que adornaban la bien contorneada cerámica le produjeron una profunda nostalgia: le recordaron a los que fabricaban sus artesanos en Dolores. ¿Qué sería de aquellos que se quedaron en Dolores? De quienes lo habían seguido, conocía bien el destino de cuatro: habían fallecido en batalla.

—No sé por qué carajos me dejé alucinar con el frenesí de la revolución… tan sencilla y agradable que era la vida en Dolores.

—Ay, Miguel, no me vengas ahora con arrepentimientos —dijo Marianillo en son de guasa intentando mejorar el ánimo de su hermano—; lo hecho, hecho está… ¿De qué sirven los lamentos?

—No me arrepiento de haber iniciado la revolución. De muchas otras cosas sí; pareciera que persigo los errores como el cazador a la liebre.

—¡Ya déjate de pendejadas! —carraspeó Marianillo, harto de lamentaciones—. Lo que debes hacer es ponerte a trabajar…

—¿En qué… si me han arrebatado toda responsabilidad?

—No te han inhabilitado; tienes derecho a proponer acciones que favorezcan el movimiento; el ingenio siempre te ha distinguido.

Sonaron golpes en la puerta del salón; era un sargento trayendo orden expresa del generalísimo Allende: se le solicitaba comparecer en la Casa de Gobierno para una junta de jefes.

En el salón se encontraban Allende, Jiménez, Abasolo, Iriarte, Aldama, López Rayón, Liceaga y otros militares y civiles que conformaban tanto la élite del ejército como del gobierno independiente, y de entre todos los conocidos descubrió dos extraños, a los cuales miró con recelo:

—Permítame presentarle —dijo Jiménez al notar la turbación del cura—. Ellos son dos patriotas que se han propuesto de guías y asesores: el barón de Bastrop y Sebastián Rodríguez.

Hidalgo apenas y los miró; su ánimo no estaba para presentaciones sociales y le daba lo mismo que el mismo Lucifer se hallase frente a él.

—Señor —dijo Allende sin mayores preámbulos—, nos hemos reunido porque se ha decidido marchar hacia los Estados Unidos para comprar armas y solicitar su apoyo.

—Con ordenarme que hiciera equipaje habría sido suficiente —comentó con sarcasmo.

—Marcharemos con escasa tropa —continuó Allende desatendiendo los remilgos del cura—. Dejaremos aquí al grueso del ejército, y ahora nos hemos dado a la tarea de nombrar a los comandantes que continuarán la revolución en nuestra ausencia. Pensamos que usted podría ayudarnos a elegir a los más indicados.

—Si de verdad desean escuchar mi opinión —dijo Hidalgo con algo de soberbia, sabiendo que sus conocimientos les eran necesarios—, les diré que Ignacio López Rayón como cabeza y don José María Liceaga como asistente; sus méritos los distinguen y su amor a la libertad no tiene parangón. Con ellos la flama libertaria continuará en nuestra ausencia.

Los elegidos aceptaron la responsabilidad y se fijó el sábado 16 de marzo para el comienzo del largo viaje hacia Estados Unidos. El barón de Bastrop, de cabello ondulado, nariz ganchuda y origen holandés, habló con acento extranjero y frases mal construidas:

—Señores, sabed que el camino es fatigoso; deben hacer mucho acopio de comida y agua… y racionar con inteligencia.

Manuela tenía reseca la boca; hacía cuatro horas que no tomaba un trago de agua y en aquellos yermos y ardientes parajes no se hallaba

pozo o manantial durante extenuantes leguas. Era la segunda jornada de viaje y cruzaban un extenso desierto, sin montañas ni cosa que alentara la vista. Los carruajes y caballos producían tal polvareda que obligaban a las carretas a distanciarse unas de otras. Para el mediodía se internaron en la Cuesta del Cabrito, región donde las elevadas cordilleras de la Sierra Madre Oriental obligaban a ascender por serpenteantes caminos y prominentes barrancas. Tras alcanzar la cumbre debieron realizar el descenso, igualmente escabroso, pero que prometía, al final, un riachuelo donde podrían saciar la inclemente sed. Pareciera que sus guías, el barón de Bastrop y Sebastián Rodríguez, hubiesen elegido la ruta más embrollada para llegar a su destino, lo cual era motivo de bromas entre la soldadesca, que criticaba a espalda de sus oficiales. El zangoloteo del carruaje y los temibles precipicios habían mantenido a Maricela y Teresa con el Jesús en la boca: rezaban y cerraban los ojos de tramo en tramo.

Antes de emprender la marcha, Manuela pudo acercarse a Mariano por unos instantes. Por la noche, en el pueblo de Santa María, había logrado conversar con él unos minutos, cuando los celadores se apartaron a cenar.

—Gracias a Dios vamos a Estados Unidos —le había dicho realmente esperanzada, abrazándolo con emoción—; allá podremos escapar y rehacer la vida con Rafaelito.

—Eso imploro a Dios —comentó Mariano besando a su mujer en la mejilla—. Hace días, cuando Aldama propuso viajar al norte, fui el primero en secundar la moción. Además, llevamos mucho dinero para la compra de armas y pertrechos; ahora que el cura ha caído en desgracia, me será más fácil convencer a Allende de darme de baja y recibir cuando menos tres mil pesos.

—Tengamos fe. Recuerda las palabras de la Biblia: «El Señor te cuidará en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre».

El corazón de Manuela se hallaba realmente alborozado, por fin vislumbraba una luz al final del túnel. Había considerado que podrían permanecer unos meses en territorios extranjeros, y tan pronto la revolución fracasara, de lo cual no tenía duda, podrían solicitar un nuevo indulto al virrey, o en su defecto hacer que Rafaelito los alcanzase en Estados Unidos. No le importaba perder todos los bienes; con tenacidad y fe lograrían levantarse, fuese como fuese.

Al cuarto día de penosa travesía llegaron a la hacienda de El Anaelo para hacer campamento. El lugar poseía solamente dos construcciones: un torreón medio destruido y una solitaria casucha. En aquellas regiones de ásperos zacatales y llanuras desiertas, después de un día de tórrida temperatura, la noche se tornaba gélida. Para empeorar el asunto, en los alrededores no se encontraban varas con las cuales hacer fuego: los inmensos llanos producían escasas hierbas

como el mezquite o la gobernadora, así que para calentar los cuerpos y asar algo de cecina debieron encender pequeñas fogatas con parte del forraje destinado a la alimentación de las bestias.

La tropa se había instalado en círculo alrededor de las construcciones, colocando las carretas y coches en la periferia, a modo de barricada, por si los indios salvajes los atacaban. A pesar del inclemente frío, la tropa buscaba algo de diversión, así que un hombre tomó una vihuela y comenzó a cantar. Los demás se unieron en coro e invitaron a las pocas mujeres a imitarlos.

Manuela notó que sus custodios se habían acercado a una fogata cercana, así que decidió aprovechar la oportunidad para buscar a su amado.

—Teresa, por favor, préstame tus vestidos —le dijo uniendo las palmas de las manos en señal de súplica.

—¡Pero qué voy a usar yo! —protestó la amiga.

—Ponte mis ropas y permanece dentro del carruaje; así los vigías pensarán que soy yo… Por favor.

Entrecerrando por unos instantes las cortinas del carruaje, intercambiaron prendas; Manuela cubrió su cabeza con el rebozo y salió a la intemperie para escabullirse de sus centinelas. Se alejó un poco del círculo conformado por el campamento y se internó en el llano donde pastaban libremente los mulos y caballos. En total, la tropa se componía de unos ochocientos o novecientos hombres, esparcidos en pequeños grupillos, así que no sería difícil encontrarlo.

Con extremo sigilo fue avanzando hacia donde se veía, aún a lejanía, una fogata profusa y luminosa. Pensó que ahí estarían los oficiales. Titiritando de frío y bajo un cielo maravillosamente estrellado, se acercó el grupo de carretas en las que se transportaban los víveres para alimentar a la tropa, con la intención de ocultarse tras ellos.

Desde ahí pudo contemplar a Allende, junto a una hermosa joven que cantaba con melodiosa voz, a la que llamaban la Cantora. Conocía la historia, porque a pesar de estar enclaustrada se enteraba de los chismes por Remigio, quien además le servía de recadero con su amado: la chica era cantante de profesión y la habían convencido de acompañar a la tropa, mediante una buena paga, para hacer menos amargo el recorrido. «Seguramente Allende la ha tomado de amante», pensó mientras recorría con la vista a quienes estaban a su alrededor, todos embozados en sarapes y con grandes sombreros, por lo que se le dificultaba distinguirlos.

Un hombre se puso de pie: era Mariano que echaba a andar. Su corazón comenzó a palpitar con denuedo y, sin dudarlo, lo siguió de lejos, siempre al borde del campamento, ocultándose entre caballos, toneles y carretas. De pronto descubrió dos sombras, que al parecer

orinaban en el llano; Manuela se ocultó tras un carromato cargado con elotes y legumbres.

—Jodido día, barón, llegaremos hechos pinole a Baján —dijo una voz que expresaba hartazgo.

—Todo premio requerir sacrificios —dijo el otro, con acento extranjero y remarcando las erres—. Como dicen ustedes: «No arriesgas… no ganas».

—Y los muy pendejos ni siquiera han sospechado… se los va a joder el patas de cabra.

—Falta poco para celebrar… Cuando los grilletes magullen sus manos, las nuestras estarán llenas de monedas —comentó el extranjero con jactancia.

—No cantes victoria; falta mucho camino para llegar a Baján… Además, no sabemos si Elizondo logró juntar las tropas necesarias para someter a tanto canalla.

—Por eso tú y yo astutos: si falla Elizondo, nosotros no sabemos nada; si plan funciona, somos héroes —comentó entre risillas el de voz extraña, y concluyó tajante—: Debemos regresar con generalísimo, no es bueno dar excusas para sospechas.

Manuela no comprendió a cabalidad las palabras de los hombres, pero todo le hacía pensar que se trataba de una traición, urdida por el barón de Bastrop y el tal Sebastián Rodríguez.

Cuando se alejaron los hombres pudo mirar de nuevo hacia el campamento; ya no divisó a su marido y resultaba imposible descubrir hacia dónde se habría dirigido. Con mayor cautela desanduvo el camino hasta entrar en el coche, cerrar la puerta con ansias y sentarse temblando.

—Pensé que tardarías más —dijo Teresa, con rostro perezoso.

—¡Debes ir con Allende ahora mismo! —interpeló Manuela—. ¡Nos van a traicionar!

Allende se negó a escuchar a Teresa, quien le repitió con insistencia que Manuela se había enterado de una traición. El ahora generalísimo alegó estar hasta la coronilla de sus mentiras: «En esta empresa nadie recula, y de insistir en sus ardides la haré castigar con veinte latigazos, como ejemplo a la tropa». Teresa también fue con Mariano, recibiendo en contrapartida una nimia respuesta: «Dile por favor que se esté tranquila o acrecentará nuestros males».

Sin que nadie le creyese, incluso Teresa que la miraba con ojos de suspicacia, partieron muy temprano. Aquel miércoles 20 de marzo fue la jornada más inclemente de toda la travesía; avanzaron por el desfiladero conocido como el Espinazo del Diablo, cuyo nombre describía el sitio con exactitud: las rocas, inclinadas como el costillar de un esqueleto, aparecían a flor de tierra a los lados del camino, semejante al costillar de un gigantesco monstruo. Remigio, que como siempre servía de cochero, no cesaba de santiguarse, supersticioso ante cualquier cosa que nombrase a Satanás.

Aunque se aproximaba la primavera, la mañana era extremadamente fresca, lo que no hizo tan penoso el principio de la marcha, pero más tarde, cuando el sol alcanzó su cénit, la caminata se volvió agobiadora. El avance era lento y dificultoso debido al cansancio, el calor y la sed; el agua y los forrajes se agotaban y tan solo encontraron en el camino, junto a un torreón semiderruido, un pequeño pozo de agua salada, en tan ridícula cantidad que, de solo verlo, Manuela sintió más sed. Después de una tremenda jornada, ya habiendo oscurecido, los insurgentes llegaron al paraje de La Joya, donde por fin pudieron saciar levemente la sed, pues debían racionar la poca agua que llevaban.

Para reanimar a la gente, se hizo correr la voz de que se encontraban a menos de dos leguas de Las Norias de Baján, final del sufrido viaje, donde los esperaban tropas amigas para acompañarlos a la villa de Monclova y recibirlos con honores y festejos. Manuela, de tan solo escuchar el nombre de Baján, se alarmó: ¡ahí sería el funesto golpe!

Por falta de forraje solo se realizaron tres fogatas, pero, a pesar de su escaso fuego, gran cantidad de hombres se reunía alrededor de ellas, chanceando, cantando y hasta bailando para mitigar el frío. Todo era algarabía menos el carruaje donde viajaba Miguel Hidalgo,

estacionado a corta distancia del coche de Manuela custodiado por dos centinelas, y del cual no había descendido el cura.

Con la mirada perdida, cavilando alguna forma de hacerle entender a Allende lo verídico de la amenaza, vio abrirse la puerta del carruaje de Hidalgo, apeándose él mismo, más encorvado y lento que de costumbre.

—¿A dónde va su señoría? —inquirió uno de los guardias, el sargento Álvarez, hombre enjuto y de corta estatura.

—A cagar, hijo mío, a cagar —contestó el cura con enfado.

—Estará usted enfermo; esta es la tercera vez que sale por lo mismo.

—¿Y eso en qué te aflige? —dijo el cura con desgano—. Mis tripas son las que sufren mientras las tuyas se retuercen del fastidio. ¡Vete a celebrar en vez de estar jodiendo!

El custodio quiso agregar algo, pero se quedó con la boca abierta; ya el cura se había adentrado a la negra llanura, sin antorcha que lo alumbrase ni alma que lo acompañase, a excepción de Manuela, que a prudente distancia fue siguiéndole los pasos, cuidadosa de que nadie la observase. Tras caminar unas veinte varas Hidalgo se detuvo, y cruzándose de brazos miró el firmamento: al horizonte se distinguía una luna menguante rodeada de un cielo escasamente estrellado. Cabizbajo, sumido en los abatidos pensamientos que le oprimían a toda hora, se hincó sobre la yerma tierra para después recostarse hecho un ovillo. Una voz lo hizo salir de su pesadumbre.

—Padre, ¿se encuentra usted bien?

Hidalgo reconoció la voz de Manuela, pero lo único que deseaba es que lo dejaran en paz.

—Vete; quiero estar solo —dijo con fastidio.

—¿Voy por el médico?

—No estoy enfermo… solo deseo la soledad.

Manuela se acercó al cura; su rostro estaba en extremo demacrado, y sin embargo, reflejaba paz, por lo que se atrevió a continuar.

—Perdone… es que tengo algo muy importante que comunicarle sobre una traición.

—De ingratitudes ya he tenido suficiente… No quiero saber más.

—Debe saber que su vida corre peligro —dijo Manuela intentando hacerlo reaccionar.

—Me vale una chingada mi vida, ¿entiendes? ¡Vete y déjame tranquilo!

—¿Y las vidas de los demás tampoco le importan?

—¡Que se vayan al infierno todos!

—Hay niños y mujeres, almas inocentes que le acompañan —apuntó Manuela amablemente—. ¿Acaso desea el sufrimiento y la muerte para ellos?

—Por mí que se cuezan en las llamas del más allá; ¡déjame! —dijo

irguiéndose sobre sus rodillas.

En el pecho de Manuela despertó un torbellino de sentimientos encontrados; en un solo momento recordó el horror de los gachupines degollados, la traición a Allende y a su esposo en Guanajuato, su nombramiento de alteza serenísima, la Capitana… y entonces el odio que anidaba en lo más profundo de su alma explotó con eléctricos impulsos a flor de piel.

—¡Por supuesto que a usted no le importan los demás, ni su hermano, ni Allende, ni Mariano, ni los miles de indios que yacen bajo tierra por culpa de sus infamias!

Hidalgo respingó y se puso de pie, erguido, molesto por la mera mención de los indios muertos. Se acercó a Manuela amenazador y ella no se movió un ápice; lo esperó brava, también con la razón embrutecida por el coraje contenido.

—¡Todo lo he realizado por ellos…! ¿Qué saben ustedes, los adinerados, de justicia? —clamó furioso—. ¡Lo único que desean es continuar con sus haciendas, disminuir los impuestos y que los jornaleros se mantengan sumidos en la ignorancia, hundidos en el atraso por falta de oportunidades!

Se le acercó a un palmo de la cara, tanto que ella podía sentir el vaho de su boca al parlotear.

—Solo yo puedo torcer el rumbo de la historia y engendrar justicia. Tú eres una beata, al igual que tu suegra, que no saben del sufrimiento humano… Se refugian tras la oración para envilecerse con el dolor ajeno. ¡Eres una cabrona!

—¿Qué va a hacer conmigo, degollarme como a los cientos de inocentes que mandó ejecutar? ¡Pues llame a su verdugo, al torero Marroquín, porque usted no tiene el valor de mirar a sus víctimas a la cara…! ¡Cobarde!

Hidalgo levantó la mano para abofetearla, pero al descubrir a la mujer petrificada, sin cubrirse el rostro, se contuvo.

—¡Qué sabes tú de la guerra; esos son asuntos que una mujer jamás comprenderá! —carraspeó—. Los ejércitos realistas hicieron lo mismo con nuestros hombres; bien lo dice la Biblia: «Ojo por ojo, diente por diente».

—No utilice escusas deleznables; usted comenzó a matar inocentes en Valladolid, antes que Calleja realizara sus masacres en Guanajuato.

—Manuela —dijo el cura sereno, recuperando la calma—, desde Valladolid hasta Guadalajara te has afanado en joderme una y otra vez. Recuerda que gracias a mi intercesión estás casada con Mariano. ¡Ya déjame en paz!

—Usted me ayudó, lo reconozco —dijo Manuela rechinando los dientes mientras el cura caminaba lentamente hacia el fondo del campo, inquieto, intentando alejarse de aquella mujer que le hacía

perder los estribos—. ¿Pero acaso no se cobró con creces el favor al apoderarse con engaños de mi herencia? Usted habría deseado que me hiciera la ciega y la sorda, que dejara pasar por alto sus vilezas, pero escúcheme yo sí practico la caridad cristiana.

Con gran esfuerzo, Hidalgo permaneció inmutable; consideró que la mejor manera de deshacerse de esa mujer era alejarse e ignorarla. Pero Manuela se había convertido en un huracán y con ágiles zancadas lo alcanzó para enfrentarlo.

—¡Usted es un depravado! Le molesta que no le dejase abusar de Mariana Gamba, la Fernandita, ¿verdad?

—¡No entiendes nada!

—¿Es acaso su hija, como dicen por todas partes?

—¡Calla!

—¿Por qué mandó a degollar a su padre, acaso le tenía celos por haberle robado a la que fue su amante?

—¡Con un carajo, no te entrometas en mi vida! —dijo exacerbado y comenzó a caminar de regreso al coche—. Eres una mujerzuela… solo deseas salvar al pelele de tu marido… Careces del mínimo amor a la patria y a los menesterosos.

—¡Mañana los van a emboscar! —exclamó Manuela al escuchar el nombre de su amado—. Escuché al barón de Bastrop y a su amigo… ¡Son traidores!

El cura siguió caminando como si le hablara el viento, desatendiendo todo lo que decía.

—¿No me escucha? —Se le acercó corriendo—. ¡En las Norias de Baján los harán prisioneros y fusilarán…! ¡Es una emboscada!

—He tomado algunas decisiones erróneas, pero te aseguro que atender a tus embustes no será una de ellas. —Llegó a los linderos del campamento y comenzó a gritar—: ¡Sargento Álvarez… sargento Álvarez!

De inmediato apareció el custodio, alarmado por los gritos.

—¡Arreste a esa mujer, mátela o mándela a la chingada; ha venido a maldecir mi vida!

El sargento, sin comprender nada de lo que sucedía, tomo el fusil entre las manos y con él detuvo el avance de Manuela.

—¿No entiende? ¡Mañana caeremos en una trampa! —gritó desesperada—. ¡Informe a Allende… ordene que envíen espías…! ¡Haga algo antes de que sea demasiado tarde, por amor de Dios!

—Sargento —dijo Hidalgo sin dignarse a mirarla—, la dama debería estar recluida; haga que la custodien como es debido o habré de informar al generalísimo Allende de sus faltas. Que no la visite nadie durante la noche; ha enloquecido y sus alucinaciones puede mermar la moral de la tropa.

Se detuvo un momento y dio la vuelta para encararla.

—A las serpientes no se les puede confiar… Y aunque lo que pregonas fuese cierto, no poseo mando alguno… Que Dios decida.

Entró en su carruaje mientras el sargento, a empujones, obligaba a Manuela a recular. En la desesperación quiso burlar al militar y adentrarse al campamento para gritar a viva voz el peligro que les acechaba, pero el militar la derribó al suelo y con la ayuda de dos compañeros la arrastraron hasta su carruaje y la encerraron.

Al fondo, los cantos y carcajadas de la tropa se confundían con los gritos de Manuela.

Con la angustia royéndole el alma, no pudo pegar ojo durante la noche. Al amanecer Teresa subió al carruaje para partir, y viéndola tan desconsolada intentó tranquilizarla: había referido nuevamente lo escuchado a su cuñado y al mismo Mariano, pero ambos, por separado, desestimaron la amenaza, aclarando que ya el mismo gobernador de Coahuila había enviado ciento cincuenta hombres para auxiliarlos.

Marcharon poco antes de los albores; a la vanguardia del convoy iban un fraile y un teniente con cuatro soldados, un piquete de sesenta soldados y el coche donde viajaba Manuela, escoltado por doce jinetes. Seguían otros catorce coches con todos los generales, eclesiásticos, algunos familiares de los altos mandos, un grupo de prostitutas, oficiales y soldados. Después iban el ganado y los arrieros que azuzaban a los asnos sobrecargados con gran cantidad de bultos, la artillería, un buen número de carretas con víveres y pertrechos, las esposas de algunos soldados y, finalmente, en la extrema retaguardia, la caballería al cuidado del coronel Rafael Iriarte.

En la travesía, los contingentes fueron separándose unos de otros, debido a la gran polvareda que producían los animales y los carros. De trecho en trecho, se hallaban cruces de madera sobre montículos de piedra, en señal de aquellos sitios donde los indios bárbaros habían masacrado a cristianos. Las tres mujeres se santiguaban al mismo tiempo cada vez que veían una, mientras Remigio, afuera, en el asiento de cochero, repetía incesante: «¡Jesús mío, cuídanos!».

A eso de las nueve de la mañana, tras el prolongado descenso de la serranía, avistaron el pueblecillo de Baján, a una distancia de media legua. Todo parecía tranquilidad y paz en el poblado, así que Teresa le recalcó que no debía preocuparse más, y ella misma consideró que lo dicho por el barón de Bastrop era falsa alarma; alardes de hombres petulantes. Tras bordear una loma en una prolongada curva descubrieron a un contingente de caballería y algunos infantes formados en dos filas, que les rendían honores y saludaban amistosos a su paso. Un jinete se acercó, al parecer quien comendaba el

recibimiento, y al ver que en el interior solamente viajaban mujeres preguntó con exagerada cortesía:

—¿Y los generales Allende e Hidalgo?

Remigio miró el camino andado: tras los doce hombres que los custodiaban no se distinguía coche alguno.

—Deben haberse rezagado —dijo despreocupado—, pero llegarán pronto; creo que vienen cinco o seis coches después del nuestro.

En ese momento el hombre levantó una mano y los soldados ubicados en la fila levantaron sus fusiles, apuntando a los escoltas.

—¡Ríndanse en nombre de su majestad Fernando VII! —gritó el comandante, empuñando un par de pistolas, una en cada mano.

Los guardias, al verse sorprendidos, tomaron sus armas tan raudos como les fue posible, pero de inmediato un gran número de soldados apareció sobre la loma y disparó contra ellos a dos fuegos. Tres de los insurgentes cayeron acribillados en la refriega, a la vez que los restantes, al constatar que habían sido emboscados, alzaban los brazos en señal de rendición.

Manuela, Maricela y Teresa se hallaban en cuclillas, dentro del coche, intentando protegerse de las balas.

—¡Bajen en silencio o les perforo la cabeza! —ordenó con voz ronca y autoritaria el comandante, al que su tropa llamaba coronel Elizondo —. ¡Obedezcan o las mato!

Bajaron de la carroza y fueron conducidas junto con los hombres capturados, entre ellos Remigio, hasta los linderos del pueblo, donde se hallaban unos pozos de agua. Como estos se ubicaban a unas cuatrocientas varas de la bajada del camino, desde ahí se podía observar lejanamente a quienes fuesen llegando. Amarraron a los hombres de manos y pies; los agruparon y sentaron unos contra otros para facilitar su cuidado y dejaron a unos veinte soldados de custodios. Las ataduras de las mujeres eran exclusivamente en los pies. Utilizaron un mismo cordón para dos mujeres, de tal manera que ninguna pudiera moverse sin arrastrar a la otra.

—¡A quien grite le corto el gañote de un machetazo! —amenazó un hombre moreno, fornido, que caminaba entre los detenidos y mostraba amenazador un gran machete.

Los insurgentes fueron cayendo unos tras otros: primero un grupo de sesenta hombres, encabezado por el teniente González, al que le exigieron rendición y al oponer resistencia lo acribillaron en el acto. Los atacantes se apresuraron a retirar el cadáver del camino y amordazar a los prisioneros, porque ya se aproximaban otros. Minutos después desfilaron frente a la loma tres coches escoltados, que llevaban clérigos, frailes y mujeres, que se rindieron y fueron amarrados. Se presentó un quinto coche en el que iba Marianillo, el hermano de Hidalgo, y, tras este, arribó en el que viajaban Allende,

Jiménez, el teniente general Arias, Indalecio y una mujer, quizá la Cantora. Los traidores rodearon el carruaje.

—¡Yo no me rindo; primero morir! —gritó Allende agazapándose tras la puerta del carruaje y disparando contra los captores.

Lo secundaron su hijo Indalecio y el general Arias, el cual echó pie a tierra apuntando su carabina contra el comandante Elizondo, quien, advertido por un soldado, logró desviar el caballo burlando el disparo. En contrapartida disparó e hirió a Arias en una cadera. Indalecio, por su parte, disparaba con una pistola, dispuesto a defender a su padre, con tan mala fortuna que de inmediato recibió una descarga en el pecho y cayó muerto. Grande fue el dolor de Manuela al ver a Allende abrazar a su hijo, llorando amargamente y lanzando maldiciones contra los enemigos. Jiménez también intentó defenderse, a golpes, porque su arma ya había sido disparada, pero fue sometido de inmediato. Al ver el cadáver de Indalecio, levantó los brazos y pidió que cesasen las hostilidades. Los agresores se apresuraron a maniatarlos y llevarlos a un sitio aparte de los prisioneros comunes.

Manuela vio que llegaba otro coche con el barón de Bastrop y el capitán Sebastián Rodríguez, a quienes confundieron con insurgentes y los trataron con el mismo rigor que a los demás. «Ojalá fusilen a esos desgraciados», pensó con sed de venganza, mientras desfilaba un carruaje más, en el que debía venir el cura. Manuela tenía la vista clavada en la escena; seguramente su marido estaría en aquel grupo. Para consternación de los captores, descubrieron que Hidalgo no estaba en el coche. Transcurrieron unos instantes de expectación hasta que el cura apareció montado en un caballo prieto y seguido de una escolta de cuarenta hombres. El comandante Elizondo fingió dejarlo pasar para hacerle retaguardia, hasta llegar al extremo donde se hallaba la emboscada. Le exigieron rendirse; Hidalgo iba a sacar una de sus pistolas cuando un hombre se acercó sujetándole la mano, y ya no intentó oponerse.

Manuela buscaba con afán entre los grupos de capturados, hasta descubrir que de uno de los coches bajaban Mariano y Pedrillo. Ninguno puso resistencia y agradeció al cielo por la salvación de sus seres queridos. Sin perderlo de vista por un segundo, observó que su amado, desesperado, realizaba esfuerzos para divisarla, pero era imposible encontrar a alguien entre aquel gentío. La amargura de ambos era infinita; llevaban días sin poder conversar, separados por órdenes de Allende, y ahora los alejaban los traidores.

Desobedeciendo órdenes, Manuela gritó tan fuerte como pudo, intentando llamar la atención del dueño de su corazón y de su vida:

—¡Mariano, hijito mío, Mariano, aquí!

Un culatazo en el costillar la hizo gemir de dolor y caer sobre el árido polvo.

Como las cuerdas que llevaban los captores para maniatar a los prisioneros se habían agotado, desataron a las mujeres y hasta debieron echar mano de las bridas de los caballos, además de utilizar un mismo cordón para amarrar a dos y hasta a tres en continuo. Las cuerdas quedaban tan tensas que algunos ya sufrían ardorosas llagas en manos y tobillos. Los más de ochocientos infelices estaban concentrados junto a las norias del pueblo, donde los enemigos se dedicaron a golpearlos y a realizar una desordenada rapiña: arrancaban anillos, medallas, cadenas, relojes, collares y cuanta alhaja o pertenencia portasen los prisioneros, por baratija que pareciera. No contentos con ello, a quienes iban vestidos con ropas medianamente aceptables los desnudaban para quedarse con las prendas que les llamaban la atención: camisas de buen algodón, sombreros de alas anchas, las casacas de los soldados, los chalecos, los pantalones de lana, las chaparreras de cuero y, por si fuera poco, las faldas, jubones, corpiños y vestidos de las damas.

Cuando Manuela vio a dos hombres acercársele con la mirada clavada en sus ropas se desprendió de la medalla que llevaba al cuello y la estrechó en su mano derecha. De inmediato uno de los hombres la sujetó del torso y la levantó al vuelo, mientras el otro le arrebataba la falda, dejándola en enaguas, sin que ella opusiera resistencia con tal de no ser lastimada.

—Buen regalo para mi mujer —dijo el moreno que le sujetaba el torso.

—Y esta canija es mi regalo —agregó el de rostro blanco, cacarizo por los estragos de la viruela, y cabello encrespado.

—Pues ahora es cuando, Guayabo, date gusto… aquí te la detengo.

—¡No, no! —gritó Manuela aterrada, lanzando pataletas y contorsionando la cadera para zafarse de las brutas manos de los agresores.

El Guayabo comenzó a manosearle los muslos y las nalgas, mientras Manuela se retorcía furibunda, desesperada, halando brazos y piernas. En los forcejeos libró la mano derecha, donde guardaba la medalla, e intentó asestar un puñetazo a su agresor más cercano, pero en la maniobra se rasgó la camisa y quedó medio pecho al descubierto. Aquella visión fue suficiente para que el Guayabo trizara por completo la prenda y manoseara con lujuria los senos que se le ofrecían como frutas maduras.

—¡Está flaquita pero no le aunque! ¡Lo pegado al hueso es lo más

sabroso! —reía cual semental.

De un impulso le subió las enaguas por arriba de la cintura, dejando el rizado pubis expuesto, mientras Manuela hacía esfuerzos sobrehumanos para mantener entrecruzadas las piernas y no ser penetrada; gritaba invadida de inmenso asco y poseída de una poderosa energía desconocida.

—¡Tírala al suelo y agárrala bien fuerte! ¡Que no se mueva!

De un movimiento el pesado hombre la tendió en el suelo, aprisionando con un brazo los hombros y con el otro el pecho, tan fuerte que Manuela casi no lograba respirar. El Guayabo, de pie, se bajó los calzones dejando al descubierto el enorme falo, erecto y amenazante.

—¡Ahora verás lo que es bueno! —gruñó altanero—. ¡Vas a conocer el infierno por hereje y revoltosa!

Furibundo, se recostó sobre ella para inmovilizarla mientras con sus callosas manos la prensaba de las rodillas intentando abrirle las piernas. Manuela gritó con más ímpetu, angustiada, horrorizada, resistiéndose con una energía que explotaba cual volcán. El hombre se le acercó al rostro y estrujándole las mejillas con los dedos la amenazó:

—¡O te dejas coger por las buenas o te meto el machete por el culo!

Manuela, poseída de indomable frenesí, escupió a su atacante en los ojos, al tiempo que pateaba enloquecida.

—¡Pinche puta! —gritó limpiándose el gargajo—. ¡Te vas a tragar mi verga! —Se irguió y estirando el brazo le propinó una sonora bofetada.

—¡Guayabo, deténgase! —ordenó un hombre cercano, montado sobre un brioso alazán—. ¡Dejen a esa pinche mujer y encierren a todos los presos! Ya habrá tiempo para la diversión… ahora es preciso arrejuntarlos.

El Guayabo obedeció a regañadientes; se puso de pie y dio una patada en la cadera a Manuela. Ella no se quejó; tan pronto supo que había salvado el trance comenzó a sollozar, mientras intentaba cubrir sus magullados pechos con los brazos.

—¡Por favor, comandante, se lo suplico! —lloró entre jadeos por la falta de aire—. Que me cubran con algo, por piedad de Cristo.

El jinete la observó por un instante. Al final sonrió pícaro y ordenó entre groseras carcajadas.

—Denle un rebozo a la putilla; está muy apetitosa y no quiero que me la robe nadie… —Miró al Guayabo y ordenó—: ¡Esta potranca es para mí! ¿Entendido?

Tan pronto se alejaron los hombres, Manuela comenzó a temblar, aturdida, con la vista obnubilada. Miró a su alrededor y creyó vislumbrar, a unos escasos pasos, a Teresa, tendida bocabajo,

completamente desnuda. Quizá su amiga había corrido con peor suerte que ella. Hasta entonces abrió la mano para constatar que no le hubiesen arrebatado lo más preciado: los dedos se hallaban rojizos de sangre debido al furor con que había estrechado el puño, pero la medalla con el retrato de su amado se hallaba intacta.

Hidalgo miraba detenidamente la cajilla de madera: en su interior se encontraban las gafas de plata con su nombre grabado, un relicario en miniatura con las imágenes del Señor de los Trabajos y de la Virgen de los Dolores, además de una cruz de plata de medio palmo de longitud, que también servía de ánfora para guardar los santos óleos. Esas eran las únicas pertenencias que le restaban y lo ligaban al pasado; la gloria y los honores se habían esfumado; las batallas libradas parecieran leyendas narradas por ancianos; el título de alteza serenísima, una alucinada invención, y los ideales por crear una nación donde imperara la justicia, un recuerdo tan acallado y lejano como los anhelos infantiles.

No obstante la derrota, el decaimiento y la melancolía habían desaparecido. Su ánimo se había atemperado, se percibía sereno. «La tranquilidad sucede cuando desparecen los anhelos», pensó; «en la mayor de las carencias, a semejanza de Jesucristo, se encuentra la paz».

Lo habían recluido en una habitación junto con los otros sacerdotes insurgentes, en total diez, y en la habitación adjunta se hallaban Allende y los principales oficiales, velando al difunto Indalecio. «Al menos eso le han permitido», dijo para sí.

Después de la captura había podido cruzar unas pocas palabras con Ignacio; hubiera deseado abrazarlo y brindarle consuelo, pero tan solo pudo decirle: «Debería estar yo en el lugar de Indalecio; te juro que sufro su muerte como si fuera mi hijo».

Y fue sincero; el dolor que embargaba a su compañero de armas lo experimentaba en carne propia. La decepción y la amarga derrota cundían en sus sentimientos, infundiéndole mayor sensibilidad.

Pensaba, totalmente convencido, que su captura sería el punto final de la revolución, y el botín que habían capturado —veinticuatro cañones, dieciocho tercios de balas, veintidós cajones de pólvora, cinco carros de municiones, setecientas barras de plata y un poco más de dos millones de pesos—, serviría ahora para derrotar a los disminuidos ejércitos que se mantenían en lucha en la zona del Bajío con López Rayón a la cabeza, o en el sur, con José María Morelos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un martillar constante: el herrero ya forjaba las cadenas y los grilletes que debería arrastrar hasta el día de su muerte.

Además de las más de setenta mujeres apresadas, había familiares de los jefes insurgentes con sus hijos, así como varias prostitutas que seguían a la tropa desde que Allende tomó el mando. A todas las llevaron a una pequeña choza, que tan solo poseía una huerta y una estancia, donde se apretujaron unas con otras, la mayoría sentadas de cuclillas, y las más valientes de pie, atendiendo a las más necesitadas. Hermanadas por la prisión y los ultrajes recibidos, forjaron de inmediato lazos de solidaridad: algunas compartían prendas a quienes habían quedado desnudas, otras cuidaban de los niños, en especial de los bebés de brazos, y todas intentaban infundirse valor mutuamente. Se habían agrupado al fondo de la habitación, buscando protegerse entre sí, y miraban atemorizadas hacia la puerta, temiendo que en cualquier momento irrumpieran los bárbaros a ultrajarlas.

Manuela tiritaba exhausta a causa del esfuerzo realizado, mientras envolvía su torso y hombros con el ajado rebozo. Su mente era una confusa maraña de pensamientos y su corazón un infierno de emociones. La pobre de Teresa, a la que habían desnudado, no cesaba de sollozar sintiéndose sucia y mancillada.

—¿Te han hecho mal? —preguntó Manuela.

La desgraciada amiga no podía emitir palabra, tan solo removía la cabeza negando. Manuela le proporcionó una de las dos enaguas que le habían restado para que se cubriera con algo, y Maricela, a quien no concluyeron de robar por haberse rasgado la ropa en el intento, le proporcionó el maltrecho corpiño que cubría su camisa.

—Gracias a la misericordia de Dios estás inmaculada —susurró Maricela, presa de profunda religiosidad.

Manuela la miró: sus ojos se encontraban vacíos, actuaba cual autómata, perdida en una realidad lejana.

Las horas transcurrieron sin mayores sobresaltos; sin embargo, poco antes del anochecer se abrió la puerta y entraron cuatro hombres con fusiles y pistolas en mano. Al unísono, las mujeres comenzaron a gemir aterrorizadas. Uno de los hombres, enjuto y de cabello largo, las amenazó de inmediato:

—¡Cállense, pinches zorras… silencien a sus escuincles! —ordenó a gritos—. A ver, ¿quién de ustedes es la mentada cantora?

Las mujeres enmudecieron, mirándose entre sí o agachando la cabeza, sin atreverse a delatar. El hombre tomó su pistola y apuntó a una joven de rollizas mejillas y largas trenzas.

—¿Conque no quieres hablar? ¡Ya veremos cómo chillas!

El silencio se rompió con clamores de rezos y plegarias, interrumpidos por los sollozos de los niños, aterrados. El hombre acercó el arma hasta la boca de la mujer, que temblaba manteniendo

los ojos cerrados, farfullando alguna plegaria. Amartilló el arma y colocó el dedo en el gatillo cuando al fondo de la habitación una mujer, levantó la voz:

—¡No la mate…!

El hombre soltó una carcajada.

—¡Ah, qué pendeja, cómo crees que la vamos a matar; difunta no me serviría para nada…! —resopló con aires de bravucón—. Ustedes son nuestro premio… Nos las vamos a coger a todas, y la que aúlle más entonada, pues esa misma será la mentada cantora.

Apuntó con la pistola al entrecejo de la jovencilla.

—¿Qué prefieres, abrirte de piernas… o que te perfore la jeta!? —rabió el tirano.

—¡Deténgase; es a mí a quien buscan! —dijo una mujer de talle torneado y excesivo busto—. Yo soy la cantora.

—¡Cabo Quintero! —ordenó el comandante—. Lleve a esta puta con el coronel, para que cante en el festejo… Yo ahorita mismo lo alcanzo; nomás me curo la calentura.

Sin dejar de apuntar a la joven se bajó los pantalones, escupió en su mano izquierda y untó el gargajo en su falo. Entonces intentó abrir de piernas a la joven, pero como la otra se resistía, la golpeó con un certero puñetazo en el rostro y la dejó casi inconsciente.

—¡Estate quieta o te chingo! —El hombre abalanzó su cadera hacia la mujer y la penetró de una salvaje embestida, entrecerrando los ojos—. ¡Dios mío, esto es el cielo! —gimió con los ojos en blanco.

Manuela sollozaba, oprimía la mano de Teresa y levantaba la mirada hacia el techo, huyendo de los jadeos del hombre, deseando hacerse sorda a los amargos gritos de la chica, buscando piedad en las alturas. Entonces, para alejarse de aquel tormento, intentó imaginar a su hijo, Rafaelito, jugando con sus soldaditos de plomo, riendo, pleno de ternura e inocencia, pero le era imposible concentrarse; su hijo estaba tan lejos como el paraíso y ella se hallaba en el mismo infierno.

Vino la oscuridad de la noche y con ella se acrecentó el terror entre las desvalidas mujeres. Para que algunas pudiesen dormitar, establecieron turnos de vigilancia con relevos constantes; Manuela logró dormitar a intervalos, pero se despertaba constantemente; el terrible rostro del Guayabo, manoseándola e intentando violarla, no la abandonaba.

Poco antes del alba irrumpió en la estancia un ranchero profiriendo órdenes con urgencia:

—¡Órale, todas para afuera… todas afuera!

Junto a las norias ya se había arremolinado el total de prisioneros en un inmenso y confuso grupo, mientras los traidores daban

instrucciones para organizar el traslado a la villa de Monclova. Manuela, Maricela y Teresa se confundieron en el gentío.

—Espérenme aquí, junto a este arbusto —les dijo Manuela—. Voy a tratar de informarme.

Avanzaba entre los prisioneros, todos maniatados, preguntando por Mariano cada vez que encontraba un rostro conocido, cuando alcanzó a escuchar entre el barullo una voz familiar:

—¡Señorita, señorita, acá!

Era Remigio, con rostro de aflicción y atado a otro hombre. Manuela se abrió paso hasta alcanzarlo. Lo abrazó con emoción, como si Remigio le retornase algo de seguridad, algo de su vida perdida.

—¡Bendito sea Dios que estás bien!

—Sí, señorita, no tengo nada más que hambre y sed… pero, con su perdón, usted está hecha una desgracia. ¿Se encuentra bien?

—Ay, Remigio, me apena mucho haberte arrastrado a la perdición —dijo Manuela, desatendiendo la pregunta—; por favor, perdóname.

—No se preocupe por mí; soy un pelagatos y no me harán daño. Pero temo por usted y sobre todo por el patrón…

—¿Lo has visto? ¿Sabes dónde se encuentra?

—A los principales cabecillas los tienen bien apartados, custodiados por un buen número de soldados, pero no sé más.

—¡Voy a buscarlo! —dijo con precipitación—. ¡Por favor, perdóname!

Y se echó a caminar entre el gentío, ojeando hacia los extremos de la multitud, hasta que un oficial ordenó que comenzara la marcha y lo obligaron a reunirse con las demás mujeres.

El trayecto de dieciséis leguas lo realizaron en quince horas de lastimosa jornada; a pesar de que Manuela viajó en una carreta cerrada a modo de cerca, hubo de realizar todo el trayecto de pie, hacinada junto a otras mujeres, sin haber probado alimento desde el día anterior y con una sed intolerable. Los carceleros se mostraban hostiles e inhumanos; las injuriaban repetidamente, sin proporcionarles bebida ni alimento. En el camino se realizaron paradas con la intención de que tanto prisioneros como custodios hicieran sus necesidades corporales; les permitían ir de cuatro en cuatro a defecar o mear en las llanuras. En una de esas, Manuela aprovechó la oportunidad para intentar reconocer el coche donde transportaban a su amado, pero la fila de carruajes, carretas, mulos y hombres alineados en columnas de cuatro se perdía en el horizonte.

Al llegar a Monclova, criollos y gachupines recibieron a los traidores como héroes y a los prisioneros cual pérfidos herejes. En las calles les lanzaban frutos podridos y los insultaban, a excepción de los hombres y las mujeres del bajo pueblo, los humildes, que los miraban con ojos compasivos: quizá comprendían que al fracasar el movimiento del cura Hidalgo sus ilusiones de prosperidad se esfumaban como el humo. A su paso se escuchaba la desaforada gritería de: «¡Viva Fernando VII, mueran los insurgentes!».

Las mujeres fueron recluidas en una casa, amontonadas; comían carne seca y gordas de maíz en escasas proporciones, sin enterarse de nada de lo acontecido afuera. Manuela desesperaba por conocer la situación de los principales prisioneros, pero los custodios, malencarados y hoscos, le negaban cualquier noticia. Por si fuera poco, pareciera que a Teresa y Maricela les hubieran arrancado el alma: permanecían con la mirada vacía y los labios en continuo rictus lastimero, apáticas, ensimismadas. Ni siquiera se quejaban, asumían con estoicismo su amarga condición.

Por la noche del segundo día de reclusión, una cuadrilla de soldados apareció con rostros pícaros y festivos.

—A ver, ¿quiénes de ustedes se ganan la vida como putas? —preguntó un hombre, alto y fornido, esbozando una maliciosa sonrisa.

Ocho mujeres levantaron las manos, temerosas y tímidas.

—¡Pues a trabajar, vayan para afuera…! ¡Anden, muevan el culo… a ganarse el pan de cada día!

Como iban saliendo las voluptuosas damas, los soldados las iban manoseando entre risotadas. Nunca más supieron de ellas, pero no

temieron por sus vidas; seguramente sus dones eran muy preciados para la soldadesca.

Al amanecer del tercer día sucedió lo inesperado: el comandante Elizondo en persona se presentó ante ellas, con hastío, como quien debe cumplir una orden indeseada.

—¡Señoras, quedan ustedes en libertad! —gritó enfadado—. ¡No podemos seguir manteniéndolas, así que desde ahora deberán valerse por ustedes mismas! ¡Tienen diez minutos para desocupar el sitio!

—¿Y de qué vamos a vivir? —preguntó aterrada la esposa del capitán Chávez, señalando a sus dos hijos pequeños afianzados a su regazo—. ¡Tenga compasión!

—¡Ese no es mi problema; por mí pueden morirse de hambre! —exclamó mientras abandonaba el lugar—. ¡Aprendan a limosnear…! ¡O a putear, que es más divertido!

Las cuñadas de Allende no se despegaban de Manuela; caminaban tras ella como niñas perdidas, aterradas ante las miradas de censura y desprecio de la mayoría de las personas, temerosas de que en cualquier momento les hicieran daño. Era inevitable llamar la atención: mal vestidas, sucias, desgreñadas y con los ojos hinchados por el llanto y el insomnio. Parecían mendigas, aunque sus maneras en el andar y la suavidad de su piel las delataban como mujeres de clase alta. Una humilde vendedora de gordas de maíz, conmovida, les regaló una a cada una, sin relleno alguno, mientras dos señoras de las llamadas *decentes* les lanzaban miradas de desprecio y secreteaban entre ellas.

Manuela tenía una sola idea en la mente: encontrar a su marido y a Pedrillo, y sin saber con certitud hacia dónde dirigirse decidió acudir a la casa de gobierno; ahí se entrevistaría con el comandante en jefe, el teniente coronel Ignacio Elizondo, hombre engreído y ambicioso, que se jactaba de conseguir sus propósitos sin importar los medios utilizados. Sabía que en semanas anteriores el traidor había solicitado a Allende el ascenso al grado de teniente general, mismo que le fue negado, y que quizá en venganza concibió el plan para emboscar a los jefes insurgentes.

Llegando a la Casa Real, una pequeña y austera construcción de una sola planta que denotaba lo precario de la villa, se presentó como portadora de un mensaje del general don Félix Calleja; no le importaba mentir, era su única alternativa. Tras esperar media hora, el asistente del coronel Elizondo, un hombre enjuto y calvo, la hizo pasar a un despacho de mediano tamaño, austero en su decorado, pero limpio y ordenado. El coronel se hallaba sentado sobre una gran silla, con el codo recargado sobre el descansabrazos y el torso inclinado en

actitud pedante y engreída.

—¡Señora Abasolo! —escupió con sorna, dirigiendo la mirada hacia la ventana—. ¿Pensaba usted que disfrazándose de limosnera no sería reconocida?

—Mi triste condición se debe a la rapiña de sus bandoleros. —Lo enfrentó con orgullo y algo de arrogancia; había escuchado a Hidalgo decir que a los altaneros se les vence con sus mismas armas.

—¡Qué barbaridad; ahora pretende aleccionarnos en moral! —dijo emitiendo sarcásticas risillas, girando hacia ella para barrerla con la mirada—. Deberé recordarle que ustedes, los insurgentes, saquearon todo el reino y asesinaron a cientos de europeos inocentes.

—¡Y mi marido y mi hermano salvaron de la muerte a cuantos pudieron! —respondió de inmediato; dispuesta a mentir y exagerar cuanto fuese necesario con tal de lograr su cometido—. Fueron más de cien, como el general Calleja comprobó en Guadalajara, por eso me atrevo a solicitar su liberación.

—¿Usted tiene tratos con el general Calleja? ¡No me haga reír! —carraspeó abandonando su insolente postura y mostrando cierto interés, o quizá temor, por lo escuchado.

Manuela había tocado un punto flaco del coronel y buscó la manera de ganarse su apoyo y simpatía.

—Yo sé que Allende fue injusto con usted al no conferirle el ascenso tan merecido que reclamaba, pero mi marido actuó siempre a su favor. Don Félix Calleja me otorgó indultos y salvoconducto firmados de su propia mano —concluyó tajante.

—Muéstreme los papeles de que tanto presume.

—Los indultos fueron destruidos por nuestro enemigo común, el general Allende. Pero escondí el pasaporte en mi carruaje. Permítame buscarlo y verá que no miento.

Elizondo reflexionó un instante y llamó a su asistente.

—Acompañe a la señora a los carruajes capturados —ordenó.

Manuela hurgaba en la cabina del coche, donde ella y Teresa habían escondido algunas pertenencias. En la rapiña, los salteadores se habían llevado todos los baúles y cuanto encontraron a la vista, pero no buscaron en huecos ocultos ni por detrás de los cojines del respaldo. Con gran felicidad descubrió, entre varios papeles más, el pasaporte emitido por Calleja, que daría veracidad a sus palabras. Después se puso en cuclillas para destrabar un pequeño compartimiento secreto, ubicado entre el piso y el tablón que sostenía los asientos. No pudo reprimir un suspiro de emoción: ahí estaba la pequeña bolsa de terciopelo con monedas que había guardado para alguna emergencia. Ese dinero les serviría para comprar ropas y sobrevivir unas semanas.

Miró hacia el exterior para constatar que nadie la hubiese observado: el asistente del coronel se hallaba a unos metros, distraído por Maricela y Teresa, como habían convenido previamente.

Amarró la bolsa a su entrepierna, ocultándola bajo sus enaguas, tomó la carta y retornó con Elizondo, quien al leerla rio petulante.

—¡Este pasaporte está caduco!

—Pero demuestra que el general Calleja me ha protegido.

—¡Esto no demuestra nada! —dijo regresándole el papel con desprecio—. Además, aunque yo quisiera abogar por su marido, asunto que no me viene en gana, estoy imposibilitado; obedezco órdenes del brigadier Nemesio Salcedo, gobernador de las Provincias Internas, cuya sede es la villa de San Felipe de Chihuahua.

—¡Pues iré a Chihuahua para hablar con su jefe!

El coronel prorrumpió en grotescas y bufas risotadas.

—¡Si será estúpida! ¡Para llegar allá se necesitan al menos tres semanas de viaje! ¡Cuando regrese, su marido ya estará carcomido por los gusanos!

Manuela enmudeció, descubriéndose de golpe impotente e inútil.

—Por favor —suplicó—, al menos permítame visitarlo en prisión.

Confinado en una pequeña habitación, Mariano sufría por desconocer el paradero de Manuela. La había visto de lejos, en las norias de Baján, pero desde entonces no volvió a saber de ella. Se enteró por uno de los carceleros de que las mujeres fueron liberadas, lo que alegró en algo su triste situación. Los grilletes en muñecas y tobillos le producían ardorosas llagas y la inmovilidad a la que se veía forzado acentuaba el suplicio. Cuando vio entrar a su amada quiso avanzar hacia ella, pero las cadenas se lo impidieron. Cayó de bruces a la vez que profería un lastimero quejido.

—¡Mi hijito, mira cómo te tienen! —exclamó ella hincándose y cubriéndolo de besos—. Con la ayuda de Dios pronto salvaremos este trance —agregó de inmediato, intentando infundirle optimismo, aunque lo sabía bien: eso era imposible.

—Me apeno por ti —dijo Mariano a punto del llanto—; jamás debí haberte arrastrado a tanta desgracia… Pronto serás viuda y Rafaelito huérfano.

—No, hijito, no; cuando sepan que has salvado la vida de muchos españoles te liberarán.

—Al menos eso me sirve de consuelo; hice el bien cuando pude. —Miró fijamente a Manuela y continuó—: Debí haber huido, hacer caso a tus súplicas, pero consideré que sería deshonroso traicionar a mis compañeros… Ahora me espera la muerte y a ti el desamparo.

—No, mi amor, no digas tonterías. —Manuela lo abrazó con fuerza,

le dolía mirarlo abatido—. Dios no permitirá que los justos paguen por pecadores. Ten fe, algo habremos de lograr.

Mariano se puso de pie y fue hasta el camastro para sentarse, con la cabeza gacha, derrotado.

—¿Y Pedrillo, qué sabes de él? —preguntó temiendo nefastas noticias.

—Está preso con los demás soldados. Los tienen en el hospital… Son tantos que no pueden ni tenderse en el piso para descansar, pero me han dicho que está vivo.

—Quizá nos lleven a México para servir de escarmiento a los demás insurgentes. No perdonarán a uno solo de nosotros: para ellos no somos personas, sino símbolos de la sedición; su única opción será condenarnos…

—Verás que no es cierto, hijito. Hoy mismo iré a visitar al comandante encargado para su traslado, el coronel Manuel Salcedo, me han dicho que es hombre de bien.

—Él es tan solo un pelagatos del virrey; quien puede salvar nuestras vidas es Venegas, nadie más.

—Pues entonces iré con el virrey mismo; no te abandonaré… Pero por favor, cuando te interroguen contesta la verdad, diles que quisiste desertar, que jamás te lo permitieron, cuéntales de los gachupines que salvaste de la muerte…

—No voy a mentir —la interrumpió—; ya bastante he pecado.

—Debes mentir si es necesario, escúchame: tú eres inocente.

Manuela lo abrazó con desesperación; Mariano estaba decidido a morir y la única que podría salvarlo era ella.

Con las monedas rescatadas del carruaje pudieron alquilar una habitación para dormir y asearse, además de comprar algunos de sus propios ropajes hurtados, pagando unos cuantos reales a los bandidos. Manuela se entercó en adquirir una falda de lino color celeste, porque recordaba haber cosido en su interior un bolsillo oculto, donde guardaba unas cinco monedas. Su desilusión fue mayúscula: el bolsillo había sido arrancado, rasgando la tela, que agraciadamente pudo remendar. Vestida de la mejor manera que pudo y recogiéndose el cabello con una peineta, se dirigió a visitar al coronel Manuel Salcedo.

Mientras caminaba al cuartel fue repasando lo que había escuchado del coronel: era gobernador de Texas, donde lidiaba constantemente con indios apaches. Acostumbrado a duras faenas, reportaba a las órdenes de su tío, don Nemesio Salcedo, comandante general de las provincias de Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Coahuila y Texas, un territorio tan vasto como deshabitado. Por las calles corrían chismes de las desavenencias entre el tío y el sobrino, enfrascados en

continuas disputas, pero también se referían a él como un gachupín justo y, sobre todo, ferviente realista.

Al llegar al cuartel, Manuela escuchó disparos cercanos, pero ante el inmutable semblante de los guardias no dio importancia al hecho. Fue conducida a un pequeñísimo despacho, austero en sus cuatro paredes, donde la recibió el coronel.

—*Madame*, por favor, tomad asiento —dijo el hombre, acercándole una silla, con tal cortesía que sorprendió a Manuela.

Había imaginado al coronel, además de altanero, sobrado de carnes y rostro grotesco, pero resultó ser un joven fornido, rubio, de apacibles ojos verdes y ondulada cabellera enlazada en una coleta tras la nuca. Su piel, áspera y poblada de arrugas, denotaba haberse curtido durante extenuantes jornadas bajo el sol.

—Se me ha informado que deseáis abogar por vuestro marido.

—Y por mi hermano; ambos son inocentes, incapaces de hacer el mal. Mi marido sería sacerdote, de no haberse…

—De clérigos y sacrílegos está infestada la sedición, señora —la interrumpió amablemente—. Tan solo en Baján hemos cogido a diez, además de Hidalgo.

—Pues mi esposo es más cristiano que todos ellos: intentó desertar en tres ocasiones y no participó en pillajes ni matanzas; al contrario, salvó la vida a muchos europeos. Por eso el general Calleja me expidió este pasaporte.

El coronel tomó el papel que le extendía Manuela y lo leyó, observando meticulosamente la firma. Afuera sonaron disparos sin que él se alarmara.

—Calleja concedió carta de indulto para mi marido y mi hermano porque en Guadalajara varios europeos atestiguaron que les habían salvado la vida —agregó Manuela—. Pero el indolente de Ignacio Allende la rompió.

—¿A cuántos ayudó?

—Salvamos a muchos, pero debo serle honesta: no recuerdo cuántos —dijo con sinceridad; aquel hombre le movía a no mentir.

—¿Actuasteis juntos?

—La caridad cristiana obliga; debía ayudar a mi marido y a mi hermano.

El coronel se puso de pie y recorrió con la vista el cuerpo de Manuela.

—¿Estaríais dispuesta a cualquier cosa para salvar su vida?

El coronel mantenía la mirada clavada en su torso, como si intentase entrever las formas del cuerpo tras la ropa. Manuela se sonrojó y no supo qué hacer, pero tras un momento de duda aseveró:

—Si mi castidad es el pago por la vida de mi esposo —susurró, sintiendo correr un escalofrío por la espalda—, soy capaz de

sacrificarme.

El coronel rio de inmediato y volvió a tomar asiento.

—Me interpretáis mal, *madame*. Soy hombre de honor y jamás utilizaría semejantes bajezas para otorgar favores. Me temo que el sacrificio que debéis realizar no comulga en nada con el placer.

El rostro de Manuela se encendió de turbación. ¿Entonces a qué se refería el hombre?

—Si de verdad deseáis ayudar a vuestro marido, será preciso que obtengáis testimonios de los salvados; al menos una veintena, por la gravedad del caso. Llevadlos a México, al virrey Venegas, y que Dios decida.

—¡Pero eso implica un viaje larguísimo! —exclamó alarmada—. Deberé acudir a Guadalajara, a Valladolid, a Dolores, a México. Me tomaría mucho más de un mes.

—Hoy mismo ha llegado una orden del virrey: debemos trasladar a los principales prisioneros a Chihuahua, para juzgarlos allá. El viaje nos ocupará cosa de un mes, y el juicio otro tanto. Puedo esperar hasta mediados de junio; si no llegáis antes con los testimonios, vuestro marido puede ser fusilado.

—¡Pero cómo lograré cruzar el reino en medio de la guerra!

—No creo que lo consigáis: sois demasiado débil de cuerpo, ya lo he visto, pero os proporcionaré un pasaporte; es el único auxilio que está en mis manos… Si Dios desea que vuestro marido se salve, os favorecerá.

—¿Y a mi hermano? ¿Puede usted ayudarlo?

—¿Habéis escuchado continuas descargas de rifle? —Manuela asintió pasmada—. Desde hoy hemos comenzado a ejecutar a los oficiales insurgentes de baja graduación, pero a la soldadesca se le obligará a realizar trabajos forzados en las haciendas cercanas. ¿Cómo se llama el hermano?

—Pedro Taboada, señor.

—Ordenaré que lo confinen a trabajos forzados en lo que obtiene las pruebas requeridas —dijo mientras escribía el nombre en una hoja.

Manuela abandonó el cuartel sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. ¿Cómo lograrían tres mujeres solas cruzar los desiertos y llegar hasta Guadalajara o Valladolid, si los caminos se hallaban plagados de bandoleros, de realistas y gavillas de insurgentes? Pensó primero alquilar un coche y contratar a un par de hombres para su protección, pero nada le aseguraba que los escoltas las traicionasen, les robaran y las abandonaran en medio de la nada. Viajar en diligencia tampoco resultaba viable; partían cada quince días. Recordó que Remigio le había comentado que los arrieros eran gente de bien, comerciantes

que conocían las mejores rutas para desplazarse y los caminos más cortos. Quizá algunos de ellos podrían servirles.

De pronto una detonación de fusiles la alejó de sus pensamientos; en su desordenado andar había llegado al rústico hospital, que ahora servía de prisión. Vio un piquete de cuatro soldados que conducían a tres reos desnudos, a bayoneta calada, por el costado lateral del edificio. Quedó petrificada: eran las ejecuciones que el coronel Salcedo le había comentado: estaban fusilando a los oficiales insurgentes de baja graduación, tenientes, capitanes, sargentos y hasta cabos. Entre los trasladados iba el sargento Martínez, hombre de confianza de Mariano, quien al reconocerla comenzó a gritarle:

—¡Señora Abasolo! ¡Por favor, venga! —suplicaba—. ¡Necesito decirle algo, apiádese de mí!

Manuela salió de su aturdimiento y corrió hacia el hombre, sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía. Alcanzó al piquete y un soldado la repelió apuntándole con la bayoneta.

—¡Hazte a un lado, pendeja, o te jodo!

Manuela se alejó a pertinente distancia, sin dejar de seguir a los desdichados, hipnotizada, como si un remolino succionara su voluntad y su cuerpo.

—¡Dígale a mis hijos que morí con honor, defendiendo a nuestra Virgen de Guadalupe! —gritó el sargento.

Llegaron al muro posterior del hospital, que daba a un descampado baldío. Contra la barda colocaban de espaldas a los infelices: unos lloraban, otros rezaban y algunos mentaban maldiciones al pelotón de fusilamiento, hasta recibir la descarga de plomo que perforaba su existencia y silenciaba los gritos. Después un indio con machete en mano se acercaba y, si descubría algún sobreviviente, le encajaba el frío metal en el pecho, directo al corazón.

—¡Dígales que no me olviden! —gritó el sargento Ramírez cuando era empujado hacia el paredón—. ¡Dígales que morí como héroe!

Cuando el pelotón apuntó al infeliz, Manuela giró hacia el baldío para escapar de tan cruel escena, pero su vista fue a dar con un montón de cuerpos arrumbados sobre una carreta tirada por dos bueyes. Los cadáveres, sobrepuestos unos sobre otros, se hallaban en posiciones grotescas, espeluznantes, y los rostros, aún con los ojos abiertos y lodosos de sangre, miraban a la nada.

Aquello parecía una cruel pesadilla, pero al escuchar la detonación de los fusiles a su espalda se sobresaltó y, como si retornarse a la realidad, descubrió frente a ella, entre los cadáveres apilados de la carreta, a Pedrillo con los brazos abiertos, la boca en rictus de coraje y los ojos blancos como la nieve.

Gritó de dolor, de impotencia, pidiendo al cielo clemencia. Quiso correr hacia su querido hermano, pero las fuerzas la abandonaban, el

aire se le escapaba del pecho, la vista se le borraba tras grises nubarrones. Cayó al suelo, desvanecida, ida, anegada de dolor.

TESTIMONIOS DE GRATITUD
Abril y mayo de 1811

Con exasperante lentitud atravesaba la serpenteante vereda que cruzaba la serranía. Manuela iba a lomo de mula, triste, cabizbaja, se percibía desamparada, vencida, a pesar de haber corrido con algo de suerte: había sobornado a dos soldados para conseguir que Pedrillo no fuese enterrado en la fosa común, sino en el camposanto de la parroquia de San Francisco de Asís. Echó un puñado de tierra sobre las mortajas de su hermano, y a pesar del dolor que la embargaba, una punzante angustia comenzó a molestarle: si en siete semanas no reunía los testimonios requeridos y los presentaban en Chihuahua, entonces debería enterrar a su amado.

Pese al decaimiento, la mujer reaccionó: pidió ayuda a Teresa y Maricela para que averiguasen el paradero de Remigio, mientras ella escribía una larga carta, en la cual enlistaba las acciones de Mariano que podrían servir para su defensa. Teresa constató que Remigio continuaba en prisión y que habían liberado a quienes conocían oficios provechosos, como zapateros, herreros, carpinteros y hasta un relojero. Finalmente acudió con el coronel Manuel Salcedo, suplicándole la liberación de Remigio, su mozo de confianza, el único en quien confiaba para realizar la prolongada travesía. El hombre, conmovido por el dolor de Manuela a causa del fallecimiento de su hermano, le concedió el favor; lo libertó so pretexto de conocer el oficio de la peletería. Además, prometió presentar la carta que Manuela había escrito al fiscal, tan pronto se estableciese el Consejo de Guerra.

Se despidió de Teresa y Maricela; no podía llevarlas con ella ya que estorbarían en sus viajes, y les aconsejó proseguir con los prisioneros hacia Chihuahua. Sus amigas aceptaron y las tres se abrazaron infundiéndose ánimos mutuamente, temerosas pero firmes. Tras encomendarse a la Virgen, entre lágrimas prometieron reunirse pronto.

Como Remigio desconocía las rutas en aquellas remotas zonas contrataron a un indio como guía, al que pagarían tan pronto llegasen a Zacatecas. El hombre, perteneciente a la nación kikapú, respondía al nombre cristiano de Jacinto; era moreno, de negra, lacia y suelta cabellera sujetada en la frente por un listón. Hosco, silencioso, pero servicial y efectivo, conocía veredas y caminos tan estrechos que en ocasiones solo podía transitar una mula tras otra, pero con tales atajos, había afirmado, ahorrarían cuando menos tres días.

Doce jornadas de viaje habían transcurrido, con racionadas porciones de agua para saciar la sed. Avanzaban bajo el tórrido sol de los yermos parajes, en contraste con las inclementes heladas nocturnas. La salud de Manuela había mermado: sufría de fiebres y de una obstinada tos; no obstante, se mantenía firme en su propósito y cada vez que la exhortaban a descansar para recobrar fuerzas se negaba: debían continuar sin demora alguna. Luego de cenar, Jacinto le untaba extraños menjurjes en las plantas de los pies, elaborados con una pasta parecida a la manteca y revuelta con extrañas yerbas silvestres que él recolectaba. La cubría con dos zarapes y le daba a beber una amarga tesina, repitiendo: «Los males deben dejar tu cuerpo». El resultado era invariable: Manuela comenzaba a sudar copiosamente, dormía profundo y sus sueños se poblaban de alucinaciones.

En sus alucinaciones se veía perseguida por el torero Marroquín;, ella de pie, desnuda; él sobre un caballo que expelía llamaradas por el hocico, blandiendo una lanza en forma de falo entre las manos, con la cual la amenazaba, riendo, galopando tras sus pasos. Al intentar huir del agresor se desbarrancaba por una cañada plagada de zarzas espinosas y caía al abismo. Luego flotaba en un cielo con nubes aborregadas, entre las cuales aparecía diáfana, entre perlas lacrimosas, la Virgen de los Dolores observándola piadosamente, instándola a sufrir con abnegación; aceptar sumisa el sacrificio incondicional; a inmolarse y comulgar reconfortada con la anhelada tranquilidad. Entonces el cielo se teñía de oscuras nubes; unos relámpagos nefastos la encandilaban y la enceguecían con el fulgor de un blanco total, un limbo resplandeciente que se distendía como neblina matutina… Luego se encontraba en medio de un desierto. En el centro había un altísimo trono, dorado, de tapices tan purpúreos como la sangre: era Hidalgo quien se erguía orgulloso sobre el sitial; reía a carcajadas, alabado por una turba sin rostro que elevaba al cielo cánticos sagrados. En las manos aseguraba unas cadenas con las cuales aprisionaban a Mariano a los pies del trono. Estaba echado en cuatro patas cual fiel mastín o bestia domesticada mientras Hidalgo le daba de comer excremento y antebrazos descuartizados, a manera de hostias consagradas. Un verdugo encapuchado se acercaba mostrando un afilado machete, amenazando a Mariano, dispuesto a decapitarlo. Manuela intentaba acercarse a él para liberarlo de las cadenas y del verdugo, pero un griterío de llantos infantiles, a sus espaldas, la petrificaba: era Rafaelito que intentaba correr hacia ella, suplicándole que lo abrazara. Manuela lloraba; quería ir con su hijo, pero no podía avanzar. Sus piernas se movían desesperadamente; sin embargo, retrocedía y se alejaba de su pequeño succionada por la tormenta, la vorágine… Entonces despertaba.

Conforme fueron acercándose a Zacatecas se adentraron a la zona de guerra; el general insurgente, Ignacio López Rayón, nombrado general de los ejércitos insurgentes por Allende unas semanas antes, se enfrentaba a las tropas realistas del coronel Ochoa en la zona llamada Agua Nueva. El indio Jacinto, que se escurría entre las lomas y llanos como serpiente, ocultándose detrás de peñascos y matorrales, pudo ver a la lejanía el movimiento de tropas y a varios piquetes de espías realistas.

—Debemos rodear esta comarca —dijo—. Nos retrasaremos un día.

—¿No hay forma de pasar por en medio? —cuestionó Manuela, angustiada porque el tiempo se le escapaba.

—Es mejor llegar un día tarde que nunca llegar —sentenció el indio, echándose a andar, sin admitir objeción alguna.

Tres días después arribaron a Zacatecas. Manuela le pagó a Jacinto por sus servicios y contó las monedas que le restaban: no eran suficientes para comprar los alimentos que requerirían en el próximo trayecto. Decidió dirigirse al colegio de Propaganda Fide de Guadalupe a pedir caridad; sabía que los frailes franciscanos habían acogido con verdadera simpatía a Hidalgo y tenía la esperanza de que la socorriesen al conocer su historia. Fray Antonio, prior de los monjes, hombre robusto, de abundante y entrecana cabellera, la escuchó con atenta curiosidad y se conmovió al conocer el enorme peregrinaje que debería realizar hasta Dolores para obtener los testimonios exigidos. Le proporcionó carne seca, pinole y algunas legumbres que tomó de la alacena. En Dolores, Manuela intentaría recuperar el dinero que había escondido en las caballerizas, además de obtener un par de testimonios.

—Si no nos demoramos, llegaremos allá en cinco días —dijo Remigio, que bien conocía los parajes que ahora deberían atravesar.

Esa misma tarde partieron montados en dos mulas, con escasas provisiones que deberían limitar con disciplina. Por fortuna, los inhóspitos desiertos quedaban atrás, aunque ahora deberían transitar por continuos lomeríos y gran trecho de serranía, que les ahorraría un par de jornadas. Manuela fue recuperando la salud gracias a los cuidados de Remigio, quien resultó un excelente compañero de viaje: por donde pasaban mencionaba los distintos nombres de las plantas de la región y narraba leyendas de aparecidos o muertes acontecidas en tales parajes.

—A esta cañada le llaman el Ojo del Ahorcado, porque aquí encontraron a un pobre cristiano ahorcado y misteriosamente tuerto; dicen que el diablo lo castigó por andar mirando mujeres desnudas.

Manuela se divertía con los relatos, que le hacían el viaje menos

penoso. Estaba verdaderamente agradecida con el hombre; su lealtad era admirable, lo que demostraba la pureza de su corazón.

Al quinto día llegaron a la hacienda El Rincón, ahora en manos del gobierno virreinal, que por fortuna seguía siendo administrada por Juan Lecanda, a quien habían salvado de ser arrestado el mismo día del levantamiento en Dolores. El capataz los recibió con alegría y se puso al servicio de Manuela para ayudarla en cualquier asunto que requiriese.

—¿Qué ha sido de mi casa? —preguntó Manuela.

—La utilizan como depósito de municiones, señora.

Manuela sintió un hueco en el pecho; seguramente le sería imposible recuperar las monedas enterradas. Sin embargo, debía intentarlo: conseguir cuando menos un puñado le garantizaría la feliz consecución de sus fines.

—¿Podrás averiguar quién limpia las caballerizas? —preguntó al capataz, fraguando un plan en su mente.

Don Juan Lecanda realizó en ese mismo instante las averiguaciones, mientras Manuela dormía una siesta, en cama, lo que le pareció un regalo de la Virgen, además de darse un baño a jicarazos con agua templada. Mientras se aseaba y mudaba las ropas por unas limpias, pertenecientes a doña Silvina, la mujer del capataz, maduraba el plan para introducirse a su casa. Después escribió recados para don Luis Marín, amigo de su difunto suegro, y para Antonio Gatica, su antiguo inquilino, a quienes habían salvado de la cárcel. En ellos solicitaba que la recibiesen y les suplicaba que la ayudasen a salvar a su marido.

A mediodía regresó Lecanda con buenas noticias: el aseo de las caballerizas se realizaba por reos condenados a trabajos forzados, entre ellos varios artesanos de los obrajes del cura Hidalgo, a quienes conocía bien. Cayó la noche. Luego de una opípara cena, gracias a las atenciones de doña Silvina, Manuela descansó como hacía muchas semanas no lo hacía.

Al día siguiente apalabraron a Vicente Castañón, que meses atrás ayudara al cura en la crianza de gusanos de seda, industria ahora destruida por los realistas, a quien habían sentenciado por el simple hecho de haber trabajado a las órdenes de Hidalgo. Remigio, previamente instruido por Manuela, iría a la casona junto con don Vicente, so pretexto de ayudarle, y mientras el artesano cuidase la entrada al establo, Remigio buscaría las monedas.

—En la tercera caballeriza hallarás, sepultados a tres cuartas bajo tierra, varios sacos con monedas —le susurró, asegurándose de que nadie la escuchase—. Trae solo uno; eso nos salvará. Si te ciega la avaricia y tomas dos o más te será difícil ocultarlos entre el estiércol y podrán descubrirte.

—Sí, señorita, no se preocupe; no quiero que me encarcelen de

nuevo —contestó Remigio atemorizado por la faena que debía cumplir.

—Yo te esperaré aquí. Por favor sé cauto y sabio. En tus manos está el futuro de tu amo.

Remigio se dirigió a la casa de los Abasolo junto con don Vicente, un mestizo entrado en años, taciturno y sereno, que se convidó a servirles sin realizar preguntas; era conocida su fidelidad al cura Hidalgo y la causa. Al llegar allá, al mozo lo asaltó la nostalgia: siete meses atrás su vida transcurría en buenaventura y tranquilidad, ahora cada día lo enfrentaba a una nueva aventura, siempre en riesgo de perder la libertad y hasta su propia vida.

Al presentarse en la casona, el sargento Ordóñez, encargado de la custodia de la casa, los cuestionó por la presencia inesperada de un asistente.

—Achaques de la edad: me he torcido la espalda, sargento, y mi sobrino se ha convidado a socorrerme —explicó con tranquilidad don Vicente.

—Háganle como quieran —sentenció el militar, sentándose en una silla ubicada en el zaguán—. Con tal de que dejen limpio el establo pueden venir veinte, me da igual.

Al entrar a la casona, Remigio miró el orden trastocado de la casa: muchas de las habitaciones habían sido saqueadas y estaban desprovistas de muebles. En el patio había numerosas cajas con municiones, tres cañones de bajo calibre, y en los salones se hallaban barriles con pólvora; debido a esto casi nadie dormía en la casa, tan solo un piquete de soldados que hacían guardias.

Se dirigieron al segundo patio, en dirección a las caballerizas.

—Espéreme aquí afuera y avíseme si viene alguien —ordenó Remigio a don Vicente—. No tardo mucho.

Fue directo a la tercera caballeriza y comenzó a cavar. Echaba el estiércol a una carretilla y la tierra a un lado. Pero nada encontró; ni siquiera rastros de sacos. Preocupado, sabiendo que el tiempo apremiaba, llamó a don Vicente para que le ayudara a cavar en otras caballerizas, por si acaso se había confundido de sitio. Con ello la labor se retrasaba, puesto que debían mover caballos, cavar y rellenar los hoyancos. Transcurridas dos horas, el sargento se apareció en el establo malhumorado y pendenciero.

—¿Por qué tardan tanto; se están haciendo pendejos o qué? ¡Los quiero ver trabajar ahora mismo, cabrones, no sirven ni para limpiar la mierda! —Tomó asiento en unas pacas de heno y los observaba detenidamente—. ¡De aquí no me muevo hasta que terminen, hijos de su puta madre!

Remigio y don Vicente reanudaron el trabajo, removiendo el estiércol de las caballerizas restantes y sacando la mierda para colocarla dentro de una carreta. A mediodía el sargento los dejó en paz; era la hora de sus alimentos, dijo, y regañándolos se retiró. Remigio, entonces, regresó a la tercera caballeriza y comenzó a cavar con mayor ímpetu, hasta descubrir, muy al fondo, un saco de yute trizado.

Manuela había partido junto con el capataz para recabar los testimonios. Don Luis Marín se encontraba débil y en cama, debido a su avanzada edad, pero gustoso se prestó a firmar la carta que previamente dictó a Manuela, además de darle su bendición y desearle el mayor de los éxitos. Después fueron con don Antonio Gatica, quien ahora vivía en una construcción ubicada en los linderos del pueblo. Se hallaba fuera de casa debido a sus negocios así que lo esperaron un par de horas. Cuando por fin apareció, a mediodía, a la hora de sus alimentos, el hombre se sorprendió al ver a su antigua casera.

—Don Antonio, he venido a pedirle un inmenso favor: ayúdeme a salvar la vida de mi esposo —suplicó Manuela.

—¡El cielo me ampare! —exclamó el hombre.

Luego de explicarle la situación, don Antonio redactó su carta y la firmó, no sin antes convidarlos a comer. Cuando Manuela tuvo en sus manos los dos primeros testimonios, agradeció alborozada al cielo sus favores: la salvación de su amado no era una ilusa quimera. Tan solo debería hallar a dieciocho o más de los gachupines liberados, asunto que le pareció fácil: en Guadalajara habían salvado a un número mucho mayor.

Manuela retornó a la hacienda por la tarde y al descubrir que Remigio no había llegado comenzó a preocuparse: consideró que el mozo o don Vicente podrían haberla traicionado y huyeron con el sustancioso botín; o quizá los podrían haber atrapado y de ser así muy pronto la delatarían e irían en su búsqueda. No sabía si debía huir o enviar a don Juan a que averiguase. Pero a punto de caer el sol apareció Remigio, sucio de pies a cabeza y apestando a estiércol. Se veía fatigado y su semblante mostraba tristeza y pesadumbre.

—Nomás encontramos restos de tela y dos monedas —dijo cabizbajo y agotado—; lo demás ya lo habían descubierto… Lo siento mucho, señorita.

Manuela sintió que el cielo se le venía encima. ¿Cómo lograrían llegar hasta Guadalajara sin dinero? La travesía les llevaría casi una semana y no podrían abastecerse.

—Señora Abasolo —dijo don Juan—, a vosotros debo la vida, cuando el 16 de septiembre me apremiasteis a huir. —Extendió la

mano ofreciendo una pequeña bolsa de terciopelo con monedas—. Por favor, tomad este dinero aunque no es mucho: unos cuantos pesos ahorrados en estos tiempos tan difíciles. Usadlos para salvar al amo Abasolo. Además, en esta carta he plasmado mi testimonio, espero que sea de utilidad.

Manuela pensó que la Virgen la socorría en el momento más oportuno. Abrazó emocionada al capataz.

—Don Juan, mil gracias, de verdad, mil gracias.

—Mañana llevaros dos caballos para que podáis avanzar a mayor velocidad; podréis reemplazarlos en el camino por unas cuantas monedas. Yo diré a las autoridades que los han robado… y rezaré para que Dios os proteja.

La travesía a Guadalajara ocurrió sin mayores contratiempos. Manuela pudo dormir en posadas y alimentarse medianamente bien. Arribaron en menos de una semana. Aunque la ciudad había recuperado su normal bullicio, se hallaba en pie de guerra: muy cerca, en el lago de Chapala, se fortificó un grupo de insurgentes que azolaban caminos y pueblos de la comarca, sin dar tregua a los realistas.

Manuela se enteró de que Mariana Gamba, la Fernandita, se encontraba presa en una casa de recogidas. Sufría ahora el desprestigio social de convivir con prostitutas redimidas y viudas desamparadas, como si no hubiesen sido suficientes las vejaciones recibidas por parte de Hidalgo. Se prometió visitar a la joven, pero antes debía entrevistarse con varios de los europeos que habían salvado, lo que le llevaría unos cuatro días.

Después de dos días de deambular de casa en casa descubrió que la tarea se complicaba: amedrentados por los maltratos en prisión, la mayoría había emigrado en busca de tierras más seguras, y otros habían retornado a los lugares donde habían sido aprehendidos por los ejércitos de Hidalgo, ya fuese el puerto de San Blas, Valladolid o en sus haciendas. Al concluir el tercer día tan solo había logrado seis testimonios firmados, y además algunos de los europeos, agradecidos con fervor, la socorrieron económicamente.

Caviló sus posibilidades: ir a San Blas, donde le habían informado que se hallaban tres liberados, era inseguro; transitar de hacienda en hacienda le cobraría demasiados días y, además, nada le aseguraba que encontraría ahí a los europeos. Tras prolongados momentos de reflexión decidió continuar a Valladolid donde recabaría al menos dos testimonios y, lo más importante, podría abrazar a Rafaelito.

De tan solo pensar en su hijo su alma se alborozó con tiernas y ardorosas ilusiones: hacía cinco meses que no veía a su retoño y tres que no tenía noticia alguna de él. ¿Cuánto habría crecido? Ya pronto cumpliría seis años y ella no podría festejarlo. ¿Su suegra y las monjas lo atenderían bien? Deseaba abrazarlo y cubrirlo de besos, explicarle que lo había dejado para salvar a su padre, repetirle hasta el cansancio que lo amaba como a nada en el mundo pero que ahora debía cumplir otras santas obligaciones.

La noche anterior de su partida se dio unos minutos para visitar a Mariana Gamba en la Casa de Recogidas, simplemente para reconfortarla, ya que estaba imposibilitada de brindarle cualquier clase de ayuda. Con dificultades y unos reales de soborno logró

ingresar al recinto, tosca, gris y descuidada construcción de una planta, con dos patios continuos, cada uno rodeado por pequeños cuartos, donde dormían seis y hasta diez mujeres hacinadas en cada habitación, algunas sin derecho a cama. Aquello parecía una cárcel o un leprosorio, y no un recinto para albergar a mujeres arrepentidas de sus pecados o viudas que carecían de medios para subsistir de mano propia.

Ambas mujeres se reunieron en el patio y se sentaron en una banca elaborada con rústicos maderos. Mariana vestía el uniforme de las reclusas: un faldón pardo de burda manta, camisa blanca y sobre los hombros una mantilla ocre, sin adorno alguno. Cuando la madre rectora las dejó a solas, la chica soltó el llanto y, sinceramente conmovida, Manuela la abrazó.

—Ya no debes afligirte; pronto pasará este calvario y retornarás a casa —susurró Manuela acariciándole la mejilla.

—Sí, eso dice el abogado José de Castro, que ha presentado litigio para procurar mi libertad.

—¿Pero a qué se debe que hayas abandonado el convento donde estabas recluida?

—Como viajaba con los ejércitos insurgentes, y sobre todo vestida de militar, Calleja pensó que era una rebelde. —Hizo mueca de amargura y continuó—: No le conmovió saber que mi padre está desaparecido o, Dios no lo quiera, vilmente asesinado.

Manuela se mordió los labios para no confesar que ella misma había sido testigo de la cruel ejecución de su padre. Ella sabía perfectamente que una chispa de esperanza era la única salvación ante el infortunio.

—Ya verás; pronto aparecerá vivo tu padre —dijo mustia—; la Virgen se apiadará de su alma.

—Dicen que encontraron más de seiscientos cadáveres mutilados en unas cañadas cercanas; mi padre podría ser uno de esos infelices.

Manuela se asombró ante el número citado; aunque había participado en la salvación de numerosos europeos, desconocía la cuantiosa cifra de infortunados. Haciendo un gran esfuerzo para contener su propia angustia, Manuela reconfortó a Mariana y ambas se abrazaron.

Estuvieron reunidas, charlando durante veinte minutos, justo el tiempo que les habían concedido. Manuela le dio diez pesos para que pudiera sufragar algunos gastos.

—Si contase con más dinero te lo daría gustosa, pero mi situación es tan penosa como la tuya —comentó con toda sinceridad; desprenderse de aquellas monedas le podría acarrear males imprevistos; sin embargo, en tiempos difíciles las mujeres solo reciben apoyo de otras mujeres.

Se despidió de la muchacha; la besó en la mejilla, la bendijo

maternalmente y la encomendó a la Virgen de los Dolores. Estaba segura de que no se verían jamás.

Hidalgo se hallaba sentado sobre un petate, recargado contra la pared de aquel cuartucho elaborado con tablas de madera; tenía la mirada perdida en el vacío y respiraba tranquilo a pesar del cansancio y la penosa travesía. De vez en cuando se arrancaba pellejos del rostro: el sol ardiente de los días anteriores les habían resquemado la piel y ahora se le despellejaba, aunque habían cesado los ardores. En la misma habitación se encontraban Ignacio Allende, Mariano Abasolo y José Mariano Jiménez, los tres con la cara ardida, las muñecas y los tobillos llagados, además de sufrir una sed insaciable. Ese día habían detenido la penosa marcha hacia Chihuahua en la villa de Santiago de Mapimí. Por ser los días mayores de Semana Santa estaban obligados al descanso y la reflexión.

Debieron pasar largas jornadas de continua marcha, montados en mulas como lo hacen las mujeres, expuestos al inclemente sol y sufriendo repetidos maltratos. El cansancio y la agria carga de la derrota los mantenía en silencio, pesarosos y ensimismados. Mariano no dejaba de rezar en voz baja con tal constancia que el mismo Hidalgo lo había reprendido.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Jiménez, atolondrado.

—Once de abril… Jueves Santo —dijo Mariano cabizbajo—. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados.

—No tengo nada de qué arrepentirme —escupió Jiménez, irguiendo la cabeza—. De nacer otra vez, volvería a hacer lo mismo.

—Si hubiésemos tomado México después de la batalla del monte de las Cruces otro gallo cantaría —repitió Allende por enésima vez; en el cautiverio se le habían agolpado los resentimientos y deseaba vomitarlos—. O si nos hubiéramos constituido en guerrillas, como propuse en Aculco y Guadalajara, ahora mismo estaríamos derrotando a Calleja y sus ejércitos. Tantos errores no hicieron otra cosa que precipitarnos al fracaso.

—¿De qué sirve quejarnos, Ignacio? —comentó Jiménez, sereno, resignado—. Lo hecho, hecho está, y no hay palabra que pueda enmendar nuestra situación.

Guardaron silencio. Hidalgo los observaba silencioso; acostumbrado a los continuos reproches de Allende, quien deseaba convertirlo en chivo expiatorio y atribuirle la culpa total del fracaso. No importaba; así como había asumido el mando supremo, de igual manera estaba dispuesto a sufrir las consecuencias: tampoco él tenía de qué arrepentirse ni de qué disculparse.

—Si te reconforta —dijo con voz paternal—, puedes considerarme el

hacedor de la desgracia.

—¡Con cuánta facilidad parlotea! —exclamó colérico Allende—. Para usted todo es muy sencillo; despreció la victoria al igual que ahora desdeña la derrota; lo único que le complace es la adulación del vulgo.

Hidalgo se arrancó un moreno pellejo de la frente y lo miró: su existencia entera se estaba excoriando. «Las serpientes mudan de piel por naturaleza», pensó. «Los humanos por conveniencia».

—Por favor, Ignacio —intercedió Mariano—, nuestro final se acerca. Debemos reconciliarnos con Dios.

Hidalgo cerró los ojos y rezó tranquilamente. Su alma se hallaba en comunión con el Creador.

Manuela abrazó a Rafaelito con emoción y lágrimas. El chiquillo, sorprendido en primera instancia, se había refugiado tras las faldas de doña Micaela cuando la vio llegar impetuosa, sucia y mal vestida, pero al verificar que en realidad era su madre corrió a sus brazos lanzando gritos de júbilo. Manuela lo retiró un palmo para observarlo: se asombró de verlo una cuarta más alto y mucho más rollizo; por lo visto las monjas lo mimaban con pastelillos y caramelos, pero más le admiró que ya estuviese aprendiendo a leer y a escribir.

—¡La tía Inés me está enseñando! —dijo el chico, orgulloso.

Con el niño abrazado a su falda, Manuela iba a saludar con un beso a su suegra, pero ella, llevándose un pañuelo a la boca, comenzó a llorar lastimosamente. Una de las monjas intentaba consolarla mientras la conducía a su habitación. Manuela y el niño se quedaron en el pasillo del convento.

—¿Por qué llora mi abuelita? —preguntó consternado.

—No sé, mi vida, ahora voy a preguntarle; pero antes déjame besarte hasta que me ardan los labios. ¡No sabes cómo te he extrañado!

Estuvo con Rafaelito una media hora, jugando, conversando y abrazándolo a cada instante. La dicha la acariciaba con guantes de seda; cada palabra pronunciada por él hacía que su cuerpo se derritiese, y cuando el nene la abrazaba o profería alguna palabra cariñosa, se estremecía como los árboles frente a los ventarrones. Se pudo enterar de que las monjas lo procuraban a todas horas, en especial sor Mónica y sor Andrea, dos mujeres con el instinto maternal vigoroso a pesar de los hábitos. También supo que sor Inés, mujer enérgica y disciplinada, lo obligaba a levantarse muy temprano para acudir a misa de seis, y después le enseñaba a leer. Tras una mañana plena de actividades, por la tarde lo dejaban jugar en el patio y reunirse con algunos niños que acudían a las instrucciones del

catecismo.

Cuando el chico fue llamado a almorzar, Manuela aprovechó para ir con su suegra, quien se hallaba postrada en la cama con una insoportable jaqueca.

—¿Le duele mucho la cabeza? —preguntó y se sentó sobre un banquillo que acercó a la cama.

—¡Mi hijo… lo van a matar! —clamó entre sollozos.

—No, señora, le prohíbo que diga eso. —Tomó cariñosamente la mano de su suegra y la acarició—. Si reza a la Virgen para que me socorra, Mariano habrá de vivir.

Manuela narró sus entrevistas con el coronel Manuel Salcedo y la promesa de salvar a su marido si lograba reunir suficientes testimonios. Doña Micaela la miró incrédula, al principio, mutando su rostro con gestos de asombro.

—Ya cuento con seis testimonios y en la Ciudad de México recabaré los restantes para llevarlos a Chihuahua —concluyó entusiasta—. Tenga fe, se lo ruego: sé que triunfaremos.

Con los ojos hinchados por el llanto y la cabeza gacha, doña Micaela habló a su nuera:

—Debes perdonarme —balbuceó a tropiezos. Desacostumbrada a pedir disculpas se le dificultaba encontrar las palabras precisas—. Te he reprochado injustamente.

—No tengo nada que perdonarle; gracias a usted Rafaelito está a salvo.

—Siempre te traté con la crítica a punta de la lengua; todo lo que hacías merecía mi desaprobación, pero me equivoqué: eres una mujer ejemplar. —Por el rostro de doña Micaela corrieron dos lágrimas auténticas, aquellas que emergen del manantial del arrepentimiento—. Si mi Marianito dejó el seminario fue porque Dios le tenía reservada una dicha mayor.

Los ojos de Manuela enrojecieron; escuchar aquellas palabras de boca de su suegra resultaban un gran aliciente para soportar los sacrificios venideros. Emocionada, se fundió en un abrazo con la madre de su amado.

—Gracias por sus palabras, no sabe cuánto me alientan. Solo le ruego que siga cuidando a mi Rafaelito con el auténtico amor de una madre.

En el transcurso de dos días pudo obtener tres testimonios más; si se dirigía a los poblados circunvecinos, obtendría más. En primera instancia pensó enviar a Remigio a recolectar otros tantos, mientras ella viajaba a México; sin embargo, transitar en diligencia la retrasaría un par de días y estimó que lo mejor sería dirigirse a México de

inmediato. Pronto se cumpliría el primer mes desde su partida de Monclova y, haciendo cuentas, tan solo tendría tiempo para ir a la capital, reunir los testimonios faltantes, entrevistarse con el virrey y viajar rápidamente a Chihuahua.

Durante esos dos largos días había convivido con su hijo. Gozó del niño a cada minuto: lo ayudaba a trazar sus primeras letras; lo acompañó al catecismo: lo ayudó a memorizar las oraciones enseñadas, y jugaba con él a los soldados en la huerta del convento. Cada momento lo gozaba como si fuese el último y, cada noche, lo contemplaba extasiada a su lado antes de dormir. Con su suegra logró comulgar como nunca lo había hecho: todas las tardes rezaban el rosario, y muy temprano, por la mañana, asistían a misa de gallo. El fervor de su oración era extraordinario; a una la movía la salvación del único hijo y a la otra el amor incondicional.

Fue un duro golpe para el pequeño saber que su madre partiría en la madrugada: comenzó a gritar y patalear con tal exceso de lágrimas y berrinches que a Manuela se le hacía un hoyanco en el alma. Ella intentó explicarle razones y sentimientos, de subrayar el peligro en que se hallaba su padre y argumentar que deberían aceptar los designios del Todopoderoso; pero como el niño no escuchaba ruegos, promesas o razones, lo miró fijamente y sin parpadear dijo:

—Cuando crezcas y seas grande me comprenderás: estoy obligada a intentar todo por salvar a tu padre. —Con el corazón partido le ordenó—: ¡No quiero verte llorar más; ve a tu habitación!

Mucho le dolió cuando, al despedirse de doña Micaela y estar a punto de abandonar el convento, sor Andrea le comentó con voz destemplada: «Rafaelito está en el patio, no quiere despedirse… Compréndalo, por favor».

Manuela fue con él; lo encontró cabizbajo y melancólico junto a la fuente central del patio. Se sentó a su lado y lo abrazó por unos minutos sin proferir palabra alguna, ambos con lágrimas en los ojos. El chico se recargó sobre su madre y esta lo besó en la frente.

—Debes saber que te adoro como nada en el mundo —le dijo cariñosa—. ¿Verdad que quieres también ver a tu papá?

Rafaelito asintió con la cabeza; ella le secó las lágrimas con sus labios y acicalándole el cabello se despidió. Sabía que de permanecer más tiempo con su pequeñuelo sería incapaz de abandonarlo.

Lenta y penosa fue la marcha de los jefes insurgentes hasta Chihuahua. Arribaron el 23 de abril, casi después de un mes de travesía. Hidalgo observó el poblado a distancia: atrás quedaban los interminables desiertos y aparecía ante sus ojos un paisaje bañado por fluentes aguas y cubierto de abundosa vegetación, gracias a las montañas del Embudo y Cerro Grande que daban origen a fértiles manantiales.

Dejaron atrás el santuario de Guadalupe y pronto se internaron en la quieta villa. Los campanarios de las iglesias daban el toque del mediodía mientras los insurgentes recorrían la calle Real, con sencillas casas de una sola planta, ante la muda expectación del escaso vecindario que se atrevió a presenciar la escena: el brigadier don Nemesio Salcedo, comandante general y gobernador de las Provincias Internas, había publicado un bando en el que amenazaba a los habitantes con severas penas si manifestaban compasión por los prisioneros.

En la extensa plaza de San Felipe, en el extremo opuesto del poblado, se detuvo la marcha, y el coronel Salcedo dio órdenes para distribuir a los prisioneros en distintos e improvisados calabozos. Hidalgo miró a Allende y a sus compañeros de aventura con un dejo de amargura; pensó que ya no volvería a verlos. Dos soldados se acercaron y lo sujetaron de los brazos.

—Vamos, camine —dijo uno.

—Por favor, esperen un momento —suplicó Hidalgo, que volteó para enfrentar a Allende, Abasolo, Jiménez, su hermano Marianillo y otros más, que observaban con rostros lánguidos. Entonces alzó la diestra y, haciendo la señal de la cruz al viento, los bendijo. Allende ni siquiera intentó persignarse, al igual que Aldama, pero Jiménez, Mariano y una gran mayoría se santiguaron.

Fue conducido al antiguo e inconcluso Colegio de la Compañía, abandonado desde la expulsión de los jesuitas, donde le dieron por calabozo el cubo de la torre de la iglesia, también sin concluir, el cual, por lo rústico, lo reducido de espacio y lo oscuro tenía aspecto de torreón medieval. Tan solo había un camastro, una diminuta mesa y una silla.

—Este será su calabozo, marcado como número uno —le informó don Melchor Guaspe, nombrado alcaide de las prisiones, de carácter enérgico pero amable.

—¿Y mis compañeros?

—En este edificio han ubicado a los presos más peligrosos: Allende en el calabozo número dos, Aldama en el tres y su hermano, Mariano Hidalgo, en el cuatro.

—¿Y Mariano Abasolo…? —preguntó curioso; por lo visto no lo consideraban reo importante.

—Con los demás reos, en el convento de San Francisco… Calabozo dieciséis, según recuerdo. —El fornido hombre, tan calvo como Hidalgo, agregó en tono de amenaza—: Le digo de una buena vez: si usted se comporta pacíficamente, nos llevaremos bien; de lo contrario esto será un infierno.

Al quedar a solas recorrió con la vista los cuatro muros construidos con grisáceas piedras, que la penumbra convertía en negras y opresivas murallas.

—Vaya coincidencia, me han enclaustrado en una torre mocha —dijo para sí mismo, reflexivo y sarcástico—. Un campanario sin campanas es lo mismo que un cura sin feligreses o un general sin ejércitos. Triste destino: ambos estamos mutilados, o peor aún, despojados de nuestra esencia.

Remigio notaba la aflicción de su ama e intentaba espantarle la desdicha, así que, mientras sus caballos atravesaban serranías, narraba cuentos graciosos o aconteceres de ultratumba, que en algo aliviaban los pesares de Manuela. La ruta más corta significaba llegar a Toluca, pasando por Acámbaro, Maravatío, el puerto de Medina, San Felipe del Obraje e Ixtlahuaca, y de ahí descender a México por tierras de tupidos bosques.

—Ya verá cuando pasemos por el monte de las Cruces —comentó Remigio—. Así le llaman porque en ese mismo lugar algunos bandoleros asesinaron a varios cristianos, y no por el montonal de fallecidos en la batalla de insurgentes contra realistas. Cuentan que en las noches de luna llena se escuchan los suspiros de las ánimas de tantísimos difuntos…

—¿Los muertos en la guerra? —interrumpió Manuela.

—No, señorita —rio Remigio—; las almas de los asaltados. Imagínese si despertaran todas las calacas del ejército de Hidalgo: su griterío se escucharía en todo el reino y hasta más allá, creo que hasta en España.

Manuela soltó la carcajada; mucho agradecía las charlas de su acompañante, a quien le había cobrado no solo cariño, también una infinita gratitud. Tras bordear un peñasco y verse obligados a ir en fila por lo estrecho de la vereda, volvió a sumirse en sus pensamientos: «Llegando a México iré directo con la Güera Rodríguez; ella está muy bien relacionada con primeras figuras de la capital y creo que me

tiene en buena estima… seguro me ayudará».

El trayecto lo iban realizando a buen paso. Los caballos trotaban en las planicies y los hacían descansar en los lomeríos; debieron mudarlos tan solo en dos ocasiones. A ese paso llegarían a la capital al día siguiente y Manuela gozaría de una semana para recolectar testimonios y entrevistarse con las autoridades.

Pasaron por Toluca y llegaron a Cuajimalpa, donde durmieron en la venta de San Luisito. Gracias al socorro de los europeos, la mujer llevaba dinero para satisfacer las necesidades básicas. Tan pronto amaneció tomaron camino hacia México, donde pensaban llegar al caer tarde. Manuela había amanecido esperanzada y animosa.

—Cuando consiga los testimonios faltantes y me entreviste con el virrey, tendrás que llevarlos a Chihuahua lo más rápido que puedas —dijo sonriente.

—¿Y usted?

—Yo te alcanzaré en diligencia; no quiero retrasarte… Si vas solo podrás ahorrar cuatro o cinco días —explicó con tristeza; ella hubiera querido ser la portadora de las buenas noticias, pero el tiempo apremiaba y debía actuar con absoluta sensatez.

Luego de cruzar por unas verdes cañadas y numerosos riachuelos llegaron a la zona conocida como La Marquesa. Manuela se maravilló; en aquellas altitudes la vegetación resultaba esplendorosa: millares de pinos erguían sus majestuosos troncos apuntando hacia un cielo totalmente limpio, más azul que el cobalto, y surcado de vez en cuando por el señorial vuelo de un águila y decenas de rapaces zopilotes. Por lo general el bosque se hallaba tan tupido que la maleza apenas dejaba espacio para el paso en fila, por una vereda, que según Remigio era utilizada desde tiempos verdaderamente remotos, cuando no había reyes católicos, palacios, ni crucifijos, sino emperadores aztecas, pirámides y unos ídolos tan aterradores que nomás de verlos daban ganas de rezar al Santísimo.

—Por aquí pudo haber pasado el mismo emperador Moctezuma —dijo el mozo, emparejando su caballo al de su ama, pues el camino se ensanchaba en aquel tramo—. A lo mejor su herético espíritu todavía merodea entre tanto helecho y hojarasca.

—¡Ah, conoces la historia de nuestro país! —exclamó Manuela sorprendida; como la inmensa mayoría del vulgo el mozo era analfabeto y ser portador de tales conocimientos resultaba peculiar.

—Pues así como me ve, moreno y humilde, me gusta enterarme de las cosas importantes. Mi primo Mateo, que servía al cura Hidalgo en Dolores, ¿se acuerda de él? —Manuela afirmó con la cabeza—. Pues él mismo me contaba todo lo que escuchaba de labios de don Miguel, ya sabe, en las tertulias que organizaba con gente muy sabia e ilustrada. Yo nomás le andaba preguntando qué nuevas curiosidades conocía y

él me las repetía… Mateo es de buena memoria, no se olvida ni de un solo detalle.

—¿Y nunca te interesó leer y escribir?

—Pues de interesarme sí, pero con lo que cuesta el papel, las plumas y la tinta comería casi un mes. Además, la verdad, de nada me hubiera servido: para sembrar, cosechar o servir de mozo ni falta hacen; es más, ninguno en mi familia conoce las letras.

—Me hubieras dicho y yo con mucho gusto… —Manuela interrumpió la frase, sorprendida: había escuchado un balazo a sus espaldas, muy cercano, seguido de un bestial grito:

—¡Párense o me los quiebro!

Remigio miró hacia atrás y distinguió unos cuatro o cinco jinetes que salían de entre la maleza y comenzaban a galopar hacia ellos.

—¡Píquele al caballo, señorita!

Dio un fuetazo al caballo de Manuela al tiempo que espoleaba el suyo, con tal suerte que ambos respingaron y se echaron a galope por la vereda.

Los salteadores les perseguían con brío, gritando y maldiciendo, pero afortunadamente, por ser más de cuatro y lo estrecho de la vereda, se estorbaban unos a otros y comenzaron a dejarlos atrás. Manuela se aferraba a la montura, inclinada sobre el animal para no ser herida por una de las ramas que atravesaban el camino. Al abandonar una curva descubrió a dos hombres en medio del camino, con mosquetes en las manos ordenándoles a señas que se detuvieran. Sin embargo, el caballo de Manuela se había desbocado y no aceptaba frenar por más que ella tensaba las riendas. Los bandoleros levantaron sus armas y les apuntaron. Manuela iba a dos cuerpos de distancia por delante de Remigio, con los nervios a flor de piel. En un impulso irracional cerró los ojos, soltó las riendas y se afianzó al cuello del caballo. Sonó un disparo, tan cerca como si ella lo hubiera realizado, seguido de un grito a sus espaldas. Abrió los ojos: frente a ella no había otra cosa que la recta vereda; tomó las riendas y a duras penas pudo mirar hacia atrás. Descubrió a Remigio a todo galope y, muy al fondo, a un hombre caído junto a otro que intentaba apuntarles con el rifle. Se escuchó otro disparo y el silbido de la bala pasó cerca.

Manuela intentó domeñar a su caballo para evitar tropezarse con algún tronco; el terreno era extremadamente irregular, con salientes de raíces y rocas por doquier. A veinte varas de distancia descubrió un troncó caído sobre el camino y gran cantidad de ramas que obstruían el paso. El caballo, en su loca carrera, intentó saltar, pero golpeó las patas delanteras con las ramas y dando un vuelco fue a dar a los matojos adjuntos a la vereda. Manuela salió disparada de la montura, rodando un buen trecho. No tardó en llegar Remigio, quien desmontando con agilidad fue con ella.

—¿Está bien, señorita?

Manuela estaba aturdida y únicamente alcanzó a balbucear un sí. De inmediato se escuchó un ruido de cascos y Remigio, sin pensarlo siquiera, ayudó a Manuela a incorporarse para volver a montar los caballos. Notó que el animal soltaba lastimeros bufidos, mientras realizaba inútiles intentos por levantarse; tenía una pata rota.

—¡Vámonos! —Remigio jaló a Manuela, pero ella se resistió.

—¡Las cartas, las cartas! —Zafándose del mozo corrió cojeando hasta la bestia herida, abrió la alforja que guardaba los testimonios y extrajo el grueso legajo. Quiso salvar el dinero, pero la grupa del animal aplastaba la alforja, y al ver que los bandoleros se acercaban rápidamente desistió. Cojeando pero rauda, subió al caballo de Remigio.

—¡Súbete! —ordenó Manuela cuando ya estaba sobre las ancas, esperando que el mozo tomara lugar adelante.

—¡Siéntese usted en la silla y tome las riendas, será mejor! —ordenó.

Manuela obedeció sin chistar. Cuando puso los pies en los estribos y tomó las riendas, Remigio alzó el fuete y golpeó con violencia al animal. Este, al sentir el castigo, comenzó a correr velozmente y Manuela entendió todo con un eléctrico escalofrío: el fiel mozo sabía que si partían juntos, los bandoleros pronto les darían alcance, así que él había decidido sacrificarse por ella. Vio cómo Remigio se quedaba atrás, mientras los bandoleros detenían sus caballos y comenzaban a rodearlo.

Remigio se cubrió pecho a tierra tras el caballo caído, utilizándolo de parapeto. Tomó una de las pistolas que portaba a la cintura, apuntó a uno de los malhechores mientras los otros le exigían rendición y disparó con tan buena puntería que al instante derribó a uno. Manuela se negó a seguir mirando y prosiguió su frenética carrera mientras a sus espaldas sonaba una terrible ráfaga de disparos.

Espoleó al caballo con rabia, se afianzó a la silla como el náufrago se prende a un madero y constriñó los ojos en un gesto de dolor.

Sin detenerse llegó hasta al pueblo de Santa Fe, donde se apeó exhausta. A pesar del cansancio y el temblor que la invadían, fue directo al pequeño templo del poblado y colocó una veladora a la Virgen.

Deshecha en llanto, se hincó frente a la imagen a rezar fervorosamente por la salvación eterna de su fiel mozo.

Cuando el portero informó a la Güera Rodríguez que Manuela Taboada pedía ser recibida en su casa, corrió hasta el portón y su asombro fue mayúsculo; Manuela parecía haber envejecido veinte años: enjuta, sucia, andrajosa y el cabello hecho un nido.

—¡Güera, vengo a suplicar tu ayuda! —gimió Manuela desesperada, al borde del llanto.

La Güera la hizo pasar y ordenó que calentasen agua para el baño mientras subían las escaleras. Tan pronto llegaron al corredor del piso superior, las hijas de la Güera corrieron a saludarla.

—¿Tía Manuela, estuviste jugando en el lodo? —preguntó Paz, y de inmediato Manuela estalló en llanto, con tal angustia que la Güera decidió encerrarse con ella en el gabinete.

—¡Ayúdame, Güera, ayúdame! —clamó Manuela, dejando salir en forma de sollozos las angustias contenidas.

—Claro que sí —le dijo su amiga, abrazándola con auténtico cariño.

Fueron al cuarto del placer para que tomara un baño en la tina y conforme se desnudaba, la Güera fue descubriendo su trágica flaqueza: las costillas sobresalían como marimbas y los prominentes pómulos le infundían un aspecto cadavérico. Al sumergirse en el agua, y ya más tranquila, Manuela comenzó a relatar la historia de la guerra, vivida en carne propia.

—¡Ay, Güera, no sabes el calvario que hemos sufrido! Me urge contarlo; necesito que alguien escuche.

Por largo tiempo le narró todo lo acontecido durante aquellos meses de vorágine, ilusiones y derrotas. Su alma se reconfortaba al poder hablar libremente del inicio de la revolución, de los engaños de Hidalgo para apoderarse del mando supremo, los intentos de deserción de su marido, el doloroso abandono de Rafaelito, los errores militares, el efímero sentimiento de triunfo en Guadalajara, las derrotas, las bienaventuradas acciones del cura y sus infernales pecados, la Fernandita, los degüellos de inocentes y cómo lograron salvar la vida de muchos. Narró las prolongadas jornadas de huida hacia Estados Unidos, la triste aprehensión en Baján, su viacrucis para conseguir testimonios y, finalmente, la muerte de su fiel mozo.

La Güera la escuchó paciente y consternada; las historias narradas parecían haber sucedido durante varios años, pero la revuelta de Hidalgo tan solo había durado seis meses, desde el grito de Dolores hasta la captura en Baján, y su peregrinar en busca de testimonios llevaba cuatro semanas.

Manuela descansó al finalizar su relato y luego de cenar durmió con el sueño demasiado ligero.

Para socorrer a Manuela, la Güera decidió pedir ayuda a su compadre, el canónigo Mariano Beristáin y Souza, quien gozaba de grandes influencias tanto en el clero como en el gobierno, y era enemigo acérrimo de los insurgentes. El hombre, regordete, de nariz ganchuda y mirada impasible, las recibió en su despacho del suntuoso Palacio del Arzobispado, ubicado a un costado de Palacio Real.

La Güera dejó que Manuela expusiera su caso, quien se expresaba de Hidalgo en términos tan injuriosos y despectivos, además de calificar al movimiento como una horda cruel e inhumana, que logró la inmediata aprobación de Beristáin. La Güera, a intervalos, apoyaba mustiamente las palabras de su amiga.

—Compadre —dijo la Güera—, comprenderás que no puedo abogar por Manuela; podrían tacharme de insurrecta… Por ello suplico tu piadoso auxilio.

—Entiendo —dijo Beristáin, rascándose la barriga—. ¿Cuántos testimonios ha logrado conseguir? —preguntó a Manuela.

—Nueve; me han dicho que aquí podré recabar varios más.

—¿Y le han pedido veinte? —preguntó el canónigo.

Manuela asintió, tímida y temerosa. Ahora sabía que jamás podría conseguir el número exigido por el coronel Salcedo.

—Dedíquese a obtener los testimonios restantes, yo intercederé ante varios europeos de la Real Audiencia, y tú, Güera, haz lo mismo con los regidores del Ayuntamiento, de quienes eres amiga. Tan pronto como hayamos realizado tales menesteres, intentaremos que el virrey Venegas la reciba.

—¡Pero es necesario actuar pronto; quizá ahora mismo ya están juzgando a mi marido! —profirió Manuela, angustiada.

—Señora, el tiempo de la corte transcurre a su propio ritmo —comentó Beristáin apaciblemente—. De precipitarnos estaremos condenando al fracaso cualquier posibilidad de amparar a su marido.

Mariano había sido recluido en una celda espaciosa, con un humilde camastro pero sin silla alguna. Dormía sobre un viejo petate y realizaba sus necesidades fisiológicas en una esquina, por lo que su celda apestaba. Las llagas de los grilletes habían cicatrizado y dejaron unas resecas costras con las que Mariano se entretenía arrancándolas con las uñas. Mucho tiempo había tenido para meditar y complacerse en su derrota: Dios lo castigaba por no haber poseído la templanza y fortaleza necesarias para alejarse del torbellino de la maldad; debería

haber desertado y ahora pagaría por sus errores.

Al día siguiente de su llegada a Chihuahua, el coronel Manuel Salcedo fue a visitarlo.

—Su esposa intentará salvarlo —le dijo impasible, fumando un cigarro—. Dice que ustedes salvaron a muchos europeos de la muerte y de conseguir pruebas tendrá la mitad de su vida ganada.

—¿La mitad? —preguntó tímido, sin saber a ciencia cierta a qué se refería el oficial.

—Mire, se lo voy a explicar claramente: me acaban de nombrar presidente del consejo de guerra que habrá de juzgarlos; si usted nos proporciona información valiosa en los interrogatorios, ya tendrá media vida ganada; la otra mitad depende de las pruebas que consiga su mujer.

—¿Pero cómo va a conseguir pruebas mi mujer? ¿Qué tareas le ha pedido que haga?

—Yo no le solicité nada; ella misma se ofreció. Si ella consigue suficientes testimonios y usted coopera, pues le puedo asegurar que no será fusilado —dijo arrojando el cigarro al suelo y aplastándolo con la suela de su bota—. Sepa que será el primero en ser interrogado… estamos seguros de que su información nos servirá de guía para realizar preguntas acertadas a los demás reos… Coopere y podrá salvarse.

Mariano dio gracias al cielo por aquella luz de esperanza; era una prueba de que Dios no lo había abandonado. Sabiendo que Manuela haría lo imposible por ayudarlo, decidió no defraudarla y contestar con absoluta verdad a las preguntas, sin importar que con ello delatase a sus compañeros, y rogó para que su esposa consiguiese a tiempo los testimonios, aunque sabía que para una mujer sola aquella tarea resultaría casi imposible.

En la capital de Nueva España, sobre todo en la alta sociedad, los días corrían perezosamente y las vida nocturna a velocidad vertiginosa: ahí no cesaban las tertulias, el teatro y los bailes, eventos a los cuales asistía acompañando a la Güera Rodríguez, porque su amiga siempre contemplaba algún posible beneficio en ello: «Es importante que conozcas a fulano, él puede ayudarte», le repetía una y otra vez con lo cual Manuela hacía presencia en los principales salones de la capital.

Pero de día Manuela actuaba con la mayor urgencia. El primer paso fue indagar si en la ciudad se habían refugiado algunos de los europeos salvados, pero entre ciento cincuenta mil habitantes, o más, la faena no era fácil: aunque la Güera preguntaba a sus amistades y Casimiro, su mozo de confianza, se dedicaba a indagar, no lograban localizar a uno solo.

—Quizá no hayan venido a México —dijo Manuela sentada sobre un canapé de damasco carmesí, mientras tomaba chocolate junto a la Güera.

—Creo que deberemos tomar riesgos. —Manuela miró expectante a su amiga; sin acertar a qué se refería—. Quien puede salvar a tu marido, con cartas o sin ellas, es Francisco Venegas.

—¿El virrey?

—Él nació en Badajoz… quizá podamos mover su corazón si has salvado a algún gachupín de aquellas tierras. Créeme: don Francisco es más duro que una piedra.

—¡Jamás se me ocurrió preguntar los lugares de nacimiento!

—Pues algo deberemos inventar; conmover a un cascarrabias no será faena sencilla, menos ahora que López Rayón ha retomado Zacatecas y el cura Morelos derrota a los realistas por los rumbos del sur. Por desgracia la lucha libertaria se extiende como reguero de pólvora por todo el reino, lo cual lo mantiene de un genio insoportable. Por ello no conviene visitarlo durante sus horas de trabajo, ya que lo aconsejan asesores déspotas y sanguinarios; debemos buscar un momento donde se encuentre relajado para conversar de tu caso y conseguir su beneplácito.

Casimiro, el mozo de la Güera, entró al salón, enarbolando una sonrisa que presagiaba alguna buena nueva.

—He hallado a un señor, un tal Raimundo Ochoa, que al parecer conoce a otros más.

—¡Bendito sea Dios! —Manuela exclamó feliz, aunque embargada por un mal presentimiento—. ¿Dices Raimundo Ochoa? No recuerdo a nadie con ese nombre.

—¿Cómo es el señor con el que has hablado? —preguntó la Güera.

—No, señorita, no hablé con nadie; tan solo me dieron razón de la casa donde vive el que conoce a los gachupines liberados.

Manuela y la Güera fueron hasta una casona de la calle de la Cadena donde les atendió don Raimundo, uno de los comerciantes más prominentes de la ciudad, de origen humilde pero que, como tantos otros, había hecho fortuna al llegar a Nueva España. La casa se hallaba provista de muebles costosos, en su mayoría europeos, pero la combinación de colores y estilos era tan desafortunada que denotaban el mal gusto de sus dueños. Sin duda eran de esos *nouveaux riches*, como la alta sociedad llamaba a los recién enriquecidos.

El regordete hombre, que a Manuela le hizo pensar en Sancho Panza, se sorprendió al saber que la Güera Rodríguez, famosa en la ciudad debido a su belleza y aristocracia, pedía ser recibida.

—*Madame*, es un honor recibirla en esta humilde casa —dijo, al

tiempo que realizaba una rústica caravana, como si frente a él se hallase su majestad en persona. Sin embargo, Manuela descubrió que por alguna razón no se atrevía a dirigirle a ella la mirada—. Pero por favor tomen asiento en lo que la criada les ofrece algún refresco.

—¿Nos conocemos? —preguntó desconcertada la Güera al acomodarse en un sillón de doradas patas y cojines de seda, mientras Manuela, con un gesto, le daba a entender que no conocía al sujeto.

—Usted no me conoce, *madame* —contestó el hombre sonriente—, pero yo he tenido el placer de admirarla en el teatro y en los toros, además de haber escuchado muchas de vuestras historias.

—¿Mis historias?

—Bueno, *madame*, lo que la gente dice… Nada malicioso, por supuesto.

—Puesto que somos conocidos —interrumpió la Güera con amabilidad—, podrá hacernos un gran favor: estamos buscando a unos señores…

—Sí, *madame*, estoy al tanto de vuestras pesquisas e intenciones, por ello los señores me han nombrado como su representante.

—¿Representante? —preguntó Manuela, temiendo que aquello fuese el presagio de amargas noticias.

—Permítanme explicaros —dijo el hombre con cierto nerviosismo, mientras encendía un gran cigarro—. Pero por favor aceptad antes un poco de horchata; mi mujer la prepara como en España.

La criada llegó con una bandeja de plata, sobre la cual portaba una jarra de vidrio soplado y vasos. Él mismo la sirvió al tiempo que exaltaba las cualidades de su receta, además de lo refrescante y vigorizante que resultaba beberla con frecuencia. Manuela hacía grandes esfuerzos por conservar la calma.

—Pues como os comenzaba a decir —el hombre sudaba copiosamente por lo que debía usar un pañuelo para secarse la frente y las mejillas—, los señores Juan José Alfaro y Linares, Antonio de Aguirre, Rafael Sánchez-Arjona y Francisco Montoya me han encomendado reiterarle su infinito agradecimiento. —Por primera vez miró a Manuela, pero de inmediato bajó la mirada—. Ellos vivirán por siempre agradecidos y usted y su marido estarán en sus diarias oraciones, aunque lamentablemente no pueden ayudaros.

Manuela sintió que su vientre se contraía por la angustia.

—No entiendo cómo pueden decirse agradecidos y negarse a salvar la vida de mi marido… cuando él salvó las suyas —profirió Manuela con nerviosismo.

—Están imposibilitados por un juramento realizado a la Virgen —dijo don Raimundo derrumbándose en una silla y mirando a Manuela con gesto de conmiseración—. Hace dos semanas, cuando llegaron a México huyendo de la guerra, pidieron ser aceptados en la Cofradía de

Aránzazu, que reúne a los comerciantes de la capital. En la ceremonia de iniciación debieron jurar que no apoyarían a ningún insurgente, y, por el contrario, combatirían a todo aquel que hubiese levantado la espada contra nuestra religión y su majestad Fernando VII.

Guardó silencio como quien confiesa un pecado horrendo, vergonzoso. Manuela también enmudeció, y el nudo en la garganta que la oprimía no le permitía hablar. De inmediato la Güera la abrazó, intentando reconfortarla.

—¡Son ustedes unos canallas! —levantó la voz con furia contra don Raimundo—. ¿Así agradecen a quien les ha regalado la vida?

—*Madame*, le puedo asegurar que de haber sabido que doña Manuela buscaba testimonios para salvar a su marido no habrían realizado el juramento —se disculpó don Raimundo, verdaderamente acongojado—. Quisiera ayudar, pero son tiempos en que el demonio anda suelto y el mal se disfraza de buenas acciones.

Manuela trataba de serenarse y pensar algo. Era urgente. Le resultaba imprescindible conseguir aquellos testimonios o ablandar el corazón del virrey Venegas. Entonces recordó lo sugerido por su amiga.

—¿Alguno de ellos es de Badajoz? —dijo entre resoplidos.

—De Badajoz, en específico, no sé, pero Juan José Alfaro y Linares es oriundo de Trujillo, también perteneciente a la provincia de Extremadura. ¿Se podría saber por qué?

—Nos es indispensable hablar con don Juan José —agregó la Güera, comprendiendo el plan de Manuela—. Al menos ese favor le deben a la señora Abasolo por haber salvado sus vidas.

El hombre iba a protestar, pero la mirada suplicante y el rostro angustiado de ambas mujeres lo hizo desistir.

Hidalgo escribía sobre la adusta pared de la celda con un carboncillo que le impedía realizar una caligrafía prolija, pero no importaba; debía ceñirse a los limitados medios a su alcance. Con don Melchor Guaspe, alcaide de las improvisadas prisiones, y su asistente, el cabo Miguel Ortega, había logrado formar lazos de amistad, lo que le procuraba grandes provechos: las comidas eran mucho mejores que las ofrecidas a los demás reos, contaba con suficientes mantas para dormir, no le faltaba el chocolate ni el rapé, su espacio estaba siempre aseado y hasta un violín le habían prestado, con el cual los deleitaba e incluso bailaban. Jugaban cartas, les narraba anécdotas curiosas de la guerra y les servía de guía espiritual.

Don Melchor era un robusto calvo gachupín oriundo de Mallorca, de recios brazos, piernas cortas y piel encurtida por el sol. Sus años mozos habían trascurrido en la marina, por lo que gustaba de hacer alarde de las hazañas acontecidas en altamar e inventar conquistas amorosas acaecidas en los puertos donde su navío había anclado. Hidalgo lo escuchaba con aires de tristeza: sabía bien que jamás conocería aquellos lugares de ensueño que con tanto orgullo le relataba, ni tendría oportunidad de vivir nuevos romances, pero agradecía infinito las charlas y los favores: al menos sus últimos días pasarían entre ensoñaciones de océanos encabritados y paradisiacas playas.

Escribió la última línea sobre la pared y, mientras lanzaba el carboncillo al aire y lo volvía a atrapar, se alejó del muro para leer a distancia en voz alta:

—Melchor, tu buen corazón ha adunado con pericia lo que pide la justicia y exige la compasión. —Sonrió satisfecho un momento y continuó—: De todo en la prisión das consuelo al desvalido en cuanto te es permitido, partes el postre con él y agradecido Miguel te da las gracias rendido.

«Al rato escribiré unas décimas para el cabo Miguel», pensó, y arrojando el carboncillo a un rincón de la celda se echó sobre el camastro, no a descansar sino a divagar en sus pensamientos. Durante el largo y extenuante interrogatorio al que fue sometido, respondió casi toda la verdad. Desde el primer interrogatorio se dio cuenta de la estrategia del tribunal: a cada pregunta realizada por el juez Ángel Abella se transcribían solamente las cuestiones que a ellos convenían, y si lo expresado no era de su beneplácito, repetían la pregunta una y otra vez hasta que, por hartazgo, concluía confesando lo que sus

jueces pretendían. No había remedio: deseaban inculparlo sin posibilidad alguna de réplica.

Cuando lo cuestionaron sobre las matanzas de inocentes en Valladolid y Guadalajara, quiso sacudirse la responsabilidad, pero el juez le advirtió que Allende, Aldama, Abasolo y hasta su hermano Marianillo ya habían declarado adjudicándole toda la responsabilidad de tan inefable crimen.

—Le repito la pregunta: ¿por qué degolló a los prisioneros, sin permitirles cristiano juicio? —cuestionó molesto Ángel Abella, dando un manotazo en la mesilla del calígrafo que tomaba notas. El juez caminó amenazante hacia Hidalgo, quien se hallaba sentado sobre un incómodo banquillo, intentando amedrentarlo—. ¡Confiese por qué no les dio oportunidad alguna para defender su inocencia!

—No había necesidad alguna de procesarlos —contestó Hidalgo sereno, clavando sus impasibles ojos verdes en el enérgico hombre—. Bien sabía que eran inocentes.

Abella se mostró azorado e incrédulo ante una respuesta tan franca y directa. Hidalgo, entonces, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción: por primera vez había logrado perturbar el rígido rostro de su juez.

Debido a aquella pírrica victoria, continuó con mejor ánimo:

—El frenesí de la guerra penetra nuestro ser como maléfica miasma —dijo como si dictase una proclama— y nos impulsa a realizar acciones que parecerán injustificables, pero solo a quienes observan las batallas desde la paz de su hogar y no a los ojos de aquellos que viven la guerra: un infierno que desdibuja los límites entre respirar y fenecer.

Suspiró con alivio, casi como si hubiese confesado sus pecados y obtenido el perdón divino. A todas las preguntas subsecuentes contestó con aplomo y sencillez; ya nada importaba.

Desde ese día sintió la profunda sombra de la muerte rondar sobre su esqueleto. Pronto dejaría de existir; no obstante, se enfrentaba a su destino con tranquilidad, sonriente; incluso, en algunas ocasiones, alegre. Lo hecho, hecho estaba.

Miró de nuevo los versos sobre la pared; esperaba que don Melchor, al leerlos, le correspondiese con un chocolate. Fue hasta el rincón donde había lanzado el carboncillo y tomándolo comenzó a escribir los versos que ya había rumiado en su cabeza:

> Ortega, tu crianza fina,
> tu índole y estilo amable
> te harán siempre apreciable
> aun con gente peregrina.
> Tiene protección divina
> la piedad que has ejercido
> con un pobre desvalido
> que mañana va a morir

y no puede retribuir
ningún favor recibido.

Releyó con tranquilidad y sonrió: «Seguro le gustará a Miguel, mi tocayo». Además de obtener favores deseaba purgar sus pecados con acciones, que, aunque insignificantes, le permitieran comulgar con el Todopoderoso.

Después se hincó a rezar por la salvación de las almas de sus compañeros. Don Melchor lo había enterado de que Allende, Aldama y Jiménez pronto serían fusilados, y lo dejarían a él como platillo principal para el final de la fiesta.

El áspero paisaje comenzaba a pintarse con las verdes arboledas que circundaban la villa de Cuautitlán. Manuela debió realizar el trayecto sola, pues la Güera dedicaría el día a conseguir una entrevista con el virrey Venegas. «Me han dicho que el próximo jueves realizará una tertulia; será nuestra oportunidad de hablar con él en un ambiente relajado», le había dicho. «Tú busca a don Juan Alfaro y Linares, quien se encuentra en Cuautitlán, y yo conseguiré que nos inviten a la tertulia».

Al arribar a los linderos del poblado, Casimiro, el mozo y cochero de la Güera, pidió señas y ubicación del sitio a donde deberían dirigirse.

—El Mesón de Guadalupe lo encontrará aquí recto —dijo el labriego que les dio informes—; no podrá perderse, es una casa blanca con letrero de madera en la puerta.

Cuautitlán era una ciudad de paso para arrieros, viajeros y comerciantes que iban al Bajío o a las provincias más lejanas. La población se hallaba concentrada en una larga calle, donde había mesones y herrerías para dar servicio a los conductores. Al centro de la villa se levantaba sobre las pequeñas casas de colores desabridos el modesto convento de San Buenaventura, cuya iglesia servía de parroquia. A cuatro casas de distancia se encontraba el mesón, donde una señora de largas trenzas y corta estatura le informó que don Juan no se encontraba:

—Dejó la posada desde muy temprano, pero ordenó que le prepare cordero estofado —comentó la mujer mientras barría el corredor con una escoba de varas—. Llegará como a las siete.

Con tal noticia, Manuela decidió esperar y mientras llegaba la hora fue a la iglesia, no sin antes encargar a Casimiro que estuviese atento por si llegaba el señor. El templo poseía un enorme atrio, y, aunque era reducido de proporciones, lucía altares profusamente barrocos y dorados. Se hincó a rezar en el altar dedicado a la Virgen de la Soledad, suplicando su ayuda. Después se sentó en una banca e

intentó recordar la fisonomía del varón que visitaría: habían sido tantos los salvados, muchas veces en la oscuridad de la noche, que no recordaba sus rostros con precisión. Cuando sonaron las campanas anunciando las seis de la tarde, Manuela fue al carruaje, estacionado frente a la posada, y subió. No habían pasado veinte minutos cuando apareció un coche jalado por dos mulos y don Juan descendió del vehículo. Entonces Manuela lo reconoció por sus frondosas patillas y cabello rizado: lo habían salvado en Guadalajara, fingiendo su enfermedad y enviándolo al hospital. De un impulso bajó del carruaje y corrió hacia el hombre:

—¡Don Juan, don Juan! —gritó con tanta efusividad que el hombre se pasmó—. He venido a verlo desde México.

—¡Señora Abasolo! —contestó el hombre, azorado—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Entraron al mesón para conversar, fueron al patio y tomaron asiento en un par de equipales ubicados junto a la puerta del comedor.

—Permitidme ofreceros un chocolate, un poco de vino de Jerez o un agua de limón que doña Lupita prepara; es deliciosa y muy refrescante —dijo el hombre sin ocultar la inquietud que le embargaba.

—Gracias, don Juan —aceptó agradecida, ya que el viaje y los calores de mayo le habían producido mucha sed.

El hombre regresó con una jarra de barro cocido y dos vasos. Manuela bebió y sabiendo que se hacía tarde para regresar fue al grano: le relató lo sucedido en Baján, la prisión de su esposo y la promesa de perdonarlo si lograba conseguir suficientes testimonios.

—Le suplico encarecidamente que me apoye con su testimonio y me acompañe el jueves a visitar al virrey Venegas, quien es extremeño como usted —suplicó Manuela, retorciéndose con angustia las manos —. Yo obré con absoluto desinterés cuando decidí alejarlo del degüello. Ahora solo espero que su nobleza y piadosa virtud me correspondan… La vida de mi esposo depende de usted.

Don Juan agachó la cabeza muy avergonzado.

—No puedo firmaros el testimonio que me solicitan; estoy jurado.

—Ya lo sé, don Juan, pero su buen corazón no podrá desampararnos… se lo suplico.

El hombre la miró con ojos cargados de aflicción y se mantuvo pensativo por un instante. Después, como quien deja salir los males de su cuerpo, tomó la mano de Manuela y habló con cariño.

—A los nacidos en España nos acusan de ser avaros, corruptos, ladrones y tantas otras cosas. Ahora debemos demostrar lo contrario… No puedo testimoniar por escrito lo que me pide sin cometer perjurio, pero puedo conversar con don Francisco Venegas y comentarle lo que habéis hecho por mí sin pedir nada a cambio. Estoy a vuestras órdenes, *madame*.

La Güera Rodríguez esperaba con preocupación a Manuela; había caído la noche y los caminos no eran seguros desde el levantamiento de los insurgentes. Cuando por fin arribó, pasadas las doce de la noche, fueron a la cocina para que Manuela comiera algo de los platillos elaborados durante el día. Entre los olores de pato en mole verde y frijoles, Manuela narró lo sucedido.

—No me confío de lo prometido por el señor Alfaro —dijo la Güera, ante la mirada desconcertada de Manuela—; sus compañeros de cofradía pueden obligarlo a incumplir.

—Pero me prometió asistir el jueves a Palacio Real, a las siete de la noche, como me dijiste —dijo segura Manuela—. Don Juan se hallaba muy conmovido; seguro me dijo la verdad.

—No dudo de los sentimientos de Alfaro, pero sí de las intenciones de los demás gachupines; odian a todo aquel que haya estado cerca de Hidalgo y Allende. —La Güera se levantó de la silla, pensativa—. Debemos ingeniar un plan alternativo.

Manuela guardó silencio, expectante ante su amiga, que de pronto preguntó:

—¿Cuántos testimonios has podido reunir?

—Tan solo nueve, no son ni la mitad de lo solicitado…

—¡En el amor y la guerra todo se vale! —exclamó la Güera sonriente y optimista—. ¿Recuerdas los nombres de aquellos que salvaron?

—Tenía una lista con sus nombres y el día en que fueron liberados, pero se perdió cuando nos apresaron.

—Pues ahora mismo deberás hacer memoria; ellos darán testimonio sin siquiera saberlo.

—No entiendo —dijo confusa, al ver el entusiasmo de la Güera.

—Conozco a un hombre que trabaja como evangelista en la Plaza de Santo Domingo; es tan hábil con la pluma que puede realizar distintas caligrafías, y aun firmas, para aparentar que fueron escritos por diferentes personas… ¡Falsificaremos testimonios!

—¡Pero si nos descubren podríamos ir a la cárcel! —exclamó Manuela angustiada.

—Y ser prontamente exoneradas: no habrá juez que condene a una mujer enamorada que tan solo desea salvar la vida del marido, quien además salvó del degüello a muchos inocentes.

La noche se les fue en recordar, uno a uno, los distintos salvamentos, tanto en Dolores, San Miguel el Grande, Valladolid y Guadalajara. Manuela recordaba bien los sucesos, pero en múltiples ocasiones olvidaba o desconocía los nombres, sobre todo de aquellos que habían sido liberados de las manos del torero Marroquín, durante

la noche, y que después habían escondido furtivamente. Sin embargo, su memoria no le fallaba con los datos de aquellos que habían enviado al hospital de San Juan de Dios, ya que los visitaba durante su falsa convalecencia.

Resonaban las primeras campanadas de las iglesias y se oía el canto del gallo. Para entonces Manuela había recordado trece nombres que la Güera apuntó en una hoja, junto con una escueta descripción de las características físicas del liberado. Además, para que el plan lograse el éxito debían ser extremadamente discretas y corroborar que ninguno de los enlistados se encontrase en México. Sabían que los hacendados debían estar en sus propiedades, pero incluso así, necesitaban constatar que no tuviesen conocidos en la corte, cercanos al virrey, pues podrían descubrir la falsedad.

Al mozo de la Güera le fue encargado averiguarlo por medio de la servidumbre de varios gachupines muy puntuales; Manuela acudiría otra vez con don Raimundo Ochoa para preguntarle si conocía a los nuevos enlistados arguyendo que por no pertenecer a la cofradía de Aránzazu podrían testimoniar. Finalmente, la Güera se encargaría de realizar los testimonios apócrifos, además de indagar en el Palacio Real, con personas de toda su confianza, si alguno de los enlistados era conocido por el virrey.

El plan resultaba arriesgado, aún más si se consideraba el poco tiempo del que disponían, pero no había alternativa, debían obrar rápido al día siguiente se realizaría la tertulia del virrey.

El alma de Mariano se había partido en múltiples fragmentos que se confrontaban unos con otros y los remordimientos de conciencia se habían apoderado de sus aletargados días e insomnes noches. Había confesado toda la verdad a cada pregunta realizada; estaba consciente de que así lo había prometido a Manuela y que su proceder era totalmente cristiano. «No mentirás», proclamaban los mandamientos católicos, y él se había comportado con extremo espíritu religioso. No obstante, en lo más profundo de su alma lo aguijoneaba la pesadumbre de haber sido desleal con sus compañeros; ¿a quién debía servir, a los hombres o a Dios?

Hincado a un lado del humilde camastro de su celda, rezaba a un crucifijo que él mismo había tallado en la pared con la cuchara que le proporcionaban para comer. Pasaba largas horas orando y pidiendo perdón por sus errores, tanto con sus hermanos como con Dios, y así, postrado de rodillas, lo encontró el coronel Manuel Salcedo aquella tarde de junio.

—Vengo a darle noticias —dijo el gallardo militar al entrar de improviso, pero al descubrirlo orar con fervor guardó respetuoso silencio hasta que Mariano se persignó y dio por terminada su oración.

—Vuestro caso ha sido del agrado de la corte militar —continuó—; agradecen que nos hayáis proporcionado información valiosa…

—¿A qué se refiere? —preguntó temeroso, sin saber qué confesión agradaba a los jueces.

—El licenciado José María Chico será juzgado con la misma severidad que los cabecillas.

—¿Nadie lo había mencionado en sus declaraciones? —preguntó alarmado al comprender que la muerte del licenciado Chico caería sobre sus espaldas.

—Nadie, por eso estamos agradecidos con usted… En caso de que su esposa consiga los testimonios requeridos, puedo asegurar que vuestra vida será perdonada.

Mariano cerró los ojos avergonzado y arrepentido. Le dolió en lo profundo saberse traidor, un vil delator. Palideció. Sentía que el mundo giraba caóticamente a su alrededor. El arrepentimiento había penetrado en su vientre y causado incontenibles náuseas. Fue a una esquina de la celda, donde se hallaba una bacinica de burdo barro cocido, y vomitó con escandalosos estertores los huevos digeridos en el desayuno y restos de bilis, a la vez que deseaba expulsar todos los pesares de su alma. El coronel Salcedo lo miró impávido.

—No debéis sentiros así —dijo mientras le ofrecía a Mariano un sucio paño para limpiarse la boca—. Habéis obrado como un buen cristiano, fiel a Dios y a nuestro único soberano: Fernando VII.

Mariano logró sosegarse un poco, y aún con la bacinica en las manos e hilillos de saliva en la boca alcanzó a preguntar:

—Y de mi esposa, ¿qué noticias tiene?

—Ninguna —dijo tranquilamente—. Rogad a la Virgen y al santo de vuestra devoción para que logre su cometido.

Manuela se había ataviado con uno de los vestidos de la Güera, que la costurera debió ajustar debido a su delgadez. Estaba confeccionado a la moda imperio que tan popular había hecho Josefina, la amante de Napoleón. La fina prenda se hallaba elaborada con vaporosas telas, entre las que destacaban tules y gasas azul celeste; el talle iba ceñido por debajo del busto con un listón de seda y poseía mangas cortas, abombadas y transparentes. En su conjunto la hacían parecer una diosa romana.

Cuando Manuela miró su figura frente al espejo, de inmediato se cubrió el pecho sonrojada: el escote le pareció excesivo y las transparencias de las telas casi un pecado.

—Es imprescindible que vayas al Palacio Real vestida a la última moda; el virrey mismo viste cual si fuera francés —dijo amable la Güera—. A su arribo a la Ciudad de México, para tomar posesión de su cargo, le escribieron unos ingeniosos y burlescos versos acerca de su atuendo: «Con botas y pantalón, hechura de Napoleón».

—Pues su excelencia vestirá cual el sacrílego Bonaparte, pero este vestido me parece indecente.

—Todo lo contrario, te puedo asegurar que hoy, en pleno siglo XIX, una mujer decente no esconde la piel y mucho menos utiliza corpiños o miriñaques. Don Francisco no aceptaría en sus reuniones a una dama joven que vistiese a la antigua usanza.

La Güera se le acercó y, tomándola cariñosamente de los brazos, hizo que soltara las manos y se diese una vuelta frente al espejo.

—Será fundamental que actúes con naturalidad, como si hubieses nacido con este vestido. Deberemos practicar… A ver, camina hacia mí.

Manuela, con absoluta desconfianza, dio unos pasos. La Güera comenzó a corregir sus movimientos, imprimiéndoles gracia y donaire.

—Lo más importante es la postura: una mujer bella jamás camina encorvada. Echa los hombros hacia atrás, yergue el rostro… *Tú eres una mujer muy bella*… piénsalo… créelo…

La tertulia en el Palacio Real resultó mucho más soberbia de lo que Manuela hubiese imaginado: en el opulento salón, decorado con gobelinos, cortinas de terciopelo, cuadros de fina hechura, ligeros muebles elaborados con marquetería de maderas preciosas, brillantes candiles de cristal y alfombras persas. Los invitados conversaban distribuidos en distintos corrillos: algunos jugaban naipes o billar, de pie, alrededor de las mesas, ensimismados en sus partidas; varias mujeres, sentadas en elegantes sillas con damascos tornasolados, conversaban y se abanicaban con gracia. Las conversaciones, en especial las de los caballeros, se interrumpían cada vez que algún lacayo, pulcramente ataviado de librea, les ofrecía vino o coñac en una bandeja de plata labrada.

Como le había advertido su amiga, la reunión brillaba por los atuendos de los asistentes, ya que las túnicas estilo imperio habían cundido liberando a la mujer de los estorbosos miriñaques y corsés; ahora podían moverse con gracia y libertad. Además de las ancianas, solo las muy obesas continuaban usando amplios faldones y apretados corpiños para disimular la gordura. Por su parte, los varones, en especial los jóvenes, vestían a semejanza del afrancesado virrey Venegas: con pantalón largo, chaqueta tipo frac, camisa de cuello alto, corbata de dogal y cabello a la furia, acicalado con aire desdeñoso sobre la frente.

Manuela se sentía como un pez fuera del agua y para evitar maneras inapropiadas intentaba imitar a la Güera, quien se desenvolvía con gracia y naturalidad singulares y se distinguía de las demás damas. A todos trataba con excesiva camaradería y no cesaba de bromear a unos y otros, a veces mofándose de ellos sin que nadie se molestase; por el contrario, parecían halagados cuando la dama se dignaba a dirigirles algún comentario irónico.

Manuela desatendía la insulsa conversación de la condesa de Regla y la mariscala de Castilla, damas tan sobradas de modales como carentes de interés, mientras no dejaba de sujetar con ansiedad el pequeño bolso de seda donde guardaba el fajo de testimonios. Miró hacia el gran reloj francés con dos graciosos querubines; ya era la hora convenida y el hombre no aparecía; habían dado instrucciones, tanto a la guardia del palacio como al chambelán de la corte, para permitir acceso a don Juan José Alfaro y Linares, amigo personal de su excelencia, pero los minutos transcurrían con insoportable languidez sin producirse la anhelada comparecencia.

—Creo que deberemos presentar las cartas falsas —le secreteó la Güera, ocultándose tras el abanico—. No tenemos opción: don Francisco accedió a brindarme unos cuantos minutos de su atención a las ocho y media.

Manuela inclinó el rostro en señal de aceptación y entrecerró los

ojos mientras murmuraba para sí misma: «Dolorosa, por favor socórreme». Si descubrían que la mitad de las cartas eran falsas, no solo la vida de su marido estaría en peligro sino su propia seguridad.

Justo antes de que fuese a servir la cena, don Francisco Xavier Venegas mandó a su asistente informando que las recibiría en la antesala adjunta por tan solo unos minutos. Manuela respiró hondo intentando contener los nervios que hacían temblar sus manos.

Fueron conducidas por el ordenanza, un hombre tan servicial como adusto, hasta la antesala, una habitación de proporciones bastas y agradable decorado.

—Sed tan amables de esperar aquí —dijo el oficial—, su excelencia no tardará en llegar.

La Güera miró a Manuela con ternura y, como si fuera una maestra frente a la discípula, la conminó a enderezar la figura y respirar hondo. La puerta se abrió y apareció don Francisco Javier Venegas, pulcramente vestido. Manuela lo miró y el miedo la poseyó: el rostro del magnate era tan osco como le había comentado su amiga. Parecía que en cualquier momento prorrumpiría en ira y maldiciones, aunque en ese momento sus labios dibujaban una leve sonrisa.

La Güera realizó una sutil reverencia, que Manuela imitó.

—Buenas noches —dijo el virrey—. ¿Es necesario venir acá para recibir el saludo de dos bellas damas?

—No quisimos interrumpir su partida de naipes, su excelencia… por el semblante de su rostro veo que ha salido victorioso también en el azar.

—Nada de azar; los juegos de naipes son estrategias que obedecen a los dictados de la razón, por ello las mujeres no son agraciadas en el juego.

—Como dice el dicho: afortunada en el amor, desafortunada en el juego —dijo la Güera y el virrey sonrió abiertamente, momento que aprovechó para introducir a su amiga—. Permítame presentarle a doña Manuela Taboada de Abasolo.

—¡Ah, sois la famosa señora de Abasolo! —exclamó el virrey, extrayendo de su chaqueta la caja plateada de rapé y llevando un poco de tabaco hasta su nariz—. Sepa que no puedo hacer ya nada más.

—¡Pero, por favor! —sollozó Manuela, impulsada como un resorte —. Mire que traigo…

—¡*Madame*, no insista, eso es todo lo que puedo hacer! —exclamó molesto—. ¡Entended que vuestro marido se ha confesado infiel a nuestra majestad y a nuestra santa religión; bien merece el castigo!

—Pero, su excelencia, usted es hombre justo y sabio —terció la Güera con amabilidad, mientras abrazaba a su amiga—. La pobre mujer que tiene delante ha recorrido todo el reino para reunir testimonios que demuestran su cristiano parecer y fidelidad a nuestro

Monarca.

—¡No necesito leer sus documentos! ¡Y de saber el tema que deseabais tratar os habría negado el paso! ¡Vosotros, los criollos, no os conformáis con nada!

Don Francisco se sacudió las mangas de la chaqueta y relajándose agregó:

—Ahora sabréis disculparme; debo atender a mis invitados… Bien conocéis la salida. —Dio la media vuelta y encaminándose a la puerta dijo—: Se lo dije a Juan José: no saben agradecer.

—¿Juan José Alfaro y Linares? —preguntó la Güera—. ¿Ha conversado con él?

El virrey detuvo su andar.

—Y con tres buenos españoles que le acompañaban. Pero, le repito, ya no puedo hacer más; el presidio será su destino.

Manuela sofocó el llanto al escuchar aquellas palabras.

—¿Ha dicho presidio? —preguntó aturdida.

—¿No habéis hablado con Juan José? —preguntó don Francisco.

—No, su excelencia —dijo la Güera entreviendo un rayo de esperanza.

—Quizá eso explique vuestra confusión. Me han relatado lo sucedido y desde medio día he enviado el correo real portando una misiva en la que solicito que el reo Mariano Abasolo, en vista de su cristiano proceder, sea juzgado con benevolencia. Pero repito, es todo lo que puedo hacer.

Manuela corrió hasta el hombre e hincándose frente a él tomo su mano y la besó repetidamente.

—¡Gracias, su excelencia, gracias… Dios le pague todos sus favores!

Luego de permanecer diez días en la Ciudad de México, Manuela por fin pudo viajar a Chihuahua con los documentos que confirmasen lo que el virrey ya había enviado, y salvasen la vida de su amado. Viajaría en diligencia y su llegada sería cuando menos en tres semanas, pero no le importaba. Confiaba en que el mensaje del virrey y la buena voluntad del coronel Salcedo obrarían con justicia. Al despedirse de Manuela, la Güera Rodríguez le entregó trescientos pesos para solventar el viaje y un collar de esmeraldas.

—No tengo más —explicó—. No recibo rentas de mis haciendas en tierra adentro porque las tengo dadas a los insurgentes, pero las joyas son igualmente efectivas; te salvarán de apuros.

Manuela no dudó en aceptar su generosidad y las ocultó entre el ropaje. Abrazó agradecida a la Güera y con renovada esperanza emprendió el peregrinaje.

Al pasar por el cerro del Tepeyac, donde se levantaba majestuosa la

basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, agradeció a la Virgen sus favores y miró hacia atrás: la esplendorosa Ciudad de México se descubría en todo su esplendor. Se persignó y continuó su viaje.

42

CASTILLO DE SANTA CATALINA, CÁDIZ, ESPAÑA
1814

Nerviosa e ilusionada, mucho antes de que cantara el gallo ya estaba aseándose; luego recogió sus pocas ropas y las ató con un cordón. Doña María del Carmen, la rubicunda dueña del mesón donde se hospedó las últimas semanas, le había preparado tortilla de patatas y oloroso pan recién horneado para despedirla. Ella, agradecida, saboreó los alimentos como si fuesen los últimos, y los acompañó con un chato de clarete.

Salió a la callejuela y emprendió camino. Intentó caminar con el rostro en alto, optimista y decidida, deambulando dignamente entre los pocos gaditanos que laboraban por las calles, desatendiendo sus rostros y sus acciones: lo único que importaba era llegar a tiempo, según lo establecido, y encontrarse con Mariano. Pronto alcanzó los linderos de la ciudad y desde la pequeña colina descubrió sobre el inmenso océano, a lejanía, unos grises nubarrones; y frente a ella, a unas doscientas varas, las olas rompían con estrépito sobre las murallas del Castillo de Santa Catalina. La fortaleza parecía adentrase en las frías aguas del océano, conformando una colosal estrella de cinco picos, y sus ariscas almenas, robustos muros y esbeltos torreones se asemejaban a los del fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz, donde su marido había permanecido por largos meses.

Mientras descendía por el empedrado para alcanzar el puente que comunicaba el castillo con tierra firme, abrazó decidida el atado de ropas con una mano y la medalla con el retrato de su amado con la otra, mientras oía el libre graznido de las gaviotas que sobrevolaban libremente en busca de alimento. Sus pulmones se saturaban con aquel olor a mar que la acompañaría en adelante. Los golpes de las olas sobre las piedras comenzaban a tornarse ensordecedores. Entonces, una gran tranquilidad invadió su alma y pensó por un instante estar en la gloria.

La brisa se tornó en suave borrasca y sus ojos se llenaron de partículas de arena. Como si despertase de un sueño, aceleró la marcha con la promesa de no mirar lo que dejaba a sus espaldas. La mujer de Lot se había transformado en estatua de sal por desobedecer y mirar hacia atrás; ella no caería en la tentación, jamás claudicaría. Además, ¿no fue ella quien lo conminó, en un principio, a enredar su vida en aquel torbellino de sangre, confusión y pólvora?

Tomó un puente que atravesaba por un seco foso, tan profundo que producía vértigo, pero a ella no le importó: dio gracias a la Virgen de

los Dolores por haberla acompañado en todo su camino, por brindarle el temple necesario, por no desampararla, y, sobre todo, por bendecir su corazón con la virtud del amor, y otorgarle la energía necesaria para vivirlo con abnegación.

Cuando estaba a punto de llegar al acceso del castillo, dos guardias le hicieron alto y le exigieron el salvoconducto. Vio unos rifles recargados sobre el sólido muro y sintió un escalofrío en la espalda: las armas reavivaban el fuego de todos sus amargos recuerdos.

Los hombres comenzaron a reír, socarrones, y le flanquearon el paso. Miraban descaradamente las carnosas caderas y los voluptuosos pechos de la mujer. Acostumbrada a tales majaderías, ella les arrebató el papel, cruzó la puerta y se dirigió por un amplio pasillo que desembocaba en el patio de armas.

A su izquierda se encontraba la capilla de Santa Elena, y alrededor del patio se levantaban los edificios de dos plantas, rectangulares, desprovistos de cualquier artificio, monótonos, insulsos. Observó aquel escenario y pensó que nadie, nadie, jamás podría señalarla por incumplir los mandatos del destino: se había sobrepuesto a todas las pruebas y se sobrepondría a las futuras.

Fue directo al despacho del alcaide, quien ordenó a un soldado que acompañase a la dama a «su nueva morada». El hombre, sin pronunciar una sola palabra, la condujo por húmedos pasillos que le recordaron el convento donde había permanecido su suegra con Rafaelito, su pequeño y querido hijo, a quien debió abandonar tras una férrea lucha con su corazón. ¿Qué debía ser más importante: el amor a un hijo o al esposo? Ella hubiera decidido por ambos en igual mesura, pero cuando supo que Mariano, confinado en las húmedas y lúgubres mazmorras de San Juan Ulúa, sería trasladado a España, no dudó en embarcarse y seguirlo hasta Cádiz, donde pasaría los diez años de prisión que conformaban su sentencia.

Se dirigió hacia una celda ubicada en el segundo piso cuya ventana, cubierta de barrotes, tenía por única vista el muro interior de la fortaleza. De un vistazo descubrió que la hedionda y estrecha mazmorra estaba provista tan solo de una pequeña mesa, una silla y un camastro, sobre el cual se hallaba dormido Mariano, quien comenzó a toser convulsamente. De un impulso Manuela soltó el atado de ropas que traía consigo y fue a sentarse a la vera de su amado. El custodio cerró nuevamente la puerta, la atrancó por fuera y aseguró con candado.

—Manuela, ¿qué haces aquí? —dijo Mariano entre resoplidos.

Cuando descubrió la ropa de Manuela en el suelo comprendió de golpe: de alguna manera su mujer había conseguido que le permitiesen vivir en la prisión, junto a él.

—Gatita, no hagas esto —le dijo con voz temblorosa—, por favor…

no es lugar para ti.

—Es el sitio que la Virgen eligió —dijo acariciándole la frente—. Estoy donde ella ha querido.

Un nuevo ataque de tos, convulso y violento, hizo que Mariano irguiera el torso y llevase un paño sucio para cubrirse la boca. Tosió varias veces sintiendo que le faltaba el aire.

Al retirar el trapo, Manuela contempló resignada que la tela tenía manchas de sangre; ambos conocían perfectamente lo que aquello significaba.

—No te preocupes, hijito —susurró con cariño—; todo va a estar bien, pronto estarás sano como siempre y podremos retornar a casa con Rafaelito.

*

NOTA

Tras viajar por distintas ciudades del país para obtener testimonios y entrevistarse con autoridades, Manuela Taboada logró que Mariano salvase la pena de muerte y fuera sentenciado a diez años de prisión. Fue recluido en diversas cárceles de Nueva España y en 1814 fue enviado a Cádiz para cumplir su sentencia.

Manuela decidió seguir a su marido, reunió las joyas que le restaban y las ofreció al capitán Javier Ulloa, del buque *La Prueba*, quien conmovido aceptó embarcarla junto a su marido sin recibir nada a cambio. En Cádiz, Mariano fue recluido en la prisión del Castillo de Santa Catalina. Manuela vagó por la ciudad algún tiempo hasta que, con ruegos o sobornos, no se sabe, logró que se le permitiese compartir la suerte de su amado, en la misma mazmorra.

Mariano murió el 14 de abril de 1816 a causa de la tuberculosis y fue sepultado en los arenosos terrenos de un panteón ubicado a extramuros de la ciudad. Manuela entonces regresó a Nueva España para reencontrarse con su hijo y su suegra.

Al concluir la guerra de independencia se le reintegró la hacienda El Rincón y poco tiempo después adquirió La Soledad, perteneciente a María Ignacia Rodríguez de Velasco, la Güera Rodríguez. Mariano Abasolo fue considerado héroe de la patria y se intentó trasladar sus restos a México, pero fue imposible encontrarlos.

La extraordinaria vida de Manuela Taboada ha sido y será escasamente estudiada por los historiadores, ya que el quehacer de los eruditos se dirige mayormente a indagar a los vencedores y moldear héroes.

Sabemos de ella gracias a los historiadores Lucas Alamán y el doctor José María Luis Mora —contemporáneos de Manuela Taboada—, así como al cronista de Guanajuato, David Manuel Carracedo Navarro, y al de Comonfort de Chamacuero, Federico Groenewold, quienes han realizado valiosos estudios ricamente documentados.

Los documentos comprueban que Manuela Taboada intentó por todos los medios alejar a su marido, Mariano Abasolo, de la insurgencia. En Chamacuero dio cincuentaiséis mil pesos como préstamo a Hidalgo. Tras las tomas de Dolores y San Miguel por los realistas debió huir con su suegra e hijo, de cuatro años, a Celaya,

Valladolid y Guadalajara, siguiendo a las tropas de Hidalgo. Junto con su marido se dedicó a salvar la vida a numerosos europeos, y cuando los insurgentes fueron vencidos en Puente de Calderón, consiguió indultos para su marido y Allende de mano de Félix Calleja. Alcanzó al diezmado ejército en Saltillo, fue apresada junto con los caudillos en las norias de Baján, después fue liberada y entonces emprendió una enorme travesía para reunir testimonios y entrevistarse con autoridades, con el propósito de salvar la vida de su esposo. Viajó con Abasolo cuando este fue trasladado a Cádiz y logró ingresar a prisión para compartir la suerte de su amado. Tras la muerte de Abasolo, Manuela retornó a Nueva España.

En cuanto a Miguel Hidalgo y Costilla, me he basado principalmente en los estudios de dos de los máximos especialistas en la materia, Carlos Herrejón Peredo y Luis Castillo Ledón, quienes han documentado, día por día, el quehacer de Hidalgo durante su corta campaña independentista. Los degüellos de gachupines, la confrontación con Allende, sus euforias y decaimientos, el afán por ostentar títulos, el intento de envenenamiento y hasta los poemas en la cárcel son verídicos. Hidalgo era un hombre de carne y hueso con una gran luz y una tremenda oscuridad.

Es importante notar que el doctor José Luis Mora fue su vecino. Nacido en Chamacuero ocho años después que Manuela, su casa se encontraba frente a la de ella, de modo que lo que escribió debe ser considerado más veraz que otras fuentes.

Pero, aunque este libro está basado en hechos reales y documentados, es importante comprender que, como toda novela, se nutre de la ficción y las situaciones, las amistades y los diálogos no deben considerarse históricos, a no ser que se hallen entrecomillados.

AGRADECIMIENTOS

A David Martínez, editor entusiasta y comprometido.
A toda mi familia, grande en número y en amor.
A Benito Taibo, siempre generoso.
A Andrea Lombardo, por su apoyo.

Acerca del autor

Guillermo Barba nació en la Ciudad de México en 1951. Tras realizar estudios multidisciplinarios en Diseño Industrial, Comunicación, Filosofía y Letras, trabajó en publicidad hasta el año 2002. Desde entonces, se dedica la dirección cinematográfica y la escritura. Es autor de la novela *Juan sin sueño* (2002), así como coautor de los guiones y director de *Amar no es querer* (2011) y *Casi una gran estafa* (2017).

Su pasión por la Güera Rodríguez, nació en las aulas, cuando el distinguido historiador don Martín Quirarte lo introdujo a la fascinante vida del personaje. *La conspiradora* es fruto de largos años de investigación y escritura, teniendo siempre como guía las palabras del maestro: «Para comprender la historia es imprescindible descubrir lo que se oculta entre líneas.»

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-7102-6

Primera edición en formato epub: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-7103-3

Table of Contents